GUY DE MAUPASSANT

Bel Ami

Introducción de JEAN-LOUIS BORY

El mayor logro de Maupassant como novelista: un formidable retrato sobre una sociedad en declive.

Un joven apuesto llega a París procedente de Argelia, donde ha pasado dos años movilizado con el ejército. Su buena fortuna le proporciona un encuentro casual con un amigo de la infancia que trabaja como periodista y le introduce en su círculo. El encanto personal de Duroy, el protagonista, comienza a abrirle puertas… Pronto verá que la lealtad no es el camino más rápido para ingresar en la aristocracia; la maquinación y la seducción lo elevarán hasta las más altas esferas de París.

La presente edición, en traducción de Carlos de Arce, incluye un artículo escrito por el ganador del prestigioso Premio Goncourt Jean-Louis Bory y recoge escritos, tanto del autor como ajenos, sobre la recepción en su época del mayor logro literario de Guy de Maupassant.

«Y si acaso enviuda, acuérdese de mi candidatura».

Jean-Paul Sartre dijo…

«En el ascenso de Duroy entendemos el declive de toda una sociedad».

Guy de Maupassant

Bel Ami

Penguin Clásicos

ePub r1.1
Titivillus 25.04.16

Título original: *Bel-Ami*
Guy de Maupassant, 1885
Traducción: Carlos de Arce

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Introducción

En la última página de esta novela, Jorge Duroy, el protagonista, ha «llegado», pero ¿en qué estado? Lo que nos presenta *Bel Ami* es la descripción de dicho estado y el panorama de la carrera recorrida. *Bel Ami* es el relato de un logro. De un ascenso, puesto que en el éxito de Duroy hay algo de proeza deportiva. ¡Oh! Lo que Bel Ami escala no es un monte abrupto, centelleante de vertiginosos glaciares, acorazado por soberbias rocas; es una montaña asquerosa, un pico hediondo, un colosal muladar, pero la ascensión exige energía, empeño, perseverancia, un olfato poco susceptible y mucho estómago. En pocas palabras, técnica. Como cualquier escalada. Y la escalada requiere que el escalador encuentre su «vía», y luego sus «presas». De presa en presa, la vía conduce entonces a la cima.

La «vía» de Duroy es el periodismo; las presas son las mujeres. Presas que forman auténticos travesaños de escalera. Y, seamos justos, Bel Ami posee todas las aptitudes necesarias para subir por una escalera semejante. No sabe escribir tres palabras seguidas, lo que podría ponerlo en un aprieto en caso de que, entonces como ahora, a un periodista se le exigiera que supiera escribir. Pero él gusta. Sabe gustar. Y a quien conviene: en esta sociedad parisina, acomodada en el poder y la fortuna, que pretende aprovecharse de uno y otro para mayor placer propio, la mujer reina, desde la cortesana de mayor o menor rango hasta la musa de los salones donde se hacen y se deshacen los ministerios. Saber traficar con mujeres es poder traficar con influencias.

Por supuesto, hay tráfico y tráfico. El tráfico de mujeres al que se dedica Duroy tiene el rostro del amor; el amor que se hace. Al final de *Papá Goriot*, cuando Rastignac lanza su desafío a París, piensa en desayunar; al final de *Bel Ami*, cuando Duroy lanza el suyo, piensa en dormir. La última palabra de la novela es «cama». Duroy no es sólo un presumido, es el macho, más aún, el supermacho. Lleva el sexo como Musset lleva el corazón, en bandolera. ¡Qué digo! Lo lleva en la cara, en la nariz: es su bigote. A su innegable belleza viril, Duroy añade el prestigio del uniforme, patente en los lomos del militar aun regresado al estado civil, y la muchacha que dormita en el fondo de toda mujer lo huele como un perfume, no se resiste a ello. Encanto que Duroy refuerza con juegos de manos y técnicas de alcoba recogidos a su paso por las guarniciones y que en la noche de las sábanas prosiguen la seducción del militar, despojado del uniforme. Por no hablar del brío del fanfarrón a quien las victorias amorosas han dado seguridad y al que la costumbre de asaltar sin miramientos le ha llevado a habituarse a utilizar un vocabulario a base de murmullos, muy eficaz en el cosquilleo con bigote. Cómo no comprender a las queridas.

Pero no basta con esto. El juego de Bel Ami es más sutil que el de un simple «castigador» de cuartel. El bello macho es asimismo un cruce de hembra más bien astuta. Crueldad sorda, capaz de estallidos sádicos (véase la conducta de Bel Ami con la señora Walter), y que transige sin esfuerzo ni contradicción con una pasividad

próxima a la cobardía, con la picardía instintiva, esa invencible inclinación por la mentira, esa propensión a la injusticia que a los mujeriegos, por misoginia innata, les gusta despreciar en sus parejas, y que a las mujeres, por su lado, les encanta descubrir en sus cómplices: ahí los tenemos en igualdad de condiciones. Más puta que macarra (véase cómo acepta Bel Ami los luises de la señora de Marelle), el hombre, sin dejar de ser sexualmente supermacho, se convierte en hombre-chica. Una mezcla desquiciante.

Ahí está el secreto del erotismo de Bel Ami. Pues Bel Ami tiene un erotismo propio. Erotismo del bigote, por supuesto, al que responde el erotismo de la cabellera sobre el que Baudelaire lo ha dicho todo. Y no bigote al estilo Flaubert, una escoba vikinga para remojar en la cerveza de las jarras metálicas y cuyas puntas la boca ávida chupa en el acto. Sino escobilla espumosa sobre unos labios de los que resalta su carnosidad roja y húmeda, pilosidad muy elegante o traviesa de un hombre tierno y pillo que armoniza con el París de los pisos de soltero, de los simones y de los velos que el aliento ya frío humedece en el punto del beso. Es también la sal y la pimienta desconcertante del Jules con debilidades encantadoras (y cautivadoras), del toro con eclipses íntimos. Willi Forst, cineasta austríaco muy mediocre, en su película *Bel Ami* (1939) supo percibir la trastienda del personaje y cubrió a su don Juan con una capa de sensibilidad vienesa.

Bel Ami llega, pues, por medio de las mujeres. Cinco mujeres, cinco peldaños. La señora Forestier es la educadora: además de prestar su propio talento, un gran talento, a Duroy, enseña a Bel Ami los arcanos del periodismo, de la política, del mundo financiero; pule al zafio. La señora de Marelle es la cómplice: de ella aprende el periodista los mil y un modos de empleo de la sociedad parisina, las recetas de los convencionalismos, a medias o por completo. La señora Walter es la víctima, puro escalón: gracias a ella, Duroy obtiene su primer ascenso importante, jefe de la sección de Ecos. Susana Walter es la esposa, la pavita ingenua, el dinero, la posición ventajosa que aporta el enchufe definitivo: consagra a Bel Ami como redactor jefe y capitalista. En cuanto a Laurina de Marelle, la chiquilla, promesa de mujer, es la oportunidad de Bel Ami, la que interpreta a su manera infantil el papel de hada madrina de los cuentos: «madrina», pues es ella quien bautiza como Bel Ami a Duroy. Cabe mencionar, de paso, a Raquel, la chica del Folies Bergère: es funcional, dinamómetro y al mismo tiempo *staring-partner*; permite a Duroy medir su fuerza, probar su forma física; es su pista de entrenamiento.

Bel Ami ya está en la cima. Posee poder y billetes, sinónimos tanto para Maupassant como para Balzac. Pero Duroy no es un corsario romántico, un filibustero de guantes amarillos. No posee la gracia, la elegancia, la aristocracia de un Rastignac. El dandismo ha cedido el lugar al «zafismo» (el término, *muflisme*, es de Flaubert). Vulgaridad (esos ¡diantre!, ¡demonios!, ¡rayos!, ¡pardiez! que puntúan su conversación), crasa ignorancia (aunque con una malicia que puede parecer ingenio), avidez feroz: el ambicioso estilo Luis Felipe convertido en el arribista transformado

de la Tercera República, con el agravante de la inmovilidad que nos hace pasar de Balzac a Zola. Rastignac merecía la lección de un condenado a trabajos forzados como Vautrin; Duroy sólo tiene derecho a la lección de un fracasado charlatán como Saint Potin. Nada que hacer: Bel Ami no es más que un suboficial que se ha dado más de un garbeo por los barrios con ambiente. Y un suboficial de la peor ralea: la colonial. Basta con ver la «sonrisa cruel y satisfecha» que se dibujó en sus labios «ante el recuerdo de una escapada que costó la vida a tres hombres de la tribu de los Ouled-Alane, y que les había valido, a él y a sus camaradas, veinte gallinas, dos corderos y oro suficiente para juerguearse durante seis meses». Esa sonrisa aflora de nuevo bajo el bigote en cada esfuerzo logrado en la escalada.

¿Cínico, el alpinista en el estercolero? Ni hablar. El cinismo es el precio de la candidez engañada: Rastignac. Para que haya «ilusiones perdidas» tiene que haber ilusiones. Bel Ami no alberga ninguna. Bel Ami es inocente y entusiasta. Posee una «ingenuidad innoble» desbordante (François Mauriac *dixit*) en la que se combinan cierta desidia provinciana (Balzac la denomina «la inocencia departamental»), un estado de infancia que prolonga la feminidad latente y una brutalidad ingenua. En la elección de la vía ascensional, el peso del azar es inmenso: el encuentro, totalmente fortuito, con Forestier cuando Bel Ami iba a hacerse escudero. No hay que confundir al militar sin destino, por tanto un cero a la izquierda pero dispuesto a todo, con el hombre depredador.

Aun así, Bel Ami lleva a cabo esta proeza paradójica: a fuerza de volar bajo, llega muy alto.

El 26 de octubre de 1884, Maupassant escribe a su criado y confidente: «¡He terminado *Bel Ami*, François! Espero que satisfaga a los que me piden algo largo. En cuanto a los periodistas, se quedarán con lo que buenamente les parezca; ahí los aguardo». Maupassant debería haber añadido: a pecho descubierto. Hubo gran indignación en la prensa francesa. Un clamor que alcanzó a Maupassant hasta Sicilia. El autor se defendió como un jabato. Su intención no era en absoluto poner al periodista en la picota. Ni siquiera a un periodista. Duroy es un arribista que utiliza un periódico como utiliza a las mujeres. Un periódico, no el periódico. Y un periódico de ínfima calidad…, lo que convierte a Duroy en un periodista turbio. Eso es todo.

Y qué más. Todos los lectores contemporáneos han visto en *Bel Ami* una virulenta sátira de su época y de su sociedad, prensa incluida. El naturalismo de Maupassant, menos arrebatado, menos sistemático, menos épico que el de Zola, subraya la realidad sin deformarla. Donde Zola mitifica, Maupassant desmitifica. Basta con comparar, en *Bel Ami* y en *El dinero*, las páginas inspiradas por la quiebra de la Union Générale: alusión fría y detallada en Maupassant; en Zola, gigantomaquia apocalíptica. No hay duda: exceptuando algunas escapadas al campo, en las que el

protagonista y el lector, como buceadores que ascienden a la superficie de un estanque cenagoso, aspiran una bocanada de aire, *Bel Ami* es un retrato crítico del París de los años ochenta, Grévy (Jules) presidente de la República.

Y en primer lugar, de la prensa, lo reconozca o no Maupassant. En alegato pro domo, Maupassant escribió, en el *Gil Blas* del 7 de junio de 1885, como respuesta a las críticas sobre *Bel Ami*, que había decidido lanzar su Duroy a la prensa porque: 1.º) cualquiera puede convertirse en periodista, ni conocimientos especiales ni un talento específico, la prueba: *Bel Ami*; 2.º) el periódico lleva a todas partes a condición de no querer abandonarlo. Lo que considero dos espléndidos capirotazos contra el «cuarto poder». El periódico, prosigue Maupassant, al manipular la calle, es un «excelente observatorio»: a poco bien situados que nos encontremos, nada se nos escapa de las mil y una muecas a las que se ha bautizado como costumbres de una época, de los caprichos más o menos secretos de este monstruo susceptible, feroz, al que llamamos dinero, ni de las maniobras en los entresijos del poder. Como confesaba él mismo en *Le Gaulois* (21 de mayo de 1880) con una franqueza que rayaba la candidez: «Estar ahí con buenos ojos para ver, una buena pluma para contar y mucho dinero para llegar rápidamente». Maupassant no dice nada malo. Se contenta con insistir en la «cocina» de un periódico. En concreto, en el papel que ejercen los Ecos o, según la terminología de la época, las *nouvelles à la main*. En principio se trata de comentarios breves «acreditados, juiciosos, agradables o emocionados» (cito a Miguel Zamacoïs al evocar sus recuerdos de gacetillero en *Le Gaulois*) de un suceso político, artístico, mundano, deportivo. En realidad, estos articulillos firmados, cuando no son anónimos, con seudónimos del estilo de Criticus, Querubín, Sirius o Asmodeo, ligan los últimos chismes para hacer la salsa del día, reconducen o ahogan los escándalos, juegan a los bolos con las reputaciones, a la gallinita ciega con los nombres, alimentan el gran guirigay febril que es la conversación parisina, la que, inapelablemente, corona o destrona a éste o al otro. Ecos cocinados a partir de informaciones «aguadas» por indicadores más o menos dudosos, por negros que trabajan a destajo, de las que lo mínimo que puede decirse es que muy a menudo revelan una autenticidad realmente dudosa.

A un nivel inferior se despliega la «campaña de prensa». Se trata de otra música: la tonadilla se convierte en una sinfonía interpretada por una gran orquesta. Entonces triunfa el leitmotiv, como en Wagner: meteos esto en la cabeza. El director de orquesta no pone pegas en cuanto a la selección de instrumentos, todo lo que contribuye al guirigay vale. Farol, chantaje, indiscreción, difamación, «adaptaciones de sucesos, frases subidas de color o insultos a las víctimas elegidas para la campaña, se exageran las noticias cuando son ciertas, se insinúan cuando son falsas». Ése es el trabajo. Debo reconocer que Maupassant no es un sentimental.

Desde luego, lo que nos muestra ahí sólo puede aplicarse al periodismo de temas recurrentes, no nos cabe la menor duda. Pero cuando Maupassant cava a más profundidad y revela las relaciones entre el cuarto poder y los demás, y con el poder

de los poderes, que es el dinero, recupera lo que tanto inquietaba ya a Balzac: la prensa, «monstruo moderno», se convierte en un Estado dentro del Estado, pues se levanta en la encrucijada, vital en democracia, donde se encuentran la política, las finanzas y la opinión pública. Se adaptan unos acontecimientos para una «campaña», en la salsa electoral, lo picante, los insultos, apuntan a los políticos que hay que derribar; si se trata de diputados de la oposición, entran en juego los «fondos secretos». Los periódicos nacionales dependen estrechamente de los poderes económicos; están sometidos a la política; mejor dicho: a la política que se situará al servicio de los poderes económicos. Maupassant no puede ser más claro. Y sus planteamientos, en la materia, superan en mucho el marco del París de los años ochenta.

Lo más normal es, pues, que siguiendo a Duroy nos ocupemos de las finanzas y de la política. En cuanto circulan los escudos, Maupassant, más heredero (en este punto) de Balzac que de Flaubert e incluso de Zola, cultiva la precisión más calculada. Los economistas y los sociólogos pueden encontrar en *Bel Ami* la lista completa de los precios existentes tanto en el detalle de la vida cotidiana como en los movimientos de la Bolsa y en las combinaciones del gobierno. Salarios, fortunas, valor de la moneda: en *Bel Ami* está todo; sabemos cuánto valía una jarra de cerveza, una chica del Folies Bergère, una obra maestra, un diputado, y cuántos millones podía esperar razonablemente un ministro de una jugarreta colonial.

La Tercera República francesa, de acuerdo y en rivalidad con las demás potencias de una Europa en vías de industrialización capitalista y, por tanto, en busca de nuevas fuentes de materias primas y de nuevos clientes, se hallaba, en su historia, en ese período en que atravesaba una crisis de bulimia colonialista. En su menú figuraban Indochina y el norte de África. Maupassant conoce muy bien la cuestión del Magreb: ha viajado a Argelia, ha publicado en la prensa numerosos artículos sobre su viaje. Ha seguido con pasión la cuestión tunecina de 1881 (tres años antes de que escribiera *Bel Ami*). La prueba: la «crónica» que publicó en *Le Gaulois* desvela con brutalidad lo que oculta la aventura colonialista. El agio y las maniobras comerciales fraudulentas son las dos ubres del patriotismo civilizador. El mecanismo es simple, no cesa de demostrarlo. La especulación financiera en Túnez había empezado durante el Segundo Imperio: el bey había pedido prestadas al banco Erlanger elevadas sumas a un tipo de interés tan abrumador que se derrumbó bajo el peso de la deuda. Entonces Francia impuso al bey una comisión encargada de percibir los ingresos tunecinos y de repartir lo mejor posible los intereses de las partes presentes: un caballo, una alondra, nos imaginamos adónde va el caballo. La comisión, por supuesto, no arregló en nada las finanzas del bey, no era ése su cometido. La desafortunada Túnez se vio así librada al saqueo. Buitres a la rapiña: unos comerciantes marselleses compran miles de hectáreas a precios que desafían (¡claro!) cualquier competencia; implantación de capitales europeos; italianos y franceses se reparten las explotaciones ferroviarias y portuarias. Y todo ello sin que Túnez, por

supuesto, pueda librarse de la deuda. Las acciones del préstamo emitido, bajo el pretexto de la comisión, para «enjugar» la deuda (es decir, para permitir especular sobre ella), habían perdido más del cincuenta por ciento de su valor. Fue entonces cuando estallaron en los confines argelotunecinos las «exacciones krumiras». ¿Más o menos provocadas? En todo caso, muy bien acogidas. La prensa, gracias a una campaña muy «malditasea», con magníficos movimientos de mentón, cultivó en la opinión pública francesa el terror a la Krumiria, y el odio de los moros, evidentemente. Sólo había una solución: la intervención militar. Lo que Maupassant denomina «el columpio guerrero». El bey capituló. Francia ocupó. Garantizó (ahí está la astucia) la deuda tunecina. Y ésta, de repente, dio un salto espectacular en la Bolsa. ¿Hace falta precisar que las obligaciones de la deuda unificada fueron compradas a la baja y bajo mano por los políticos, financieros, periodistas, que estaban totalmente al corriente de la operación porque la habían montado a la perfección? Y *flotte, petit drapeau!* (¡Ondea, banderita!). ¡Oh!, la buena gente: los Erlanger del Crédit Mobilier, los Lévy-Crémieu de la Banque Franco-Égyptienne, los Christophe del Crédit Foncier, los Reinach (sí, el del futuro escándalo de Panamá). ¡Qué patriótico es el ruido de los millones que caen en cascada en la caja registradora!

Es exactamente esta historia la que cuenta Maupassant en *Bel Ami*, trasladándola a Marruecos como por un efecto de simetría y por adelantado. La misma exactitud en lo que se refiere a la quiebra de la Union Générale (1882); el fragor sigue rugiendo entre bastidores en el ámbito político-financiero de *Bel Ami*. En aquella época, los bancos guerreaban por la conquista de la República. Una auténtica guerra de religión. Frente al banco judeoprotestante, y republicano, de los Rothschild, se había alzado el banco católico, y monárquico, la Union Générale, que absorbía la plata de las cuestaciones parroquiales, vaciaba calcetines de lana chuanes y huchas reaccionarias con la bendición del Vaticano y el apoyo de los adversarios de la Gueuse. Hasta el día —una bella noche, dicen, la Nochevieja de 1881— en que el gobierno (presidente del consejo: el republicano francmasón Gambetta) se cargó la Union Générale: los Rothschild habían comprado títulos de la Union, los habían acumulado en secreto, y de golpe, ¡zas!, los lanzaron al mercado.

En *Bel Ami*, Maupassant ilustra la queja del periódico *Le Triboulet* (30 de diciembre de 1880): «Nos gobiernan los negociantes». En efecto, el vértigo de la especulación se apoderó de la Tercera República de los años ochenta. A decir verdad, perpetúa un rasgo constante de los regímenes burgueses, el «enriqueceos» de Guizot, válido aún después de la Monarquía de Julio hasta la Quinta República, inclusive (¡cómo no!). *Bel Ami* es una novela política, una sátira de la democracia capitalista. Recuerdo los problemas que el cineasta Louis Daquin tuvo con la censura cuando pretendió destacar este aspecto de la novela de Maupassant (1955), lo que le obligó a mutilar la película; una verdadera lástima.

¡Nombres y más nombres! Las alusiones de Maupassant a la realidad política y periodística de su época son tan detalladas y precisas que el lector de hoy, así como el contemporáneo de Maupassant, no resiste a la curiosidad de reclamar las claves. Yo les brindo un puñado, al tiempo que señalo que el interés que presentaban estas revelaciones ha perdido algo de mordacidad, y que la imaginación de Maupassant, por más escrupulosamente observadora que pudiera ser, procedía, como toda imaginación de novelista, de la transposición y la mezcla de fuentes.

El periódico en el que Duroy hizo carrera, *La Vie Française*, no existe, es una síntesis de distintas publicaciones del París de entonces, empezando por aquellas en las que Maupassant había colaborado: *Le Gaulois*, *Gil Blas*. Sobre todo *Gil Blas*, sin duda, con sus *Nouvelles à la main*, sus *Bruits de coulisses*, sus *Échos* de toda ley. No obstante, era más propio de *Le Gaulois* halagar el ego de los bien posicionados, cubrir de elogios a aquellos cuyos títulos, situación, fortuna podían servir de reclamo, y reunir bajo una serie de seudónimos, Domino Rose o Patte Blanche, a las damas mundanas caídas en la miseria, los restos de una aristocracia muy castigada por los avatares de la historia. Walter, el director de *La Vie Française*, el rey de la mordida, el líder, creador de opiniones, es Arthur Meyer, el director de *Le Gaulois*. Judíos ambos; obsesionados ambos por la competencia: Walter por el éxito de *La Plume*; Meyer, por el de *Le Figaro*. Con algunos detalles tomados de Dumont, director de *Gil Blas*, excolaborador de *Le Figaro*: la tacañería y el gusto exhibicionista por las colecciones personales de pinturas modernas, consideradas una baza material y social.

Mediante cotejo, podemos identificar tal o cual colaborador de *La Vie Française*: Santiago Rival, cronista y duelista, es el barón de Vaux, gacetillero «de moda», especialista en equitación, tiro, monterías. Las figuras como Garin, Montel, Fervacques, corresponden a Wolff, célebre cronista de *Le Figaro*, y a Aurélien Scholl, no menos célebre cronista de *L'Écho de Paris*. Saint Potin, Norberto de Varenne son papeles más que personajes: mil nombres para un rostro. Es auténtica también la manía de solucionar mediante el duelo las discrepancias profesionales. Lo que demuestra no tanto una quisquillosa concepción del honor como un claro sentido de la publicidad. «Cuando empieza a bajar la tirada de un periódico», escribe Maupassant en *Gil Blas*, «uno de los redactores se pone manos a la obra y, en un artículo virulento, insulta a cualquier colega. Se celebra un duelo del que se habla en los salones. Un procedimiento genial, que hará que cada vez sea más inútil la contratación de redactores que escriban en francés. Bastará con que dominen las armas».

En *Bel Ami* sólo hay un político con un papel importante: Laroche Mathieu, diputado y posteriormente ministro, accionista de *La Vie Française*, uno de los que se aprovecharon, «fabricaron», del asunto marroquí. Vamos a traducirlo: el asunto tunecino. Él también podría ser mil: manada de ex Maquiavelos de aldea, abogados

de provincias, hombres importantes de la capital, «hábil equilibrista entre los partidos extremos, especie de jesuita republicano y de champiñón liberal de dudoso origen, era uno de tantos como brotan en el estercolero popular del sufragio universal». Tuerto en el país de los ciegos, pasa por fuerte «entre los desclasados y los fracasados que se convierten en diputados». Está claro: Laroche Mathieu, pelele a quien manipulan los especuladores, especialista en conclusiones de todo tipo, es multitud, aún en nuestros días (1973).

La connivencia de la prensa, de las finanzas y de la política ha creado una fauna hormigueante entre la que se trafica y se especula en Bolsa de la misma forma que se trafica y se especula en política. Un mundo de directores de prensa con noticias recurrentes, de banqueros podridos, de corresponsales sobornables, a los que se juntan los nobles corruptos o falsos, así como los extranjeros, que, cuanto más sospechosos son, más títulos y condecoraciones reciben. «La aristocracia de galeras», dice Maupassant a vuela pluma. En primera fila, las grandes fieras, los tiburones: los capitalistas-políticos estilo Walter. Ellos son los que imperan en esta feria de los apetitos, los que canalizan la cada vez mayor influencia de los salones israelitas, los primeros que sacan partido del «cosmopolitismo del *Almanaque de Gotha*, de los barrios de Saint-Germain y Saint-Honoré, de la clave de las finanzas» (Jacques-Émile Blanche): una Rothschild se ha casado con un duque de Gramont; una Érard, con un marqués de Rochechouart; una Éphrussi, con un Faucigny-Lucinge; Arthur Meyer se casará con una tal señorita de Turenne; en *Bel Ami*, Rosa Walter acaba siendo condesa de Latour Yvelin, y Susana no consigue ser marquesa de Cazolles.

Sin Bel Ami. Susana es el último peldaño de la escalera que asciende Duroy. La señora Forestier nos despierta más curiosidad que la señora de Marelle y que la señora Walter. Es una de esas mujeres independientes, cultivadas, fuertes, a las que la época no permite mostrar de lo que son capaces: funcionan a través de tercero(s), varón(es). Educadoras, consejeras, colaboradoras, estas musas obran a la sombra de su «señor y maestro»: Léonie Léon al lado de Gambetta; Juliette Adam, a la que interesaban más las cenas que las comidas oficiales en el Elíseo; la señora Renaud de l'Ariège, inspiradora de un círculo republicano; Mathilde Stevens, alias Jeanne Thilda, musa política de distintos diputados y ministros. Por no hablar de las mujeres que pudieron haber ayudado al mismo Maupassant en su trabajo de periodista y de novelista: la condesa Potocka, Hermine Lecomte du Noüy, Clémence Brun.

Queda el propio Bel Ami. ¿Quién es? Sus contemporáneos han multiplicado las hipótesis. Fanfarrón, farolero, descarado, frecuentador de lugares chic, castigador de señoras, exsuboficial reenganchado, barón por la gracia de un título «ful», Bel Ami es el barón Ludovic de Vaux, primer despacho a la izquierda entrando en *Gil Blas*, calle Glück, un despacho con diván, en cuya puerta el barón de Vaux echaba ostensiblemente el cerrojo en cuanto entraba una visitante atractiva. Exsuboficial muy admirado entre las lectoras de *Gil Blas*, perdonavidas, prestatario, Bel Ami, que hacía escribir sus textos a «sus» mujeres, es René Maizeroy (barón René-Jean Toussaint), a

quien Maupassant acababa de escribir la introducción de su última novela, *Celles qui osent* (1883). No, se trata de Hervé de Maupassant, el hermano de Guy, gran deportista, experto esgrimidor, exhúsar, el que siempre andaba corto de dinero y, para conseguirlo, estaba dispuesto a utilizar cualquier recurso, seductor y falto de delicadeza: «Un sinvergüenza y un miserable», precisaba Guy, poco dado al afecto fraternal. Todos tienen razón. Duroy es todo esto mezclado. Pero Bel Ami es sobre todo Bel Ami. Es decir, Maupassant.

Maupassant, medio en broma, medio en serio, y más bien jactancioso, es el primero en admitirlo, imitando a Flaubert con su Bovary. Bel Ami es él, aunque sólo sea por el barco bautizado con este nombre, no por simple reconocimiento a los derechos de autor que le permitieron comprarlo, sino porque este Bel Ami cuyas velas permanecen a la espera de todos los vientos, a punto para singlar hacia nuevas orillas, es realmente Maupassant, inestable, siempre enamorado del mar, donde ve la imagen de su libertad, al lanzarse en cuerpo y alma hacia nuevos amores y también a otras tantas nuevas tempestades. Hambre de otros lugares, hambre de otra cosa, y antes que nada de otros rostros, de otros cuerpos. Ansiarlo todo sin disfrutar de nada no es sólo la dinámica del ambicioso; Maupassant es ambicioso, posee una ambición de otro tipo pero de la misma familia que el arribismo de Duroy: es el impulso del pirata, del corsario de alcobas (soberbia imagen de Paul Morand) que ejerce sobre la mujer un derecho de naufragio.

Aunque en alguna ocasión Maupassant llevó patillas, rizos en las sienes y gorra de chulo; a pesar de que ese Hércules Farnesio con bigote en la línea de las metamorfosis mitológicas simulara pasar del toro de los pastizales normandos al macarra de los pisos de soltero parisinos, no se ve ahí más que la calderilla del lirismo que, bajo la imagen de Bel Ami, une al creador y a su criatura. Entre los dos existen, en efecto, vínculos autobiográficos. Normandos ambos, con, en el fondo del corazón y en los repliegues de la memoria, un amor nostálgico por la provincia natal. Los dos son atractivos y gallardos y, también ambos, poseen aquel toque de suboficial que tanto gusta a las mujeres, subyugadas en el acto cuando al juzgar al macho por su aspecto lo que interpretan como virilidad toma la forma de una vulgaridad vigorosa en la brutalidad conquistadora. Los dos sufrieron la humillación de jóvenes, por cuestiones de fin de mes y la asfixia de los chupatintas víctimas de puntillosas vejaciones; ambos han alimentado el mismo sueño de «fortuna»: dinero, gloria, poder, amor. Es cierto. Y también es cierto que *Bel Ami* reconstruye la carrera de un Maupassant que hubiera carecido de talento literario.

Pero hay que sumergirse más adentro, hundirse más allá del parentesco que acerca a dos provincianos con un físico agraciado al asalto de un París que les repugna y les fascina. El lirismo, gracias al que la novela costumbrista evita el aspecto desagradable y a menudo seudocientífico del documento sin pulir, de la

investigación sin digerir, este lirismo en *Bel Ami* depende sobre todo de la sinceridad del testimonio. Aunque Duroy no hubiera guardado parecido con Maupassant, se trata de la visión de Maupassant; la visión que tiene Maupassant de las personas y de las cosas es la que da color a los puntos de vista de Maupassant sobre el amor, la prensa, la política, la muerte.

¿El amor? Los amores. El plural añade sabor. Conocemos la fórmula: «Dos mejor que una, tres mejor que dos, cuatro mejor que tres, diez mejor que cuatro». Maupassant no ama a una mujer sino a la Mujer, es decir, a las mujeres. Y quien dice «las mujeres» piensa enseguida en las «mujercitas». Y eso abarca desde a la puta declarada hasta a la zorra camuflada, e incluso a la zorra laureada: las «condesitas». Maupassant es preciso, sabe de qué habla: no hay peor (¿mejor?) hembra que la mujer mundana desde el momento en que se ha asegurado el secreto o la impunidad. Maupassant va y viene del lupanar al salón sin abandonar el harén. He aquí la felicidad. Me refiero al placer, la felicidad es harina de otro costal. El placer se adapta bien al desprecio, ¿puede que incluso aumente con el desprecio? El goce cuenta al principio, comparable con el que se experimenta en la mesa o en el esfuerzo deportivo. La fiesta de la carne. El júbilo sensual. El sensualismo omnipresente que reclama el naturalismo halla en Maupassant una sensualidad insaciable que le abre de arriba abajo, y no tan sólo a los colores, a semejanza de los impresionistas contemporáneos, sino también a los sonidos, a las caricias, a los olores. Esta sensualidad superactiva estimula los apetitos de la sexualidad, hasta la obsesión. Bautizar la yola de las hazañas náuticas en el Sena como *La Feuille à l'envers* es mucho más que una broma de vividores aficionados a «la cosa», es todo un programa. Y consagrar los primeros esfuerzos dramáticos a una comedia de (malas) costumbres titulada *À la feuille de rose, maison turque*, es manifestar, en la continuación del programa, una obstinación singular.

La misma sinceridad en la descripción de los medios periodísticos. Maupassant colaboró en *Gil Blas* con el nombre de Maufrigneuse, y escribió mucho en *Le Gaulois*. Y no sólo para publicar relatos. Artículos, crónicas, narraciones de viaje, reportajes, sobre Argelia, por ejemplo (como Duroy). Todo ello le permitió tomar una posición en las peleas políticas. En particular sobre la cuestión colonial. Con tanta vehemencia como convicción. Contra los «oportunistas» Gambetta y Jules Ferry (a quien odiaba). Contra los prevaricadores y marrulleros de la aventura «imperial». Furibundo y documentado, unas veces irónico y otras fulminante, Maupassant denuncia. ¿Era de extrema derecha, con Rochefort? ¿O de extrema izquierda, con Clemenceau? Ni lo uno ni lo otro. Lucha pero sin comprometerse. «Por egoísmo, maldad o eclecticismo, no quiero estar vinculado a ningún partido político, sea el que sea, a ninguna religión, a ninguna secta, a ninguna escuela». Le da miedo «la más pequeña cadena, ya venga de una idea o de una mujer». Oh, Bel Ami, bello navío: soltero en todas partes, en todos los mares.

Practica el anticonformismo visceral. El odio a los militares (aún celebro lo que

escribió sobre Boulanger), el horror a la guerra, a las estafas capitalistas, a la explotación del hombre por el hombre, a la Iglesia, «institución sobornable que ha perdido el sentido de su misión»: Maupassant vilipendia esta sociedad que, cuando no crea crédulos, crea hipócritas. Ninguna ilusión, ninguna indulgencia. ¡Qué diferencia con Zola, quien, el mismo año, finaliza *Germinal* sobre un canto de esperanza (el título lo indica) y con una declaración de confianza en el progreso social! Ante esto, Bel Ami se encogería de hombros. «Cuando observas de cerca el sufragio universal y los personajes que proporciona, te dan ganas de ametrallar al pueblo y de guillotinar a sus representantes; pero cuando observas de cerca a los príncipes que podrían gobernarnos, simplemente te haces anarquista». No hay solución posible: «El gobierno de uno solo es una monstruosidad, el sufragio censitario es una injusticia, el sufragio universal es una estupidez».

Que nadie se lleve a engaño. Bajo la imagen impasible del escritor que pretende responder únicamente a la curiosidad del sabio que recopila los hechos, se oculta la indignación. *Bel Ami* es una novela crispada. Crispada por una cólera fría, la de Duroy, que aprieta los dientes y suelta: «¡Estáis listos, hatajo de crápulas, hatajo de ladrones!». ¿De qué serviría la sublevación? La generosidad innata de Maupassant, tan clara cuando habla de la miseria de los humildes o del desamparo de los árabes expoliados, se convierte, con la desesperación, en maldad. Una maldad que justificaría, según Maupassant, su renuencia a cualquier compromiso. Maupassant, el mal pasante, el que pasa y provoca el mal.

Esa maldad que nace de la amargura es el rostro de un nihilismo consecuencia de un pesimismo radical. «¿Hay que estar loco de estúpida arrogancia para creerse ser algo más que un animal apenas superior al resto?». Ese grito, en el que la hosquedad casi no puede disimular la queja, provoca un escalofrío en la espalda, pues uno ve, al final de la perspectiva, al desgraciado Bel Ami a gatas, ladrando con la baba en los labios. Si Maupassant posee de forma aguda, incurable, la idea de la impotencia humana, algo tendrá que ver con ello Schopenhauer y el tizne de su filosofía. Schopenhauer, sin embargo, sólo aflige a los corazones dispuestos a la aflicción. Sólo sirve para ofrecer un matiz metafísico a una inquietud del temperamento. Inquietud que, por otro lado, casa con cierta inocencia, la inocencia de la humanidad antes de Freud, y se abandona sin complicaciones de orden íntimo a sus apetitos primarios, a sus instintos elementales: tengo sed, pues me bebo una jarra. La inocencia de Maupassant estalla en suspiro, en bocanada de felicidad (en efecto, entonces se trata de felicidad y no de placer) en el seno de la alegre naturaleza; ¡qué bello, diantre!

Lo característico del suspiro, de la bocanada de felicidad, es que no dura. Para el remero que navega por el Sena, el agua que corre no es sólo el símbolo (banal) del tiempo que transcurre y de la ilusión eterna; el río, estancado, que arrastra hacia el mar la basura de París, es la imagen de un mundo corrompido. La contaminación provoca la náusea, que se apodera de Maupassant, como de un personaje sartriano, ante el espectáculo de la podredumbre del mundo. Miasmas infames, tufos fétidos,

aliento apestoso: tal vocabulario define «el olor de humanidad», y el *odore di femina* sólo lo suplanta con intermitencias.

El Sena contaminado fluye hacia el mar, la sociedad gangrenada corre hacia la muerte. La náusea la provoca más la angustia de la nada que la visión y el olor de la basura. ¡Qué presente está en *Bel Ami*! El equivalente del discurso de Vautrin a Rastignac, fabulosa lección de energía más allá de las leyes, es la disertación de Norberto de Varenne, el viejo poeta fracasado, a Duroy, y es un sermón sobre la muerte. La muerte está ahí. Es inseparable del miedo y de la noche: que Duroy se prepare para el duelo de la mañana siguiente o que vele el cadáver de su amigo Forestier. Está ahí, insidiosa, paciente e infatigable, bajo la febril fiesta parisina, que transforma en danza macabra. Está ahí, bestia traidora que corroe, «cáncer» destructor, debilidad aún secreta que la esplendida salud de Maupassant consigue disimular, si bien el hombre ya conoce, en secreto, sus vigorosos desfallecimientos, que no tardarán en trastornarlo, en el sentido literal. Extraño, e inquietante, que Duroy al pasar delante de un espejo no reconozca su reflejo. En el fondo del espejo vislumbro el Horla.

Eros y Tánatos. Tras el guiñol de mujeres, periódicos, tejemanejes políticos, dinero, he aquí las dos divinidades fatales que juzgan el ascenso de Bel Ami. En cuanto a la vida, materializada por la sexualidad, el tema de la muerte se mezcla en el fondo de una angustia a la que tenemos que llamar existencial, cuyo súmmum se traduce en la afirmación de un logro. El pesimismo de Maupassant es tanto más inherentemente negador por cuanto se expresa mediante una novela positiva. Maupassant no nos describe en ella una caída, como en *Una vida*, ni un fracaso, como el de Rubempré, sino un logro como el de Rastignac. No asistimos a la demolición de un ser, como en *La educación sentimental*, sino a la construcción de una carrera. Ante Duroy, Maupassant no mantiene una admiración asqueada: ¡ah! Menudo cabrón, ¡qué garboso crápula! Maupassant se asoma al estercolero, aspira, mueve las fosas nasales, el poderoso olor a humedad, poder que lo convierte en perfume. El perfume de la carne descompuesta.

Pequeño juego de sociedad. ¿Conocen ustedes a algún Bel Ami? ¿A cuántos? Legiones. Pululan. No me presionen, daré nombres. Thibaudet, con un recato encantador, aseguraba que el tipo de Bel Ami no pasaba de moda, «está vinculado a la vida misma de París». Yo iré más allá. Los hombres-mujeres de la gigolonería politicastra hacen furor. ¿Y qué decir de la colusión prensa-dinero-política? Desde Maupassant han desaparecido dos repúblicas: seguimos gobernados por los negociantes.

JEAN-LOUIS BORY

CRONOLOGÍA

1850 Guy de Maupassant nace el 5 de agosto en el castillo de Miromesnil, cerca de Dieppe (algunos críticos afirman que nació en Fécamp). Muere Balzac. Segunda República: la Asamblea Legislativa, presidida por el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, opta por una política reaccionaria. Ley Falloux, ley electoral, ley de prensa.

1852 Publicación en francés de *Relatos de un cazador*, de Turgueniev.

1856 Nace el hermano de Guy, Hervé, lo que no salva el matrimonio de los padres; un padre egoísta, superficial, débil, mujeriego, derrochador; una madre hipersensible, autoritaria y con ínfulas literarias. Separación. La señora Maupassant se retira a la finca de las Verguies, en Étretat, con sus dos hijos.

1857 *Las flores del mal*. *Madame Bovary*. El gobierno imperial incoa un proceso por inmoralidad contra Flaubert, luego contra Baudelaire.

1862 *Padres e hijos*, de Turgueniev. Aparece la palabra «nihilismo».

1863 Termina, para el joven Guy, la infancia de correrías y libertad; ingresa en el pequeño seminario de Yvetot. *Dominique*, de Fromentin; *Vida de Jesús*, de Ernest Renan. Protectorado francés en Camboya. Guerra de México. En las elecciones legislativas avanza la oposición a Napoleón III.

1868 Guy estudia retórica en el colegio imperial de Ruán. Su tutor es Louis Bouilhet, poeta y amigo íntimo de Gustave Flaubert. Gracias a Bouilhet, el joven Maupassant conocerá a Flaubert, que se convertirá en su valedor literario. Alphonse Daudet publica *Poquita cosa*. Napoleón III hace concesiones liberales: ley de prensa.

1869 Flaubert publica *La educación sentimental*; Daudet, *Cartas desde mi molino*; Goncourt, *Madame Gervaisais*.

1870-71 Guerra franco-prusiana. Maupassant pertenece a la promoción de 1870.

Ingresa en Intendencia en Ruán. Asiste a los horrores de la derrota. No lo licencian hasta noviembre de 1871. Fin del Imperio. Comuna de París. *La buena canción*, de Paul Verlaine; *De l'Intelligence*, de H. Taine. Fallece Dickens.

1871-72 Maupassant ingresa en el Ministerio de la Marina, donde ocupa un puesto mediocre. Halla una compensación en las prácticas deportivas, en particular en sus travesías remando por el Sena. «Mi gran, mi única, mi pasión arrolladora fue, durante diez años, el Sena». Trabajos literarios bajo la dirección de Flaubert.

1873 Gobierno de Mac Mahon, llamado «de orden moral». Maupassant se mofa de «la solemne imbecilidad de este cretino». Daudet publica *Cuentos del lunes*.

1875 Inicios literarios. Un primer cuento, «La main d'écorché», se publica en el *Almanach Lorrain* de Pont-à-Mousson. Algunos versos aquí y allá. Relaciones literarias en casa de Flaubert. Guy conoce a Zola, Daudet, E. de Goncourt, Turgueniev; en casa de Catulle Mendès coincide con Mallarmé y Villiers de l'Isle-Adam. Frecuenta los salones de la princesa Matilde. Participa en el grupo que se forma alrededor de Zola en Médan. Zola, *La caída del abate Mouret*. Llega la Tercera República: leyes constitucionales sobre los poderes públicos.

1876 Primera cena de Flaubert-Zola-Daudet, en el Café Riche. Constitución del llamado grupo «de Médan».

1877 Maupassant padece trastornos de salud. Cura termal en Loèche. Flaubert, *Tres cuentos*; Goncourt, *La ramera Elisa*.

1878 El 18 de diciembre presenta su dimisión en el Ministerio de la Marina, y luego, gracias a Flaubert, ingresa en el Ministerio de Instrucción Pública. Detesta este oficio de chupatintas, espera con impaciencia el día en que pueda dar el portazo.

1879 Debuta en el teatro: Maupassant logra que representen un acto de *Histoire du vieux temps*. Dimisión de Mac Mahon. Fin del orden moral. *Nana*, de Zola.

1880 El 16 de abril se publica *Las veladas de Médan*. Maupassant presenta «Bola de Sebo»; admiración de Flaubert, gran éxito. 25 de abril. *Des vers*, libro de poesía. 8 de mayo: muere Flaubert, fulminado por una apoplejía; pena inmensa de Maupassant. Junio: Maupassant, ¡por fin!, «da el portazo», deja la Administración. Septiembre: viaje a Córcega. Primeros «martes» en casa de Mallarmé. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*. El 14 de julio es declarado fiesta nacional. Ley de amnistía y regreso de los antiguos comuneros. Decretos sobre la expulsión de los jesuitas.

1881 Maupassant está imparable. Colabora en *Le Gaulois*, *Gil Blas*, *Le Figaro* y *L'Écho de Paris*. Intensa actividad periodística que alimenta su obra. Mayo: *La casa Tellier*, libro de cuentos. Viaje al norte de África (Túnez, Argelia). Ley de libertad de prensa. Tras las elecciones legislativas, ministerio Gambetta. Túnez, tras la revuelta de Krumiria, se convierte en protectorado francés. A. France, *El crimen de Sylvestre Bonnard*; P. Verlaine, *Sabiduría*; Ibsen, *Espectros*. Renoir pinta *El almuerzo de los remeros*; Manet, *El bar del Folies Bergère*.

1882 Nuevo libro de cuentos: *Mademoiselle Fifi*. Viaje estival a Bretaña. Ley que regula la enseñanza primaria. Muere Gambetta. La Union Générale se hunde. Constitución de la Triple Alianza. Déroulède funda la Liga de los Patriotas. Koch identifica el bacilo de la tuberculosis, Pasteur descubre la vacuna contra el ántrax. Charcot inicia sus cursos en la Salpêtrière. Henry Becque, *Los Cuervos*.

1883 Primera novela: *Una vida*, publicada por entregas en *Gil Blas* entre el 27 de febrero y el 6 de abril. Junio: *Cuentos de la becada*. Maupassant manda construir la casa La Guillette en la carretera de Criquetot, cerca de Étretat. Fallecen Turgueniev, Manet y Wagner. Renan, *Recuerdos de infancia y de juventud*; Nietzsche, *Así habló Zaratustra*; Villiers de l'Isle-Adam, *Cuentos crueles*. Ministerio Jules Ferry: guerra de Tonkín.

1884 Trabajo intenso. En enero, un relato de viajes, *Bajo el sol*; en abril, otro libro de cuentos, *Claro de luna*; en julio, otra recopilación de cuentos, *Miss Harriet*, y otra más, *Las hermanas Rondoli*. Como prefacio a la publicación de las cartas de Flaubert a Georges Sand, escribe un estudio sobre Flaubert. Primeros trastornos nerviosos (dolor de cabeza, irritabilidad, angustia). Verlaine, *Jadis et naguère*; Daudet, *Sapho*; J. K. Huysmans, *A contrapelo*; Ibsen, *El pato salvaje*; Massenet, *Manon*. Ley

de los Sindicatos Obreros. Guerra de Madagascar. La Conferencia Internacional de Berlín acuerda la creación del Estado Independiente del Congo. Primer globo dirigible del capitán Renard.

1885 Tres libros de cuentos: *Yvette*, *Cuentos del día y de la noche*, *Toine*. Mayo: *Bel Ami*, publicado por entregas en *Gil Blas*, del 6 de abril al 30 de mayo. Maupassant se traslada de la calle Dulong a la calle Montchanin (la actual calle Jacques-Bingen), en el barrio de la Plaine Monceau. Un apartamento lujoso. Primavera: viaje a Italia, Sicilia. Verano: cura en Châtelguyon. Zola, *Germinal*; Jules Laforgue, *Los Lamentos*; Paul Bourget, *Enigma cruel*. Pasteur descubre la vacuna contra la rabia. Cae Jules Ferry tras la derrota de Tonkín, pero el dominio francés en Tonkín queda garantizado. Protectorado francés en Madagascar. En las elecciones de octubre, los republicanos retroceden, pero el grupo radical se ve reforzado con Clemenceau. Jules Grévy es reelegido presidente de la República. Eiffel construye el viaducto de Garabit. Abre el desván de los Goncourt. Mueren Jules Vallès y Victor Hugo.

1886 Y más cuentos: «El señor Parent», «La pequeña Roque», «Breve estancia en Inglaterra». Navega en el velero *Bel Ami*. Una vida trepidante: Maupassant se agota. Pierre Loti, *El pescador de Islandia*; Rimbaud, *Las Iluminaciones*; Drumont, *Francia judía*; Moréas, *Manifiesto simbolista*; Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*; E. de Vogüé, *La novela rusa*. Última exposición de los impresionistas; Seurat presenta *Tarde de domingo en la isla de la Grande Jatte*. Inicio de la agitación boulangista. Huelga de los mineros de Decazeville.

1887 Una novela, *Mont-Oriol*, publicada por entregas en *Gil Blas*, del 23 de diciembre de 1886 al 6 de febrero de 1887. Un libro de cuentos, en mayo, *El Horla*. Octubre en Argelia. Zola, *La Tierra*. Manifiesto antinaturalista de los cinco. Mallarmé, *Poesías*. Antoine funda el Théâtre Libre. Strindberg, *El padre*. Sadi Carnot es nombrado presidente de la República tras los escándalos que provocan la dimisión de Jules Grévy. Caso Schnebelé: tensión francoalemana.

1888 Una novela: *Pedro y Juan*, publicada por entregas en *La Nouvelle Revue*, del 1 de diciembre de 1887 al 1 de enero de 1888, y precedida por un *Estudio sobre la novela*. Un segundo dietario de viaje: *Sobre el agua*. Otro libro de cuentos: *El doncel de Madame Husson*. Viaje a Túnez durante el invierno de 1888-1889. Los síntomas empeoran. Van

Gogh pinta *Los girasoles*. Barrès, *Sous l'œil des barbares*. Auge del movimiento boulangista. Ascenso de Guillermo II. Fundación del Instituto Pasteur.

1889 Cuentos: «La mano izquierda». Novela: *Fuerte como la muerte*. Agonía de su hermano Hervé, víctima de la locura. Crucero por Italia en el *Bel Ami II*. Dolor de cabeza y tremendas molestias en los ojos. Zola, *La bestia humana*; Barrès, *Un hombre libre*; Claudel, *Tête d'or*; Bourget, *La Discipline*; Maeterlink, *La princesa Malena*; D'Annunzio, *El placer*; Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Concluye la agitación boulangista; los republicanos ganan las elecciones. Exposición Universal de París, con la torre Eiffel.

1890 Relatos de viajes: *La vida errante*. Último libro de cuentos: *La belleza inútil*. Última novela: *Nuestro corazón*, publicada por entregas en *La Revue des Deux Mondes* de mayo y junio. Última obra de teatro: *Musotte*. Traslado a la calle del Boccador, en el barrio de los Campos Elíseos. Intento de cura en Aix-les-Bains, Plombières y Gérardmer. Tentativas de reposo en Cannes y Argel. Paul Fort funda su Théâtre d'Art. Renan, *El futuro de la ciencia*; W. James, *Principios de psicología*. Fallece Van Gogh. Primeras manifestaciones del Primero de Mayo.

1891 Más curas en Divonne y en Champel-les-Bains. Maupassant se entrega al trabajo. Empieza *L'Âme étrangère*, *L'Angélus*. Zola, *El dinero*; Gide, *Los cuadernos de André Walter*; Barrès, *El jardín de Berenice*. Malestar social, tiroteo en Fourmies.

1892 1 de enero: intento de suicidio. 6 de enero: locura, internamiento en la clínica del doctor Blanche en Passy. Pierre Loti, *Fantôme d'Orient*; France, *L'Étui de nacre*; Claudel, *La jeune fille Violaine*. Escándalo de Panamá. Huelga de los mineros de Carmaux. Primeros atentados anarquistas.

1893 Maupassant fallece el 6 de julio. Tiene cuarenta y tres años. Inhumación el día 8 en el cementerio de Montparnasse. Mallarmé, *Versos y Prosa*; Courteline, *Boubouroche*. Alianza francorrusa. Los socialistas avanzan en las elecciones.

1899 *Le père Milon*, edición póstuma de cuentos no publicados hasta entonces en formato de libro.

Nota

El manuscrito de *Bel Ami* se compone de 436 hojas del llamado papel pautado, foliadas de la 1 a la 436. No presenta ninguna característica particular en cuanto a correcciones, que, en relación a la importancia de la obra, son pocas. Al comienzo Duroy se llama Leroy y Boisrenard, Plumelard. El encuentro entre Bel Ami y la señora Walter se sitúa en Saint-Augustin y no en la Trinité, diferencia que genera la modificación de algunos detalles. La prueba de adulterio ha dado lugar a diversos cambios al margen del manuscrito: la apertura de la puerta, la descripción de la habitación y la identidad de Laroche Mathieu.

Bel Ami fue terminada en febrero de 1885 y publicada como folletín en *Le Gil Blas*, del miércoles 8 de abril al sábado 30 de mayo de ese mismo año.

Maupassant escribió al editor Havard (21 de febrero de 1885):

> Me pide usted noticias mías. No son demasiado buenas. Tengo los ojos cada vez más enfermos. Creo que se debe a que están sumamente fatigados por el trabajo… He acabado *Bel Ami*. Sólo me falta releer y retocar los dos últimos capítulos. Con seis días de trabajo, estará completamente terminado.

En una carta a su madre, fechada en julio de 1885, añadía:

> Ninguna novedad sobre *Bel Ami*. Este libro es el que me ha impedido ir a Etretat, pues me muevo mucho para activar su venta, aunque sin demasiado éxito. La muerte de Victor Hugo le ha asestado un golpe terrible. Estamos en la vigesimoséptima edición, es decir, trece mil ejemplares vendidos. Como te decía, llegaremos a veinte mil o veintidós mil. Es muy razonable y eso es todo.

Bel Ami

Primera Parte

Capítulo I

Jorge Duroy salió del restaurante tras recibir de manos de la cajera la vuelta de sus cinco francos.

Como era engreído por naturaleza y por resabios de antiguo suboficial, hinchó el pecho, se atusó el bigote con ademán marcial y familiar, y lanzó una rápida mirada en torno a los comensales rezagados. Una mirada de niño bonito que se extendió como el aleteo de un gavilán.

Las mujeres habían levantado la cabeza para contemplarlo. Eran tres modistillas: una profesora de música de cierta edad, mal peinada, desaliñada, cubierta con un sombrero siempre polvoriento y vestida con un traje holgado, y dos burguesas acompañadas de sus maridos, parroquianos de este figón a precio fijo.

Una vez en la acera, Duroy permaneció un instante inmóvil preguntándose qué haría. Se encontraba a 28 de junio y solamente le quedaban tres francos con cuarenta céntimos en el bolsillo hasta final de mes. Esto representaba dos cenas sin almuerzos, o dos almuerzos sin cena. A elegir. Pensó que las comidas de la mañana costaban uno diez, en lugar del uno cincuenta que suponían las de la cena, con lo cual podría disponer, si se contentaba con los almuerzos, de un franco veinte céntimos. Esto aún le serviría para realizar dos colaciones a base de pan y salchichón, y tomar dos cervezas en el bulevar. Éste era su gran dispendio y su mayor placer de las noches; y pensando en ello, empezó a descender la calle de Notre Dame de Lorette.

Caminaba igual que cuando vestía el uniforme de húsares: el pecho abombado, las piernas ligeramente arqueadas, como si acabase de desmontar del caballo. Y avanzaba con brutalidad entre la multitud que poblaba la calle, chocando los hombros y empujando a la gente para no desviarse de su trayectoria. Llevaba su chistera, bastante ajada, un poco inclinada sobre una oreja, y taconeaba ruidosamente. Siempre tenía el aspecto de desafiar a cualquiera: transeúntes, casas, a la ciudad entera, por su presunción de apuesto soldado vistiendo de paisano. Aunque vestido con un terno de sesenta francos, conservaba cierta elegancia un poco llamativa y vulgar, pero innegable. Alto, bien formado, rubio, de un rubio castaño ligeramente rojizo, con un bigote retorcido que parecía espumear sobre su labio. Tenía ojos azules, claros, agujereados por pequeñas pupilas. Los cabellos rizados, naturalmente y separados por una raya en medio de la cabeza. Parecía, exactamente, el calavera de un folletín.

Era una de esas noches veraniegas en que el aire falta en París. La ciudad, ardiente como una estufa, parecía sudar en medio de la noche sofocante. Las alcantarillas arrojaban sus apestados alientos a través de sus bocas de piedra, y las cocinas subterráneas, por sus ventanas bajas, lanzaban a las calles las miasmas de las aguas de fregar y de las avinagradas salsas.

Los porteros, en mangas de camisa y a horcajadas sobre las sillas de paja, fumaban sus pipas bajo las puertas cocheras mientras contemplaban el perezoso caminar de los viandantes, con la frente desnuda y el sombrero en la mano.

Cuando Jorge Duroy desembocó en el bulevar aún se detuvo, indeciso sobre qué iba a hacer. Ahora le apetecía alcanzar los Campos Elíseos y la avenida del Bosque de Bolonia para encontrar un poco de aire fresco bajo la arboleda, pero también le acuciaba otro deseo: el de encontrar una aventura galante.

¿Cómo se le presentaría? Lo ignoraba, pero ya la esperaba desde hacía tres meses tarde y noche inútilmente. Cierto que entretanto y gracias a su apostura y su cara bonita, disfrutaba de algún amor pasajero, y, sin embargo, siempre esperaba algo más y mejor.

Con el bolsillo vacío y la sangre hirviéndole, se encandilaba al contacto de las trotacalles que le musitaban en las esquinas de las calles: «¿Vienes conmigo, guapo?». Pero no se atrevía a seguirlas porque no podía pagarlas. Y así esperaba otra cosa, otras caricias menos vulgares.

Sin embargo, le agradaban los lugares donde hormigueaban las mujeres públicas, sus bailes, sus cafés, sus calles. Le gustaba codearse con ellas, hablarles, tutearlas, olfatear sus perfumes violentos, sentirse cerca de ellas. Al fin también eran mujeres, mujeres de amor. Y no las despreciaba, al menos, con el desprecio característico de los padres de familia.

Giró hacia la Madeleine y siguió a la multitud que discurría abrumada por el calor. Los grandes cafés, llenos de público, invadían las aceras para instalar a su muchedumbre de bebedores bajo la luz brillante y cruzada de sus fachadas iluminadas. Ante los clientes, en mesitas cuadradas o redondas, los vasos contenían líquidos rojos, amarillos, verdes, marrones y de todos los matices; y en el interior de las botellas se veía brillar los gruesos y transparentes cilindros de hielo que refrescaban el agua pura y cristalina.

Duroy había moderado su paso y el deseo de beber le secaba la garganta.

Una sed cálida, una sed de noche de verano que le aprisionaba y le hacía pensar en la deliciosa sensación de las bebidas frías deslizándose en su boca. Pero si solamente bebía dos *bocks* durante el paseo, adiós la frugal comida del día siguiente. ¡Y conocía demasiado las horas hambrientas de los fines de mes!

Pensó: «Es preciso que aguante hasta las diez y ya tomaré mi *bock* en el Americano. Pero por todos los diablos, ¡tengo sed!».

Y contemplaba a aquellos hombres sentados a las mesas y bebiendo, todos aquellos hombres que podían saciar su sed cuanto les apeteciera. E iba pasando ante los cafés con aire arrogante y provocador mientras juzgaba de una ojeada al rostro y al traje, el dinero que cada consumidor debía llevar encima. Esto le producía una cólera sorda contra aquellas gentes sentadas y tranquilas. Si se les registraran los bolsillos, se encontraría oro, plata y calderilla. Por término medio, cada uno debía disponer de dos luises, como mínimo; había una centena en el café, y cien veces dos luises hacían ¡cuatro mil francos!

«¡Los muy cochinos!», murmuraba pavoneándose con gracia. Si pudiera coger a uno en un rincón de una calle, en medio de un sitio oscuro, le retorcería el cuello sin

escrúpulo alguno. De verdad, como solía hacerlo a las gallinas de los campesinos en sus días de maniobras.

Y se acordaba de sus dos años en África, y cómo esquilmaba a los árabes en las avanzadillas del Sur. Una sonrisa cruel y satisfecha se dibujó en sus labios ante el recuerdo de una escapada que costó la vida a tres hombres de la tribu de los Ouled-Alane, y que les había valido, a él y sus camaradas, veinte gallinas, dos corderos y oro suficiente para juerguearse durante seis meses.

Jamás se había encontrado a los culpables, claro que tampoco se hizo mucho por buscarlos. El árabe estaba casi considerado como la presa natural del soldado.

En París ya era otra cosa. Allí no se podía merodear tranquilamente, sable al cinto y revólver en mano, sin que la justicia civil interviniese. Se sentía agitado por todos los instintos del suboficial cobarde en país conquistado. Claro que añoraba sus dos años de desierto. ¡Qué lástima no encontrarse allá abajo! Pero he aquí que había esperado encontrarse mejor regresando. Y ahora… ¡Ay, sí! Ahora estaba lucido.

Y hacía chasquear su lengua en la boca, con un ligero ruido como para comprobar que tenía seco el paladar.

La multitud se deslizaba alrededor suyo, extenuada y parsimoniosa, mientras él seguía pensando: «¡Atajo de bestias! Todos estos imbéciles tienen cuartos en el bolsillo de sus chalecos».

Y empujaba a la multitud por la espalda mientras silbaba alegres cancioncillas. Los hombres golpeados se volvían gruñendo, y las mujeres exclamaban: «¡Vaya animal!».

Cruzó ante el Vaudevill y se detuvo frente al café Americano preguntándose si no tomaría su *bock*, ya que le torturaba tanto la sed. Antes de decidirse echó un vistazo a la hora en los relojes luminosos que había en medio de la calzada. Eran las nueve y cuarto. Se conocía bien: cuando tuviera el vaso lleno de cerveza delante, se lo bebería inmediatamente. Y entonces, ¿qué haría hasta las once?

Continuó caminando mientras meditaba: «Iré hasta la Madeleine y volveré calmosamente».

Cuando llegaba a la esquina de la plaza de la Ópera se cruzó con un hombre joven y grueso que le pareció haberlo visto antes en algún sitio.

Se puso a seguirle mientras registraba entre sus recuerdos y se repetía a media voz: «¿Dónde diablos he conocido yo a este tipo?».

Rebuscaba por toda su mente y no lograba identificarlo. De pronto, y por un singular fenómeno de nemotecnia, se imaginó al mismo hombre más delgado, más joven y vestido con el uniforme de húsares. Entonces exclamó en voz alta: «¡Caramba, si es Forestier!». Y apresurando el paso, se le acercó y le dio un golpecito en el hombro.

El otro se volvió, le contempló y luego dijo:

—¿Qué se le ofrece, señor?

Duroy se echó a reír.

—¿No me reconoces?

—No.

—Jorge Duroy, del VI de húsares.

Forestier le tendió las dos manos.

—¡Vaya, amigo! ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, ¿y tú?

—¡Oh, yo! No muy bien. Figúrate que tengo los pulmones hechos migas. Me paso tosiendo seis meses al año a consecuencia de una bronquitis que agarré en Bougival el año de mi regreso a París. Y ya hace de esto cuatro años.

—¡Caramba! Pues tienes un aspecto magnífico.

Forestier, tomando del brazo a su antiguo camarada, empezó a hablarle de su enfermedad con pelos y señales, de sus consultas, las opiniones y los consejos de los médicos y la dificultad de seguir sus tratamientos tal como estaba. Le habían indicado que pasara el invierno en el Midi, pero ¿acaso podía? Estaba casado y era periodista en un buen puesto.

—Dirijo la sección política en *La Vie Française*, la del Senado en *Salut*, y de vez en cuando, algunas crónicas literarias para *La Planete*. Como verás, me he abierto camino.

Duroy lo miraba sorprendido. Había cambiado bastante, se le veía maduro. Ahora tenía un aspecto y un traje de hombre reposado, seguro de sí, y barriga de hombre que come bien. Antaño era delgadito, menudo y ligero, aturdido, pendenciero y siempre dispuesto a alborotar. En tres años, París lo había convertido en otro hombre, grueso y serio, con algunos cabellos blancos en las sienes, a pesar de que no tendría más de veintisiete años.

Forestier preguntó:

—¿Adónde vas?

—A ninguna parte —replicó Duroy—. Daba una vuelta antes de regresar a casa.

—Bien, ¿quieres acompañarme a *La Vie Française*? Tengo algunas pruebas que corregir, y después iremos a tomar unas cervezas juntos.

—Adelante.

Y se pusieron a caminar cogidos del brazo con esa familiaridad tan sencilla que existe entre quienes fueron compañeros de escuela, o camaradas de regimiento.

—¿Qué haces por París? —le preguntó Forestier.

Duroy se encogió de hombros.

—Morirme de hambre —dijo—. Una vez cumplido el servicio decidí venir aquí para… para hacer fortuna, o tal vez para vivir en París. Y aquí me tienes desde hace seis meses empleado en las oficinas de los ferrocarriles del Norte, con mil quinientos francos al año por todo sueldo.

—Diablos, eso no es para engordar —murmuró Forestier.

—Desde luego. Pero ¿qué quieres que haga? Estoy solo, no conozco ni tengo quien me recomiende a nadie. No son buenos deseos los que me faltan, sino medios.

Su camarada le examinó de pies a cabeza, como hombre práctico que juzga a un sujeto, y exclamó en tono convencido:

—Mira, muchacho, aquí todo depende de la personalidad. Un hombre medianamente astuto llega antes a ministro que a jefe de negociado. Es necesario imponerse y no pedir. Pero ¿cómo diablos no has encontrado tú un puesto mejor que el de empleado en el Norte?

Duroy replicó:

—Ya busqué por todas partes y no he descubierto nada. Pero tengo algo en perspectiva en estos días. Me han ofrecido entrar de profesor de equitación en el picadero Pellerin. Allí tendré, por lo menos, tres mil francos.

Forestier se detuvo en seco.

—No hagas eso, es estúpido aun cuando ganases diez mil francos. Te cierras el porvenir de un golpe. En tu oficina, al menos, estás escondido, nadie te conoce y puedes salir si eres fuerte y continuar tu camino. Pero una vez convertido en profesor de equitación, se acabó todo. Es como si fueras el dueño de un hotel al que va a cenar todo París. Cuando hayas dado lecciones de equitación a hombres de la buena sociedad, o a sus hijos, ellos jamás te podrán considerar como un igual.

Guardó silencio y reflexionó algunos segundos. Después preguntó:

—¿Tienes el bachillerato?

—No. Me suspendieron dos veces.

—Eso no importa con tal de que hayas hecho los estudios hasta el final. Si se habla de Cicerón o de Tiberio, tú sabes más o menos quiénes son, ¿no?

—Sí, más o menos.

—Bien. En principio, nadie sabe nada, a excepción de veinte imbéciles que no sirven para otra cosa. Además, no es difícil pasar por entendido. La cuestión es no dejarse coger en flagrante delito de ignorancia. Se va maniobrando, se esquivan las dificultades, se sortean los obstáculos y se apabulla a los otros por medio del diccionario. Todos los hombres son tontos como patos e ignorantes como peces.

Hablaba con la campechana tranquilidad de quien conoce la vida, y sonreía al observar cómo paseaba la multitud. Pero de golpe se puso a toser y se detuvo hasta que le cesó el acceso. Después añadió, en tono descorazonado:

—Es fastidioso no poder desembarazarse de esta bronquitis. Y eso que estamos en verano… ¡Ah! Este invierno me iré a curarla a Menton. ¡A ver si la echo de una vez! La salud ante todo.

Llegaron al bulevar Poissonière y se detuvieron ante una gran puerta con vidrieras tras las cuales había pegado un periódico abierto por ambas caras. Había tres personas paradas leyéndolo.

Por encima de la puerta se exponía, como una llamada en grandes letras de fuego dibujadas con la llama del gas, el rótulo de *La Vie Française*.

Los viandantes que cruzaban bruscamente ante la claridad lanzada por estas tres palabras luminosas, aparecían totalmente iluminados, visibles, claros y blancuzcos

como a la luz del día, y luego volvían a hundirse en la sombra.

Forestier empujó esa puerta y dijo:

—Entra.

Duroy le siguió, subió una escalera lujosa y sucia completamente visible desde la calle. Desembocaron en una antesala donde dos ordenanzas saludaron al periodista, quien al fin se detuvo en una especie de sala de espera, polvorienta y aparatosa, tapizada con una imitación de terciopelo verde sucio, lleno de manchas y roído en algunos sitios como si los ratones lo hubieran atacado.

—Siéntate —indicó Forestier—. Regreso dentro de cinco minutos.

Desapareció por una de las tres salidas que desembocaban en aquel gabinete.

Un olor extraño, particular e indecible, el olor de las salas de redacción, flotaba en el ambiente. Duroy permaneció inmóvil, un poco intimidado y, sobre todo, sorprendido. De vez en cuando pasaban algunos hombres por delante suyo, apresurados, entrando por una puerta y saliendo por otra antes de que él tuviera ocasión de mirarlos.

Unas veces eran jóvenes, casi niños, que parecían muy atareados, llevando en la mano una hoja de papel que se agitaba al impulso de la carrera; otras los cajistas, cuyas blusas manchadas de tinta dejaban ver los cuellos de sus camisas bien blancas y los pantalones de paño iguales a los de los hombres elegantes; llevaban en las manos, cuidadosamente, tiras de papel impreso, las pruebas frescas, las galeradas húmedas. A veces entraba un señorito vestido con afectada elegancia, el talle bien ceñido en su levita, la pierna exageradamente dibujada bajo la ajustada tela, y los pies oprimidos por zapatos muy puntiagudos. Era un gacetillero mundano que traía los ecos de la jornada.

Aun llegaban otros, graves, importantes, cubiertos con sombreros de copa como si con esto solamente quisieran distinguirse de los demás mortales.

Forestier reapareció cogiendo del brazo a un hombre delgado, de unos treinta a cuarenta años, vestido de negro y con corbata blanca. Era muy moreno, el bigote retorcido en agudas puntas, con aspecto harto insolente y muy satisfecho de sí.

—Adiós, querido maestro —le dijo Forestier.

—Hasta la vista, querido —exclamó el otro estrechándole la mano antes de descender la escalera silbando y con el bastón bajo el brazo.

—¿Quién es? —preguntó Duroy a su amigo.

—Es Santiago Rival, ya sabes, el famoso cronista y espadachín. Acaba de corregir sus pruebas. Garin, Montel y él son los tres primeros cronistas con ingenio y de actualidad que tenemos en París. Rival gana aquí sus treinta mil francos por año con sólo dos artículos a la semana.

Cuando se marchaban se cruzaron con un hombrecillo gordo, de cabellos largos y aspecto desaseado. Subía las escaleras jadeando.

Forestier lo saludó en voz baja y con respeto, y luego dijo a su amigo:

—Es Norberto de Varenne, el poeta, el autor de los *Soles muertos*, una firma que

aún se cotiza. Cada cuento que nos entrega cuesta trescientos francos, y el más largo no alcanza las doscientas líneas. Pero entremos en el Napolitano. Me muero de sed.

Cuando estuvieron sentados ante una mesa del café, Forestier gritó:

—¡Dos *bocks*!

Bebió el suyo de un trago mientras Duroy bebía su cerveza a sorbos lentos, saboreándola y paladeándola como un manjar precioso y raro.

Su compañero, silencioso, parecía reflexionar. Después dijo de sopetón:

—¿Por qué no intentas hacerte periodista?

Duroy le contempló sorprendido y al fin repuso:

—Pero… es que… en mi vida he escrito nada.

—¡Bah! Todo es probar y empezar. Yo podría emplearte para que fueses a buscarme informaciones, encomendarte ciertas diligencias y visitas. Al principio podrías ganar doscientos cincuenta francos y los coches pagados. ¿Quieres que hable de ti al director?

—¡Hombre! Claro que quiero.

—Entonces, hagamos una cosa. Ven a cenar a mi casa mañana. Tengo cinco o seis personas invitadas: el señor Walter, propietario del periódico, su esposa, Santiago Rival y Norberto de Varenne, a quienes acabas de ver, además de una amiga de mi esposa. ¿Conforme?

Duroy vacilaba, perplejo y con el rostro encendido de vergüenza. Murmuró al fin:

—Es que…, no tengo ropa apropiada.

Forestier se quedó estupefacto:

—¿No tienes frac? ¡Diablos! He ahí una cosa totalmente indispensable. En París es preferible no tener cama a no tener un frac.

Después, con súbito ademán, rebuscó en el bolsillo de su chaleco, extrajo unas cuantas monedas de oro, separó dos luises, los puso delante de su antiguo camarada, y le dijo en tono cordial y amistoso:

—Ya me lo devolverás cuando puedas. Alquila o compra a plazos, dejando una señal, la ropa que necesites. En fin, arréglatelas como puedas, pero ven mañana a cenar a casa. Mañana a las siete y media en el 17 de la calle Fontaine.

Duroy, turbado, recogió el dinero y balbució:

—Eres muy amable. No sabes cuánto te lo agradezco. Ten la seguridad de que no lo olvidaré.

Forestier le interrumpió:

—Bueno, ya está bien. Otro *bock*, ¿no es cierto? —y gritó volviéndose—: ¡Camarero, dos *bocks*!

Cuando los hubieron bebido, el periodista le preguntó:

—¿Te gustaría que paseásemos un poco? Para matar una hora.

—Encantado.

Se pusieron a caminar hacia la Madeleine.

—¿Qué podríamos hacer mejor? —preguntó Forestier—. Hay quienes pretenden

que en París un paseante siempre se entretiene, pero no es cierto. Cuando yo quiero callejear por las noches, jamás sé dónde ir. Una vuelta por el bosque sólo es entretenido cuando vas con una mujer y no siempre la tienes a mano. Los cafés-concierto pueden distraer a mi farmacéutico y su esposa, pero no a mí. ¿Qué hacer, entonces? Nada. Debería existir aquí un jardín de verano, algo como el parque Monceau, abierto por las noches y en donde se escuchase buena música mientras se beben cosas frescas bajo la arboleda. No como un lugar de diversión, sino de paseo. Se pagaría cara la entrada, a fin de atraer a las mujeres atractivas. Se podría caminar por las avenidas bien arenadas, iluminadas con luz eléctrica, y sentarse de cuando en cuando para escuchar la música de lejos o cerca. Ya tuvimos algo parecido en otra ocasión en Musard, pero con gusto populachero y demasiado bailoteo, ni demasiado grande, ni bastante umbroso, ni lo suficientemente sombrío. Sería preciso un jardín muy hermoso y amplio. Sería algo encantador. ¿Adónde quieres ir?

Duroy, perplejo, no sabía qué decir. Al fin se decidió:

—No conozco el Folies Bergère. De buena gana le echaría un vistazo.

—¡Diablo! —exclamó su compañero—. ¿El Folies Bergère? Nos asaremos allí como en un horno. En fin, sea. Aquello siempre es divertido.

Ambos giraron sobre sus talones para alcanzar la calle del Faubourg Montmartre.

La iluminada fachada del local proyectaba un gran resplandor sobre las cuatro calles que desembocaban delante de ella. Una larga fila de simones esperaba la salida del público.

Forestier entraba y Duroy le retuvo.

—Nos olvidamos de pasar por la taquilla.

El periodista le respondió dándose importancia:

—Conmigo nunca se paga.

Cuando se aproximó al control de entrada los tres hombres que había en la puerta le saludaron. El que estaba en el centro le tendió la mano. El periodista preguntó:

—¿Tiene un buen palco?

—Pues claro, señor Forestier.

Tomó el cupón que le tendían, empujó la puerta acolchada, cuyos batientes estaban forrados en cuero, y se encontraron en la sala.

Una humareda de tabaco velaba todo como si fuera una fina niebla en las zonas más distantes, el escenario y el lado opuesto del teatro. Se elevaba sin cesar en delgadas espirales blancuzcas de los cigarros de cuantos fumaban, y esta ligera bruma, siempre ascendiendo, se acumulaba bajo el techo y formaba, bajo la amplia bóveda, alrededor de la araña central y encima del primer anfiteatro lleno de espectadores un cielo cuajado de humo.

Dentro del amplio corredor de entrada que conduce al pasillo circular, por donde pasa la chusma de mujeres mezclada a la masa sombría de hombres, un grupo de mujeres esperaban a los recién llegados delante de uno de los tres mostradores donde tronantes, pintarrajeadas y marchitas, ofrecían bebidas y amor.

Grandes espejos, tras ellas, reflejaban sus espaldas y el rostro de los paseantes.

Forestier se abría paso entre los grupos y avanzaba con rapidez como si fuera un hombre con derecho a consideración.

Se aproximó a una acomodadora y le preguntó:

—¿El palco diecisiete?

—Por aquí, señor.

Los encerró en una pequeña caja de madera, descubierta y tapizada en rojo, que contenía cuatro sillas del mismo color tan juntas que apenas podían moverse entre ellas. Ambos amigos se sentaron. A derecha e izquierda, siguiendo una larga línea circular cuyos extremos tocaban en cada lado del escenario, una serie de cajas parecidas acogía a sujetos, sentados igualmente, y de los que no se veía más que la cabeza y el pecho. En el escenario actuaban tres hombres jóvenes que vestían trajes de malla: uno alto, otro mediano y otro pequeño hacían alternativamente ejercicios en un trapecio.

Primeramente avanzaba el grande a saltitos rápidos, sonriendo y saludando con un movimiento de la mano como si enviara besos.

Bajo las mallas se perfilaban los músculos de sus brazos y piernas. Hinchaba el pecho para disimular su estómago demasiado saliente. Y su rostro parecía el de un peluquero, con la raya abriendo cuidadosamente su cabellera en dos partes iguales, justo en medio de la cabeza. Alcanzaba el trapecio con un gesto gracioso, y, colgado por las manos, giraba en torno a él como una rueda lanzada; o bien, con los brazos rígidos y el cuerpo recto, se mantenía inmóvil, acostado horizontalmente sobre el vacío, y sosteniéndose únicamente a la barra fija por la fuerza de sus puños.

Después saltaba a tierra, saludaba de nuevo sonriendo mientras aplaudía el patio de butacas y corría a pegarse al decorado procurando lucir, a cada paso, la musculatura de sus piernas.

El segundo, menos alto y más barrigudo, avanzaba a su vez y repetía el mismo ejercicio que el último en medio de la señalada aprobación del público.

Pero Duroy apenas se cuidaba del espectáculo. Con la cabeza vuelta hacia atrás no hacía más que observar el gran paseo lleno de hombres y prostitutas.

Forestier le dijo:

—Fíjate en las butacas de patio. No hay más que burgueses con sus esposas e hijos: buenas cabezas vacías que vienen a deleitarse con el espectáculo. En los palcos están los juerguistas, algunos artistas y algunas muchachas alegres. Y tras de nosotros, la más pintoresca reunión que puedas imaginarte de todo París. ¿Quiénes son esos hombres? Obsérvalos. Hay de todo, de toda clase de profesiones, pero predominando la crápula. Ahí tienes a empleados: a empleados de banco, de establecimientos, de ministerios, reporteros, chulos, militares de paisano, petimetres con frac que vienen a cenar al cabaret e irán a la Ópera antes de entrar en los Italianos; y aún quedan muchos hombres sospechosos que desafían todo análisis. Respecto a las mujeres, sólo hay una clase: las que cenan en el Americano, las

muchachas de uno o dos luises que acechan a los extraños de cinco luises y llaman a sus asiduos cuando no tienen negocio. Son las mismas desde hace seis años. Se las ve todas las noches en el mismo sitio durante todo el año, a excepción de cuando pasan una temporada higiénica en Saint Lazare o en Lourcine.

Duroy no le escuchaba. Una de aquellas mujeres se había acodado en el palco de los dos amigos y le contemplaba. Era una morena algo gruesa y con la carne blanca de los polvos. Tenía los ojos negros, alargados, sombreados por un lápiz y encuadrados bajo enormes y ficticias cejas. Su pecho, demasiado robusto, atirantaba la seda oscura de su vestido; y sus labios pintados, rojos como una herida, le daban un aspecto bestial, ardiente y exagerado que encendía el deseo.

La mujer, con un movimiento de cabeza, llamó a una de sus amigas más próximas, una rubia de cabellos rojizos, también gruesa, y le dijo con voz suficientemente alta para ser oída:

—Fíjate, mira que hombre más guapo: si me quiere por diez luises, no le desairaré.

Forestier se giró, y, sonriendo, golpeó uno de los muslos de Duroy.

—Eso va por ti. Tienes éxito, amigo. Mi enhorabuena.

El antiguo suboficial había enrojecido. Con un movimiento maquinal de los dedos tanteó las dos monedas de oro que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Habían bajado el telón y ahora estaba tocando la orquesta un vals.

—¿Y si diésemos una vuelta por la galería? —propuso Duroy.

—Como quieras.

Salieron e inmediatamente fueron arrastrados por la corriente de paseantes. Apretujados, empujados, aplastados y sacudidos, caminaban teniendo ante sí un bosque de sombreros. Y las jóvenes, de dos en dos, pasaban entre aquella jauría de hombres atravesándola con facilidad. Se deslizaban entre los codos, entre los pechos y las espaldas como si se encontraran en sus propias casas y estuvieran tan a gusto como los peces en el agua, en vez de esta marea de machos.

Duroy, satisfecho, se dejaba arrastrar embriagándose con aquella atmósfera viciada por el tabaco, por el olor humano y el perfume de las bribonas. Sin embargo, Forestier sudaba, soplaba y tosía.

—Vámonos al jardín —dijo.

Y torciendo a la izquierda, penetraron en una especie de jardín cubierto, que dos grandes fuentes de malísimo gusto refrescaban. Bajo los tejos y tuyas, los hombres y las mujeres bebían alrededor de las mesas de cinc.

—¿Otro *bock*? —preguntó Forestier.

—Sí, con mucho gusto.

Se sentaron y contemplaron cómo pasaba el público.

De vez en cuando se detenía una trotacalles y les pedía sonriendo melifluamente:

—¿Me convida a algo, señor?

—A un vaso de agua en la fuente —les respondía Forestier.

—¡Hala ya, grosero! —exclamaba alejándose.

Pero la gruesa morena que se había apoyado sobre el palco de ambos un poco antes, reapareció caminando arrogante y cogida del brazo de la gruesa rubia. Ambas constituían verdaderamente un hermoso par de mujeres bien formadas.

Sonrió al descubrir a Duroy, como si los ojos de ambos ya se hubiesen dicho cosas íntimas y secretas; y, tomando una silla, se sentó tranquilamente delante de él e hizo sentar a su amiga. Después pidió con voz clara:

—¡Camarero, dos granadinas!

Forestier, sorprendido, exclamó:

—¡Caramba! ¡No te privas de nada, chica!

Ella respondió:

—Es tu amigo quien me seduce. Verdaderamente es guapo. ¡Hasta creo que me haría cometer locuras!

Duroy, intimidado, no sabía qué decir. Se retorcía el bigote rizado mientras sonreía neciamente. El camarero trajo los refrescos, las mujeres se los bebieron de un trago, después se levantaron y la morena, con un pequeño saludo de cabeza y un ligero golpe de abanico en el brazo, dijo a Duroy:

—Gracias, monín. No eres muy hablador que digamos.

Se alejaron balanceando sus caderas.

Entonces Forestier se echó a reír y dijo:

—¡Vaya con mi amigo! ¿Sabes que tienes mucho éxito entre las mujeres? Habrá que cuidar eso, puede conducirte muy lejos.

Guardó silencio un instante para añadir luego, con ese tono soñador que poseen las personas que piensan en voz alta:

—Ellas son, todavía, quienes hacen que llegues más rápido.

Y como Duroy continuase sonriendo y sin responder, le preguntó:

—¿Te quedas un rato? Yo me vuelvo a casa. Ya tengo bastante.

—Sí, me quedaré un poco más —respondió el otro—. Aún es temprano.

Forestier se puso en pie.

—Pues bien, adiós, entonces. Hasta mañana. ¡Y no lo olvides! A las siete y media en el 17 de la calle Fontaine.

—Comprendido. Hasta mañana, y gracias.

Se estrecharon la mano y el periodista se alejó.

Cuando hubo desaparecido, Duroy se sintió libre. Nuevamente palpó con alegría las dos monedas de oro que guardaba en el bolsillo. Después se levantó y se puso a caminar entre la multitud, examinándola con la mirada.

Enseguida descubrió a las dos mujeres, a la rubia y a la morena, que siempre avanzaban con su peculiar altivez mendicante a través del enjambre de hombres.

Caminó derecho hacia ellas y cuando estuvo muy próximo no se atrevió a dar un paso más.

La morena le dijo:

—¿Has encontrado la lengua?

Él balbució:

—¡Diablos!

Pero no consiguió pronunciar otra palabra más.

Permanecían de pie los tres, parados, entorpeciendo el movimiento del corredor y formando un remolino en torno a ellos. Ella, entonces, le preguntó de golpe:

—¿Te vienes a mi casa?

Él, estremeciéndose de deseo, respondió brutalmente:

—Sí, pero no tengo más que un luis en el bolsillo.

La mujer sonrió con indiferencia:

—Eso no tiene importancia.

Y le tomó el brazo en señal de posesión. Cuando salieron de allí, él pensaba que con los veinte francos restantes podría alquilarse fácilmente un traje de etiqueta para el día siguiente.

Capítulo II

—¿El señor Forestier, por favor?

—En el tercero, izquierda.

El portero había respondido con esa amabilidad que revela cierta consideración por su inquilino. Y Jorge Duroy subió la escalera.

Se encontraba un poco molesto e intimidado. Vestía frac por primera vez en su vida y se sentía inquieto por su indumento. Notaba defectos en todo: en los zapatos no muy relucientes, pero sí de fina piel, pues presumía de calzar bien; en la camisa, de cuatro francos cincuenta, comprada aquella misma mañana en el Louvre, y cuyo delicado plastrón ya empezaba a arrugarse. Las camisas que utilizaba otros días estaban tan deterioradas en algunos sitios que no había podido usar ni la menos estropeada.

Su pantalón, un poco amplio, se ajustaba mal a la pierna y parecía arrugarse alrededor de la pantorrilla. Adquiría esa apariencia desaliñada que adoptan los trajes de ocasión sobre los miembros que cubren accidentalmente. Sólo el frac tenía una apariencia pasable, pues había conseguido encontrar uno que casi era de su talla.

Subía lentamente las escaleras, el corazón palpitante, el espíritu ansioso y acosado, sobre todo, por el temor de parecer ridículo. Y de pronto descubrió ante él a un caballero vestido de etiqueta que le contemplaba. Se encontraron tan próximos uno de otro que Duroy echó un paso atrás y se quedó estupefacto. Era él, reflejado por un gran espejo de pie que situado en el primer descansillo ofrecía una larga perspectiva del corredor. Le inundó un estremecimiento de júbilo al darse cuenta de que estaba mejor de lo que creía.

Como no tenía en su casa más que un pequeño espejo para afeitarse, no había podido contemplarse totalmente, y las pequeñas e incompletas visiones de diversas partes de su indumento le habían hecho exagerar la idea de su incorrección al punto de creerse grotesco.

Sin embargo, descubriéndose ahora repentinamente en el espejo, ni se había reconocido. Se había tomado por otro, por un hombre más elegante y mundano que aparecía muy favorecido al primer golpe de vista.

Ahora, observándose con detenimiento, reconocía que verdaderamente su conjunto era satisfactorio.

Entonces se estudió como todos los actores cuando aprenden sus papeles. Se sonrió, se alargó la mano, hizo gestos, expresó sus sentimientos: asombro, placer, aprobación, y buscó diferentes clases de sonrisas y de intencionadas miradas para mostrarse galante cerca de las mujeres, hacerlas comprender que se las admira e incluso que se las desea.

Se abrió una puerta en la escalera. Tuvo miedo a ser sorprendido y empezó a subir más rápido y con el temor de que algún invitado de su amigo le hubiera descubierto haciéndose carantoñas.

Al llegar al segundo piso descubrió otro espejo y aminoró su marcha para contemplarse al cruzarlo. Su apostura le pareció verdaderamente elegante. Caminaba bien… Y una confianza inmodesta en sí mismo, invadió su espíritu. Cierto, triunfaría, con aquella figura, su deseo de llegar, la resolución que poseía y su independencia de ánimo. Llegando al último piso le entraron deseos de correr y saltar. Se detuvo ante el tercer espejo, se atusó el bigote con un gesto maquinal, levantó su sombrero para arreglarse el cabello y murmuró a media voz, como solía hacer a menudo:

«He aquí una excelente criatura».

Tendió la mano hacia el timbre y lo hizo sonar.

La puerta se abrió casi inmediatamente. Se encontró en presencia de un mayordomo vestido de etiqueta, grave, afeitado y tan perfectamente presentable que Duroy volvió a turbarse sin comprender exactamente de dónde le llegaba aquella emoción: tal vez de una inconsciente comparación entre el corte de sus respectivos trajes. El lacayo, que calzaba zapatos acharolados, le preguntó tomando el abrigo que Duroy llevaba al brazo para que no se pudieran ver sus manchas:

—¿A quién debo anunciar?

Y lanzó el nombre en un salón donde le invitó a entrar después de haber levantado la cortina de la puerta.

Duroy perdió instantáneamente su aplomo. Se sintió paralizado de temor y anhelante. Iba a dar su primer paso dentro de una existencia esperada, soñada tantas veces. Y avanzó a pesar de todo. Lo esperaba una mujer joven, rubia. Estaba sola y de pie, en medio de una gran sala bien iluminada y llena de arbustos, como un invernadero.

Se detuvo en seco, completamente desconcertado. ¿Quién era aquella señora que le sonreía? Enseguida se acordó de que Forestier estaba casado, y el pensamiento de que tan hermosa y elegante rubia debía ser la esposa de su amigo acabó por deslumbrarle.

—Señora… —balbució—. Soy…

Ella le tendió la mano.

—Lo sé, señor. Carlos me ha contado el encuentro que tuvieron ayer noche, y celebro que haya tenido la buena ocurrencia de rogarle que cene hoy con nosotros.

Duroy enrojeció hasta las orejas al no saber qué decirle. Se sentía examinado, inspeccionado de pies a cabeza, valorado y al fin juzgado.

Sentía deseos de excusarse e inventar alguna razón que explicase los descuidos de su indumento, pero no encontró palabras y no se atrevió a tocar un tema tan delicado.

Se sentó en una butaca que ella le indicó, y cuando notó plegarse bajo su peso el terciopelo elástico y suave del asiento, cuando se sintió hundido, apoyado y ceñido por aquel mueble acariciante, cuyo respaldo y brazos acolchados le sostenían delicadamente, le pareció que penetraba en una nueva y encantadora existencia; que tomaba posesión de algo delicioso, que se convertía en alguien y que al fin estaba salvado.

Entonces miró a la señora Forestier que no había cesado de contemplarle.

Llevaba un vestido de cachemira azul pálido que delineaba perfectamente su talle esbelto y su pecho opulento.

La carne de sus brazos y cuello surgía entre la blanca espuma de encaje que guarnecía su corpiño y las breves mangas. Los cabellos, peinados hacia arriba, encima de la cabeza, se rizaban ligeramente sobre la nuca y formaban como una nubecilla de rubio césped encima del cuello.

Duroy se tranquilizó ante su mirada, que le recordó, sin saber por qué, a la de la morena encontrada la víspera en el Folies Bergère. Poseía los ojos grises, de un gris azulado que le daban una extraña expresión. La nariz fina, los labios gruesos, la barbilla un poco carnosa componían un rostro irregular y seductor, lleno de encanto y picardía. Constituía uno de esos rostros de mujer en los que cada facción revela una gracia peculiar, cierto significado, y cada movimiento parece decir o esconder alguna cosa.

Tras un breve silencio ella le preguntó:

—¿Se encuentra en París desde hace mucho tiempo?

Duroy respondió mientras se recobraba poco a poco:

—Sólo desde hace unos meses, señora. Tengo un empleo en los ferrocarriles, pero Forestier me ha hecho concebir la esperanza de convertirme, gracias a él, en periodista.

Ella acentuó su sonrisa y la hizo más acogedora mientras murmuraba bajando la voz:

—Ya sé.

El timbre sonó nuevamente y el mayordomo anunció:

—La señora de Marelle.

Era ésta una morena menuda, de esas que se las llama morenitas.

Penetró con desenvoltura. Y su sencillo vestido oscuro parecía favorecerla modelándola de pies a cabeza.

Sólo una rosa roja, prendida en su negra cabellera, llamaba la atención violentamente y parecía realzar su fisonomía, acentuar su carácter, dándole la animación y brusquedad que le faltaba.

Una muchachita de traje corto la seguía. La señora Forestier se adelantó a recibirlas.

—Buenas tardes, Clotilde.

—Buenas tardes, Magdalena.

Se besaron y después la niña tendió su frente con el aplomo de una persona mayor, y pronunció:

—Buenas tardes, prima.

La señora Forestier la besó y luego hizo las presentaciones.

—Don Jorge Duroy, un buen amigo de Carlos. La señora de Marelle, mi amiga y algo pariente —y añadió—: Ya sabe, aquí nos tratamos sin ceremonias. Nada de

cumplidos y etiquetas. ¿Entendido?

El hombre se inclinó.

Pero la puerta se abrió de nuevo y penetró un caballero regordete, bajito y rechoncho, que daba el brazo a una arrogante y hermosa mujer, más alta que él, mucho más joven y de modales distinguidos y aspecto serio. Se trataba del señor Walter, diputado, financiero, hombre rico y de negocios, judío y meridional, el director de *La Vie Française*, y su esposa, hija del banquero Basile Ravalau.

Después aparecieron, casi al mismo tiempo, Santiago Rival, muy elegante, y Norberto de Varenne, con el cuello del frac muy reluciente por el roce de sus cabellos, que caían hasta los hombros y los sembraban de caspa.

Su corbata, mal anudada, no parecía estrenada para la ocasión. Avanzó haciendo gracias de viejo presumido y tomó la mano de la señora Forestier para depositar un beso en su muñeca. El movimiento que realizó para ello derramó su larga cabellera, como cascada de agua, sobre el brazo desnudo de la mujer.

Forestier llegó, a su vez, excusándose por su retraso. El asunto Morel le había retenido en el periódico. El señor Morel, diputado radical, acababa de dirigir una interpelación al ministerio sobre la petición de un crédito relativo a la colonización de Argelia.

El criado anunció:

—La cena está servida.

Pasaron al comedor.

A Duroy lo sentaron entre la señora de Marelle y su hija. Se sentía nuevamente cohibido y tenía miedo a cometer algún error en el manejo convencional del tenedor, la cuchara o los vasos. Tenía cuatro ante sí, uno de ellos ligeramente azulado. ¿Qué podría beberse en él?

Nadie pronunció una sola palabra mientras se tomó la sopa. Después, Norberto de Varenne preguntó:

—¿Han leído ustedes el proceso de Gauthier? ¡Qué cosa más curiosa!

Se discutió aquel caso de adulterio complicado con chantaje. Pero no se trató de ello como es costumbre hablar en el seno del hogar de los acontecimientos relatados por los diarios, sino como se habla de una enfermedad entre médicos, o de legumbres entre fruteros. Nadie se indignaba ni se asombraba de los acontecimientos y sólo se buscaban los motivos ocultos, secretos, con una curiosidad profesional y una indiferencia total por el crimen en sí. Se intentaba explicar claramente las causas de los hechos y determinar los fenómenos cerebrales que originaron el drama como resultado científico de un estado de ánimo particular. Las mujeres también se entusiasmaron con esta indagación laboriosa. Luego se examinaron otros acontecimientos recientes. Se comentaron y se les dio mil vueltas para examinarlos desde todos los puntos, y valorarlos con ese ojo crítico e intuición peculiar de los vendedores de noticias y traficantes de la comedia humana en líneas, como si se examinasen, revolviesen o pesaran en los comercios los objetos que se venderán al

público.

Después se habló acerca de un duelo y Santiago Rival tomó la palabra. Era una materia que le pertenecía y ningún otro podía tratar semejante asunto.

Duroy no se atrevía a pronunciar una palabra. Se limitaba a mirar en ocasiones a su vecina, cuyo cuello redondo le seducía. Un diamante, engarzado en un hilo de oro, pendía del lóbulo de su oreja como una gota de agua que se deslizase por la carne. De vez en cuando la mujer hacía una observación que siempre despertaba sonrisas. Revelaba un ingenio gracioso, improvisador y picante: un ingenio de chicuela experta que contempla las cosas con indiferencia y las juzga con ligero y acogedor escepticismo.

Duroy intentaba dedicarle inútilmente algún cumplido, pero al no imaginar ninguno, se ocupaba de su hija: le servía de beber, le tenía sus platos, la cuidaba. La chiquilla, más seria que su madre, le daba las gracias con voz grave y le saludaba con ligeros movimientos de cabeza y decía:

—Es usted muy amable, señor.

Luego escuchaba a las personas mayores con cierto gesto reflexivo.

La cena era muy buena y encantaba a todos. El señor Walter comía como un ogro, casi no hablaba, y consideraba con miradas de soslayo, deslizadas por debajo de sus gafas, los manjares que le presentaban. Norberto de Varenne, que estaba frente a él, a veces dejaba caer gotas de salsa sobre la pechera de su camisa.

Forestier, sonriente y serio, vigilaba y cambiaba miradas de inteligencia con su mujer a la manera de esas comadres que realizan juntas una misión difícil que marcha a medida de sus deseos.

Los rostros iban enrojeciendo mientras las voces aumentaban. De vez en cuando el mayordomo murmuraba al oído de los convidados:

—¿Corton? ¿Chateau Laroze?

Duroy había encontrado el Corton de su agrado y dejaba que cada vez le llenasen el vaso. Una deliciosa alegría iba invadiéndole. Una euforia cálida que le subía del estómago a la cabeza para correr por todos sus miembros y penetrarle completamente. Se sentía invadido por un bienestar completo, un bienestar de la vida y el pensamiento, del cuerpo y del alma.

Y le acució un deseo de hablar, de relatar, ser escuchado y apreciado como esos hombres cuyas menores expresiones se saborean con delectación.

Sin embargo, la conversación que sin cesar había encadenado unas ideas a otras, saltado de un tema a otro por una simple palabra, una nadería, tras haber pasado revista a los acontecimientos del día y haber tocado, de paso, mil cuestiones, volvió a la importante interpelación del señor Morel sobre la colonización de Argelia.

El señor Walter, entre dos platos, bromeó algo, ya que era por naturaleza escéptico y comodón. Forestier les explicó su artículo del día siguiente. Santiago Rival reclamó un Gobierno militar con concesiones de tierras a todos los oficiales con más de treinta años de servicios coloniales.

—De esta manera —decía— se crearía una colectividad enérgica que habiendo conocido y amado el país desde antiguo, igual que su lengua, estaría al corriente de las graves cuestiones locales en las que infaliblemente se estrellarían los recién llegados.

Norberto de Varenne le interrumpió:

—Sí…, sabrán de todo, excepto de agricultura. Hablarán árabe, pero ignorarán cómo se trasplanta la remolacha y cómo se siembra el trigo. Estarán muy fuertes en esgrima, pero muy débiles en abonos. Será preciso, por el contrario, abrir generosamente ese país nuevo a todo el mundo. Los hombres despiertos podrán labrarse una posición y los otros sucumbirán. Es ley de vida.

Continuó un breve silencio. Todos sonreían.

Jorge Duroy abrió la boca y dijo, sorprendido por el sonido de su voz, como si jamás la hubiera oído:

—Lo que allí falta es buena tierra. Las propiedades verdaderamente fértiles cuestan tan caras como en Francia, y son adquiridas por los parisienses muy ricos que desean colocar bien su dinero. Los verdaderos colonos, los pobres, los que se destierran por falta de pan, son empujados al desierto donde no crece nada por falta de agua.

Todo el mundo lo contemplaba. Se sintió enrojecer mientras el señor Walter le preguntaba:

—¿Conoce usted Argelia, señor?

—Sí, señor —respondió—. Estuve allí veintiocho meses y he vivido en sus tres provincias.

Bruscamente, olvidando la cuestión Morel, Norberto de Varenne le interrogó acerca de un detalle de costumbres que le había relatado cierto oficial. Se trataba del Mzab, esa extraña y diminuta república árabe surgida en medio del Sáhara, en la región más árida y ardiente.

Duroy había visitado dos veces el Mzab y relató las costumbres de tan singular país, donde las gotas de agua tienen precio de oro, los habitantes están obligados a prestar servicios públicos y donde la probidad comercial se lleva más lejos que en los pueblos civilizados.

Hablaba con cierta verbosidad improvisadora, excitado por el vino y el deseo de complacer. Relató anécdotas del regimiento, rasgos de la vida árabe, aventuras de guerra, e incluso halló palabras llenas de colorido para describir esas comarcas amarillentas y desnudas, continuamente desoladas bajo la llama abrasadora del sol.

Todas las mujeres tenían los ojos clavados en él. La señora Walter murmuró con voz pausada:

—Podría escribir una encantadora serie de artículos con sus recuerdos.

Walter, al oírla, consideró al joven por encima de sus lentes, como solía hacerlo para reconocer bien un rostro. Los platos, en cambio, los miraba por debajo.

Forestier aprovechó la ocasión para decirle:

—Mi querido jefe, acabo de hablarle de Jorge Duroy para pedirle que me lo asigne al servicio de información política. Desde que nos abandonó Marambot no tengo a nadie que vaya por las informaciones urgentes y confidenciales, y el periódico se resiente de ello.

El viejo Walter se puso serio y se afianzó bien los lentes para observar el rostro de Duroy. Después dijo:

—Sin duda el señor Duroy tiene un talento innato. Si desea venir a hablar conmigo mañana a las tres, trataremos de todo eso.

Tras una breve pausa prosiguió mientras se giraba hacia el joven:

—Pero escríbanos enseguida una serie algo fantástica acerca de Argelia. Cuéntenos sus recuerdos y mézclelos a esa cuestión del colonialismo, como ha hecho ahora. Esto es de actualidad, de palpitante actualidad, y estoy seguro de que gustará mucho a nuestros lectores. ¡Pero dése prisa! Necesito el primer artículo para mañana o pasado mañana, mientras se debate el asunto en la Cámara, a fin de atraernos al público.

La señora Walter agregó, con esa graciosa seriedad que ponía en todo, y que daba cierto aspecto de favor a sus palabras:

—Y tiene un título encantador: «Recuerdos de un cazador en África». ¿Verdad, don Norberto?

El veterano poeta, que sólo tardíamente había conocido la fama, detestaba y temía a los recién llegados. Respondió con sequedad:

—Sí, excelente, a condición de que la serie esté en su punto, porque ésa es la gran dificultad: dar la nota justa, lo que en música se llama el tono.

La señora Forestier envolvió a Duroy con una mirada protectora y sonriente, con una mirada de experta que parecía decir: «Tú llegarás». La señora de Marelle se había vuelto varias veces hacia él y el diamante de su oreja temblaba continuamente, como si la fina gota de agua fuera a desprenderse y a caer.

La muchachita permanecía inmóvil y seria, con la cabeza inclinada sobre su plato.

Pero el criado ya recorría la mesa escanciando en los vasos azulados vinos de Johannisberg; y Forestier, brindando, saludó al señor Walter:

—¡Por la prosperidad y larga vida de *La Vie Française*!

Todos se volvieron hacia el director del periódico, que sonreía satisfecho. Duroy, ebrio de triunfo, bebió de un trago. Hubiera vaciado todo un tonel. Se sentía capaz de comerse un buey, o estrangular un león. Era como si en todo su ser notase un vigor sobrehumano, y en su ánimo una decisión invencible y una esperanza infinita. Ahora, en medio de aquellas personas, se encontraba como en su casa: acababa de tomar posesión, de conquistar su puesto. Y su mirada recorrió todos los rostros con una confianza tan firme que se atrevió, por primera vez, a dirigir la palabra a su vecina:

—Señora, lleva usted los pendientes más bonitos que he visto en mi vida.

Ella se volvió hacia él, sonriendo.

—Fue idea mía la de prender los diamantes de un simple hilo de oro. Cualquiera

diría que son gotas de rocío, ¿verdad?

Duroy murmuró, confuso por su audacia y temiendo decir una tontería:

—Son encantadores…, pero la oreja también realza la joya.

Ella le dio las gracias con una mirada, una de esas claras miradas de mujer que llegan hasta el corazón.

Y como en aquel momento girase la cabeza, aún encontró los ojos de la señora Forestier, siempre acogedores, pero en los que ahora creyó ver una alegría más viva, maliciosa y alentadora.

Los hombres, entretanto, hablaban al mismo tiempo con grandes gestos y voces. Discutían el gran proyecto del ferrocarril metropolitano. El tema no se agotó hasta después de los postres. Cada uno tenía infinidad de cosas que decir sobre la lentitud de los medios de transporte en París, los inconvenientes de los tranvías, las molestias de los ómnibus y la grosería de los cocheros de punto.

Después abandonaron el comedor para tomar el café. Duroy, bromeando, ofreció su brazo a la chiquilla, quien le dio las gracias gravemente y se levantó de puntillas para alcanzar con la mano el codo de su vecino.

Al entrar en el salón Duroy volvió a tener la sensación de penetrar en un invernadero. Grandes palmeras abrían sus elegantes hojas desde cada rincón de la estancia, subiendo hasta el techo y extendiéndose como graciosos surtidores de agua.

A los lados de la chimenea, dos cauchos redondos como si fueran columnas, escalonaban largas hojas de un tono verde sombrío. Sobre el piano, dos arbustos desconocidos, redondos y cubiertos de flores, uno las tenía rosas y el otro blancas, mostraban el aspecto de las plantas artificiales: inverosímilmente hermosas para ser verdaderas.

La atmósfera era fresca y estaba cuajada de un suave perfume dulzón que nadie podría definir y del que no se podría decir el nombre.

Duroy, más dueño de sí, se puso a examinar el aposento con atención. No era muy grande, y nada, excepto los arbustos, atraía la mirada: ninguna viveza de color sorprendía. Pero uno se encontraba allí muy a gusto, se sentía tranquilo, sosegado, envuelto dulcemente por aquella atmósfera que agradaba y ponía en torno al cuerpo algo así como una caricia.

Las paredes estaban tapizadas con una tela antigua de un color violeta pálido, sembrada de florecillas de seda amarilla del tamaño de una mosca.

Los cortinajes que ocultaban las puertas eran de un paño azul grisáceo, como el de los uniformes militares, y habían sido bordados algunos claveles en seda roja. Y los asientos, de todos los tamaños y formas, se repartían desordenadamente por toda la estancia: divanes, sillones enormes y minúsculos, *poufs* y taburetes, todos forrados en seda Luis XVI, o con terciopelo de Utrech, con dibujos granate sobre fondo crema.

—¿Toma usted café, señor Duroy?

Y la señora Forestier le alargó una tacita llena, con aquella sonrisa amistosa que nunca borraba de sus labios.

—Sí, señora. Se lo agradezco.

Recibió la taza y cuando se inclinaba angustiado para coger con las pinzas de plata un terrón de azúcar del azucarero que llevaba la chiquilla, la mujer le dijo a media voz:

—Haga la corte a la señora Walter.

Y la señora Forestier se alejó antes de que él pudiera pronunciar una palabra.

Empezó por beberse el café, por temor a que se le derramase sobre la alfombra. Después, con el ánimo más tranquilo, buscó la manera de aproximarse a la esposa de su nuevo director y entablar una conversación.

Inmediatamente se dio cuenta de que ella permanecía con la taza vacía en la mano, y como se encontraba alejada de una mesa y no sabía dónde colocarla, él se lanzó:

—Permítame, señora.

—Gracias, caballero.

Duroy se llevó la taza y regresó.

—Si usted supiera, señora, qué buenos ratos me ha hecho pasar *La Vie Française* cuando me encontraba en el desierto. Verdaderamente es el único periódico que se puede leer fuera de Francia. Es más literario, más espiritual y menos monótono que los demás. En sus páginas se encuentra de todo.

Ella sonrió con amable indiferencia y respondió gravemente:

—El señor Walter se ha esforzado en crear ese tipo de periódico que respondiese a una nueva necesidad.

Se pusieron a conversar. Duroy hablaba con ligereza y trivialidad, con encanto en la voz, mucha gracia en la mirada y una seducción irresistible en su bigote. Se le alborotaba sobre el labio, crispado, rizado, bonito, de un rubio casi rojizo y empalideciendo como una nubecilla en las rizadas guías.

Hablaron de París, de los alrededores, de las orillas del Sena, de los balnearios, los placeres del verano y de todas las generalidades que pueden hablarse indefinidamente y sin fatigar la inteligencia.

Después se aproximó Norberto de Varenne con un vaso de licor en la mano, y Duroy se alejó discretamente.

La señora de Marelle que acababa de hablar con Forestier, le llamó:

—Así es que usted —dijo bruscamente— desea tantear el periodismo, ¿no es eso, señor?

Entonces, Duroy habló de sus proyectos en unos términos vagos y después inició con ella la misma conversación que había sostenido con la señora Walter; pero como ya estaba más entrenado, se lució más y repitió, como suyas, observaciones que acababa de oír. Y no dejaba de mirar a los ojos de su vecina como para realzar la profundidad de cuanto decía.

Ella, a su vez, le relató anécdotas con una viveza de ingenio propia de la mujer que se tiene por animosa y siempre desea ser agradable; y, tomándose cierta

confianza, apoyaba la mano sobre su brazo, bajaba la voz para decir naderías y daba a todo un aire de cierta intimidad. Duroy se exaltaba interiormente al roce de aquella mujer joven que se ocupaba de él. Hubiera querido sacrificarse inmediatamente por ella, defenderla, demostrarle lo que valía, y el retraso con que le respondía indicaba claramente la preocupación de su pensamiento.

De pronto, sin motivo que lo justificase, la señora Marelle gritó:

—¡Laurina!

Y la niña se aproximó inmediatamente.

—Siéntate, hija mía. Tendrás frío al lado de la ventana.

A Duroy le entraron unas ganas locas de besar a la pequeña, como si algo de este beso pudiera alcanzar a su madre.

Y con tono galante y paternal, le preguntó:

—¿Me permite que le dé un beso, señorita?

La chiquilla levantó su mirada hacia él con aire sorprendido. La señora Marelle replicó sonriendo:

—Respóndele: «Con mucho gusto, señor, por hoy. Pero no vaya a creer que siempre será lo mismo».

Duroy se sentó enseguida, tomó a Laurina sobre sus rodillas, y rozó con los labios los ondulados y finos cabellos de la criatura.

La madre exclamó sorprendida:

—¡Caramba, no se ha escapado! Es asombroso. Generalmente sólo deja que la besen las mujeres. Es usted irresistible, señor Duroy.

Él enrojeció sin atreverse a responder. Se limitó a balancear ligeramente a la pequeña sobre su rodilla.

La señora Forestier se aproximó y exclamó asombrada:

—¡Caramba! Mirad a Laurina domesticada. ¡Qué milagro!

Santiago Rival también se acercó, con un cigarro en la boca, y Duroy se levantó para marcharse. Temía malograr con alguna palabra inoportuna la tarea realizada, su iniciada obra de conquista.

Saludó, tomó y estrechó suavemente las manos que le tendieron las mujeres, y después oprimió con fuerza las manos de los hombres. Se dio cuenta de que la de Santiago Rival era seca y cálida, y respondía cordialmente a su presión; la de Norberto de Varenne, húmeda y fría, huyendo y escapándose de los dedos; la del viejo Walter, fría y fofa, sin energía ni expresión; la de Forestier, gruesa y tibia. Su amigo le dijo a media voz:

—Mañana a las tres. No lo olvides.

—¡Oh, no! No te preocupes.

Cuando se encontró en la escalera sintió deseos de descender corriendo. Tan vehemente era su alegría que se lanzó, saltando los peldaños de dos en dos, hasta que de pronto descubrió en el espejo del segundo piso a un señor alocado que corría a su encuentro. Entonces se detuvo, avergonzado como si hubiera sido sorprendido

cometiendo una falta.

Después de contemplarse largamente, maravillado de ser realmente tan atractivo, empezó a sonreírse con satisfacción. Luego, despidiéndose de su imagen, la saludó tres veces ceremoniosamente, como se saluda a los grandes personajes.

Capítulo III

Cuando Jorge Duroy se encontró nuevamente en la calle vaciló acerca de lo que haría. Tenía deseos de correr, de soñar, de adelantarse a sí mismo imaginando el futuro mientras respiraba el suave frescor de la noche. Sin embargo, el pensamiento de la serie de artículos solicitados por el viejo Walter le perseguía y le obligó a decidirse a regresar a su casa para ponerse a escribirlos.

Caminó a buen paso, alcanzó el bulevar exterior y lo siguió hasta la calle Boursault, donde vivía. Su casa, de seis pisos de altura, estaba habitada por veinte modestos hogares de obreros y burgueses. Al subir la escalera alumbrándose con cerillas que iluminaban los peldaños sucios en donde se amontonaban papeles, colillas de cigarros, y desperdicios de cocina, experimentó una descorazonadora sensación de disgusto y una ansiedad de escapar de allí para vivir entre la gente rica, en viviendas limpias y con alfombras. Un agobiante olor a comida, letrinas y humanidad, un olor estancado de mugre y de viejas paredes, que ninguna corriente de aire puede arrebatar a aquellos pisos, le invadió de pies a cabeza.

La habitación del joven se encontraba en el quinto piso, como si diera sobre un insondable abismo, sobre la inmensa trinchera del ferrocarril del Oeste, exactamente a la salida del túnel, cerca de la estación de Batignolles.

Duroy abrió la ventana y se acodó sobre el alféizar de latón enmohecido.

Por debajo de él, en el fondo del sombrío agujero, había tres señales rojas, inmóviles, que tenían aspecto de grandes ojos de animales. Más lejos se veían otras, y luego otras, todavía más lejos. A cada instante se oían prolongados o cortos silbidos que atravesaban la noche: unos próximos, los otros apenas perceptibles, procedentes del fondo, del lado de Asnières. Tenían modulaciones como las llamadas de una voz. Uno de ellos se aproximaba emitiendo un grito lastimero que crecía de segundo en segundo, y enseguida apareció una gran luz amarilla que corría con gran ruido. Y Duroy contempló cómo el largo rosario de vagones se hundía en el túnel.

Al fin se dijo: «¡Vamos a trabajar!». Puso una lámpara sobre la mesa, y en el instante de ponerse a escribir se dio cuenta de que no tenía más que un cuaderno de papel para cartas.

Daba lo mismo. Lo utilizaría abriendo la hoja en toda su extensión. Empapó la pluma en tinta y escribió en la cabecera con su más hermosa caligrafía:

«Recuerdos de un cazador en África».

Después buscó el principio de la primera frase.

Se quedó con la frente sobre la mano y los ojos fijos en el cuadrado blanco que se extendía ante él.

¿Qué diría? Ahora no encontraba nada de cuanto había relatado una hora antes, ni siquiera una anécdota o un hecho. De pronto pensó: «Será preciso que empiece desde mi marcha». Y escribió: «Era en 1874, aproximadamente el 15 de mayo, cuando Francia, consumida, se reponía de las catástrofes del año terrible…».

Se detuvo de golpe sin saber cómo presentar lo que seguiría: su embarque, su viaje y sus primeras emociones.

Tras diez minutos de reflexiones decidió dejar para el día siguiente la cuartilla preliminar y ponerse inmediatamente a describir la parte de Argelia.

Y escribió sobre su papel: «Argelia es una ciudad completamente blanca…» y no acertó a enunciar más ideas. En su recuerdo, sin embargo, contemplaba la bella ciudad clara despeñándose en el mar como una cascada de casitas chatas caídas de la montaña. Pero no encontraba más palabras para expresar aquello que veía, ni lo que había sentido.

Tras un esfuerzo grandioso logró añadir: «Está habitada, en parte, por los árabes…». Y al final arrojó la pluma sobre la mesa y se levantó.

Sobre su pequeña cama de hierro, donde se advertía la huella de su cuerpo, estaban tirados sus trajes de diario, vacíos, fatigados y lacios como los harapos de la Morgue. Y sobre una silla de paja, su sombrero de fieltro, su único sombrero, que parecía abierto en espera de una limosna.

Las paredes, cubiertas de papel gris con ramos de flores azules, tenían tantas manchas como flores; manchas antiguas, sospechosas, de las que no se podía definir su naturaleza, pues lo mismo eran chinches aplastadas que gotas de aceite, huellas de dedos untados en pomada, o espuma de jabón salpicada desde la palangana al lavarse. Todo ello olía a miseria, a la vergonzosa miseria de los alojamientos baratos de París. Y una exasperación le sublevaba contra la pobreza de su vida, y le obligaba a pensar que debía salir de allí inmediatamente, que desde el día siguiente debía acabar con aquella existencia precaria.

Le asaltó un súbito y ardiente deseo de trabajar, se volvió a sentar ante la mesa y empezó a rebuscar frases para relatar con corrección la fisonomía extraña y encantadora de Argelia, antesala del África misteriosa y profunda, el África con árabes vagabundos y negros desconocidos, un África inexplorada y tentadora cuya fauna inverosímil se exhibe en parques zoológicos como criaturas creadas para cuentos de hadas: avestruces, especie de gallinas extravagantes, o las gacelas, que semejan cabras divinas, jirafas sorprendentes y grotescas, camellos serios, hipopótamos monstruosos, rinocerontes informes, y los gorilas, esos espantosos hermanos del hombre.

Notaba que le llegaban vagamente los pensamientos, incluso los hubiera dicho, pero le resultaba de todo punto imposible expresarlos en palabras. Y esta impotencia lo enfebrecía, lo hizo levantar de nuevo con las manos húmedas y la sangre agolpándose en sus sienes.

Sus ojos descubrieron la cuenta de la lavandera que aquella misma tarde le había subido la portera, y esto le produjo un brusco acceso de desesperación. Toda su alegría desapareció en un instante y con ella su confianza en sí y su fe en el porvenir. Se había acabado. Todo había concluido. No sería nadie, ni haría nada. Se sintió vacío, incapaz, inútil, condenado.

Y volvió a acodarse en la ventana, justo en el instante en que un tren salía del túnel con su ruido repentino y violento. Se iba hacia la lejanía, a través de los campos y las planicies, hacia el mar. Y le invadió el recuerdo de sus padres.

Aquel tren iba a pasar cerca de ellos, a escasas leguas de su casa. Y se le apareció la pequeña vivienda en lo alto de la costa, dominando Rouen y el inmenso valle del Sena, a la entrada del pueblo de Canteleu.

Su padre y su madre poseían una pequeña taberna, un ventorrillo donde las pequeñas familias de los alrededores iban a comer los domingos: La Bella Vista. Quisieron hacer de su hijo un señor y lo enviaron a un colegio. Una vez concluidos sus estudios y su bachillerato interrumpido, ingresó en el Ejército con el propósito de convertirse en oficial, coronel o general. Pero disgustado con la vida militar antes de cumplir los cinco años de servicio, soñó con hacer fortuna en París.

Y a París acudió una vez terminado su compromiso, a pesar de las súplicas de sus padres que, disipados sus sueños, sólo deseaban tenerlo con ellos. Él, por el contrario, confiaba en el porvenir. Entreveía el triunfo en medio de acontecimientos aún confusos en su mente, pero que seguramente sabría provocar y aprovechar.

Había alcanzado algunos éxitos destacados en el regimiento, sucesos fáciles en la guarnición, e incluso aventuras en un medio social más elevado: había seducido a la hija de un recaudador de contribuciones, que deseaba abandonar todo para seguirlo, y a la mujer de un abogado, que intentó ahogarse de desesperación ante su abandono.

Sus camaradas decían de él: «Es listo, astuto, un vivales que siempre sabrá salir del paso». Y en efecto, se había propuesto ser listo, astuto y despierto.

Su primitiva conciencia de normando, apaleada por la práctica cotidiana de la existencia en guarnición, disgregada por los ejemplos de merodeo en África, de apropiaciones ilícitas, de supercherías sospechosas, y, también, sacudida por las ideas del honor existentes en el Ejército, por las bravatas militares, los sentimientos patrióticos, las historias magnánimas relatadas entre los suboficiales, y por la gloria de la carrera, se había convertido en una especie de caja de triple fondo en la que se encontraba de todo.

Sin embargo, el deseo de llegar reinaba sobre todo.

Se había puesto, como cada noche, a soñar despierto. Sin darse cuenta ya estaba pensando en una magnífica aventura de amor que, de una vez, le llevaría a la realización de todas sus esperanzas. Se casaba con la hija de un banquero, o de algún personaje, que había conocido en la calle y enamorado a simple vista.

El estridente silbido de una locomotora que, saliendo sola como un gran conejo de su madriguera, abandonaba el túnel a todo vapor para buscar el depósito de máquinas, le hizo volver a la realidad.

Entonces, tranquilizado por una confusa y alegre esperanza que seguía alentando en su ánimo, lanzó, al azar, un beso a la noche, un beso de amor hacia la mujer ansiada, un beso de deseo hacia la fortuna codiciada. Después cerró la ventana y empezó a desnudarse mientras murmuraba:

—¡Bah! Mañana estaré más dispuesto. Esta noche no me encuentro despejado y hasta me parece que estoy un poco bebido. No se puede trabajar bien en tales condiciones.

Se metió en la cama y quedó dormido a los pocos minutos.

Se despertó temprano, igual que en los días de grandes esperanzas o preocupaciones. Saltó del lecho y fue a abrir la ventana para tragarse una «buena taza de aire fresco», como él decía.

Los edificios de la calle de Roma, unos frente a los otros a lo largo de la amplia fosa del ferrocarril, resplandecían a la luz del sol naciente, y parecían pintados con su blanca claridad. A la derecha, en la lejanía, se divisaban las colinas de Argenteuil, las alturas de Sannois y los molinos de Orgemont, envueltos en una bruma azulada y ligera. Semejaba un velo flotante y transparente que hubieran lanzado sobre el horizonte.

Duroy permaneció varios minutos contemplando la campiña lejana y murmuró:

—¡Sería estupendo pasearse por ahí un día como el de hoy!

Enseguida pensó que debía ponerse a trabajar cuanto antes y enviar al chico de la portera, dándole un franco de propina, para que avisara en la oficina que el señor Duroy se encontraba enfermo.

Se sentó ante la mesa, mojó la pluma en el tintero, apoyó su frente sobre una mano y se puso a buscar ideas. Fue en vano. No se le ocurría ninguna.

Sin embargo, no se desanimó. Enseguida pensó:

«¡Bah! Me falta costumbre. Éste es un oficio que se debe aprender como cualquier otro. Será preciso que me ayuden las primeras veces. Iré en busca de Forestier y en diez minutos me pondrá el artículo en marcha».

Se vistió y cuando ya se encontraba en la calle juzgó que aún era demasiado temprano para presentarse en casa de su amigo, que debía levantarse tarde. Dedicóse a pasear tranquilamente bajo los árboles del bulevar exterior.

Aún no eran las nueve de la mañana cuando ya se encontraba en el parque Monceau, fresco y húmedo por el riego.

Se sentó en uno de los bancos y se puso a soñar nuevamente. Un hombre muy elegante se paseaba de un lado a otro ante él, esperando, sin duda, a una mujer.

Al fin apareció ella con el rostro velado y el paso rápido. Tras un breve apretón de manos, se cogió a su brazo y se alejaron.

Un tumultuoso deseo de amor invadió el corazón de Duroy. Una necesidad de amores distinguidos, perfumados y delicados. Se puso en pie y emprendió la marcha pensando en Forestier. ¡Éste sí que tenía suerte!

Llegó al portal en el preciso momento en que salía su amigo.

—¡Vaya, tú aquí! ¿Qué haces a esta hora? ¿Me buscas?

Duroy, turbado al encontrarle cuando salía, balbució:

—Es que…, es que… no consigo escribir mi artículo. Ya sabes, el artículo que me pidió el señor Walter sobre la cuestión de Argelia. Claro que no tiene nada de

sorprendente ya que nunca he escrito. Hace falta práctica, como para todo. Espero conseguirla pronto, estoy seguro, pero para empezar…, no sé cómo arreglármelas. Ideas no me faltan, las tengo en abundancia, pero no acierto a expresarlas.

Se detuvo un poco vacilante. Forestier sonreía con malicia.

—Ya conozco eso.

Duroy prosiguió:

—Sí, debe ocurrirle a todo el mundo cuando empieza. Pues bien, yo venía…, venía a pedirte una ayuda… En diez minutos me pondrías al corriente, y me enseñarías el giro que debe poseer. Con ello me darías una buena lección de estilo. Sin ti no podré salir del paso.

El otro continuaba sonriendo alegremente. Golpeó en el brazo de su antiguo camarada y le dijo:

—Vete a ver a mi mujer. Ella te arreglará el asunto tan bien como yo. Ya la he adiestrado en estas necesidades. Esta mañana no tengo tiempo para dedicártelo, si no lo haría con mucho gusto.

Duroy, cohibido de pronto, no se atrevía y dudaba.

—Pero a esta hora… No puedo presentarme delante de ella…

—Vete tranquilo. Ya está levantada. La encontrarás en mi despacho poniendo en orden unas notas para mí.

Duroy se resistía a subir.

—No…, así no puede ser.

Forestier le tomó de los hombros, le hizo girar sobre sus talones y le dijo mientras lo empujaba hacia la escalera:

—Pero sube, pedazo de tonto. Haz lo que te digo. No me obligarás a subir los tres pisos para presentarte y explicarle tu caso.

Duroy se decidió al fin.

—Gracias. Ya voy. Le diré que me has obligado, que he sido obligado a ir a verla.

—Sí. Pero puedes estar tranquilo, no te comerá. Y sobre todo no te olvides de que a las tres…

—¡Oh! No tengas cuidado.

Forestier se marchó con paso rápido mientras Duroy se puso a subir la escalera lentamente, peldaño a peldaño, pensando en qué diría e inquieto por la acogida que le dispensarían.

El criado acudió a abrirle. Llevaba un delantal azul y tenía una escoba en la mano.

—El señor ha salido —dijo sin esperar a que le preguntasen.

Duroy insistió:

—Pregunte a la señora Forestier si puede recibirme, y dígale que vengo de parte de su marido, al que he encontrado en la calle.

Después esperó a que el hombre volviese. Éste abrió una puerta a la derecha y anunció:

—La señora le espera.

Se encontraba sentada en un sillón del despacho, en una pequeña estancia que tenía todas las paredes cubiertas totalmente de estanterías de madera negra repletas de libros. Las encuadernaciones, en diversos tonos, rojos, amarillos, verdes, violetas y azules, ponían una nota cálida y alegre en aquel monótono alineamiento de volúmenes.

La mujer, envuelta en un peinador blanco adornado con encajes, se volvió a él sonriendo y le tendió la mano, mostrando un brazo desnudo a través de su amplia manga.

—¿Ya por aquí? —dijo ella, y añadió rápida—: No es ningún reproche, sino una simple pregunta.

—¡Oh, señora! —balbució Duroy—. No quería subir, pero su marido, que he encontrado abajo, me ha obligado a hacerlo. Me encuentro tan confuso que no me atrevo a decirle lo que me trae.

Ella le indicó una silla.

—Siéntese y hable.

Mantenía entre sus dedos una pluma de ave, que agitaba ligeramente. Ante sí había una gran hoja de papel medio escrita, cuya interrupción provocó la llegada de Duroy.

La mujer tenía el aspecto de encontrarse tan a gusto delante de aquella mesa de trabajo, como en su salón, ocupada en menesteres más sencillos. Un ligero perfume se escapaba del peinador, un perfume fresco de tocado reciente que a Duroy lo atrajo enseguida, y le hizo imaginarse su cuerpo joven y traslúcido, prieto y cálido, dulcemente envuelto en su suave tela.

Ella prosiguió al ver que él no hablaba:

—Y bien, dígame. ¿De qué se trata?

Duroy murmuró vacilante:

—Verá…, pero verdaderamente, no me atrevo… En fin, anoche estuve trabajando hasta muy tarde… y esta mañana, muy temprano…, intenté escribir ese artículo sobre Argelia que me pidió el señor Walter… No he conseguido nada… He roto todos mis borradores. No tengo costumbre de hacer esta clase de trabajos, y venía a pedir a Forestier que me ayudase por una sola vez…

Ella le interrumpió riéndose con toda su alma, feliz, divertida y muy halagada.

—¿Y le ha dicho que venga a verme? Sí que es gracioso.

—Sí, señora. Me dijo que usted me sacaría del apuro mejor que él. Pero yo no me atrevía…, no quería. ¿Comprende?

Ella se levantó.

—Será delicioso colaborar así. Me encanta su idea. Venga, siéntese en mi sitio, porque en el periódico conocen mi caligrafía. Y ahora vamos a preparar un artículo, pero de esos artículos que causan sensación.

Duroy se sentó, cogió una pluma, colocó ante sí una hoja de papel y esperó.

La señora Forestier permaneció en pie, contemplando sus preparativos. Después

recogió un cigarrillo de encima de la chimenea y lo encendió.

—No puedo trabajar sin fumar —dijo ella—. Veamos qué pensaba relatar.

Duroy levantó la cabeza hacia ella y la miró con asombro.

—Pues no lo sé. Precisamente he venido para eso.

Ella repuso:

—Sí, yo arreglaré el asunto. Yo prepararé la salsa, pero me hace falta el condimento.

Él continuaba confuso, pero al fin dijo vacilante:

—Quisiera contar mi viaje desde el principio.

Entonces, ella se sentó frente a él, al otro lado de la gran mesa y le miró con fijeza a los ojos.

—Y bien, cuéntemelo a mí. Empiece por el principio, para mí sola, ¿entiende? Tranquilamente, sin olvidar nada, y yo escogeré lo que sea preciso utilizar.

Sin embargo, como él no sabía por dónde empezar, ella se puso a interrogarlo como si se tratara de un sacerdote en el confesonario. Le hizo preguntas concretas, que le recordaban detalles olvidados, personajes conocidos y rostros solamente entrevistos.

Una vez le hubo obligado a hablar de este modo durante quince minutos, le interrumpió para decirle:

—Ahora vamos a empezar. En principio supondremos que usted dirige a un amigo estas impresiones, lo cual le permitirá escribir algo en broma, hacer observaciones de toda especie y ser natural y ocurrente, si es que podemos. Escriba:

«Mi querido Enrique: ¿No querías saber cómo es Argelia? Pues voy a contártelo. Voy a enviarte, ya que no tengo nada que hacer en esta casita de adobe que me alberga, una especie de diario de mi vida, día a día y hora a hora. A veces será un poco vivo de color, pero no estás obligado a enseñárselo a las señoras que conoces…».

La mujer se interrumpió para encender su cigarrillo apagado, e inmediatamente se oyó el leve rasgueo de la pluma de ave escribiendo sobre el papel.

—Continuemos —dijo ella.

«Argelia es un gran país francés cuya frontera limita con esas grandes regiones desconocidas que se llaman desierto, Sáhara, África central, etcétera. Argel es la puerta blanca, la puerta blanca y encantadora de este extraño continente. Pero primero hay que ir allá, lo cual no es tan bonito para todo el mundo. Soy, bien lo sabes, un excelente jinete, ya que domo los caballos del coronel. Claro que se puede ser buen caballero y mal marino, pero ése no es mi caso.

»¿Te acuerdas del mayor Simbretas, al que llamábamos el doctor Ipecacuana? Cuando nos creíamos mareados para pasar veinticuatro horas en la enfermería, ¡lugar bendito!, íbamos a su consulta. Él se encontraba sentado en su silla, con sus rollizos muslos ceñidos en su pantalón rojo abierto, las manos apoyadas en las rodillas, los brazos haciendo arco con el codo al aire. No hacía más que rodar sus ojazos de loto

mientras se mordisqueaba su blanco bigote.

»¿Te acuerdas de sus prescripciones? Este soldado padece trastornos gástricos. Adminístresele el vomitivo número tres, según mi receta, y déjesele descansar durante doce horas. Esto le sentará bien. Aquel vomitivo era estupendo, estupendo e irresistible. Se tomaba porque no había otro remedio. Pero una vez pasado por la fórmula del doctor Ipecacuana, se disfrutaba de un reposo de doce horas bien merecido. Pues bien, querido, para llegar hasta África es necesario sufrir, durante cuarenta horas, la suerte de otra especie de vomitivo irresistible, según la receta de la Compañía Trasatlántica».

La mujer se frotó las manos mostrándose muy satisfecha con su idea.

Se puso en pie y empezó a pasear después de haber encendido otro cigarrillo. Dictaba arrojando hiladas de humo que al principio salían de una especie de agujerito formado con sus labios, y luego se alargaban, se desvanecían y dejaban en su puesto, en el aire, líneas grises, y después una especie de bruma transparente, un vaho parecido a los hilillos de las telas de araña. A veces, con un golpe de su mano abierta, borraba esos trazos ligeros y más persistentes. En ocasiones también los cortaba con un movimiento del índice y enseguida observaba, con grave interés, cómo desaparecían lentamente los dos trozos de imperceptible vapor.

Y Duroy, con los ojos fijos en ella, seguía todos sus gestos, actitudes y todos los movimientos de su cuerpo y su rostro, ocupados en este vago pasatiempo que no distraía su pensamiento.

Ahora ella se imaginaba las peripecias del camino, trazaba retratos de sus compañeros de viaje, que ella inventaba, y esbozaba una aventura amorosa con la esposa de un capitán de infantería que iba a reunirse con su marido.

Después, sentada nuevamente, interrogó a Duroy sobre la topografía de Argelia, pues la ignoraba por completo. A los diez minutos ya sabía tanto como él, y entonces hizo un pequeño capítulo sobre geografía política y colonial. Esto pondría al corriente al lector y lo prepararía para comprender cuestiones más serias que se desarrollarían en los artículos siguientes.

Prosiguió relatando una excursión por la provincia de Orán. Una excursión fantástica en la que predominaba el tema de las mujeres: las moras, las judías y las españolas.

—No hay nada como esto para despertar interés —decía ella.

Concluyó con un viajecito por Saida, al pie de las altas mesetas, y el gracioso y pequeño enredo entre el suboficial Jorge Duroy y una hermosa obrera española empleada en unas manufacturas de Ain-el-Hadjar. Narraba las citas nocturnas en la montaña pedregosa y pelada mientras los chacales, las hienas y los perros árabes gritaban, ladraban y aullaban en medio de las rocas.

—¡Continuará mañana! —exclamó ella, con voz alegre antes de ponerse en pie de nuevo—. Así es como se escribe un artículo, querido señor. Firme, por favor.

Duroy vacilaba.

—¡Vamos, firme!

Entonces, él se echó a reír y escribió al pie de la página: «Jorge Duroy».

Ella continuaba fumando y paseando, y él seguía mirándola sin encontrar palabras para manifestarle su agradecimiento, pero contento por estar junto a ella, lleno de gratitud y del bienestar sensual que producía esta naciente intimidad. Le parecía que cuanto la rodeaba formaba parte de ella, todo, incluso las paredes de libros. Los asientos, los muebles, el aire donde flotaba el perfume del tabaco, poseían algo peculiar, bueno, dulce, encantador que procedía de ella.

Inesperadamente, ella preguntó:

—¿Qué le ha parecido mi amiga la señora de Marelle?

Él se quedó sorprendido.

—Pues… la encuentro… la encuentro muy seductora.

—¿Verdad que sí?

—Sí, por cierto.

Sintió deseos de añadir: «Aunque no tanto como usted». Pero no se atrevió.

Ella prosiguió:

—¡Y si supiese lo ingeniosa, inteligente y original que es! Es una bohemia, lo que se dice una verdadera bohemia. Por eso apenas la quiere su marido. No ve más que sus defectos y no aprecia sus cualidades.

Duroy se quedó estupefacto al saber que la señora de Marelle estaba casada. Lo cual era muy natural.

Preguntó:

—De modo… que es casada. ¿Y a qué se dedica su marido?

La señora Forestier se encogió ligeramente de hombros, frunció las cejas y con un movimiento lleno de incomprensibles significados, dijo:

—¡Oh! Es inspector de los ferrocarriles del Norte. Sólo pasa ocho días al mes en París. Es lo que su mujer llama «el servicio obligatorio», o mejor todavía, «la semana de guardia», o «la semana santa». Cuando la conozca mejor ya verá si es gentil y graciosa. Vaya a visitarla uno de estos días.

Duroy no pensaba en marcharse. Le parecía que iba a quedarse allí para siempre, que se encontraba en su casa.

Sin embargo, la puerta se abrió sin ruido y apareció un caballero alto que no había sido anunciado.

El hombre se detuvo al ver a Duroy. La señora Forestier pareció turbarse durante un segundo, pero inmediatamente dijo con su voz natural, a pesar de que el rosa de sus hombros le subió al rostro:

—Pero entre, querido. Voy a presentarle a un buen amigo de Carlos, don Jorge Duroy, un futuro periodista.

Luego, con un tono muy diferente, anunció:

—El mejor y más íntimo de nuestros amigos, el conde de Vaudrec.

Los dos hombres se saludaron mirándose al fondo de los ojos, e inmediatamente

Duroy mostró su intención de retirarse.

Nadie lo retuvo. Balbució algunas palabras de gratitud, estrechó la mano que le tendía la atractiva mujer, se inclinó de nuevo ante el recién llegado que permanecía con una expresión fría y seria, propia de un hombre de mundo, y salió muy turbado, como si acabara de cometer una inconveniencia.

Al encontrarse de nuevo en la calle se sintió triste, molesto y obsesionado por la extraña sensación de una velada melancolía. Caminaba preguntándose el motivo de aquella súbita melancolía y no encontraba respuesta. Sin embargo, el severo rostro del conde de Vaudrec, ya un poco viejo, con los cabellos grises, el aspecto tranquilo e insolente del individuo muy rico y seguro de sí, se le aparecía continuamente en su memoria.

Advirtió que la llegada de aquel desconocido había roto el encanto de un coloquio al que ya estaba acostumbrándose su corazón, produciéndole esa impresión de frialdad y desesperanza que una palabra oída, una miseria entrevista, o el más simple gesto ofrecen a veces.

Y también le pareció que aquel hombre, sin que adivinara por qué, se había quedado disgustado por encontrarle allí.

No tenía nada que hacer hasta las tres y aún no era mediodía. Le quedaban en el bolsillo seis francos con cincuenta. Se fue a almorzar al comedor de Duval. Después paseó por el bulevar y cuando sonaban las tres subía la escalera-anuncio de *La Vie Française*.

Los ordenanzas, cruzados de brazos y sentados en un banco, esperaban que les llamasen, mientras un ujier, tras una especie de pequeño púlpito de profesor, clasificaba la correspondencia que acababa de llegar. El conjunto estaba perfectamente calculado y montado para impresionar a los visitantes. Todo el mundo tenía la traza, el aspecto, la dignidad y la elegancia que convenían a la antesala de un gran periódico.

Duroy preguntó:

—¿El señor Walter, por favor?

El ujier respondió:

—El señor director está en una reunión. Si el señor quiere esperar un poco…

Y le indicó la sala de espera que ya estaba llena de gente.

Allí había hombres serios, condecorados, importantes, y hombres desaliñados, con la camisa oculta por la levita abrochada hasta el cuello y llena de manchas, que recordaban los perfiles de mares y continentes en los mapas de geografía. Tres mujeres se mezclaban a aquellos individuos. Una de ellas era bonita, risueña, peripuesta y con aspecto de buscona. Su vecina, con rostro trágico y arrugado, vestida también de manera severa, mostraba esa severidad artificiosa y ajada propia de las viejas actrices: una especie de falsa juventud evaporada como un perfume de amor rancio.

La tercera mujer, de luto, se agazapaba en un rincón, con aspecto de viuda

desolada. Duroy supuso que iba a pedir una limosna.

Transcurrieron unos veinte minutos sin que ninguno fuera recibido.

A Duroy se le ocurrió entonces regresar junto al ujier para decirle:

—El señor Walter me citó aquí a las tres. En todo caso, vea si está mi amigo, el señor Forestier.

Entonces le introdujeron a través de un largo pasillo que conducía a una gran sala donde cuatro individuos escribían alrededor de una gran mesa verde.

Forestier, de pie ante la chimenea, fumaba un cigarrillo y jugaba al boliche. Era muy diestro en este entretenimiento, y siempre ensartaba el enorme boliche de boj amarillo en la punta de la varilla de madera. Estaba contando en voz alta:

—Veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco…

Duroy pronunció:

—Veintiséis.

Y su amigo levantó los ojos hacia él, pero no detuvo el movimiento acompasado de su brazo.

—¡Caramba, ya estás aquí! —exclamó Forestier, y agregó—: Ayer hice cincuenta y siete tantos seguidos. Solamente Saint-Potin me gana a esto. ¿Has visto al jefe? No hay nada más divertido que ver a ese viejo papanatas de Norberto jugando al boliche. Abre tanto la boca, que parece que va a tragarse la bola.

Uno de los redactores se volvió hacia él y dijo:

—Oye, Forestier, conozco a quien vende un boliche soberbio, en madera de las islas. Perteneció, según dicen, a la reina de España. Piden por él sesenta francos. No me parece nada caro.

Forestier preguntó:

—¿Y dónde se encuentra?

Como había fallado su trigesimoséptimo tanto, abrió un armario en el que Duroy descubrió una veintena de boliches soberbios, alineados y numerados como las piezas de una colección. Después de haber colocado en su sitio el que utilizaba, repitió:

—¿Dónde se encuentra esa joya?

El periodista respondió:

—En casa de un vendedor de entradas del Vaudeville. Te prepararé el asunto para mañana, si quieres.

—De acuerdo. Si verdaderamente es bueno, me quedaré con él. Aún no tengo demasiados boliches.

Después se volvió a Duroy y le dijo:

—Ven conmigo y te llevaré al despacho del jefe, si no te pudrirás esperando hasta las siete.

Atravesaron la sala de espera, donde las mismas personas aguardaban sin haberse movido.

Cuando apareció Forestier, la mujer joven y la vieja actriz se levantaron con viveza y se aproximaron a él. Éste las condujo, una tras otra, al hueco de la ventana.

Aunque tuvieron la precaución de hablar en voz baja, Duroy se dio cuenta de que su amigo tuteaba a las dos.

Después, habiendo empujado una de las puertas acolchadas, penetraron en el despacho del director.

La reunión que celebraba éste desde hacía más de una hora consistía en una partida de cartas con algunos de aquellos señores de chistera que Duroy había visto la víspera.

El señor Walter llevaba el juego con profunda atención y cautela mientras su adversario echaba, levantaba y manejaba las leves cartulinas coloreadas con una ligereza, una destreza y una gracia de jugador consumado. Norberto de Varenne, sentado en el sillón directorial, escribía un artículo, y Santiago Rival, tumbado cuan largo era en un diván, fumaba un cigarrillo con los ojos cerrados.

Se percibía allí dentro el olor a habitación cerrada, al cuero de los muebles, a tabaco viejo y a imprenta. Se sentía ese olor característico de las salas de redacción que conocen todos los periodistas.

Sobre la mesa, de madera negra con incrustaciones de cobre, se veía un increíble montón de papeles: cartas, mapas, periódicos, revistas, facturas de proveedores, impresos de toda especie.

Forestier estrechó la mano a los mirones que estaban de pie, detrás de los jugadores, y sin decir una palabra contempló la partida. Después, cuando el viejo Walter hubo ganado, le presentó:

—Aquí está mi amigo Duroy.

El director miró con gesto brusco al joven y lo examinó por encima de sus lentes antes de preguntarle:

—¿Me trae el artículo? Nos vendría muy bien para hoy… Saldría al mismo tiempo que la interpelación de Morel.

Duroy extrajo de su bolsillo las hojas de papel plegadas en cuatro dobleces.

—Aquí lo tiene, señor.

Walter pareció encantado, y sonriendo, dijo:

—Muy bien, muy bien. Veo que tiene palabra. ¿Habrá que echar un vistazo a esto, Forestier?

El aludido se apresuró a responder:

—No merece la pena, señor Walter. He hecho la crónica con él para enseñarle el oficio. Está muy bien.

Y el director que recogía en aquellos momentos las cartas que repartía un señor alto y delgado, diputado de centro izquierda, agregó con indiferencia:

—Perfectamente.

Pero Forestier, inclinándose a su oído, no le dejó empezar la nueva partida, y le dijo:

—Ya sabe que me había prometido contratar a Duroy para reemplazar a Marambot. ¿Quiere que se haga en las mismas condiciones?

—Sí, perfectamente.

El periodista cogió del brazo a su amigo y se lo llevó mientras el señor Walter volvía a su juego.

Norberto de Varenne no había levantado la cabeza. Parecía no haber visto ni reconocido a Duroy. Por el contrario, Santiago Rival, al verle, le había estrechado la mano con el vigor expresivo y deliberado de un buen camarada con quien se puede contar en caso necesario.

Regresaron a través de la sala de espera, donde todo el mundo levantó los ojos hacia ellos. Forestier entonces dijo a la mujer más joven, lo bastante alto para que fuera oído por los demás:

—El director va a recibirles enseguida. En estos momentos se encuentra conferenciando con dos miembros de la Comisión de Presupuestos.

Después salió muy aprisa, dándose importancia, como si fuera a redactar inmediatamente una noticia de la mayor gravedad.

Cuando estuvieron de regreso en la redacción, Forestier volvió a coger su boliche y se puso a jugar con él. Luego, cortando las frases para contar los tantos, dijo a Duroy:

—Escucha, vendrás por aquí todos los días a las tres, y ya te diré las diligencias y visitas que deberás hacer, bien por la mañana o por la tarde. Uno. Voy a darte una carta de presentación para el jefe del primer negociado de la Prefectura de Policía; dos, que te pondrá en relación con uno de sus empleados. Tú te las arreglarás con él para que te entregue todas las noticias oficiales, tres, que haya por la Prefectura. Para más detalles te dirigirás a Saint Potin, cuatro, que es quien lleva eso. Lo verás ahora o mañana. Será preciso que te acostumbres a meter las narices en todas las personas que te envíe a ver, cinco, y que te metas en todos los sitios, a pesar de las puertas cerradas, seis. Por todo eso cobrarás doscientos francos mensuales, más dos céntimos la línea por todos los ecos interesantes de tu cosecha, siete, más dos céntimos la línea, igualmente, por los artículos que te encarguen sobre diversos asuntos, ocho.

Después no prestó atención más que a su juego y continuó contando lentamente:

—Nueve, diez, once, doce, trece…

Falló el catorce y lanzó un juramento:

—¡Maldito trece! Siempre me trae desgracia. Seguramente moriré un día trece.

Uno de los redactores, que había terminado su trabajo, también cogió un boliche del armario. Era un hombre muy pequeño que se parecía a un niño, a pesar de haber cumplido los treinta y cinco años.

Habían entrado varios periodistas más y todos fueron a buscar el juguete que les pertenecía. Enseguida se reunieron seis que, alineados y con la espalda apoyada en la pared, lanzaban al aire sus bolas rojas, amarillas o negras, según la naturaleza de la madera, con movimientos semejantes y acompasados.

Una vez entablada la lucha, los dos redactores que todavía trabajaban, se levantaron e hicieron de jueces.

Forestier ganó por once puntos. Entonces el hombrecillo de aspecto aniñado, que había perdido, llamó a un ordenanza y le pidió:

—Nueve *bocks*.

Y todos se pusieron a jugar nuevamente mientras esperaban el refresco.

Duroy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos compañeros y después preguntó a su amigo:

—¿Qué quieres que haga?

—Hoy no tengo nada para ti —respondió Forestier—. Puedes marcharte, si quieres.

—Y nuestro… nuestro artículo…, ¿lo pasarás esta noche?

—Sí, pero no te preocupes por ello. Yo corregiré las pruebas. Haz la continuación para mañana y ven por aquí a las tres, como hoy.

Y Duroy, después de haber estrechado todas las manos sin conocer el nombre de sus interlocutores, descendió la atrayente escalera, con el corazón gozoso y el ánimo alegre.

Capítulo IV

Jorge Duroy durmió mal de tanto que le aguijoneaba el deseo de ver impreso su artículo. Nada más romper el día se levantó y se lanzó a la calle mucho antes de que los repartidores de periódicos corriesen con los paquetes de quiosco en quiosco.

Se encaminó a la estación de Saint Lazare, pues sabía que *La Vie Française* llegaría antes que a su barrio. Como aún era muy temprano, se puso a pasear por la acera.

Vio llegar al vendedor de diarios, que abrió su tenderete de vidriera. Después descubrió a un hombre cargando en la cabeza un gran montón de pliegos impresos. Se precipitó hacia ellos. Se trataba de *Le Figaro*, *Gil Blas*, *Le Gaulois*, *L'Evénement* y otras dos o tres hojas de la mañana; pero *La Vie Française* no estaba.

Le asaltó el temor: «¿Y si habían dejado para el día siguiente "Los recuerdos de un cazador en África", o si por casualidad se había arrepentido a última hora el viejo Walter?».

Al regresar hacia el quiosco se dio cuenta de que ya vendían el periódico y que él no lo había visto llegar. Se abalanzó sobre un número, lo desplegó después de haber arrojado tres perras chicas al vendedor, y recorrió los titulares de la primera plana.

Nada.

El corazón le latía fuertemente. Volvió la hoja y sintió una fuerte emoción al leer debajo de una columna, en gruesos caracteres, «Jorge Duroy». ¡Allí estaba! ¡Qué alegría!

Empezó a caminar sin pensar en nada, el periódico en la mano, el sombrero ladeado y con el deseo de detener a todos los transeúntes para decirles:

—¡Compre esto! ¡Compre esto! Hay un artículo mío.

Hubiera querido pregonarlo con todas sus fuerzas, como suelen hacerlo algunos hombres por la noche en los bulevares:

—¡Lean *La Vie Française*, con el artículo de Jorge Duroy: «Los recuerdos de un cazador en África»!

De pronto, le acometió el deseo de leer su propio artículo, pero leerlo en un lugar público, en un café, a la vista de todo el mundo. Y se puso a buscar un establecimiento que estuviese concurrido. Le tocó caminar bastante. Al fin se sentó ante una especie de despacho de vinos donde ya estaban instalados varios consumidores, y enseguida pidió:

—¡Un ron!

Para él era igual que si hubiera pedido ajenjo. No le inquietaba la hora. Después llamó:

—¡Camarero, tráigame *La Vie Française*!

Acudió un hombre con delantal blanco.

—No la tenemos, señor —se disculpó—. Sólo recibimos *Le Rappel*, *Le Siècle*, *La Lanterne* y *Le Petit Parisien*.

Duroy exclamó, furioso e indignado:

—¡Vaya una casa! Ande, vaya a comprarlo.

El camarero salió corriendo y se lo trajo. Duroy se puso a leer su artículo, y de vez en cuando, decía en voz alta:

—¡Muy bien, muy bien!

Quería llamar la atención de sus vecinos e infundirles el deseo de saber qué había en aquella hoja. Después, dejando el periódico sobre la mesa, se levantó para irse.

—Señor, señor —gritó el dueño al verle—. Se deja usted su periódico.

Duroy respondió:

—Se lo regalo. Ya lo he leído. Por cierto, hoy se publica una cosa muy interesante.

No dijo cuál era, pero vio, según se marchaba, cómo uno de sus vecinos cogía *La Vie Française* de la mesa en que la había dejado.

«¿Qué haré ahora?», pensó.

Se decidió a ir a su oficina para cobrar su mensualidad y presentar la dimisión. Se estremecía de placer al pensar en la cara que pondrían su jefe y sus compañeros. La idea de la estupefacción del jefe le entusiasmaba.

Andaba despacio para no llegar antes de las nueve y media, pues la caja no abría hasta las diez.

Su oficina era una sala grande y sombría que precisaba tener encendida la luz de gas casi todo el día durante el invierno. Daba a un pequeño patio que tenía más despachos enfrente. En el suyo trabajaban ocho empleados, más un subjefe medio escondido en un rincón tras un biombo.

Primeramente, Duroy fue a buscar sus ciento dieciocho francos con veinticinco céntimos metidos en un sobre amarillo que guardaba en un cajón de su mesa el pagador. Después entró con aire triunfal en la amplia sala donde había trabajado tantos días.

Nada más entrar el subjefe, señor Potel, le llamó:

—¡Ah! ¿Es usted, señor Duroy? El jefe le ha llamado varias veces. Usted ya sabe que no admite que se esté enfermo dos días seguidos sin un certificado médico.

Duroy, que se encontraba de pie en medio del despacho preparando su representación, respondió en voz alta:

—¡Eso me importa muy poco!

Entre los empleados se produjo un movimiento de estupor, y la cabeza del señor Potel se asomó, con expresión aterrada, por encima del biombo que lo encerraba como en una caja.

El señor Potel se parapetaba allí dentro por temor a las corrientes de aire, pues era reumático. Pero había practicado dos agujeritos en el papel para vigilar a sus subordinados.

Se oía el vuelo de una mosca cuando el subjefe, al fin, preguntó vacilante:

—¿Qué ha dicho usted?

—He dicho que me importa poco. Hoy sólo vengo a presentar mi dimisión. He entrado de redactor en *La Vie Française* con un sueldo de quinientos francos mensuales, más las líneas. Esta mañana he publicado el primero.

Se había prometido hacer más duradero su placer, pero no había podido contener el deseo de soltar todo de un golpe.

El efecto sobre el conjunto fue total. Nadie se atrevió a rechistar.

Entonces anunció Duroy:

—Voy a comunicárselo al señor Perthuis. Después volveré a despedirme de ustedes.

Y salió para ir en busca del jefe, quien al verle exclamó:

—¡Vaya! ¡Al fin aparece! Ya sabe que no quiero…

El empleado le cortó la palabra.

—No se moleste en gritar de ese modo.

El señor Perthuis, un hombre grueso y encarnado como la cresta de un gallo, se quedó sin resuello ante la sorpresa.

Duroy prosiguió:

—Ya estoy harto de su oficina. Esta mañana he empezado mi carrera de periodista, donde me ofrecen una buena posición. Ha sido un placer saludarle.

Y salió.

Estaba vengado.

Fue a estrechar las manos de sus antiguos compañeros, que apenas se atrevían a hablarle por miedo a comprometerse, pues habían oído su conversación con el jefe al quedar la puerta abierta.

Duroy se encontró de nuevo en la calle con su sueldo en el bolsillo. Se pagó un suculento almuerzo en un buen restaurante de precio módico que ya conocía, y después, una vez comprada y olvidada de nuevo *La Vie Française* sobre la mesa donde había comido, se puso a recorrer diversas tiendas en las que compraba pequeños objetos con el único deseo de hacer que se los llevasen a su domicilio y dar su nombre: Jorge Duroy, a la vez que añadía:

—Soy redactor de *La Vie Française*.

Después indicaba la calle y el número de la casa, procurando advertirles:

—Déjenlo a la portera.

Como aún le sobraba tiempo, entró en una litografía donde se hacían tarjetas de visita en el acto y ante la mirada del público. Encargó un centenar en las que constaba, bajo su nombre, su nueva profesión.

Después se encaminó hacia el periódico.

Forestier le recibió en calidad de jefe, como se recibe a un inferior.

—¡Ah, ya estás aquí! Estupendo. Precisamente tengo varios asuntos para ti. Espérame diez minutos. Primero tengo que acabar mi tarea.

Y continuó escribiendo una carta que tenía empezada.

Al otro extremo de la gran mesa se encontraba un hombrecillo muy pálido,

hinchado, muy gordo, calvo y con el cráneo blanco y lustroso. Escribía metiendo la nariz en el mismo papel a causa de su extremada miopía.

Forestier le preguntó:

—Dime, Saint Potin, ¿a qué hora vas a entrevistar a nuestros personajes?

—A las cuatro.

—Llevarás contigo al joven Duroy, aquí presente, y le revelarás los arcanos del oficio.

—De acuerdo.

Después, volviéndose hacia su amigo, Forestier añadió:

—¿Has traído la continuación de lo de Argelia? El principio publicado esta mañana ha tenido mucho éxito.

Duroy, cortado, balbució:

—No. Creí que tendría tiempo para escribirlo después de comer, pero he tenido mucho que hacer. No he podido.

El periodista se encogió de hombros descontento y dijo:

—Si cumples así, me parece que destrozarás tu porvenir. El viejo Walter contaba con tu artículo. Le diré que mañana será otro día. Si crees que te pagarán por no hacer nada, te equivocas.

Tras un breve silencio, agregó:

—Hay que partirse el pecho cuando es preciso, ¡qué diablos!

Saint Potin se levantó.

—Ya estoy dispuesto —dijo.

Entonces Forestier, recostándose sobre su asiento, adoptó una postura casi solemne para dar sus instrucciones. Luego, dirigiéndose a Duroy, prosiguió hablando:

—Escucha, desde hace dos días se encuentra en París el general chino Li-Theng-Fao, que se hospeda en el Continental, y el rajá Taposahib Ramaderao Pali, que se encuentra en el Bristol. Id a entrevistaros con ellos.

Y volviéndose a Saint Potin, añadió:

—No olvides los principales puntos que te he indicado. Pregunta al general y al rajá sus opiniones sobre los manejos de Inglaterra en el Extremo Oriente, sus ideas sobre su sistema de colonización y dominio, y sus esperanzas acerca de la intervención de Europa y de Francia, en particular, dentro de sus asuntos.

Se calló para agregar a continuación, encarándose a los dos:

—Sin duda será muy interesante para nuestros lectores saber qué piensan China y la India sobre estas cuestiones, que tanto apasionan hoy a la opinión pública.

Y añadió, dirigiéndose a Duroy:

—Observa cómo trabaja Saint Potin y aprende. Es un excelente reportero. Fíjate en los trucos que utiliza para que un hombre suelte todo en cinco minutos.

Después se puso a escribir con altivez y evidente intención de establecer distancias y señalar su puesto a su antiguo camarada y nuevo compañero.

Cuando hubieron franqueado la puerta, Saint Potin se echó a reír y dijo a Duroy:

—¡Menudo fabricante está hecho! Las noticias las hace para nosotros. ¡Cualquiera diría que nos toma por sus lectores!

Y una vez que descendieron sobre el bulevar, el reportero preguntó:

—¿Quiere usted que bebamos algo?

—Con mucho gusto. Hace calor.

Entraron en un café y pidieron bebidas frescas. Saint Potin enseguida se puso a hablar. Hablaba de todo el mundo y del periódico con tal lujo de detalles que sorprendía.

—¿El director? ¡Un verdadero judío! Y los judíos, ya lo sabe usted, no cambiarán nunca. ¡Qué raza!

Y citó casos de asombrosa avaricia, de esa avaricia tan peculiar en los hijos de Israel: los ahorros de diez céntimos, las sisas de cocineras, los regateos vergonzosos, pedidos y obtenidos, y toda clase de usuras y de préstamos.

—Y a pesar de todo eso, de ser un tipo que no cree en nada y atropella a todo el mundo, su periódico es oficial, católico, liberal, republicano, orleanista, tarta de crema y tienda de reuniones, además de haber sido creado para sostener sus operaciones de Bolsa y sus negocios de toda laya. Por eso mismo es muy fuerte y gana millones en medio de sociedades que no tienen cuatro chavos de capital.

Saint Potin siempre llamaba a Duroy «mi querido amigo».

—Ese tacaño —prosiguió diciendo— tiene cosas dignas de Balzac. Figúrese que el otro día, encontrándome en su despacho donde estaba esa antigualla de Norberto y ese don Quijote de Rival, apareció Montelin, nuestro administrador, con su cartera adamascada debajo del brazo. Una cartera que conoce todo París. Walter levantó la nariz y preguntó:

»—¿Qué hay de nuevo?

»Montelin respondió con ingenuidad:

»—Vengo de pagar los dieciséis mil francos que debíamos a la papelera.

»El patrón pegó un salto y exclamó con asombro:

»—¿Qué dice?

»—Que acabo de pagar al señor Privas.

»—¡Usted está loco!

»—¿Por qué?

»—Porque… porque… porque…

»Se quitó las gafas, las secó y después sonrió, con esa especie de sonrisa que recorre sus gruesas mejillas cada vez que piensa decir algo feroz y fuerte, y con acento burlón y convencido, pronunció:

»—¿Por qué? Porque podemos obtener de esa cantidad una reducción de cuatro o cinco mil francos.

»—Pero, señor director —exclamó Montelin, asombrado—. Todas las cuentas estaban en regla, revisadas por mí y aprobadas por usted.

»Entonces, el patrón se puso serio y declaró:

»—No hay nadie tan ingenuo como usted. Ya sabe usted, señor Montelin, que hay que acumular deudas para obtener una transacción.

Y Saint Potin añadió, con un movimiento de cabeza propio de hombre experimentado:

—¡Qué! ¿Es o no propio de un Balzac?

Duroy, que no había leído a Balzac, respondió con el mayor convencimiento:

—¡Diablos, sí lo es!

El reportero enseguida habló de la señora Walter, tonta de remate; de Norberto de Varenne, un viejo fracasado; de Rival, un Fervacques resucitado. Y al final llegó a Forestier.

—En cuanto a éste, ha tenido la suerte de casarse con su mujer. Eso es todo.

Duroy preguntó:

—¿Qué hay respecto a su mujer?

Saint Potin se frotó las manos:

—¡Oh! Es una taimada, una mosquita muerta. Es la querida de ese viejo verde llamado Vaudrec, el conde de Vaudrec, quien la dotó y la ha casado.

Duroy sintió una repentina sensación de frío, una especie de crispación nerviosa que se convirtió en necesidad de injuriar y abofetear a aquel charlatán. Pero sólo le interrumpió para preguntarle:

—¿Su nombre es Saint Potin?

El otro respondió con simpleza:

—No, me llamo Tomás, pero en el periódico me han puesto el mote de Saint Potin.

Y Duroy, pagando las consumiciones, agregó:

—Me parece que se hace tarde y nos esperan dos personajes que entrevistar.

Saint Potin se echó a reír:

—¡Todavía es usted un poco ingenuo! Pero ¿de verdad se ha creído que voy a ir a preguntar a ese chino y a ese indio qué piensan acerca de Inglaterra? ¡Como si no supiera, mejor que ellos, lo que deben contestarme para los lectores de *La Vie Française*! Ya he entrevistado a más de quinientos de esos chinos, persas, hindúes, chilenos, japoneses y demás. Todos responden lo mismo. No tengo más que tomar mi artículo sobre el último llegado y copiarlo palabra por palabra. Sólo tengo que cambiar el título, el nombre, su edad y su séquito. Porque eso sí. No vale cometer el más ligero error, o enseguida sería descubierto por *Le Figaro* o *Le Gaulois*. Pero a ese respecto me sobra con el conserje del hotel Bristol y el del Continental. Ellos me informarán en cinco minutos. Iremos a pie hasta allá y saborearemos un cigarro. Total, cinco francos de coche a cuenta del periódico. He aquí, mi querido amigo, cómo se las arregla un hombre práctico.

Duroy comentó:

—Debe producir beneficios ser reportero en esas condiciones, ¿no?

El periodista respondió, con cierto aire de misterio:

—Sí, pero nada reporta tanto como los ecos. A menudo disfrazan reclamos.

Se habían levantado y continuaban caminando por el bulevar hacia la Madeleine. De pronto, Saint Potin dijo a su acompañante:

—Sabe… Si tiene algunas cosas que hacer, yo no le necesito.

Duroy le estrechó la mano y se fue.

Se sentía abrumado por la idea de escribir su artículo por la noche y se puso a pensar en él. Almacenaba ideas, reflexiones, juicios y anécdotas según caminaba. Llegó hasta el extremo de la avenida de los Campos Elíseos, donde no se veía más que a contados paseantes. París se encontraba completamente vacío a causa del calor reinante.

Una vez hubo cenado en casa de un vendedor de vinos próximo al Arco de Triunfo de la Estrella, regresó caminando lentamente hacia su casa por los bulevares exteriores, y al final se sentó delante de su mesa para trabajar.

Sin embargo, nada más poner ante sus ojos la gran hoja de papel blanco, desapareció todo el material que había estado amontonando en su ánimo, como si el cerebro se le hubiera evaporado. Intentó rehacer sus recuerdos y fijarlos, pero se le escapaban a medida que los recogía, o bien se le mezclaban confusamente sin que supiera cómo presentarlos, arroparlos, ni por dónde empezar.

Tras una hora de largos esfuerzos y de emborronar cinco páginas con frases iniciales que no conseguían ninguna continuación, pensó:

«Todavía no estoy en condiciones de hacerlo solo. Será preciso que tome una nueva lección».

E inmediatamente se estremeció de gozo ante la perspectiva de una nueva mañana en compañía de la señora Forestier, con la esperanza de ese largo coloquio íntimo, cordial y tan dulce como el de la víspera. Se acostó enseguida, casi con miedo a ponerse nuevamente a la tarea y que ahora le saliese bien.

Al día siguiente no se levantó hasta un poco tarde, alargando y saboreando por anticipado el placer de la visita.

Eran más de las diez cuando llamaba a la puerta de su amigo.

El criado le respondió:

—El señor está trabajando.

Duroy no había ni pensado en que el marido estuviera allí. Sin embargo, insistió:

—Dígale que soy yo y vengo por un asunto urgente.

Después de cinco minutos de espera le hicieron pasar al despacho donde dos días antes había pasado una mañana tan agradable.

En el sitio que había ocupado se encontraba Forestier. Estaba sentado y escribía, en bata y zapatillas, con la cabeza cubierta por una gorrilla inglesa. Su mujer, envuelta en el mismo peinador blanco, se hallaba acodada en la chimenea y le dictaba con un cigarrillo en la boca.

Duroy se detuvo bajo el umbral y murmuró:

—Les ruego que me perdonen. He venido a interrumpirles…

Su amigo volvió la cabeza hacia él. Parecía furioso:

—¿Qué quieres ahora? —gruñó—. Apresúrate, que estamos ocupados.

El otro, cortado, balbució:

—No, no es nada. Perdonen.

Pero Forestier se le encaró:

—¡Por todos los diablos! No perdamos tiempo. Tú no has venido a llamar a mi puerta para decirme solamente buenos días, ¿verdad?

Entonces Duroy, muy azorado, se decidió:

—No, pero es que… todavía no he podido escribir mi artículo…, y como tú fuiste… ustedes han sido tan… amables la última vez… que esperaba, que me atreví a venir…

Forestier le cortó la palabra:

—¡Al fin te vas a reír de todos! Pero te imaginas que voy a hacer tu trabajo y tú no tendrás más que pasar por caja a final de mes. ¡Ah, no! ¡Ya está bien!

La mujer continuaba fumando, sin decir nada, pero sonriendo con su acostumbrada y vaga sonrisa que parecía enmascarar amablemente sus irónicos pensamientos.

Duroy, rojo de vergüenza, tartamudeó:

—Excúsame… Había creído… pensaba…

Y luego, con voz más clara, añadió:

—Le pido mil perdones, señora, y le reitero mi más profunda gratitud por la encantadora crónica que me dictó anteayer.

La saludó, y después dijo a Carlos:

—A las tres estaré en el periódico.

Y se marchó.

Regresó a su casa a grandes zancadas. No hacía más que repetir entre gruñidos: «Pues bien, lo haré, y lo haré solo… Ya verán».

Apenas hubo entrado en su habitación se puso a escribir excitado por la cólera.

Prosiguió la aventura empezada por la señora Forestier. Acumuló detalles folletinescos, peripecias sorprendentes y descripciones ampulosas en un desdichado estilo de colegial y latiguillos de suboficial. En una hora estuvo terminada una crónica que se parecía a un caos de insensateces, y se la llevó muy satisfecho a *La Vie Française*.

La primera persona a quien encontró fue a Saint Potin, quien estrechándole la mano con efusión de cómplice, le preguntó:

—¿Ha leído usted mi conversación con el chino y el indio? ¡A que es bastante divertida! Ha regocijado a todo París y ni tan siquiera he visto la punta de sus narices.

Duroy, que no había leído nada, cogió inmediatamente el periódico y echó un vistazo a un largo artículo titulado «India y China», mientras el reportero le indicaba los pasajes más interesantes.

Apareció Forestier jadeante, muy apresurado, y con aire de espanto.

—¡Ah! Estupendo. Necesito a los dos.

Y les indicó una serie de informaciones políticas que era preciso conseguir aquella misma tarde.

Duroy le alargó su artículo.

—Aquí está la continuación de lo de Argelia.

—Muy bien, tráelo. Se lo pasaré al director.

Aquello fue todo.

Saint Potin arrastró a su nuevo compañero y cuando se encontraron en el pasillo, le dijo:

—¿Ha pasado usted por caja?

—No. ¿Por qué?

—¿Por qué? Para que le paguen. Fíjese, hay que tener siempre un mes adelantado. No se sabe lo que puede suceder.

—Pero no pido otra cosa.

—Le presentaré al cajero. No le pondrá dificultades. Aquí se paga bien.

Y Duroy fue a cobrar sus doscientos francos, además de veintiocho francos por su artículo de la víspera. Unidos a lo que le quedaba de su sueldo del ferrocarril, reunía en su bolsillo trescientos cuarenta francos.

Jamás había tenido una suma semejante y se creyó rico por tiempo indefinido.

Después Saint Potin le condujo a fisgonear en las oficinas de cuatro o cinco periódicos rivales, con la esperanza de que las noticias que les encargaron recoger ya estuviesen en poder de otros. Él sabría hincharlas gracias a la abundancia y la astucia de su conversación.

Por la noche, como Duroy no tenía nada que hacer, decidió volver al Folies Bergère. Puso a contribución toda su audacia y se presentó al portero.

—Me llamo Jorge Duroy, redactor de *La Vie Française*. El otro día estuve aquí con el señor Forestier, que me prometió pedir mis entradas. No sé si se habrá acordado.

Consultaron un registro. Su nombre no figuraba entre los inscritos. Sin embargo, el portero, hombre muy afable, le dijo:

—Entre de todos modos, señor, y dirija su petición al señor director, quien seguramente le atenderá.

Duroy entró y casi inmediatamente se encontró a Raquel, la mujer con quien estuvo la primera noche.

Ella se aproximó a él.

—Buenas noches, gatito. ¿Estás bien?

—Muy bien. ¿Y tú?

—No estoy mal. Tú sabes, ya he soñado dos veces contigo desde el otro día.

Duroy sonrió halagado.

—¡Ah, ja! ¿Y qué prueba eso?

—Que me gustaste, bribón, y que volveremos cuando tú digas.

—Hoy mismo, si quieres.

—Claro que sí.

—Está bien, pero escucha… —Vacilaba un poco confuso por lo que iba a decir—. Es que esta vez no tengo ni un céntimo. Vengo del círculo, donde he dejado todo.

Ella le miraba al fondo de los ojos e intuyó la mentira con su instinto y su práctica de mujer acostumbrada a las astucias y regateos de los hombres. Dijo:

—¡Embustero! ¿Sabes que no eres muy amable conmigo?

Él sonrió turbado.

—Si quieres diez francos, es todo lo que me queda.

Raquel murmuró con el desinterés de una cortesana que se permite un capricho:

—Lo que te parezca, querido. Sólo me importas tú.

Y levantando sus ojos seducidos por el bigote del joven, tomó su brazo y se apoyó sobre él amorosamente.

—Primero vamos a beber una granadina y después daremos una vuelta juntos. También me gustaría ir a la Ópera contigo, así, para exhibirte. Y después entraríamos pronto en casa, ¿no te parece?

Durmió hasta tarde en casa de la mujer. Ya era de día cuando salió de ella, y el primer pensamiento que tuvo fue comprar *La Vie Française*. Abrió el periódico febrilmente. Su crónica no aparecía. Se quedó de pie sobre la acera, recorriendo ansiosamente con la mirada las columnas impresas con la esperanza de encontrar, al fin, lo que deseaba.

Sintió que algo pesado oprimía su corazón. Después de la fatiga de una noche licenciosa, esta contrariedad caía sobre su lasitud con la pesadez del desastre.

Volvió a su casa, se echó sobre la cama vestido y se durmió.

Al entrar algunas horas más tarde en los despachos de la redacción, se dirigió al señor Walter.

—Señor, me ha sorprendido mucho no haber visto esta mañana mi segundo artículo sobre Argelia.

El director levantó la cabeza y replicó con sequedad:

—Se lo entregué a su amigo Forestier, rogándole que lo leyese. No lo encontré publicable. Es preciso que lo rehaga.

Duroy, furioso, salió sin responder nada, y se presentó bruscamente en el despacho de su compañero.

—¿Por qué no has publicado esta mañana mi crónica?

El periodista fumaba un cigarrillo, con la espalda apoyada en el respaldo de su sillón y los pies sobre la mesa. Ensuciaba con uno de sus talones un artículo empezado. Habló pausadamente, con un tono enojado y lejano, como si hablase desde el fondo de un hoyo.

—El director lo ha encontrado mal y me encargó que te lo devolviese para que lo rehicieras. Ahí lo tienes, cógelo.

Y le indicó con el dedo las hojas desplegadas bajo un pisapapeles.

Duroy, confuso, no sabía qué decir y cuando se guardó su artículo en el bolsillo, Forestier añadió:

—Hoy irás, primeramente, a la prefectura…

Y le indicó una serie de diligencias e informes que debía recoger. Duroy se marchó sin haber conseguido lanzar la palabra mordaz que buscaba inútilmente.

Al día siguiente entregó su artículo que le fue devuelto nuevamente. Lo rehízo por tercera vez y al verlo rechazado comprendió que iba muy rápido y que sólo la mano de Forestier podía ayudarle en su camino.

No volvió a hablar más de «Los recuerdos de un cazador en África», y decidió ser acomodaticio y astuto, ya que era necesario, y desempeñar su profesión de reportero celosamente mientras llegaban tiempos mejores.

Conoció los bastidores de los teatros y los de la política, los pasillos y antesalas de los hombres de Estado y de la Cámara de Diputados. Conoció los rostros importantes de los diplomáticos y los semblantes enfurruñados de los ujieres adormilados.

Tuvo trato asiduo con ministros, conserjes, generales, agentes de policía, príncipes, chulos, cortesanas, embajadores, obispos, alcahuetas, advenedizos, hombres de mundo, tahúres, cocheros de punto, mozos de café y otras muchas gentes, de quienes se hizo amigo interesado e indiferente, confundiéndolos en su estima, midiéndolos por el mismo rasero y juzgándoles con la misma mirada a fuerza de verlos día tras día a todas horas y minutos, sin transición, y hablando con todos ellos de los mismos asuntos que le importaban como periodista. Él mismo se comparaba a un hombre que catase, una tras otra, todas las muestras de vinos y al final no distinguía un Chateau Margaux del Argenteuil.

En poco tiempo se convirtió en un reportero notable, seguro de sus informaciones, astuto, rápido y sutil. Un verdadero valor para el periódico, como decía el viejo Walter, que se preciaba de conocer redactores.

Sin embargo, como no cobraba más que diez céntimos por línea, más los doscientos francos de sueldo, y la vida del bulevar, el café y el restaurante eran caras, jamás tenía un céntimo y se desesperaba en su miseria.

«Aquí hay alguna artimaña oculta», pensaba al ver a ciertos compañeros con el bolsillo lleno de oro. Nunca llegaba a comprender de qué medios ocultos se valían para procurarse tal abundancia. Y se imaginaba, con envidia, los procedimientos desconocidos y sospechosos, los servicios prestados, y todo contrabando aceptado y consentido. Era preciso penetrar en el misterio. Entrar en la asociación tácita, imponerse a los compañeros que no repartían con él.

Y muchas noches, observando cómo pasaban los trenes desde su ventana, pensaba en los procedimientos que podría emplear.

Capítulo V

Habían transcurrido dos meses. Se acercaba septiembre y la gran fortuna que Duroy había esperado aún no se distinguía. Le inquietaba, sobre todo, la mediocridad moral de su situación y no descubría por qué medios escalaría las alturas donde se encontraban la consideración y el dinero. Se sentía encerrado en aquella mediocre profesión de reportero, emparedado en ella y sin poder salir. Le apreciaban, pero sólo le estimaban con arreglo a su categoría. Forestier mismo, a quien prestaba múltiples servicios, no le había invitado más a cenar y le trataba como a un inferior, aunque lo tuteaba como a un amigo.

Bien es cierto que Duroy, de vez en cuando, tenía ocasión de colocar un artículo, y habiendo adquirido con los ecos una agilidad de pluma y un tacto que le faltaron cuando había escrito su segunda crónica sobre Argelia, no corría ningún riesgo de que le rechazasen sus trabajos. Pero de esto a escribir crónicas de su cosecha, o tratar certeramente las cuestiones políticas, había tanta diferencia como conducir un carruaje por las avenidas del Bosque entre un cochero o un dueño. Lo que más le humillaba era ver cerradas ante sí las puertas del gran mundo, no contar en él con relaciones de igual a igual, ni entrar en la intimidad de las mujeres, a pesar de que muchas actrices conocidas, a veces, lo habían acogido con una familiaridad interesada.

Sabía, desde luego y por propia experiencia, que todas las mujeres, mundanas o cómicas de la legua, sentían hacia él una inclinación singular, una simpatía instantánea. Pero le acuciaba no saber de cuál de ellas podría depender su porvenir, impacientándose como caballo trabado.

A menudo había pensado realizar una visita a la señora Forestier, pero el pensamiento de su último encuentro le paralizaba, le humillaba, y por otra parte, esperaba que el marido le invitase. Entonces se acordó de la señora de Marelle, quien le había rogado que fuera a visitarla después del mediodía. Y una tarde que no tenía nada que hacer, fue a su casa.

—Siempre estoy hasta las tres —le había dicho.

Cuando llamaba a la puerta sólo eran las dos y media.

La señora de Marelle habitaba un cuarto piso en la calle Verneuil.

Al sonar el timbre acudió a abrir una criada, una pequeña sirvienta despeinada que se anudaba las cintas de su cofia al responder.

—Sí, la señora está en casa, pero no sé si se habrá levantado.

Y empujó la puerta del salón que no se encontraba cerrada.

Duroy entró. La estancia era bastante grande, escasamente amueblada y de aspecto abandonado. Las butacas, deslustradas y viejas, se alineaban a lo largo de las paredes según un orden establecido por la doméstica, ya que en nada se advertía el elegante esmero de una mujer que ama su hogar. Cuatro malos cuadros, representando una barca en un río, un navío en el mar, un molino en una llanura y un

leñador en un bosque, colgaban en medio de los cuatro paños al final de unos cordones desiguales que los hacían permanecer torcidos. Se adivinaba que estaban así desde hacía tiempo y apenas los contemplaba una mirada negligente y superficial.

Duroy esperó sentado. Transcurrió un buen rato y después se abrió una puerta. La señora Marelle entró corriendo. Vestía un quimono japonés de seda roja en el que habían bordado paisajes dorados, flores azules y pájaros blancos.

—Figúrese. Todavía estaba acostada —exclamó—. ¡Qué amable al venir a verme! Estaba convencida de que me había olvidado.

Le tendió las dos manos con un gesto encantador. Duroy, a quien el aspecto mediocre de la estancia daba aplomo, las cogió y besó una como había visto hacer a Norberto de Varenne.

La mujer le rogó que se sentase y después, examinándole de pies a cabeza, exclamó:

—¡Cómo ha cambiado! Ha ganado mucho. El aire de París le sienta bien. Vamos, cuénteme cosas.

Y enseguida se pusieron a conversar como si se conocieran desde la infancia. Sentían nacer entre ellos una familiaridad instantánea y establecerse una corriente de confianza, intimidad y afecto que en cinco minutos hace amigos a dos seres del mismo carácter y las mismas inclinaciones.

De pronto, la mujer le interrumpió y exclamó asombrada:

—Es gracioso lo que me ocurre con usted. Me parece que nos conocemos desde hace diez años. Sin duda nos convertiremos en buenos amigos. ¿Le gustaría?

—Pues claro —respondió él con una sonrisa que significaba mucho más.

La encontraba tentadora con su deslumbrante y suave quimono, menos fina que la otra con su peinador blanco, menos felina, menos delicada, pero más excitante, más picaresca.

Cuando percibía cerca de sí a la señora Forestier, con su sonrisa inmóvil y graciosa que atraía y paraba al mismo tiempo, que parecía decir «me gusta usted» y también «tenga cuidado», sin llegar a comprender nunca su verdadero significado, experimentaba el deseo de echarse a sus pies, o de besar el fino encaje de su corpiño, y respirar lentamente las emanaciones cálidas y perfumadas que debían salir de su pecho, deslizarse entre sus senos.

Al lado de la señora de Marelle sentía un deseo más brutal, más preciso, que hacía temblar sus manos ante aquellos contornos que la ligera seda resaltaba.

Ella seguía hablando, salpicando cada frase con ese ingenio fácil al que tan acostumbrada estaba, de igual modo que un obrero conoce la vuelta que necesita una tarea reputada de difícil y asombrosa por otros.

Duroy le escuchaba pensando:

«Estaría bien recordar todo esto. Escribiría deliciosas crónicas parisienses haciéndole hablar sobre los acontecimientos del día».

En aquel instante llamaron suavemente a la puerta, muy suavemente, y ella gritó

volviéndose hacia donde alguien había entrado:

—Puedes entrar, monina.

Apareció la pequeña y se fue directa a Duroy, a quien tendió la mano.

—Eso sí que es una verdadera conquista —exclamó la madre asombrada—. No la reconozco.

El hombre, tras besar a la niña, la hizo sentar a su lado y le dirigió, muy serio, algunas preguntas sobre lo que había hecho desde que no se veían. La pequeña respondía con su vocecita infantil y sin perder su seriedad de persona mayor.

El reloj dio las tres y el periodista se puso de pie.

—Venga a menudo —le rogó la señora de Marelle—. Hablaremos como hoy. Siempre me alegrarán sus visitas. ¿Por qué no se le ve más a menudo por casa de los Forestier?

—¡Oh, por nada! —respondió él—. Tengo mucho que hacer. Espero que nos encontraremos uno de estos días.

Y salió con el corazón lleno de esperanza y sin saber por qué.

No habló nada sobre esta visita a Forestier.

Sin embargo, guardó el recuerdo durante los días siguientes. Y más que el recuerdo, una especie de sensación de la presencia irreal y persistente de esta mujer. Le parecía haber tomado algo de ella, porque la imagen de su cuerpo permanecía ante sus ojos y el sabor de su espíritu en su corazón. Era como encontrarse bajo la obsesión de su imagen, igual que sucede a veces cuando se han pasado unas horas encantadoras al lado de otra persona. Se diría que sufría una posesión extraña, íntima, confusa, turbadora y exquisita por cuanto tenía de misteriosa.

Hizo una segunda visita al cabo de varios días.

La doncella le introdujo en el salón y Laurina apareció enseguida. Le ofreció su frente, además de la mano, y dijo:

—Mamá me encarga que le ruegue que la espere un poco. Tardará unos quince minutos, pues aún no está vestida. Yo le haré compañía mientras tanto.

Duroy, que se divertía con las maneras ceremoniosas de la muchacha, respondió:

—Perfectamente, señorita. Me encantará pasar un cuarto de hora con usted, pero le prevengo que no soy nada serio. Me paso el día jugando, así pues, le propongo una partida de «al gato plantado».

La chiquilla permaneció cogida, después sonrió como lo hubiera hecho una mujer ante esta idea que le chocaba un poco y también le asombraba. Murmuró:

—Las habitaciones no se han hecho para jugar.

Duroy respondió:

—Me da lo mismo. Yo juego en todas partes. Vamos, atrápame.

Y se puso a dar vueltas alrededor de la mesa, incitando a la pequeña a perseguirlo. Ésta avanzaba tras él sonriendo siempre con una especie de condescendencia cortés y, a veces, extendía la mano para tocarle, pero no se decidía a correr.

Él se detenía, se agachaba y cuando ella se aproximaba con su pasito menudo y

vacilante, daba un salto similar al de los diablos encerrados en cajas de sorpresa, y después, de una zancada, se alejaba al otro extremo del salón. La pequeña encontró aquello gracioso, acabó por reír y animándose, empezó a corretear detrás de él lanzando pequeños gritos de alegría y temor cada vez que creía tenerlo atrapado. Duroy movía las sillas y las colocaba de obstáculos obligando a la pequeña a dar vueltas a su alrededor durante unos segundos. Después, quitándosela, le repetía la operación con otra. Y Laurina, entonces, corría abandonándose por completo al placer de este nuevo juego. Con el rostro arrebolado, se precipitaba satisfecha hacia cada huida, cada carrera y cada brinco de su compañero.

Bruscamente, cuando ella creía apresarlo, Duroy la tomó en sus brazos y, alzándola hasta el techo gritó:

—¡Gato atrapado!

La pequeña, encantada y riendo como una loca, agitaba sus piernas y trataba de desprenderse.

La señora de Marelle entró y exclamó estupefacta:

—¡Ah, Laurina! Laurina jugando. Verdaderamente es usted un hechicero.

Duroy dejó en tierra a la pequeña, besó la mano de la madre y se sentaron con la niña entre ellos. Querían charlar, pero Laurina, tan calladita de ordinario, estaba excitada y deseaba hablar continuamente. Fue preciso enviarla a su habitación.

La pequeña obedeció sin rechistar, pero con lágrimas en los ojos.

Cuando se encontraron solos, la señora de Marelle bajó la voz y dijo:

—¿Sabe? Tengo un gran proyecto y he pensado en usted. Le explicaré. Como todas las semanas ceno un día en casa de los Forestier, de vez en cuando les devuelvo la invitación en algún restaurante. A mí no me gusta reunir a nadie en casa. No estoy preparada para esos trotes y, además, no entiendo de quehaceres domésticos, ni de cocina ni de nada. Me gusta vivir improvisando. Por eso, de vez en cuando, invito a los Forestier a un restaurante. Sólo que esto no resulta muy divertido cuando somos tres, y por otro lado, mis amistades personales no se tratan con ellos. Se lo digo para explicar una invitación algo irregular. ¿No es cierto que ahora comprenderá que le pida que se reúna con nosotros el sábado en el café Riche, a las siete y media? Supongo que conoce la casa.

Duroy aceptó satisfecho y ella prosiguió:

—No estaremos más que los cuatro. Será una verdadera partida sin mirones. Estas pequeñas fiestas son muy divertidas, sobre todo para nosotras, que como mujeres estamos poco acostumbradas a ellas.

Llevaba un traje de color castaño oscuro que modelaba su cintura, sus caderas, el busto y sus brazos de manera provocativa e insinuante. Duroy experimentó una especie de confuso asombro, casi una sensación molesta cuya causa no sabía precisar, pero que estaba en el contraste de su refinada y cuidadosa elegancia con el poco aseo del piso que habitaba.

Todo lo que vestía su cuerpo, aquello que le tocaba íntima y directamente la

carne, era delicado y fino, sin embargo lo que la rodeaba le tenía indiferente.

Cuando la abandonó conservaba, como la vez anterior, la sensación de su continua presencia en una especie de alucinación de los sentidos. Y esperó el día de la cena con creciente impaciencia.

Había alquilado por segunda vez un frac negro, sus medios aún no le permitían comprarse ropa de etiqueta. Fue el primero en llegar a la cita, minutos antes de la hora convenida.

Le hicieron subir al segundo piso y le introdujeron en un pequeño salón del restaurante, tapizado en rojo y con una única ventana que daba sobre el bulevar.

Una mesa cuadrada, dispuesta para cuatro cubiertos, mostraba un mantel blanco tan brillante que parecía barnizado. La cristalería, los cubiertos de plata y la estufilla relucían alegremente bajo la luz de doce bujías sostenidas por dos candelabros altos.

Afuera se percibía una gran mancha de color verde claro producida por las hojas de un árbol iluminadas por el vivo resplandor de despachos particulares.

Duroy se sentó en un canapé muy bajo, rojo como el tapizado de las paredes, y en el que los muelles se hundieron bajo su peso y le dieron la sensación de caer en un hoyo. Se oía por todo el vasto edificio un rumor confuso, ese zumbido de los grandes restaurantes que forman el entrechocar de vajillas y cuberterías, los pasos rápidos de los camareros que amortiguan las alfombras de los pasillos, el abrir y cerrar de puertas, por las que se escapan las voces de las personas que cenan en los estrechos reservados.

Forestier entró y le estrechó la mano con una familiaridad cordial que jamás le demostraba en las oficinas de *La Vie Française*.

—Esas dos señoras llegarán juntas —dijo—. ¡Son muy graciosas estas cenas!

Enseguida echó un vistazo a la mesa, hizo que apagasen un mechero de gas que alumbraba como una lamparilla, cerró uno de los batientes de la ventana para evitar corrientes de aire y eligió su sitio al abrigo de éstas mientras decía:

—Tengo que cuidarme mucho. He pasado un mes bastante bueno, pero desde hace unos días he recaído. Por lo visto me resfrié el martes, al salir del teatro.

Se abrió la puerta y entraron las dos mujeres seguidas del *maître*. Llevaban los rostros discretamente velados y poseían esa especie de misterio encantador que adquieren las mujeres en los lugares donde la vecindad y los encuentros fortuitos son sospechosos.

Cuando Duroy saludaba a la señora Forestier, ésta le reconvino por no haber vuelto a visitarla. Después agregó sonriente mientras se volvía hacia su amiga:

—Sin duda prefiere a la señora Marelle, ya que encuentra tiempo para dedicarle.

Se sentaron a la mesa y como el *maître* presentase a Forestier la lista de vinos, la señora de Marelle ordenó:

—Sirva a los señores lo que deseen. Nosotras tomaremos champaña helado, del mejor. Un champaña dulce y nada más.

Cuando el hombre hubo salido anunció a sus amigos con una risa nerviosa:

—Esta noche quiero emborracharme. Vamos a celebrar una juerga, una verdadera juerga.

Forestier, que parecía no haberla escuchado, preguntó:

—¿Le molestará que cierre la ventana por completo? Me encuentro un poco acatarrado estos días.

—No, no. En absoluto.

Forestier fue a cerrar la hoja que había quedado entreabierta y volvió a sentarse con gesto más sosegado y tranquilo.

Su mujer no decía nada, parecía absorta en sus pensamientos. Tenía la mirada bajada hacia la mesa y sonreía a los vasos, con esa sonrisa vaga que siempre parecía prometer para no conceder nunca.

Les sirvieron ostras de Ostende, menudas y carnosas, semejantes a orejitas encerradas en conchas, que se deshacían entre el paladar y la lengua como si fueran bombones salados.

Después, tras la sopa, sirvieron una trucha rosada como la carne de una jovencita. Y los comensales empezaron a charlar.

En primer lugar se habló de un rumor que circulaba por todas partes y que refería la historia de una señora de buena sociedad sorprendida por un amigo de su marido, cenando en compañía de un príncipe extranjero en un reservado.

Forestier se reía mucho con esta historia. Las dos mujeres declararon que el soplón indiscreto no era más que un granuja y un cobarde. Duroy fue del mismo parecer y proclamó bien alto que un hombre, bien sea actor, confidente o simple testigo en esa clase de asuntos, debe guardar un silencio de muerte. Y añadió:

—¡Qué encanto tendría la vida si unos y otros pudiéramos contar con una discreción absoluta! Lo que detiene frecuentemente a casi todas las mujeres, y más a menudo de lo que parece, es el miedo a que se descubra su secreto.

Y luego, con una amplia sonrisa, agregó:

—Veamos, ¿no es cierto lo que digo? ¡Cuántas no se abandonarían a un deseo súbito, al capricho brusco y violento de un instante, a un antojo amoroso, si no temiesen pagar con un escándalo inevitable y con dolorosas lágrimas una ligera y fugaz dicha!

Hablaba con una convicción contagiosa, como si defendiese una causa, su causa, como si estuviera diciendo: «Conmigo no se correrían semejantes peligros. Prueben y convénzanse».

Ambas mujeres lo contemplaban aprobando con su mirada cuanto decía. Estimaban que hablaba bien y con justicia, confesando con su silencio que su inflexible moral parisiense no resistiría mucho tiempo si contara con la seguridad del secreto.

Y Forestier, casi tumbado en su asiento, con una pierna doblada bajo él, la servilleta prendida en su chaleco para no manchar su traje, declaró de golpe, con risa de escéptico convencido:

—¡Sí, caramba! Incluso pagarían si estuvieran seguras del silencio. ¡Por todos los diablos! Pobres maridos.

Y se pusieron a hablar de amor. Sin admitir que fuese eterno, Duroy lo entendía durable, creando un lazo, una amistad tierna y confiada. La unión de la carne no hacía más que sellar la unión de los corazones. Sin embargo, le indignaban los celos torturadores, los dramas, las escenas y las miserias que casi siempre acompañaban a las desavenencias.

Cuando se hubo callado, la señora de Marelle suspiró y dijo:

—Sí, el amor es la única cosa buena que tiene la vida y con frecuencia la estropeamos con exigencias imposibles.

La señora Forestier, que jugueteaba con un cuchillo, agregó:

—Sí…, sí…, es agradable ser amada.

Y parecía llevar su ensueño más lejos, hasta imaginar cosas que no se atrevía a decir.

Y como el primer plato aún no llegaba, de vez en cuando bebían sorbitos de champaña y masticaban cortezas arrancadas a los panecillos servidos. Los pensamientos amorosos penetraban en ellos lenta y suavemente para embriagarles el alma al igual que el vino claro caía gota a gota en sus gargantas para caldearles la sangre y turbarles el ánimo.

Les trajeron las costillas de cordero, tiernas y pequeñas, presentadas sobre un tupido lecho de menudas puntas de espárragos.

—¡Rayos! ¡Qué buen aspecto! —exclamó Forestier.

Todos se pusieron a comer despacito, saboreando la fina carne y la legumbre mantecosa como crema.

Duroy prosiguió:

—Yo, cuando amo a una mujer, no percibo nada más a mi alrededor.

Lo decía convencido, exaltándose al pensar en ello como ante este goce de la mesa que a la sazón saboreaba.

La señora Forestier, con su aire de ausente, murmuró:

—No hay dicha comparable a la de la primera presión de dos manos cuando una pregunta: «¿Me amas?» y la otra responde: «Sí, te quiero».

La señora de Marelle, que acababa de vaciar de un trago una nueva copa de champaña, dijo alegremente mientras abandonaba su copa:

—Yo soy menos platónica.

Todos se echaron a reír, con los ojos brillantes, mientras aprobaban sus palabras.

Forestier se tendió sobre su diván, abrió los brazos, los apoyó sobre unos cojines, y dijo seriamente:

—Esa franqueza la honra y prueba que es usted una mujer práctica. Pero, podríamos preguntar, ¿cuál es la opinión del señor de Marelle?

La mujer se encogió de hombros lentamente y con gesto de infinito desdén. Luego dijo con voz clara:

—El señor de Marelle no opina sobre esta materia. Él sólo tiene… abstenciones.

La conversación, descendiendo de las elevadas teorías de la ternura, derivó hacia el jardín florido de las salacidades elegantes.

Fue la ocasión de los sobrentendidos, de las inconveniencias descubiertas por palabras como quien levanta unas faldas. Era la hora de los atrevimientos del lenguaje, las audacias hábiles y disimuladas, y todas las hipocresías impúdicas. De las frases que muestran la desnudez de las imágenes con expresiones encubridoras, y hacen desfilar ante la mirada y el entendimiento una rápida visión de lo que no debe decirse, pero permite a las gentes de buen tono una especie de amor sutil y misterioso, una especie de contacto impuro de pensamientos en evocación simultánea, turbadora y sensual como un abrazo, con todas las cosas secretas, vergonzosas y deseadas del ayuntamiento.

Habían servido el asado de perdices adornadas con codorniz, después guisantes, una tarrina de *foie-gras* acompañada de una ensalada de hojas de escarola que con su verdor llenaba una gran ensaladera en forma de jofaina. Comían de todo sin saborear nada y sin darse cuenta de lo que tenían delante, preocupados, únicamente, por lo que decían sumergidos en aquel baño de amor.

Las dos mujeres empezaron a lanzar pullas: la de Marelle con una audacia infinita que semejaba una provocación; la de Forestier con una reserva encantadora y un pudor en el tono, en la voz y la sonrisa, que tenían aspecto de subrayar, en vez de atenuar, los atrevimientos que salían por su boca.

Forestier, completamente clavado sobre los cojines, reía, bebía y comía sin tregua mientras de vez en cuando lanzaba una frase tan osada como cruda que las mujeres, un poco asombradas por la forma y el tono, adoptaban un airecillo de enfado que apenas duraba dos o tres segundos. Cuando había largado alguna atrocidad de gran calibre, añadía:

—Vamos bien, amigas mías. Si continuáis así, acabaréis por cometer alguna barbaridad.

Llegó el postre y después el café. Los licores aún turbaron y caldearon más los ánimos ya excitados.

La señora de Marelle, como ya había anunciado al sentarse a la mesa, se encontraba borracha y lo reconocía por su gracia alegre y parlanchina de mujer que aun acentúa un poco su borrachera real para divertir a sus invitados.

Ahora, la señora Forestier se callaba, seguramente por prudencia. Y Duroy, que también se sentía bastante alumbrado, guardaba una hábil reserva para no comprometerse.

Encendieron cigarrillos y de repente Forestier se puso a toser.

Fue un acceso terrible que le desgarraba la garganta. Con el rostro congestionado y la frente bañada en sudor, trataba de ahogarlo en su servilleta. Cuando calmó la crisis, gruñó furioso:

—Estas reuniones no me van bien. Son estúpidas.

Todo su buen humor había desaparecido ante el terror a la enfermedad que atormentaba su pensamiento.

—Regresemos a casa —dijo.

La señora de Marelle llamó al camarero y pidió la cuenta. Se la presentaron inmediatamente y ella intentó leerla, pero las cifras bailaban ante sus ojos y pasó el papel a Duroy mientras le decía:

—Tenga, pague por mí. No veo nada. Estoy muy mareada.

Y al mismo tiempo le entregó su bolso.

La suma ascendía a ciento treinta francos. Duroy revisó y comprobó la nota. Después entregó dos billetes y recogió la vuelta preguntándole a media voz:

—¿Cuánto se deja para los camareros?

—Lo que le parezca. No sé.

Puso cinco francos en la bandeja y devolvió el bolso a la mujer mientras le preguntaba:

—¿Quiere que la acompañe hasta su puerta?

—Pues claro. Soy incapaz de encontrar mi casa.

Estrecharon las manos de los Forestier, y Duroy se encontró solo con la señora de Marelle en un simón que rodaba.

La sentía junto a él, muy próxima, encerrados mano a mano en aquella caja negra que por bruscos instantes iluminaban los mecheros de gas de las aceras. Y percibía, a través de su manga, el calor del hombro de ella, pero no encontraba nada, absolutamente nada que decirle. Era como si tuviera el espíritu paralizado por el imperioso deseo de estrecharla entre sus brazos.

«¿Y si me atreviese, qué haría ella?», pensaba.

Y el recuerdo de todas las procacidades dichas durante la cena le enardecía, pero el temor al escándalo le contenía al mismo tiempo.

Ella tampoco decía nada. Permanecía inmóvil, hundida en su rincón. Hubiera creído que ella dormía si no le hubiese visto brillar los ojos cada vez que un rayo de luz penetraba en el vehículo.

«¿Qué pensará?», se preguntaba.

Comprendía que no era preciso hablar, sólo precisaba una palabra, una única palabra que rompiese el silencio y les llevase a sus dichas; pero le faltaba audacia, la audacia de una acción brusca y brutal.

De pronto sintió removerse un pie. Ella había hecho un movimiento, un movimiento seco, nervioso, de impaciencia o tal vez de llamada. Y ese gesto, apenas perceptible, le estremeció de pies a cabeza. Se giró con viveza hacia ella y se arrojó sobre la mujer buscando la boca con sus labios y la carne desnuda con sus manos.

Ella lanzó un grito, un pequeño grito mientras intentaba incorporarse, combatirlo y rechazarlo. Después cedió, como si le hubieran faltado las fuerzas para resistir más tiempo.

Pero el coche se detuvo enseguida delante de la casa de ella. Duroy, sorprendido,

no tuvo tiempo de buscar palabras apasionadas con que agradecerle, bendecirle y expresarle su amoroso reconocimiento. No obstante, ella no se levantaba ni se movía como si estuviera aturdida por lo que acababa de suceder. Entonces Duroy, temiendo que el cochero tuviese sospechas, descendió el primero para ofrecer la mano a su joven amiga.

Al fin salió ella del coche dando tropezones y sin pronunciar una palabra. Duroy llamó y cuando la puerta se abría, preguntó tembloroso:

—¿Cuándo volveré a verla?

Ella contestó tan bajo que él apenas pudo oírla:

—Venga mañana a almorzar conmigo.

Y desapareció en la oscuridad del portal tras empujar el pesado batiente que sonó como un cañonazo.

Duroy dio cinco francos al cochero y se puso a caminar delante de él, con paso rápido y aire de triunfo, mientras su corazón se desbordaba de júbilo.

¡Por fin tenía una! Una mujer casada, una mujer de mundo, de verdadero mundo, del mundo parisiense. ¡Qué fácil e inesperado había sido!

Hasta entonces se había imaginado que para conquistar a una de estas criaturas tan deseadas, le harían falta infinitos cuidados, esperas interminables, asedios hábiles llenos de galantería, palabras amorosas, suspiros y regalos. Y he aquí que de golpe, al más simple ataque, la primera que encuentra se le abandona tan rápidamente que lo deja estupefacto.

«Claro que estaba borracha —pensaba—. Y mañana será otra canción. Habrá lagrimitas —el pensamiento le inquietó un poco, pero al fin pensó—: ¡Peor para ella! ¡Ahora que la tengo, sabré convencerla!».

Y en el espejo confuso donde se realizaban sus esperanzas, esperanzas de grandeza, de éxito, fama, dinero y amor, descubrió de repente, como una de esas guirnaldas de angelotes que ascienden al cielo de la apoteosis, una procesión de mujeres elegantes, ricas y poderosas que pasaban ante él sonriéndole para desaparecer después en el otro extremo de la dorada nube de sus ilusiones.

Y su sueño estuvo poblado de visiones.

Se encontraba un poco emocionado al día siguiente, cuando subía la escalera hacia el piso de la señora Marelle. ¿Cómo le recibiría? ¿Y si no le recibía? A lo mejor le había prohibido la entrada en su casa. ¿Y si ella contaba…? No, ella no podía decir nada sin dejar que adivinasen toda la verdad. Por tanto, él era dueño de la situación.

La doncella le abrió la puerta. Tenía su rostro habitual y Duroy se tranquilizó como si hubiera esperado que la criada le pusiera un mal gesto.

Le preguntó:

—¿Se encuentra bien la señora?

Ella respondió:

—Sí, señor. Como de costumbre.

Y le hizo entrar en el salón.

Él fue derecho a la chimenea para echar un vistazo a su peinado y atuendo ante el espejo. Se reajustaba la corbata cuando advirtió que la joven dueña le contemplaba de pie desde el umbral de su habitación.

Fingió no haberla visto y estuvieron examinándose algunos segundos en el fondo del espejo, observándose y espiándose antes de encontrarse cara a cara.

Él se volvió. Ella no se había movido y parecía esperarle. Y él se lanzó balbuciendo:

—¡Cuánto la amo, cuánto la amo!

Ella abrió los brazos y se echó sobre su pecho. Después, levantando la cabeza hacia él, se besaron largamente.

Él pensaba: «Es mucho más fácil de lo que imaginaba. Esto marcha muy bien».

Y cuando sus labios se separaron, él sonrió sin decir una palabra y trató de poner en su mirada la grandiosidad de su amor.

Ella también sonreía, con una de esas sonrisas que las mujeres suelen ofrecer con su deseo, su consentimiento y su voluntad de entrega. Murmuró:

—Estamos solos. He enviado a Laurina a almorzar a casa de una amiga.

Él suspiró y murmuró, besándole los puños:

—Gracias. La adoro.

Entonces ella le tomó del brazo como si se tratara de su marido y lo condujo al diván, donde ambos se sentaron muy juntos.

Duroy buscaba una frase oportuna y seductora con la cual empezar la conversación, pero no encontrando nada de su agrado, balbució:

—Entonces, usted no me quiere mucho.

Ella le puso la mano sobre la boca y dijo:

—¡Cállate!

Permanecieron silenciosos, con las miradas fijas y los dedos entrelazados y quemantes.

—¡Cómo la deseaba! —dijo él.

—¡Cállate! —repitió ella.

Se oía a la doncella removiendo platos en la sala contigua, al otro lado de la pared.

Él se puso de pie.

—No puedo permanecer tan cerca de usted. Perderé la cabeza.

La puerta se abrió.

—La señora está servida.

Y él le ofreció su brazo con seriedad.

Almorzaron frente a frente, mirándose y sonriendo constantemente, ocupados totalmente de ellos y envueltos por el dulce encanto y la ternura de aquel sentimiento naciente. Comían, pero sin saber el qué. Él sentía un pie, un pequeño pie que rodaba bajo la mesa. Lo tomó entre los suyos, lo retuvo y lo estrechó con todas sus fuerzas.

La doncella iba y venía, trayendo y llevando los platos con aire ausente, como si

no se diera cuenta de lo que sucedía.

Cuando acabaron de comer regresaron al salón y volvieron a sentarse en el diván, muy cerca uno de otro.

Poco a poco, Duroy se arrimó a ella con la intención de abrazarla. Pero ella lo rechazaba con suavidad.

—Tenga cuidado, pueden entrar.

Él murmuró:

—¿Cuándo podría verla a solas para decirle cuánto la quiero?

La mujer se inclinó sobre su oído y le dijo muy bajito:

—Iré a hacerle una visita a su casa uno de estos días.

Duroy se sintió enrojecer.

—Es que mi casa… es… es muy modesta.

Ella sonrió.

—No me importa. Voy a verle a usted y no a la decoración.

Entonces, Duroy la apremió para que le dijese cuándo iría. Ella indicó un día lejano de la semana siguiente y él le suplicó que adelantase la fecha entre palabras balbucientes, ojos brillantes y apretones y caricias de manos. Tenía el rostro congestionado, febril, desencajado de deseo, de ese deseo impetuoso que sigue a las comidas íntimas.

Ella se divertía viéndole implorar con aquel ardor, y de vez en cuando cedía y adelantaba una fecha. Pero él repetía:

—Mañana… Dígame mañana.

Y ella consintió al fin:

—Sí. Mañana a las cinco.

Duroy lanzó un gran suspiro de alivio y los dos empezaron a hablar casi tranquilamente y con tal confianza que parecían conocerse desde hacía veinte años.

El sonido del timbre los estremeció, y de un súbito impulso se alejaron uno de otro.

Ella murmuró:

—Ésa debe de ser Laurina.

Apareció la pequeña, pero enseguida se detuvo, cortada. Después corrió hacia Duroy, dando palmadas y transportada de alegría al reconocerlo. Exclamó:

—¡Ah, Bel Ami!

La señora de Marelle se echó a reír.

—¡Calla! ¡Hermoso amigo! Laurina le ha bautizado. Y es un bonito apodo para llamarle amistosamente. También yo le llamaré Bel Ami.

Duroy había tomado sobre sus rodillas a la chiquilla y debió jugar con ella a todos los juegos que le había enseñado.

A las tres menos veinte se levantó para despedirse e ir al periódico. Ya en la escalera, con la puerta entreabierta, aún murmuró, sin casi mover los labios:

—Mañana a las cinco.

—Sí —respondió su joven amiga sonriendo, y desapareció.

Una vez hubo concluido su tarea cotidiana, se dedicó a pensar en cómo arreglaría su habitación para recibir a su amante y disimular lo mejor posible la pobreza del lugar. Se le ocurrió la idea de colocar por las paredes chucherías japonesas, y por cinco francos compró un gran surtido de crespones, pequeños abanicos y pantallitas con las cuales ocultar las manchas demasiado visibles del papel. Luego pegó sobre los cristales de la ventana dibujos transparentes de barcos que navegaban por ríos, pájaros volando en manadas a través de cielos rojizos, damas con vestidos multicolores asomadas a los balcones y procesiones de enanitos negros marchando sobre planicies nevadas.

Su aposento, lo suficientemente grande para contener la cama donde dormir y poder sentarse, enseguida adquirió el aspecto del interior de una linterna de papel pintado. Juzgó el efecto satisfactorio y entonces dedicó la noche a pegar en el techo una serie de pajaritos recortados de las hojas coloreadas que le quedaban.

Después se acostó y se durmió arrullado por los silbidos de los trenes.

Al día siguiente regresó temprano a su casa. Llevaba un paquete de galletas y una botella de Madeira comprados en una tienda de ultramarinos. Debió de salir nuevamente para procurarse dos platos y dos vasos. Luego dispuso todo sobre su tocador, cuya sucia madera cubrió con una servilleta. La palangana y el jarro del agua los ocultó debajo.

Después, esperó.

La mujer llegó sobre las cinco y cuarto. Seducida por aquel mariposeo multicolor de dibujos, exclamó:

—¡Vaya, tiene un cuarto muy agradable! Pero hay mucha gente en la escalera.

Duroy la había tomado en sus brazos y besaba sus cabellos con arrebato, entre la frente y el sombrero, a través del velo.

Hora y media más tarde la acompañó hasta la parada de simones de la calle Roma. Cuando ella ya se encontraba en el coche, Duroy bisbiseó:

—El martes a la misma hora.

—A la misma hora, el martes —repitió ella.

Como ya había oscurecido, ella atrajo su cabeza hacia la puerta y le besó en los labios. Después, cuando el cochero arreó al caballo, le gritó:

—¡Adiós, Bel Ami!

Y el vetusto carruaje arrancó al fatigado trote de un caballo blanco.

Durante tres semanas, Duroy recibió así a la señora de Marelle cada dos o tres días, lo mismo por la mañana que por la tarde.

Cuando la esperaba una tarde le llamó la atención un gran alboroto producido en la escalera. Se asomó a la puerta. Un crío berreaba. La voz furiosa de un hombre gritó:

—Pero ¿es que aún va a seguir lloriqueando ese tunante?

—Es esa cochina golfa que viene a casa del periodista. Ha tirado a Nicolás en el

descansillo. Como si debiéramos dejar que campen por sus respetos, a busconas como ésa, que no se fijan en los niños que hay en la escalera.

Duroy retrocedió consternado. Sentía un rápido rumor de faldas y un paso precipitado que subía del piso de abajo.

Inmediatamente llamaron a su puerta, que acababa de cerrar. Abrió y la señora de Marelle se metió en la habitación completamente enloquecida, sin aliento y balbuciendo:

—¿Has oído?

Él fingió no saber nada.

—No. ¿Qué sucede?

—¡Cómo me han insultado!

—¿Quiénes?

—Los miserables que viven aquí debajo.

—Pero ¿qué ha sucedido? Dímelo.

Ella rompió en sollozos sin conseguir articular una palabra.

Duroy tuvo que despojarla del sombrero, desabrocharle el vestido y tenderla sobre la cama para humedecerle las sienes con un paño mojado. Ella se ahogaba. Después, cuando su emoción se calmó un poco, estalló su cólera indignada.

Pretendía que él descendiese inmediatamente, se pegase con ellos y los matase.

—Pero si no son más que obreros y palurdos —repetía él—. Piensa que habríamos de acabar en los tribunales y podrías ser reconocida, detenida y estarías perdida. No puede meterse uno con gentes así.

Entonces, ella cambió la idea.

—¿Y ahora cómo vamos a arreglarnos? Comprenderás que no puedo volver por aquí.

—La cosa es sencilla —respondió Duroy—. Me mudaré de casa.

—Sí, pero eso lleva tiempo —murmuró ella.

Después, como si la asaltara la idea y la tranquilizase súbitamente, insinuó una combinación:

—No, escucha, ya he encontrado algo. Déjame ahora y no te ocupes de nada. Mañana por la mañana te enviaré un azul[1].

Llamaba «azules» a los telegramas cerrados que circulaban por París.

Ahora, ella sonreía encantada de su idea, pero no quería revelarla. Después se permitió mil locuras amorosas.

No obstante, se sentía muy conmovida cuando descendieron la escalera. Ella se apoyaba con todas sus fuerzas sobre el brazo de su amante, pues sentía que se le doblaban las piernas.

No encontraron a nadie.

Como Duroy se levantaba tarde, aún se encontraba en la cama cuando a las once de la mañana el repartidor de Telégrafos le llevó el azul prometido.

Duroy lo abrió y leyó:

Acude a las cinco a la calle de Constantinopla número 127. Haz que te abran el apartamento alquilado por la señora Duroy.

Te abraza,

CLO

A las cinco en punto llegaba a la portería de una gran casa de apartamentos amueblados y preguntó:

—¿Es aquí donde alquiló un piso la señora Duroy?

—Sí, señor.

—¿Haría el favor de conducirme hasta él?

El portero, acostumbrado sin duda a afrontar situaciones delicadas en las que se requiere mucha prudencia, le miró fijamente a los ojos, y después, escogiendo entre un manojo de llaves, preguntó:

—Usted es el señor Duroy, ¿verdad?

—Sí, claro.

Le abrió un pequeño alojamiento compuesto de dos habitaciones y situado en la planta baja, frente a la portería.

El salón estaba tapizado con papel rameado, bastante alegre. Poseía un mueble de caoba recubierto de *reps* verdoso con dibujos amarillos, y una delgada alfombra de flores, tan fina que los pies percibían la madera del piso que había debajo.

El dormitorio era tan exiguo que la cama lo llenaba en sus tres cuartas partes. En el fondo se encontraba el lecho, esos grandes que van de una pared a otra y son propios de pisos alquilados. Lo rodeaban cortinajes azules y pesados, igualmente en *reps*, y lo cubría un edredón de seda roja lleno de manchas sospechosas.

Duroy, preocupado y descontento, pensaba:

«Este apartamento va a costarme un ojo de la cara. Tendré que solicitar otro anticipo. ¡Valiente idiotez ha hecho!».

Se abrió la puerta y Clotilde se precipitó dentro con gran revuelo de faldas y los brazos abiertos. Estaba encantada.

—¿Verdad que es bonito? Y no hay que subir, está en la planta baja y da a la calle. Hasta se puede entrar y salir por la ventana sin que el portero lo vea. ¡Cómo nos querremos aquí dentro!

Duroy la besó con cierta frialdad y sin atreverse a preguntarle lo que le quemaba los labios.

Ella había dejado un grueso paquete sobre el velador que ocupaba el centro de la sala. Lo abrió y sacó una pastilla de jabón, un frasco de colonia de Lubin, una esponja, una caja de horquillas, un abrochador y unas tenacillas para rizarse los mechones y arreglarse el cabello, pues siempre se despeinaba.

Y dispuso la instalación buscando un sitio definitivo para cada objeto. El juego le divertía enormemente.

Hablaba a la vez que habría los cajones:

—Es preciso que traiga un poco de ropa blanca para mudarme cuando me haga

falta. Será lo más cómodo. Así siempre podré venir a secarme aquí en caso de que me pille un chaparrón por la calle. Cada uno tendrá su llave y dejaremos otra en la portería para el caso de que olvidemos la nuestra. Lo he alquilado por tres meses, a tu nombre, claro está. No podía dar el mío.

Entonces, al oír aquello, él preguntó:

—Ya me dirás cuánto debo pagar.

Ella replicó con sencillez:

—¡Pero si ya está pagado, querido!

Y él añadió:

—Entonces, te lo debo a ti.

—¡Ah, no, cariño! Esto no te incumbe. Soy yo quien desea cometer esta pequeña locura.

Él adoptó un tono enfadado:

—¡Ah, no! No faltaría más. No lo permitiré.

La mujer acudió a él suplicante y le dijo poniendo sus manos sobre sus hombros:

—Te lo ruego, Jorge. Me hará tanta ilusión, me dará tanta alegría que sea yo, nada más que yo, quien ponga nuestro nido… Esto no puede molestarte. ¿Y por qué? Yo quiero aportar esto a nuestro amor. Dime que tú también lo quieres, cariñín. Dímelo.

Imploraba con la mirada, con los labios y con todo su ser.

Duroy se hizo de rogar un poco, mientras rechazaba aquello con ademanes irritados. Después cedió porque en el fondo lo encontraba justo.

Cuando su amante se marchó, Duroy pensó, mientras se frotaba las manos sin preocuparse de qué pliegue oculto de su corazón salía aquella frase:

«¡Verdaderamente es deliciosa!».

Días más tarde recibió otro telegrama interior que le decía:

> Mi marido llega esta tarde después de seis semanas de inspecciones. Tendremos que descansar ocho días. ¡Qué fastidio, querido! Tu.
>
> CLO

Duroy se quedó estupefacto. La verdad es que no se había vuelto a acordar de que ella estaba casada. Y ahora aparecía un hombre, al que le gustaría ver, aunque sólo fuese una vez, para conocerlo.

Sin embargo, mientras esperaba con paciencia la marcha del marido, se fue a pasar dos veladas al Folies Bergère, que terminaron en casa de Raquel.

Una mañana, al fin, le llegó otro telegrama que sólo contenía cuatro palabras:

> Hasta las cinco. - CLO

Los dos llegaron a la cita antes de la hora convenida. Ella se arrojó en brazos de su amigo con gran arrebato amoroso, y después de besarle apasionadamente por todo el rostro, le dijo:

—Si quieres, cuando nos hayamos amado mucho puedes llevarme a cenar a cualquier sitio. Hoy estoy libre.

Estaban exactamente a primeros de mes, y aunque Duroy cobraba el sueldo muy mermado a causa de los anticipos y siempre vivía al día gracias al dinero que sacaba de todas partes, aquel día se encontraba con fondos, y se puso contento al tener ocasión de poder gastarse unos francos con ella.

Respondió:

—Pues claro, querida. Adonde tú quieras.

Salieron a eso de las siete y caminaron hasta el bulevar exterior. Ella se apoyaba confiadamente sobre él y le decía al oído:

—Si supieras lo contenta que estoy paseando de tu brazo… ¡Cómo me gusta sentirte junto a mí!

Duroy preguntó:

—¿Quieres que vayamos a casa de Lathuille?

—¡Oh, no! Es demasiado elegante —respondió ella—. Prefiero cualquier cosa menos presuntuosa y más corriente, algo así como un restaurante al que vayan oficinistas y obreros. Me entusiasman las juergas en las tascas. ¡Ah, si hubiéramos podido ir al campo!

Como Duroy no conocía nada de semejante estilo por aquel barrio, estuvieron dando vueltas por el bulevar hasta que finalmente entraron en una taberna donde servían comidas en una sala aparte. Clotilde había visto, a través de los cristales, a dos muchachas sin sombrero sentadas frente a dos militares.

Tres cocheros de simones cenaban en el fondo de la sala, larga y estrecha, y un personaje, cuya profesión era imposible de catalogar, fumaba su pipa con las piernas estiradas, las manos en el cinturón que le sujetaba los pantalones, la espalda apoyada en el respaldo de la silla y la cabeza echada hacia atrás. Su chaqueta parecía un museo de manchas, y en los bolsillos, hinchados como barrigones, se veían el gollete de una botella, un trozo de pan, un paquete envuelto en un periódico y el extremo colgante de un cordón. Tenía abundante cabello, crespo, revuelto, gris y sucio. Su gorra estaba en el suelo, bajo la silla.

La entrada de Clotilde causó sensación por la elegancia de su atavío. Las dos parejas dejaron de conversar, los tres cocheros acabaron su disputa, y el sujeto que fumaba, sacando su pipa de la boca, escupió ante él y luego volvió un poco la cabeza para mirarlos.

La señora de Marelle murmuró:

—¡Esto es agradable! Aquí estaremos bien. Para otra ocasión me vestiré como una obrera.

Y se sentó sin la menor muestra de embarazo ni de repugnancia ante una mesa de madera barnizada con la grasa de las comidas, lavada con las bebidas derramadas y limpiada a golpes de servilleta por el camarero. Duroy, un poco molesto y algo avergonzado, buscaba un perchero donde colgar su chistera. Como no encontró

ninguno, la depositó sobre una silla.

Comieron un guisado de cordero, un trozo de pierna y una ensalada. Clotilde no hacía más que repetir:

—Yo adoro estas cosas. Tengo gustos plebeyos. Me divierto más aquí que en el café Inglés.

Después dijo:

—Si quieres acabar de complacerme, no tienes más que llevarme a un salón de baile. Conozco uno por aquí cerca muy gracioso que llaman La Reina Blanca.

Duroy preguntó, sorprendido:

—¿Quién te ha llevado a ese sitio?

La miraba y advirtió que enrojecía, un poco turbada, como si esta pregunta tan inesperada despertase en ella un recuerdo delicado. Después de una de estas vacilaciones femeninas tan breves que es preciso adivinarlas, respondió:

—Fue un amigo… —y tras un breve silencio, añadió—: que está muerto.

Y bajó los ojos adoptando seguidamente una tristeza muy natural.

Por primera vez, Duroy pensó en que no sabía nada sobre el pasado de esta mujer, y lo imaginó. Seguramente ya había tenido otros amantes, pero ¿de qué clase? ¿A qué mundo social pertenecían? Una vaga punzada de celos empezó a despertar en él cierta enemistad hacia ella, una hostilidad por todo lo que de ella ignoraba, por todo lo que no le había pertenecido de aquel corazón y de aquella existencia. La contemplaba irritado por el misterio que encerraba aquella cabecita preciosa y muda, y que en aquellos instantes, posiblemente, pensaba en otro u otros con sentimiento. ¡Cómo le hubiera gustado conocer esos recuerdos, ojearlos, examinarlos totalmente!

Ella insistió:

—¿Quieres llevarme a La Reina Blanca? Con esto sería una velada completa.

Jorge pensó:

«¡Bah, qué importa el pasado! Soy un necio preocupándome por eso».

Y sonriendo, respondió en voz alta:

—Pues claro, querida.

Cuando estuvieron en la calle, Clotilde añadió bajito y con ese tono misterioso en que se hacen las confidencias:

—Hasta ahora no me he atrevido a pedirte esto, pero no puedes imaginarte lo que me entusiasman estas escapadas a los lugares donde las señoras no van nunca. Para los carnavales me vestiré como una colegiala. Soy tan revoltosa como una de ellas.

Al entrar en el salón de baile, la mujer se estrechó contra él, asustada y contenta, mientras miraba satisfecha a las golfas y chulos. De vez en cuando, como para tranquilizarse contra un peligro incierto, decía a Jorge, viendo a un municipal grave e inmóvil:

—He ahí un guardia bien fuertote.

Al cabo de un cuarto de hora se cansó de aquello y Duroy la acompañó hasta su casa.

A partir de entonces empezaron una serie de excursiones a lugares turbios donde se divertía el pueblo. Duroy descubrió en su querida una afición apasionada por ese vagabundeo de estudiantes en juerga.

Ella solía acudir a las citas vestida con un trajecillo de percal y la cabeza cubierta con un sombrerito de criada, pero de criada de *vaudeville*. Sin embargo, y pese a lo rebuscado y sencillo de su atavío, conservaba sus sortijas, pulseras y pendientes de brillantes, explicando a Duroy cuando le rogaba que las dejase en su casa:

—¡Bah! Cualquiera pensará que son fondos de vaso.

Se consideraba admirablemente disfrazada, y aunque en realidad lo estaba como las avestruces, insistía en ir a las tabernas de peor fama.

Había querido que Duroy se vistiera como un obrero, pero él se negó y continuó con su correcto traje de hombre mundano. Ni siquiera aceptó el cambiar su chistera por un sombrero flexible.

Ella se consoló ante esta obstinación con el siguiente razonamiento:

«Pensarán que soy una doncella de casa bien que se entiende con un señorito».

Y encontraba la comedia deliciosa.

Así entraban en los bodegones populacheros e iban a sentarse al fondo del tabuco ahumado, en sillas paticojas y delante de viejas mesas de pino. La sala solía estar llena de una humareda acre donde aún quedaba cierto olor a pescado frito para las cenas. Los hombres, con blusa, vociferaban mientras bebían vaso tras vaso. Y el camarero, asombrado, contemplaba a la extraña pareja a la vez que les servía dos guindas con aguardiente.

Clotilde, temblorosa, asustada y encantada, se ponía a beber el jugo rojo de la fruta a sorbitos mientras recorría su alrededor con mirada inquieta y brillante. Cada guinda comida le daba la sensación de una falta cometida, y cada gota del líquido ardiente y picante que descendía por su garganta le producía un placer acre y la alegría de un goce perverso y prohibido.

Después decía a media voz:

—Vámonos.

Y ambos salían. Ella caminando con viveza, la cabeza baja y el paso menudo, un paso de actriz que abandona la escena entre los bebedores acodados a las mesas contemplándola al cruzar con aspecto tenebroso y descontento. Cuando ella franqueaba la puerta lanzaba un gran suspiro de alivio y quedaba como si hubiera escapado a un terrible peligro.

Algunas veces preguntaba a Duroy con un estremecimiento:

—Si alguien me injuriase por estos lugares, ¿qué harías tú?

Y él respondía, con tono fanfarrón:

—¡Diablos! Te defendería.

Y ella se estrechaba más contra su brazo, dichosa y con la vaga esperanza, seguramente, de ser injuriada y defendida para ver cómo los hombres peleaban por ella, incluso aquellos hombres, contra su bienamado.

Estas excursiones, que se repetían dos y tres veces por semana, empezaron a cansar a Duroy, quien, además, desde hacía algún tiempo tenía dificultades para procurarse el medio luis que le costaban el coche y las consumiciones.

Ahora vivía con infinitas dificultades, con muchas más dificultades que cuando estaba empleado en los ferrocarriles del Norte, porque habiendo gastado con largueza y sin tino durante sus primeros meses de periodista, siempre con la esperanza de ganar al día siguiente grandes cantidades, había agotado todos sus recursos y todos los procedimientos para procurarse dinero.

Un procedimiento muy sencillo era el de pedir anticipos en caja, que enseguida agotó. El periódico le había adelantado cuatro meses de su sueldo, más seiscientos francos a cuenta de sus líneas. Por otra parte, debía cien francos a Forestier, trescientos a Santiago Rival, quien siempre tenía el bolsillo abierto. Se encontraba, además, comido por pequeñas deudas, casi inconfesables, de veinte y hasta de cinco francos.

Saint Potin, a quien consultó sobre los procedimientos a emplear para conseguir otros cien francos, no le había descubierto ningún medio, y eso que era hombre de gran inventiva. Duroy se exasperaba ante semejante miseria, más notable ahora que en otros tiempos, dado que se sentía con mayores necesidades. Dentro de él se iba incubando una cólera sorda contra todo el mundo y una irritación constante, que se manifestaba por cualquier cosa, en cualquier trance, y por el motivo más simple.

A veces se preguntaba cómo había hecho para gastar un promedio de mil francos mensuales sin haber cometido excesos ni locuras. Pero enseguida comprobaba que añadiendo a un almuerzo de ocho francos una cena de doce tomada en cualquier café del bulevar, ya sumaban un luis. Si a esto agregaba una docena de francos para gastos menudos, esos gastos que se llevan el dinero sin saber cómo, alcanzaba un total de treinta francos. Y a treinta francos diarios se llegaba a los novecientos a final de mes. Y esto sin contar todos los gastos producidos por el sastre, el zapatero, el camisero, la lavandera, etc.

El 14 de diciembre se encontraba sin un céntimo en el bolsillo y sin ningún medio para conseguirlo.

Hizo como ya hiciera en ocasiones anteriores, no almorzó y se pasó toda la tarde en el periódico, trabajando, rabiando y muy preocupado.

Hacia las cuatro recibió un telegrama de su amante que le decía:

> ¿Quieres que cenemos juntos? Luego haremos una escapadita.

Respondió inmediatamente:

> Imposible cenar.

Pero enseguida pensó que sería estúpido privarse de los momentos agradables que ella podría proporcionarle, y añadió:

Pero te esperaré a las nueve en nuestro apartamento.

Después de enviar a uno de los ordenanzas con la respuesta para ahorrarse el importe del telegrama, se puso a pensar en la manera de procurarse la comida para cenar.

A las siete aún no había ideado nada, y un hambre terrible le punzaba en el estómago. Entonces recurrió a una estratagema desesperada. Dejó que se marcharan todos sus compañeros y cuando se quedó completamente solo, apretó el timbre. El ordenanza del director, que siempre se quedaba al cuidado de los despachos, se presentó a la llamada.

Duroy estaba en pie, nervioso y registrándose los bolsillos. Le dijo en tono brusco:

—Escuche, Foucart, he olvidado mi monedero en casa y tengo que ir a cenar al Luxemburgo. Présteme dos francos y medio para pagar al cochero.

El hombre sacó tres francos del bolsillo de su chaleco y le preguntó:

—¿Quiere usted más, señor Duroy?

—No, no. Con eso me será suficiente. Muchas gracias.

Y cuando hubo cogido las tres piezas blancas, Duroy se precipitó escaleras abajo para irse a cenar a una tasca donde ya había estado en sus días de miseria.

A las nueve esperaba a su amante calentándose los pies ante el fuego de la chimenea del pequeño salón.

Ella llegó muy animada, alegre y con el rostro encendido por el aire frío de la calle.

—Si quieres —dijo ella— daremos primeramente una vuelta y luego regresaremos a las once. Hace un tiempo estupendo para pasearse.

Duroy respondió con tono de gruñido:

—¿A qué salir? Aquí se está muy bien.

Ella insistió sin quitarse el sombrero:

—Si vieses, brilla un claro de luna maravilloso. Resulta delicioso pasear en una noche como ésta.

—Es posible, pero yo no tengo deseos de pasear.

Había dicho esto con acento furioso. Ella se quedó sobrecogida, molesta, y preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Por qué adoptas esos modales? Tengo ganas de dar una vuelta, no veo por qué has de enfadarte.

Él se levantó exasperado.

—No es que me enfade. Es que eso me fastidia. Nada más.

Ella era de las personas a quienes irritaba la resistencia y la grosería le sacaba de quicio. Con gesto desdeñoso y fría cólera, exclamó:

—No estoy acostumbrada a que me hablen así. Me iré sola. Adiós.

Duroy comprendió que aquello era grave y se abalanzó con viveza hacia ella. La

tomó de las manos, las besó y susurró:

—Perdóname, querida, perdóname. Esta noche estoy un poco nervioso y muy irritable. Es que tengo contrariedades, disgustos… Ya sabes, cosas del oficio.

Ella, un poco suavizada, pero no apaciguada por completo, respondió:

—Eso no me incumbe. Y tampoco quiero soportar las contrariedades de tu mal humor.

Duroy la tomó entre sus brazos y la condujo hacia el diván.

—Escucha, mi pequeña, no he querido ofenderte. No sabía lo que te decía.

La había obligado a sentarse y se arrodillaba ante ella.

—¿Me has perdonado? Dime que me perdonas.

—Sea —concedió ella con frialdad—. Pero no empecemos de nuevo. —Y volviendo a ponerse de pie, añadió—: Ahora, vayamos a dar una vuelta.

Él continuaba de rodillas, abrazándose a sus caderas. Suplicó:

—Te lo ruego, quedémonos aquí. Te lo suplico. Concédeme esto. Me gustaría tanto tenerte esta noche para mí solo, aquí, cerca del fuego. Anda, dime que sí, te lo suplico. Dime que sí.

Ella repuso categórica, duramente:

—No. Quiero salir y no cederé a tus caprichos.

Insistió:

—Te lo suplico. Tengo una razón, una razón muy seria…

Clotilde dijo de nuevo:

—No. Y si no quieres salir conmigo, me voy. Adiós.

Se había desasido de una sacudida y alcanzaba la puerta. Duroy corrió hacia ella y la envolvió entre sus brazos.

—Escucha, Clo, mi pequeña Clo, escucha. Concédeme eso.

Ella decía no con la cabeza, sin responder y evitando los besos que pretendía darle, para escapar a su abrazo y marcharse.

Duroy tartamudeaba:

—Clo, mi pequeña Clo… Tengo una razón.

Ella se detuvo para mirarlo frente a frente. Dijo:

—Mientes. ¿Qué razón es ésa?

Enrojeció sin saber qué decir y Clotilde añadió, indignada:

—¿Ves como mientes, embustero?

Y con gesto rabioso y lágrimas en los ojos, se le escapó de los brazos.

Duroy aún la retuvo una vez más por los hombros, y dispuesto a confesar todo para evitar aquella ruptura, declaró con acento desesperado:

—Es que no tengo un céntimo. Eso es todo.

Su amante se quedó inmóvil frente a él. Le miró fijamente a los ojos tratando de descubrir la verdad.

—¿Qué dices?

Duroy había enrojecido hasta la raíz de los cabellos.

—Digo que no tengo ni un céntimo. ¿Comprendes? Ni un franco, ni medio, ni tan siquiera para pagar un refresco de grosella en el café que pudiéramos visitar. Me obligas a confesar cosas vergonzosas, pero no me era posible salir contigo y cuando estuviéramos sentados delante de dos consumiciones declararte entonces tranquilamente que no tenía dinero para pagarlas.

Ella continuaba mirándolo con fijeza.

—Entonces, eso… ¿es verdad?

En un instante, Duroy volvió del revés todos los bolsillos: los del pantalón, los del chaleco, los de la chaqueta, y murmuró:

—Compruébalo. ¿Estás contenta ahora?

Bruscamente, abriendo los brazos con apasionado arrebato, la mujer se echó a su cuello y murmuró:

—¡Oh, pobrecito mío! ¡Pobrecito! Si lo hubiera sabido… Pero ¿cómo ha podido sucederte?

Ella lo obligó a sentarse, y a su vez, se sentó sobre sus rodillas para abrazarle por el cuello y besarle continuamente. Le besaba el bigote, la boca, los ojos, se lo comía a besos mientras lo forzaba a contarle de dónde le venía aquel grave infortunio.

Duroy inventó una historia enternecedora. Se había visto obligado a acudir en ayuda de su padre, que se encontraba en un apuro. Le había entregado, no sólo sus ahorros, sino que se había endeudado.

—Por lo menos tengo para seis meses de hambre canina —añadió—. He agotado todos mis recursos. ¡Qué se le va a hacer! Hay trances críticos en la vida. El dinero, después de todo, no es cosa que deba preocuparnos mucho.

Clotilde le susurró al oído:

—Yo te prestaré, ¿quieres?

Respondió con dignidad:

—Eres muy amable, cariño, pero no hablemos de eso, te lo ruego. Me ofenderías.

Ella se calló, y después, estrechándole entre sus brazos, le susurró:

—Nunca sabrás cuánto te quiero.

Aquélla fue una de sus mejores veladas de amor.

Cuando ella iba a marcharse, comentó sonriendo:

—¡Bueno! Cuando se está en tu situación, será divertido encontrarse dinero olvidado en un bolsillo, o alguna moneda caída en un dobladillo.

Duroy respondió conmovido:

—¡Ah, sí! Sería divertido.

Ella quiso regresar andando bajo el pretexto de que hacía una luna magnífica y le extasiaba contemplarla.

Era una noche fría y serena, de principios de invierno. Los viandantes y carruajes desfilaban veloces, avivados por la helada. Los tacones resonaban sobre la acera.

Cuando se separaban, Clotilde le preguntó:

—¿Quieres que nos veamos pasado mañana?

—Claro que sí.

—¿A la misma hora?

—A la misma hora.

—Adiós, cariño.

Se besaron tiernamente.

Después regresó a grandes zancadas preguntándose qué inventaría para el día siguiente a fin de salir del atolladero. Pero al abrir la puerta de su habitación, buscando una caja de cerillas en el bolsillo de su chaleco, se quedó estupefacto al encontrar una moneda que se movía bajo su dedo.

En cuanto encendió la luz cogió esta pieza y la examinó. ¡Era un luis de veinte francos!

Creyó volverse loco.

La volvió una y otra vez intentando averiguar por qué milagro se encontraba allí. Por otro lado, era indudable que no había llovido del cielo.

De pronto lo adivinó y una colérica indignación le estremeció. Su querida había hablado de una moneda deslizada en un doblez y que se descubría en los momentos de penuria. Era ella quien le había dado aquella limosna. ¡Qué vergüenza!

—¡Pues bien! —exclamó—. Pasado mañana la veré y voy a hacerle pasar un mal rato.

Se metió en la cama con el corazón agitado por la furia y la humillación.

Se despertó tarde. Tenía hambre. Intentó dormirse de nuevo para no levantarse hasta las dos. Luego pensó:

«Esto no resuelve nada. Es preciso que busque el modo de encontrar dinero».

Salió con la esperanza de que se le ocurriera alguna idea mientras estaba en la calle.

No se le ocurrió ninguna, pero al pasar delante de un restaurante se le hizo la boca agua y le entraron grandes deseos de comer… A mediodía, como aún no había ideado nada y seguía con apetito, decidió bruscamente:

«¡Bah! Voy a almorzar con los veinte francos de Clotilde. Esto no me impedirá devolvérselos mañana».

Almorzó en una cervecería por dos francos y medio, y al entrar en el periódico aún devolvió los tres francos al ordenanza:

—Tenga, Foucart. Aquí tiene el dinero que me prestó ayer noche para coger un coche.

Estuvo trabajando hasta las siete. Después se fue a cenar y tomó nuevamente tres francos de aquel dinero. Los dos *bocks* de cerveza que bebió aquella noche subieron a nueve francos treinta céntimos los gastos del día.

Pero como en veinticuatro horas no era posible conseguir un préstamo, ni hacerse con el dinero que faltaba, aún tomó seis francos cincuenta al día siguiente sobre los veinte que debía entregar aquella misma tarde. Cuando acudió a la cita llevaba en su bolsillo cuatro francos veinte.

Estaba rabioso como un perro y se prometía aclarar inmediatamente la situación. Diría a su amante:

«¿Sabes? Encontré los veinte francos que pusiste en mi bolsillo el otro día. No te los devuelvo hoy porque no ha cambiado mi situación, ni he tenido tiempo de buscar el dinero. Pero te los devolveré la primera vez que nos veamos».

Clotilde llegó muy cariñosa, solícita y llena de temores. ¿Cómo la recibiría él? Lo abrazó y besó repetidas veces para evitar cualquier explicación de entrada.

Por su parte, él pensaba:

«Tengo que abordar la cuestión enseguida. Buscaré un pretexto».

No encontró pretexto alguno y no dijo nada. No se atrevía a pronunciar la primera palabra sobre tan delicado tema.

Ella tampoco habló de salir y se mostró encantada en toda la velada.

Se separaron hacia la medianoche y aplazaron su próxima cita hasta el miércoles de la semana siguiente, ya que la señora de Marelle tenía que asistir a varias cenas consecutivas.

Al día siguiente, cuando Duroy buscaba sus cuatro piezas de a franco para pagar el almuerzo, advirtió que tenía cinco monedas y una era de oro.

Al principio creyó que se la habían entregado la víspera en uno de los cambios; pero enseguida comprendió la verdad y se sintió violentamente sacudido por la humillación de aquella limosna perseverante.

«¡Cómo se arrepintió por no haber dicho nada! Si hubiera hablado con franqueza, aquello no habría llegado a semejante extremo».

Durante cuatro días realizó vanas gestiones y se esforzó inútilmente para procurarse cinco luises. Al fin acabó por gastarse el segundo de Clotilde.

Aunque Duroy le había dicho iracundo: «¡Que no se repita la broma de las otras tardes, porque me enfadaría! ¿Sabes?», su amante encontró el medio de deslizarle otros veinte francos en un bolsillo del pantalón cuando volvieron a reunirse de nuevo.

Al descubrirlos, Duroy exclamó:

—¡Vive Dios!

Pero enseguida los trasladó a su chaleco para tenerlos a mano, pues andaba sin un céntimo.

Aplacaba su conciencia razonando así:

«Se lo devolveré todo junto. Después de todo, no es más que dinero prestado».

Por fin, el cajero del periódico, ante sus reiteradas súplicas, consintió en darle cinco francos diarios. Aquello era justamente lo necesario para comer, pero no lo suficiente para devolver sesenta francos.

Como a Clotilde le dio de nuevo la fiebre por las excursiones nocturnas a todos los lugares equívocos de París, Duroy acabó por no irritarse demasiado cuando encontraba un amarillito en uno de sus bolsillos, en una bota, como le sucedió otro día, e incluso en el estuche de su reloj después de sus aventurados paseos. Puesto que ella los deseaba y él, por lo pronto, no podía pagárselos, era natural que se los pagara

para no privarse de ellos.

Llevaba buena cuenta, a pesar de todo, de cuanto su amiga le daba. Pensaba devolvérselo un día u otro.

Una noche ella le dijo:

—¿Querrás creer que nunca he estado en el Folies Bergère? ¿Quieres llevarme?

Duroy vaciló ante el temor de encontrarse con Raquel, pero enseguida pensó:

«¡Bah! Después de todo, no estamos casados. Si me ve, comprenderá la situación y no me hablará. Además, tomaremos un palco».

También le decidió otra razón. Era una ocasión estupenda para ofrecer a la señora de Marelle un palco en un teatro sin tener que pagarlo, lo cual era una especie de compensación.

Dejó a Clotilde en el coche para ir en busca de las entradas a fin de que ella no viera que se las regalaban. Después volvió a recogerla y entraron acompañados del saludo de los porteros.

Una muchedumbre se agolpaba a la entrada del paseo. Con gran esfuerzo lograron abrirse camino entre el bullicioso tropel de hombres y rameras. Al fin consiguieron alcanzar su caja y se instalaron en ella, entre los inmóviles espectadores de butacas y el remolino de la galería.

La señora de Marelle apenas si miraba al escenario. Únicamente le preocupaban las mujeres que circulaban a su espalda. Y se volvía constantemente para contemplarlas, como si sintiera el deseo de tocarlas, de palpar sus corpiños, sus mejillas y sus cabellos para saber de qué naturaleza eran aquellos seres.

Enseguida dijo:

—Hay una morena regordeta que no nos quita ojo. Hace un momento creí que quería hablarnos. ¿Te has fijado?

—No —respondió él—. Has debido equivocarte.

Sin embargo, la había visto. Era Raquel que, desde hacía rato, rondaba junto a ellos con cólera en la mirada y palabras violentas a flor de labios.

Duroy la había esquivado un poco antes, al atravesar la galería. Ella le había dicho «Buenas noches» con un guiño que pretendía decir: «Ya comprendo». Pero él no había respondido a esta gentileza por temor a que lo advirtiese su amante. Había pasado fríamente, con la frente altiva y gesto desdeñoso. La prostituta, a quien unos celos inconscientes la sacudieron, volvió sobre sus pasos, pasó por su lado de nuevo y le dijo en voz más audible:

—Buenas noches, Jorge.

Él tampoco había respondido, y entonces ella se obstinó en ser reconocida y saludada. Empezó a dar vueltas por detrás del palco esperando una ocasión favorable.

Cuando advirtió que la señora de Marelle la contemplaba, se acercó a él y dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—Buenas noches. ¿Estás bien?

Pero él ni se volvió.

Raquel insistió:

—Dime, ¿te has vuelto sordo desde el jueves?

Siguió sin responder y adoptando un gesto despectivo para no comprometerse, ni siquiera con una palabra ante aquella bribona.

Ella se echó a reír, pero con una risa rabiosa. Y dijo:

—¡Vaya, te has quedado mudo! ¿Acaso la señora te ha mordido la lengua?

Duroy hizo un gesto de furor y se encaró a ella con voz exasperada.

—¿Quién se ha creído que es para permitirse hablarme? Lárguese o haré que la detengan.

Entonces, con los ojos echando llamas y la garganta hinchada, Raquel le gritó:

—¡Conque ésas tenemos! ¡Vete a paseo, grosero! Cuando uno se acuesta con una mujer, por lo menos la saluda. El hecho de que estés ahora con otra, no es motivo para que no quieras reconocerme hoy. Si solamente me hubieras hecho un signo cuando pasé a tu lado, te habría dejado tranquilo. Pero has querido hacerte el orgulloso, ¡pues espera! Te voy a servir a gusto. ¡Conque no querías decirme buenas noches cuando te encontré…!

Hubiera seguido gritando durante más tiempo, pero la señora de Marelle había abierto la puerta del palco y se escapaba a través de la multitud buscando la salida.

Duroy se lanzó tras ella, esforzándose en alcanzarla.

Raquel, entonces, viéndoles huir, aulló triunfal:

—¡Deténganla, deténganla! Me ha robado a mi amante.

Las risas se extendieron entre el público. Dos señores, por bromear, cogieron por los hombros a la fugitiva e intentaron sujetarla como si quisieran besarla. Pero Duroy, que al fin logró alcanzarla, la arrebató violentamente y la sacó a la calle.

Clotilde se precipitó a un simón vacío que se había detenido delante del establecimiento. Duroy subió tras ella y cuando el cochero preguntó:

—¿Adónde hay que ir, señor?

—Adonde usted quiera —respondió Duroy.

El vehículo se puso a rodar lentamente dando sacudidas sobre el pavimento. Clotilde, presa de un ataque de nervios, se tapaba la cara con las manos ahogándose y sofocándose. Duroy no sabía qué decirle ni qué hacer. Al fin, como la oía lloriquear, tartamudeó:

—Escucha, Clo, mi pequeña Clo… Déjame que te explique… No es culpa mía. Conocí a esa mujer hace tiempo…, en mis primeros tiempos…

Ella descubrió bruscamente el rostro y sacudida por una rabia de mujer amante y traicionada, una rabia furiosa que le devolvía la palabra, balbució con frases rápidas, entrecortadas y jadeantes:

—¡Ah, miserable, miserable! ¡Qué pordiosero te haces! Pero ¿es posible? ¡Qué vergüenza! Dios mío, qué vergüenza…

Después, exaltándose cada vez más a medida que sus ideas se aclaraban y los argumentos le acudían, continuó:

—Le pagabas con mi dinero, ¿no es cierto? Y yo te entregaba dinero… para esta mujerzuela… ¡Oh, qué miserable!

Durante unos segundos pareció que buscaba una palabra más fuerte que la pronunciada. Después expectoró con el movimiento característico de quien escupe:

—¡Oh, cochino, cochino, cochino! Le pagabas con mi dinero… Cochino, cochino…

Como no encontraba otro insulto, repitió:

—Cochino, cochino…

De repente se asomó por la ventanilla y cogiendo al cochero por la manga, le ordenó:

—¡Deténgase!

Después abrió la puerta y saltó a la calle.

Jorge intentó seguirla, pero ella le gritó:

—Te prohíbo que me sigas.

Su voz era tan fuerte que todos los viandantes se agolparon alrededor de ella, y Duroy no se movió de su sitio por temor a un escándalo.

Entonces, ella sacó su monedero del bolsillo y buscó una moneda a la luz del farolillo del simón. Tomó dos francos cincuenta y los entregó al cochero en su mano, mientras le gritaba con voz vibrante:

—Tenga, por una hora de servicio… Soy yo quien paga… Y llévese a ese cochino a la calle Boursault, allá en Batignolles…

Una carcajada se levantó en el grupo que la rodeaba. Un señor dijo:

—¡Bravo por la pequeña!

Un joven mirón, detenido entre las ruedas del simón, metió su cabeza por la puerta abierta y chilló con acento muy agudo:

—¡Buenas noches, *bibi*!

El carruaje prosiguió su marcha perseguido por las risas.

Capítulo VI

Al día siguiente, Jorge Duroy tuvo un despertar triste.

Se vistió lentamente, se sentó tras la ventana y se puso a reflexionar. Se sentía molido, como si todo su cuerpo hubiera recibido la víspera una paliza de bastonazos.

Acuciado por la necesidad de encontrar dinero, se decidió a ir a casa de Forestier.

Su amigo le recibió en el despacho mientras se calentaba los pies en la chimenea.

—¿Qué te ha hecho madrugar tanto?

—Un asunto muy grave. Tengo una deuda de honor.

—¿De juego?

Duroy vaciló, y al fin dijo:

—De juego.

—¿Grande?

—Quinientos francos.

No debía más que doscientos ochenta.

Forestier preguntó, escéptico:

—¿A quién le debes eso?

Duroy no pudo responder inmediatamente.

—Pues a… a un tal Carleville.

—¡Ah! ¿Y dónde vive?

—Calle… calle…

Forestier se echó a reír:

—Calle de «busca el mediodía a las catorce horas», ¿no es cierto? Ya conozco a ese señor, querido. Si quieres veinte francos, aún tengo eso a tu disposición. Pero absolutamente nada más.

Duroy aceptó la pieza de oro.

Después se fue de puerta en puerta, llamando a todas las personas que conocía. Hacia las cinco había logrado reunir ochenta francos.

Como todavía le faltaban encontrar doscientos francos, tomó una resolución heroica y decidió guardarse lo que había recogido mientras rezongaba:

«¡Puaf! No voy a hacerme mala sangre por esa zorra… Ya le pagaré cuando pueda».

Durante quince días hizo una vida a base de economías, orden y castidad, con el espíritu lleno de resoluciones enérgicas. Después le acometió un gran deseo de amar. Le parecía que habían transcurrido años desde la última vez que había tenido a una mujer entre sus brazos. Y al igual que el marinero que pierde los estribos cuando pisa tierra, así se estremecía él a cada revuelo de faldas encontradas.

Se decidió a regresar una noche al Folies Bergère con la esperanza de encontrar allí a Raquel. La descubrió enseguida, casi a la entrada, porque ella nunca abandonaba este local.

Se dirigió hacia ella sonriente y con la mano tendida. Pero la cortesana le miró de

pies a cabeza.

—¿Qué quiere usted?

Duroy trató de bromear:

—Vamos, no te hagas la ingenua.

Raquel le volvió la espalda, mientras decía:

—Yo no me trato con los «culos verdes».

Había buscado la injuria más grosera, y Duroy sintió que la sangre enrojecía su rostro. Se marchó solo.

Forestier, que se hallaba enfermo, débil, y tosiendo continuamente, le hacía la vida imposible en el periódico. Parecía devanarse los sesos para encontrarle trabajos estúpidos y molestos. Un día, en un momento de irritación nerviosa y después de un prolongado acceso de tos con terribles ahogos, gruñó a Duroy por no entregarle una información encargada:

—¡Rayos! Eres más bruto de lo que había creído.

Duroy sintió deseos de abofetearle, pero se contuvo y se marchó de allí, murmurando:

—Me las vas a pagar.

Una súbita idea le cruzó por la mente y enseguida pensó:

«Amiguito, te voy a poner los cuernos».

Salió del periódico frotándose las manos muy regocijado por su proyecto.

Al día siguiente se dispuso a poner en práctica su plan e hizo una visita de tanteo a la señora Forestier.

La encontró leyendo un libro, tendida a lo largo del sofá.

La mujer le alargó la mano sin moverse, girando solamente la cabeza, y le dijo:

—Buenos días, Bel Ami.

Duroy tuvo la sensación de recibir una bofetada y preguntó:

—¿Por qué me llama así?

Ella respondió, sonriente:

—La semana pasada vi a la señora de Marelle y me enteré de cómo lo han bautizado en su casa.

Se tranquilizó ante el tono amable de la atractiva mujer. Por otra parte, ¿qué podía temer?

Ella añadió:

—La tiene muy mimada. En cambio a mí no viene a verme más que de Pascuas a Ramos, o poco menos.

Se había sentado junto a ella y la contemplaba con una curiosidad naciente, con la admiración de un coleccionista ante una chuchería. Ella estaba encantadora. Era rubia, con ese rubio suave y cálido hecho para las caricias. Y Duroy pensó:

«Verdaderamente, vale más que la otra».

No tenía dudas sobre su éxito. Le parecía no tener más que alargar la mano y tomarla como se coge un fruto maduro.

Dijo resueltamente:

—No venía a verla, porque esto era lo mejor.

Ella, sin comprender, preguntó:

—¿Cómo dice? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Acaso no lo adivina?

—No, en absoluto.

—Es que estoy enamorado de usted… ¡Oh! Un poco, nada más que un poco… y no quisiera estarlo del todo.

Ella no se mostró asombrada, ni enojada, ni halagada. Continuaba sonriendo con la misma sonrisa de indiferencia. Respondió, con tranquilidad:

—¡Oh! Puede venir de todas las maneras. Nadie se enamora de mí por mucho tiempo.

Duroy se quedó más sorprendido por el tono que por las palabras pronunciadas. Preguntó:

—¿Por qué?

—Porque es inútil y lo hago saber inmediatamente. Si me hubiera comunicado antes sus temores, ya le habría tranquilizado y pedido, por otra parte, que viniera con mayor frecuencia.

Duroy exclamó, con acento patético:

—Aun así, ¿cómo mandar en los sentimientos?

Ella se volvió hacia él.

—Mi querido amigo, para mí un hombre enamorado está borrado del número de los vivos. Se vuelve idiota, y más que idiota, peligroso. Yo rompo con las personas que se enamoran de mí, o pretenden enamorarse. Se acabó la intimidad, porque enseguida me aburren y después porque son temibles como los perros rabiosos. De un instante a otro entran en crisis. Los pongo en cuarentena moral hasta que se les pasa la enfermedad. No lo olvide. Ya sé que en su caso el amor no es más que una especie de apetito, pero en mí es una especie de… de comunión de almas que no forma parte de la religión de los hombres. Usted comprende la letra, yo el espíritu. Pero… míreme cara a cara…

Ya no sonreía. Tenía un rostro sereno y frío, y añadió apoyando cada palabra:

—No seré nunca, nunca, su querida, ¿comprende? Es, pues, absolutamente inútil insistir, incluso sería contraproducente para usted persistir en ese deseo. Y ahora que la operación ha concluido…, ¿quiere que seamos amigos, buenos amigos, pero amigos verdaderos, sin malos pensamientos?

Duroy comprendió que cualquier tentativa resultaría inútil ante esta sentencia sin apelación. Enseguida tomó su partido, y con franqueza y encantado por conseguir tal aliada en su vida, le tendió las dos manos.

—Soy suyo, señora. Como a usted le plazca.

Ella percibió la sinceridad de la intención en su voz, y le entregó sus manos.

Jorge las besó una tras otra, y después, levantando simplemente la cabeza, dijo:

—¡Diablos! Si hubiera encontrado una mujer como usted, con qué gusto la habría desposado.

Esta vez la mujer se conmovió, acariciada por esta frase al igual que todas las mujeres se conmueven ante los cumplidos que turban su corazón, y le lanzó una de esas miradas rápidas y agradecidas que convierten a uno en esclavo.

Luego, como él no encontrase el tema adecuado para reemprender la conversación, ella le dijo con voz dulce y apoyando un dedo en su brazo:

—Y voy a empezar enseguida mi papel de amiga. Es usted torpe, querido.

Después de dudar un instante le preguntó:

—¿Puedo hablarle libremente?

—Sí.

—¿Por completo?

—Por completo.

—Pues bien, vaya a visitar a la señora Walter, que le aprecia mucho y procure agradarla. Encontrará donde colocar sus galanterías, aunque ella sea honesta, entiéndame bien, completamente honesta. ¡Ah! Y nada de esperanza, ni de merodeo por ese lado. Vaya y no perderá nada dejándose ver por allí. Ya sé que todavía ocupa un puesto de poca importancia. Pero no tema… Los Walter reciben a todos los redactores con igual amabilidad. Visítela, créame.

Duroy dijo, sonriendo:

—Gracias, es usted un ángel…, el ángel de la guarda.

Y enseguida hablaron de otras cosas.

Permaneció un buen rato deseando probarle que se encontraba a gusto junto a ella, y cuando se despedía aún le dijo:

—Queda entendido que somos amigos, ¿verdad?

—Así es.

Como había advertido el efecto causado con su anterior cumplido, insistió añadiendo:

—Y si acaso enviuda, acuérdese de mi candidatura.

Y enseguida se marchó a escape para no darle tiempo a enfadarse.

Una visita a la señora Walter le preocupaba un poco, pues no había sido presentado en su casa y no quería cometer ninguna torpeza. Sin embargo, el patrón se mostraba acogedor con él, apreciaba sus servicios y le encomendaba, preferentemente, los trabajos difíciles. ¿Por qué no aprovecharse de esta benevolencia para entrar en su casa?

Un día decidió levantarse temprano, fue al mercado y por media docena de francos compró una veintena de admirables peras. Las ató cuidadosamente con un lazo en una canasta para hacer creer que procedían de lejos, y las llevó a casa de la directora, a cuyo portero entregó con una tarjeta donde había escrito:

JORGE DUROY

RUEGA HUMILDEMENTE A LA SEÑORA WALTER QUE ACEPTE ESTA FRUTA QUE HA RECIBIDO ESTA MAÑANA DE NORMANDÍA

Al día siguiente, en su casillero del buzón de correspondencia que tenía el periódico, encontró un sobre que contenía, respondiendo a la suya, una carta de la señora Walter, «quien agradecía vivamente al señor Jorge Duroy su obsequio y le comunicaba que permanecía en su casa todos los sábados».

El sábado siguiente se presentó allí.

El señor Walter habitaba una gran mansión de su propiedad en el bulevar Malesherbes, una parte de la cual estaba alquilada como medida económica de las gentes prácticas. Un único portero, que se albergaba entre las dos puertas cocheras, tiraba del cordón de la campanilla para el propietario y para el inquilino. Daba a cada una de las entradas una apariencia de hotel lujoso gracias a su apuesto uniforme de suizo, con sus robustas piernas enfundadas en medias blancas y su casaca de gala con botones de oro y vueltas escarlatas.

Los salones de recepción se encontraban en el primer piso. Los precedía un vestíbulo cubierto de alfombras y encerrado por cortinajes. Dos criados dormitaban en sendas sillas. Uno de ellos tomó el abrigo de Duroy y el otro se apropió de su bastón, abrió una puerta, se despegó unos pasos del visitante, después se le encaró y le dejó pasar a un aposento vacío mientras anunciaba en voz alta su nombre.

El joven, un poco cohibido, miraba a todas partes cuando descubrió en un espejo a varias personas sentadas y que parecían estar muy lejos. Desorientado por el espejo, empezó a seguir otro camino, pero rectificó y aún atravesó dos salones vacíos antes de llegar a una especie de gabinete recubierto de seda azul con botoncitos de oro, donde cuatro señoras hablaban a media voz alrededor de una mesa redonda que sostenía unas tazas de té.

A pesar del aplomo que había ido adquiriendo con su existencia parisiense y sobre todo en su oficio de reportero que le ponía continuamente en contacto con personajes señalados, Duroy se sintió un poco cohibido por el aparatoso decorado de la entrada y por la travesía de los salones solitarios.

—Señora —balbució, buscando con la mirada a la dueña de la casa—. Me he permitido…

Ella le alargó una mano que él, inclinándose, tomó entre las suyas, y dijo:

—Caballero, es usted muy amable al venir a verme.

Al mismo tiempo le indicaba una silla donde Duroy, queriendo sentarse, se sintió caer por haberla creído más alta.

Se habían callado, y una de las damas, al fin, reemprendió la conversación. Hablaba del frío, ya violento, pero que aún no lo era bastante para contener las epidemias de tifus, ni para permitir patinar. Cada una dio su opinión respecto a esta entrada en escena de las heladas en París. Después, cada una expresó sus preferencias por las diversas estaciones del año, con todas las trivialidades propias de los espíritus

sin imaginación, que caen como el polvo en las reuniones sociales.

El ligero rumor de una puerta hizo volver la cabeza a Duroy. Descubrió, a través de unos espejos sin alinde, a una señora gruesa que se acercaba. Cuando ésta apareció en el gabinete, una de las visitantes se puso de pie, estrechó las manos de las demás y se marchó. Duroy la siguió con la mirada a través de los otros salones, sin perder de vista su espalda negra donde brillaban perlas de azabache.

Cuando la agitación producida por este cambio de persona estuvo calmada, se habló espontáneamente y sin transición de la cuestión de Marruecos, de la guerra en Oriente y también de la difícil situación de Inglaterra en África.

Aquellas señoras discutían de tales cosas aprendidas de memoria, como si estuviesen recitando una comedia mundana y conveniente después de ensayarla con frecuencia.

Una nueva visitante entró en el gabinete. Era una rubita con el cabello muy rizado, que determinó la salida de una señora de cierta edad, seca y alta.

Enseguida se empezó a hablar de las probabilidades que tenía el señor Linet para entrar en la Academia. La recién llegada creía firmemente que sería derrotado por el señor Cabanon-Lebas, autor de una hermosa adaptación teatral al francés de *Don Quijote*.

—Ya saben ustedes que será representada en el Odeón el invierno próximo.

—¡Ah, sí! Seguramente iré a ver esa tentativa tan literaria.

La señora Walter siempre respondía con gracia, aunque con tranquila indiferencia. Jamás dudaba ante lo que debía decir y su opinión siempre estaba pronta.

Enseguida advirtió que anochecía y llamó para que encendieran las lámparas sin dejar la conversación general que discurría como un arroyo de malvavisco, añadiendo que había olvidado recoger en el impresor las invitaciones para su próxima cena.

La señora Walter era un poquito gruesa, aunque hermosa, y estaba en la peligrosa edad en que se avecina el desastre. Se mantenía así gracias a muchos cuidados, precauciones, higiene y cremas para el cutis. En todo parecía sensata, moderada y razonable. Era una de esas mujeres cuyo espíritu está trazado como un jardín francés, por donde se circula sin sorpresas, pero encontrando en todo él cierto encanto. Tenía juicio, un juicio sagaz, prudente y seguro, que hacía las veces de fantasía, de la bondad, del sacrificio y de una benevolencia apacible que repartía con largueza por todo y a todos.

Advirtió que Duroy no había dicho nada, que nadie le había hablado y que parecía encontrarse un poco violento. Como aquellas señoras aún continuaban sin salir de la Academia, tema de su predilección y del que casi nunca salían, le preguntó:

—Y usted, señor Duroy, que debe de estar mejor informado que nadie, ¿por quién tiene preferencia?

El aludido respondió, sin dudar:

—En este asunto, señora, jamás tengo en cuenta el mérito, siempre discutible, de los candidatos, sino su edad y su salud. No pediría que mostrasen sus títulos, sino su

enfermedad. No buscaría si han traducido a Lope de Vega en verso, sino que tendría cuidado en informarme sobre el estado de su hígado, de su corazón, sus riñones y de su medula. Para mí, una buena hipertrofia, una buena albuminaria, y sobre todo, un buen principio de parálisis general, valdrían cien veces más que cuarenta volúmenes de digresiones sobre la idea de la patria en la poesía berberisca.

Un silencio asombrado acogió esta opinión.

La señora Walter, sonriendo, agregó:

—Pero ¿por qué?

Duroy respondió:

—Porque yo solamente busco el placer que una cosa puede causar en las mujeres. Y ahora bien, señora: la Academia no tiene verdadero interés para ustedes más que cuando muere un académico. Cuantos más mueran, más contentas se ponen ustedes. Pero para que mueran pronto, es necesario nombrar los viejos y enfermos.

Como aún continuaban un poco sorprendidas, añadió:

—Por lo demás, me ocurre lo mismo que a ustedes: me entusiasma leer en los ecos de París la muerte de un académico. Enseguida me pregunto: «¿Quién lo reemplazará?». Y empiezo a hacer mi lista. Es como un juego, un pequeño juego muy agradable al que se juega en todos los salones parisienses cada vez que un inmortal pasa a mejor vida: «El juego de la muerte y los cuarenta ancianitos».

Las señoras, aunque un poco desconcertadas todavía, empezaron a sonreír. Eran muy acertadas sus observaciones.

Duroy concluyó, mientras se levantaba:

—Ustedes son quienes los nombran, y no los nombran más que para verlos morir. Escójanlos, pues, viejos, muy viejos, lo más viejos posible, y no se ocupen de lo demás.

Después se marchó con mucha gracia y soltura.

Una vez se hubo marchado, una de las señoras señaló:

—Tiene gracia ese muchacho. ¿Quién es?

La señora Walter respondió:

—Uno de nuestros redactores. Aún no hace más que menudencias en el periódico, pero estoy segura de que llegará lejos.

Duroy descendía por el bulevar Malesherbes muy contento de su primera salida, y murmuró mientras caminaba a gran paso gimnástico:

—Buen principio.

Aquella misma noche se reconcilió con Raquel.

La semana siguiente le trajo dos acontecimientos. Fue nombrado jefe de la sección de Ecos y le invitaron a cenar en casa de la señora Walter. Enseguida comprendió que entre las dos novedades existía una relación.

La Vie Française era, ante todo, un periódico de dinero. El propietario era un hombre de dinero a quien la prensa y la Diputación habían servido de palanca. Haciendo un arma de la sencillez, siempre había maniobrado bajo una máscara

sonriente de hombre abierto, pero no empleaba en sus empresas a cualquiera sin antes haberlo tratado, probado, olfateado y sabido astutos, audaces y dúctiles. Duroy, nombrado jefe de la sección de Ecos, le parecía un muchacho inapreciable.

Esta función había sido desempeñada hasta entonces por el secretario de redacción señor Boisrenard, un veterano periodista, correcto, puntual y minucioso como un oficinista. Desde hacía treinta años había sido secretario de redacción de once periódicos diferentes y en nada había modificado su manera de hacer o de ver. Pasaba de una redacción a otra lo mismo que se cambia de restaurante, sin apenas darse cuenta de que la cocina no había sido hecha con el mismo gusto. Las opiniones políticas y religiosas le eran totalmente extrañas. Era un incondicional del periódico en que estaba, entendido en su oficio e inestimable por su experiencia. Trabajaba como un ciego que no ve nada, como un sordo que no oye nada, y como un mudo que jamás habla nada. Sin embargo, tenía una gran lealtad profesional. Jamás se había prestado a una cosa que no pudiera juzgarse honesta, leal y correcta desde el especial punto de vista de su oficio.

El señor Walter, que sin embargo lo apreciaba, había deseado siempre otro hombre para confiarle los Ecos, que son, solía decir, «la medula del periódico». Gracias a ellos se lanzan las noticias que hacen correr rumores, que conmueven al público, e influyen en los fondos públicos. Entre dos fiestas mundanas era preciso saber deslizar, como quien no dice nada, la noticia importante, pero más bien insinuada que dicha. Era preciso, por medias palabras, dejar que adivinasen lo que deseaban, desmentir de tal modo que el rumor se afirmase, o afirmarlo de tal manera que nadie creyese el hecho anunciado. Hacía falta, en los Ecos, que cada cual encontrase a diario una línea, por lo menos, que le interesase, a fin de que todo el mundo los leyera. Se necesitaba pensar en todo y en todos, en todas las clases sociales y en todas las profesiones, en París y en las provincias, en el Ejército, en los pintores, en el clero y en la universidad, en los magistrados y en las cortesanas.

El hombre que dirigía y mandaba el batallón de reporteros siempre debía estar alerta, y siempre en guardia, desconfiando, previniendo, sagaz, vigilante y adaptable, armado de todas las astucias y dotado de un olfato infalible para descubrir la noticia falsa al primer vistazo, juzgar lo que conviene decir y lo que debe callarse, cómo adivinar lo que interesará al público. Y al final debía saberlo presentar de tal modo que el efecto lo multiplicase.

Boisrenard, que tenía en su favor mucha práctica, carecía de habilidad y de gracia. Carecía, sobre todo, de la picardía natural que se precisaba cada día para adivinar los pensamientos secretos del director.

Duroy cumpliría su misión perfectamente y completaba admirablemente la redacción de aquella hoja «que navegaba entre el fondo del Estado y los bajos fondos de la política», según expresión de Norberto de Varenne.

Los inspiradores y verdaderos redactores de *La Vie Française* eran media docena de diputados interesados en todas las especulaciones que lanzaba o sostenía el

director. En la Cámara los llamaban «la banda de Walter», y les envidiaban porque debían ganar muchísimo dinero con él y por su causa.

Forestier, redactor político, no era más que un hombre de paja para estos hombres de negocios, el ejecutor de los proyectos inspirados por ellos. Él los hinchaba en sus artículos de fondo que siempre iba a escribirlos a su casa para estar más tranquilo, según decía.

Sin embargo, y a fin de otorgar al periódico un carácter literario y parisiense, habían agregado a la casa dos escritores célebres en distintos géneros: Santiago Rival, comentarista de actualidad, y Norberto de Varenne, poeta y cronista de imaginación, o más bien cuentista siguiendo la expresión de la nueva escuela.

Después se habían procurado, a bajo precio, unos críticos de arte, de pintura, de música, de teatro, un redactor de crímenes y otro de hípica, escogidos entre la gran tribu de escritores mercenarios, que sirven para todo. Dos mujeres de mundo, «Dominó Rosa» y «Pata Blanca», enviaban chismorreos mundanos, trataban de moda, de la vida elegante, de la etiqueta, de consejos prácticos y comentaban las indiscreciones de las grandes damas.

Y *La Vie Française* «navegaba entre los fondos y los bajos fondos» manejada por todas estas manos.

Duroy estaba en el apogeo de su júbilo por el nombramiento de director de los Ecos cuando recibió una cartulina donde se leía:

> El señor y la señora Walter ruegan al señor Jorge Duroy les haga el honor de cenar con ellos el jueves, 20 de enero.

Esta nueva distinción, cayendo sobre la anterior, le colmó de tal alegría que besó la invitación como si se hubiera tratado de una carta de amor. Inmediatamente fue a encontrarse con el cajero para tratar sobre la gran cuestión de los fondos.

Un jefe de Ecos tenía asignado, por lo general, un presupuesto para pagar a sus reporteros y las noticias, buenas o mediocres, conseguidas por unos y otros como los jardineros proporcionan sus flores a un vendedor de exquisiteces.

A Duroy le habían asignado mil doscientos francos para empezar, de los que enseguida se propuso guardar una buena cantidad.

El cajero, ante sus apremiantes peticiones, acabó por adelantarle cuatrocientos francos. Al principio tuvo el firme propósito de enviar a la señora de Marelle los doscientos ochenta francos que le debía, pero enseguida calculó que casi no le quedarían en mano más que ciento veinte francos, cantidad insuficiente para atender convenientemente el servicio asignado. Decidió que la restitución de su deuda quedaría para más adelante.

Durante dos días no se ocupó más que de su instalación. Heredaba una mesa y un casillero para correspondencia en la vasta sala común a toda la redacción. Ocupaba un extremo de esta estancia mientras Boisrenard, cuyos cabellos de un negro ébano, pese a su edad, siempre estaban caídos sobre una hoja de papel, ocupaba el otro

extremo.

La gran mesa central pertenecía a los redactores móviles. Generalmente servía de banco para sentarse, bien con las piernas colgando, o bien a la turca en el centro. En ocasiones había hasta cinco y seis personas subidas sobre la mesa, y jugaban al boliche con insistencia adoptando posturas de ídolos chinos.

Duroy había acabado tomándole gusto a esta diversión y ya empezaba a estar diestro gracias a los consejos y dirección de Saint Potin.

Forestier, cada vez más enfermo, le había prestado su hermoso boliche en madera de las islas, su última compra, que Duroy encontraba algo pesado, pero no dejaba de maniobrar con brazo vigoroso la pesada bola hasta el extremo de la cuerda mientras contaba en voz baja:

—Uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco…, seis…

Justamente el día que estaba invitado a cenar en casa de los Walter hizo, por primera vez, los veinte tantos seguidos.

«Buen día —pensó—. Hoy me sale todo bien».

La destreza en el boliche verdaderamente concedía una especie de superioridad en la redacción de *La Vie Française*.

Abandonó el periódico temprano para tener tiempo de vestirse. Ascendía por la calle de Londres cuando vio caminar delante de él a una mujer menuda que se parecía a la señora de Marelle. Sintió que cierto calor le encendía el rostro y su corazón se puso a latir aceleradamente. Atravesó la calle para examinarla de perfil. Ella se detuvo para atravesar a su vez. Se había equivocado y respiró.

Se había preguntado con frecuencia cómo debería comportarse en el caso de encontrársela cara a cara. ¿La saludaría o bien adoptaría la postura de no haberla visto?

«Ya no la veré más», pensó.

Hacía frío. Los arroyos helados aún conservaban trozos de hielo. Las aceras aparecían secas y grises bajo la luminosidad del gas.

Cuando entró en su casa se dijo:

«Tendré que mudarme de alojamiento. Esto ahora ya no es suficiente».

Se sentía nervioso y alegre, capaz de correr por los tejados. Y repetía en voz alta, caminando obstinadamente de su cama a la ventana:

—¡Es la fortuna! ¡La fortuna llega! Tendré que escribir a papá.

De vez en cuando escribía a su padre y la carta siempre llevaba una alegría viva al ventorrillo normando, situado a un lado de la carretera, en lo alto de la costa que domina Rouen y el amplio valle del Sena.

También, de vez en cuando, él recibía un sobre azul donde la dirección estaba escrita con un gran trazo temblón, y donde infaliblemente siempre leía las mismas líneas al principio de la carta paternal:

> Mi querido hijo: La presente es para decirte que estamos bien, lo mismo tu madre que yo. No hay gran cosa de nuevo por la región. Te diré, sin embargo…

Su corazón aún guardaba interés por todas las cosas del pueblo, por las noticias de los vecinos y por el estado de las tierras y las cosechas.

Se repetía, mientras se anudaba su corbata blanca ante el espejo:

«Tendré que escribir a papá mañana mismo. Si me viese esta noche en la casa adonde voy, el pobre se quedaría asombradísimo. ¡Rayos! Dentro de una hora cenaré como jamás lo ha hecho él en su vida».

De repente apareció en su imaginación la cocina negruzca de su infancia, tras la sala del café vacía, las cacerolas lanzando sus reflejos amarillentos a lo largo de las paredes, el gato sobre la chimenea con la nariz hacia el fuego y su postura de quimera, la mesa de pino grasienta por el uso y los líquidos esparcidos, una sopera humeando en el centro, y una vela alumbrando entre dos platos. Y distinguió también al hombre y a la mujer, al padre y a la madre, los dos campesinos con sus gestos lentos, comiendo la sopa a sorbitos. Conocía las más simples arrugas de sus viejos rostros, el más ligero movimiento de sus brazos y de sus cabezas. Incluso sabía lo que se decían cada noche mientras cenaban frente a frente.

Y todavía pensó:

«No me quedará más remedio que ir a verlos».

Pero ya había concluido de arreglarse. Sopló a la luz y descendió.

A lo largo del bulevar exterior le acosaban las rameras, y al desasirse de sus abrazos les respondía con desdeñosa violencia:

—¡Dejadme tranquilo!

Era como si le insultasen, le confundiesen… ¿Por quién le tomaban? ¿Acaso esas trotacalles no sabían distinguir a los hombres? Vestido con su frac negro para ir a cenar a casa de gente rica, muy conocida e importante le daba la sensación de poseer una nueva personalidad, la conciencia de haberse convertido en otro hombre, un hombre de mundo, del gran mundo.

Entró con aplomo en el vestíbulo iluminado por los altos hacheros de bronce, y entregó con naturalidad su bastón y su abrigo a los dos criados que solícitamente se habían acercado a él.

Todos los salones estaban iluminados. La señora Walter recibía en el segundo, el más grande. Le acogió con una encantadora sonrisa. Él estrechó la mano a los dos hombres que habían llegado antes que él, el señor Firmin y el señor Laroche Mathieu, diputados y redactores anónimos de *La Vie Française*. El señor Laroche Mathieu poseía una singular autoridad en el periódico. Le provenía de su gran influencia en la Cámara. Nadie dudaba de que llegaría a ministro cualquier día.

Después llegaron los Forestier. Ella vestida de rosa y seductora. Duroy se quedó estupefacto al ver la intimidad que adoptaba con los representantes de la nación. Habló muy bajo en un rincón de la chimenea durante más de cinco minutos con el señor Laroche Mathieu. Carlos parecía extenuado y tosía sin cesar, mientras repetía:

—Deberé decidirme a acabar el invierno en el Midi.

Norberto de Varenne y Santiago Rival aparecieron juntos. Después se abrió una

puerta en el fondo de la estancia y apareció el señor Walter acompañado de dos jovencitas de dieciséis y dieciocho años, una fea y otra bonita.

Duroy sabía que su director era padre de familia, pero no pudo evitar el asombro. Jamás había pensado en las hijas del director, sino como quien imagina países lejanos que nunca verá… Además, se las había imaginado pequeñas y las descubría mujeres. Advirtió la ligera turbación moral que se produjo en él ante la modificación de una idea.

Ellas le tendieron la mano cuando se las presentaron y luego se fueron a sentar a una mesita que sin duda les había sido reservada y donde ellas se pusieron a remover un montón de carretes de seda que había en un cestillo.

Todavía se esperaba a alguien y se permanecía en silencio, con esa especie de embarazo que precede a las cenas entre personas que no se encuentran en la misma atmósfera espiritual después de las diferentes ocupaciones de su jornada.

Duroy, no sabiendo qué hacer, había levantado la vista hacia una de las paredes; el señor Walter le dijo, de lejos, con visible deseo de hacer valer sus bienes:

—¿Mira usted *mis* cuadros? —El mis quedó bien recalcado—. Voy a enseñárselos.

Y cogiendo una lámpara para que pudiese distinguir todos los detalles, dijo:

—Aquí están los paisajes.

En el centro del paño se veía una gran tela de Guillemet, una playa de Normandía bajo un cielo tempestuoso. Debajo, un bosque de Harpignies, y después una planicie argelina de Guillaumet, donde había un camello en el horizonte, un gran camello con sus altas patas semejante a un extraño monumento.

El señor Walter pasó a la pared contigua y anunció en tono serio, como un maestro de ceremonias:

—La gran pintura.

Se trataba de cuatro telas: una *Visita al hospital*, de Gervex; una *Segadora*, de Bastien Lepage; una *Viuda*, de Bouguereau, y una *Ejecución*, de Jean-Paul Laurens. Esta última representaba a un sacerdote vandeano fusilado contra el muro de su iglesia por un destacamento de Azules.

Una sonrisa distendió el rostro grave del director al señalar la pared siguiente.

—Y aquí están los caprichosos.

En principio se destacaba una pequeña tela de Jean Beraud titulada *Arriba y abajo*. Se trataba de una bonita parisiense que subía la escalera de un tranvía en marcha. Su cabeza aparecía al nivel de la imperial que los señores sentados en sus bancos descubrían con satisfacción ávida, mientras que los hombres que iban de pie en la plataforma baja consideraban las piernas de la joven con una expresión diferente; mezcla de despecho y codicia.

El señor Walter mantenía la lámpara por el extremo de su brazo, y repetía riéndose con expresión pícara:

—¡Eh! Es gracioso, ¿verdad? Muy gracioso.

Después iluminó un *Salvamento*, de Lambert.

En medio de una mesa desguarnecida, un gatito, sentado sobre su trasero, contemplaba con asombro y perplejidad una mosca que se ahogaba en un vaso de agua. Había levantado una pata dispuesto a coger el insecto con un movimiento rápido. Pero no se había decidido. Vacilaba. ¿Qué haría?

El director le enseñó a continuación un Detaille, *La lección*, que representaba a un soldado junto a una garita enseñando a tocar el tambor a un perro de aguas.

—¡Esto sí que es humor! —exclamó.

Duroy reía con ademanes aprobadores y se extasiaba:

—Es delicioso, delicioso, deli…

Se cortó súbitamente al oír a sus espaldas la voz de la señora de Marelle, que acababa de entrar.

El director continuaba iluminándole los cuadros y explicando.

Ahora le enseñaba una acuarela de Maurice Leloir, *El obstáculo*. Era una silla de manos parada, la calle se encontraba interceptada por una pelea entre dos hombres del pueblo, dos mocetones que luchaban como dos hércules. Y se veía asomar por la ventanilla de la silla un radiante rostro femenino que miraba… miraba… sin impaciencia, sin miedo y con cierta admiración el combate de aquellos brutos.

El señor Walter continuaba diciendo:

—Aún tengo otros en los salones contiguos, pero son de pintores menos conocidos, menos cotizados. Éste es mi salón cuadrado. Ahora compro a los jóvenes, a los más jóvenes, y los guardo en mis habitaciones privadas en espera del día en que sus autores sean célebres.

Luego añadió, en tono más bajo:

—Es la hora de comprar cuadros. Los pintores mueren de hambre. No tienen un céntimo, lo que se dice un céntimo.

Sin embargo, Duroy no veía nada y escuchaba sin enterarse de nada. La señora de Marelle se encontraba detrás de él. ¿Qué debía hacer? Si la saludaba, ¿le volvería la espalda o le soltaría cualquier insolencia? Si no se aproximaba a ella, ¿qué pensaría?

Meditó:

«Será mejor ganar tiempo».

Se sentía tan conmovido que se le ocurrió la idea de disimular una fuerte indisposición repentina que le permitiera marcharse.

La visita a las paredes había concluido. El dueño fue a dejar su lámpara y a saludar a la recién llegada, mientras Duroy volvía a examinar solo las telas, como si no se cansase de admirarlas.

Se encontraba trastornado. ¿Qué debía hacer? Oía las voces, distinguía la conversación. La señora Forestier le llamó:

—Dígame, señor Duroy.

Corrió hasta ella. Se trataba de recomendarle a una amiga que daba una fiesta y deseaba que la citasen en los Ecos de *La Vie Française*.

—No faltaba más, señora, no faltaba más —balbució.

La señora de Marelle se encontraba ahora muy próxima y él no se atrevía a volverse.

De pronto, creyó que se volvía loco. Ella había dicho en voz alta:

—Buenas tardes, Bel Ami. ¿Ya no me reconoce?

Giró sobre sus talones con rapidez. Ella se encontraba de pie ante él, sonriendo y con la mirada llena de alegría y afectación. Le tendió la mano.

Duroy la tomó temblando, temiendo cualquier impertinencia perversa. Pero ella añadió con serenidad:

—¿Qué es de su vida? No se le ve nunca.

Duroy tartamudeaba sin conseguir tranquilizarse:

—He tenido mucho que hacer, señora, mucho que hacer… El señor Walter me ha confiado un nuevo servicio que me tiene completamente ocupado.

Ella respondió sin dejar de mirarle a la cara y sin que él pudiese descubrir en su mirada más que una expresión benevolente:

—Ya lo sé. Pero ésta no es una razón para olvidar a sus amigos.

Les separó una gruesa señora que entraba, una señora corpulenta y escotada, con los brazos rojos, las mejillas rojas, vestida y peinada con presunción, y que caminaba tan pesadamente que se advertía, al verla marchar, el peso y la gordura de sus muslos.

Como parecía que la trataban con mucho miramiento, Duroy preguntó a la señora Forestier:

—¿Quién es esa señora?

—La vizcondesa de Percemur, la que firma «Pata Blanca».

Se quedó perplejo y con deseos de reír.

—¡«Pata Blanca»! ¡«Pata Blanca»! Y yo que había pensado en una joven mujer como usted. ¿Así que es «Pata Blanca»? ¡Ah! Pues está de buen año, de buen año.

Apareció un criado en la puerta y anunció:

—La cena está servida.

Fue una cena frívola y alegre, una de esas cenas donde se habla de todo y no se dice nada. Duroy se encontraba entre la hija mayor del dueño, la fea, que se llamaba Rosa, y la señora de Marelle. Esta última vecindad le intimidaba un poco, a pesar de que ella parecía contenta y hablaba con su habitual animación. Al principio se azoró un poco, indeciso, igual que un músico cuando ha perdido el tono. Sin embargo, poco a poco, fue tranquilizándose y sus ojos se encontraron constantemente, se interrogaron y fundieron sus miradas de manera íntima, casi sensual, como en otros tiempos.

De pronto, creyó sentir bajo la mesa algo que se movía y rozaba su pie. Adelantó suavemente su pierna y encontró la de su vecina que no retrocedió ni esquivó el contacto. No hablaron en este trance, pero ambos se volvieron hacia los otros vecinos.

Duroy, con el corazón saltándole, presionó un poco más su rodilla. Una ligera

presión le respondió. Entonces comprendió que sus amores iban a reanudarse.

¿Qué se dijeron inmediatamente? Nada de particular, pero sus labios temblaban cada vez que sus ojos se encontraban.

El hombre, no obstante, pretendía mostrarse amable con la hija del dueño y le dirigía alguna frase de vez en cuando. La muchacha respondía como lo hubiera hecho a su madre, y como ella, jamás dudaba en lo que debía decir.

A la derecha del señor Walter se encontraba la vizcondesa de Percemur, que adoptaba aires de princesa. Duroy, observándola con regocijo, preguntó en voz baja a la señora de Marelle:

—¿Conoce usted a la otra, a la que firma «Dominó Rosa»?

—Sí, mucho. Es la baronesa de Livar.

—¿Y es de la misma cosecha?

—No, pero sí más graciosa. Es alta, seca, tiene sesenta años, rizos falsos, dientes de caballo, ideas de la Restauración y vestidos de la misma época.

—¿De dónde han descolgado estos fenómenos de las letras?

—Las cenizas de la nobleza siempre son recogidas por los advenedizos burgueses.

—¿Sin otro motivo?

—Absolutamente ninguno.

Después empezó una discusión política entre el dueño y los dos diputados, Norberto de Varenne y Santiago Rival, que se prolongó hasta los postres.

Cuando regresaron al salón, Duroy se aproximó nuevamente a la señora de Marelle, y mirándola al fondo de los ojos, le preguntó:

—¿Quiere que la acompañe a su casa esta noche?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el señor Laroche Mathieu, que es mi vecino, siempre me acompaña hasta la puerta cada vez que ceno aquí.

—¿Cuándo la veré?

—Venga a almorzar conmigo mañana.

Se separaron sin decirse más.

Duroy no tardó en marcharse, pues encontraba aburrida la velada. Al descender la escalera alcanzó a Norberto de Varenne, que también se marchaba. El viejo poeta le tomó del brazo. No existiendo ninguna rivalidad que temer en el periódico, pues sus colaboraciones eran completamente diferentes, ahora testimoniaba al joven una benevolencia de abuelo.

—¿Qué? ¿Quiere acompañarme hasta el final del camino? —dijo.

Duroy respondió:

—Con mucho gusto, querido maestro.

Y se pusieron a caminar descendiendo el bulevar Malesherbes lentamente.

París se encontraba casi desierto esa noche, una noche fría, una de esas noches

que se dirían más larga que las otras porque las estrellas están más altas y el aire parece llevar en su aliento helado algo procedente de más lejos que los astros.

Los dos hombres no hablaron nada al principio. Después, Duroy, por decir alguna cosa, comentó:

—Ese Laroche Mathieu parece muy inteligente y culto.

El viejo poeta murmuró:

—¿Usted cree?

El joven, sorprendido, vacilaba:

—Pues sí. Pasa por ser uno de los hombres más capacitados de la Cámara.

—Es posible. En el reino de los ciegos el tuerto es rey. Toda esa gente, ¿sabe usted?, son seres mediocres porque tienen el espíritu emparedado entre el dinero y la política. Son unos pedantes, querido, con los que resulta imposible hablar de algo, de cualquier cosa que nosotros amemos. Su inteligencia está en el fondo de un vaso, o más todavía, en el fondo del vertedero, como el Sena en Asnières.

»¡Ay! Es tan difícil encontrar un hombre que contenga el espacio en su pensamiento y nos dé la sensación de esos grandes alientos que se respiran a orillas del mar. Yo he encontrado a algunos, pero ya están muertos.

Norberto de Varenne hablaba con voz clara, pero contenida, que hubiera resonado en el silencio de la noche si le diese escape. Parecía sobreexcitado y triste, con una de esas tristezas que caen a veces sobre las almas y las hacen vibrar como la tierra bajo las heladas.

Prosiguió:

—Por otra parte, qué importa un poco más o menos de genio si todo ha de concluir.

Se calló y Duroy, que esa noche se sentía con el corazón alegre, dijo sonriente:

—Hoy todo lo ve negro, querido maestro.

El poeta respondió:

—Lo veo siempre, hijo mío, y usted lo verá igual que yo dentro de algunos años. La vida es una cuesta. Mientras se sube se contempla la cima y se siente la felicidad. Pero cuando se llega arriba se descubre de golpe el descenso, y el fin, que es la muerte. Se va lentamente cuando se sube, pero se marcha muy rápido cuando se desciende. A su edad, se está contento. Se esperan muchas cosas, que por otro lado no llegan nunca. A la mía, ya no se espera nada…, salvo la muerte.

Duroy se echó a reír.

—¡Diantre! Oyéndole me da frío en el espinazo.

Norberto de Varenne añadió:

—No, hoy no me comprende. Pero más adelante se acordará de lo que le digo hoy.

»Llega un día, vea usted, y llega en buena hora para muchos, en que se acaba la risa, como se dice, porque detrás de todo esto que miramos no se percibe más que la muerte.

»¡Oh! Ni tan siquiera comprende esta palabra, la muerte. A su edad, esto no significa nada. A la mía, es algo terrible.

»Sí, se la comprende de golpe, y no se sabe por qué ni a propósito de qué, pero es entonces cuando todo cambia de aspecto en la vida. Yo, desde hace quince años, siento que me trabaja como si llevara dentro de mí una bestia rabiosa. La he sentido poco a poco, mes a mes, hora a hora, socavándome igual que a una casa cuando se desmorona. Me ha desfigurado tan completamente que no me reconozco. No tengo nada mío, nada del hombre radiante, fresco y fuerte como era a los treinta años. La he visto teñir de blanco mis cabellos negros, y con qué experta y maligna lentitud. Me ha robado mi piel tersa, mis músculos, mis dientes, todo mi cuerpo, y no me ha dejado nada más que un alma desesperada que también se llevará enseguida.

»Sí, la miserable me ha desmenuzado, ha realizado suave y terriblemente la larga destrucción de mi ser, segundo a segundo. Y ahora ya me siento morir en todo lo que hago. Cada paso me aproxima a ella, cada movimiento, cada palpitación apresuran su odiosa tarea. Respirar, dormir, beber, comer, trabajar, soñar, en fin, todo lo que hacemos, es morir. ¡Vivir es morir!

»¡Ah, ya sabrá esto! Si reflexionase solamente un cuarto de hora, lo vería.

»¿Qué espera usted? ¿El amor? Todavía unos cuantos besos y luego la impotencia.

»¿Y después, qué? ¿El dinero? ¿Para qué? ¿Para pagar a las mujeres? ¡Bonita felicidad! ¿Para comer mucho, ponerse gordo y gritar noches enteras mordido por la gota?

»¿Y qué hay todavía? ¿La fama? ¿Y para qué sirve eso si no nos llega bajo la forma del amor?

»¿Y después, qué? Siempre la muerte para acabar.

»Yo, ahora, la veo tan cercana que a menudo extiendo el brazo para empujarla. Cubre la tierra y llena el espacio. La descubro en todas partes: en los animalillos aplastados en las carreteras, en las hojas que caen, en el pelo blanco aparecido en la barba de un amigo, siempre destrozándome el corazón y gritando: “¡Ahí está!”.

»Me estropea cuanto hago, cuanto veo, cuanto como, bebo y todo lo que amo: los claros de luna, las salidas del sol, el mar inmenso, los hermosos ríos y las brisas de los atardeceres de estío, ¡tan dulces de respirar!

Andaba despacito, un poco fatigado, soñando en voz alta, y olvidado, casi, de que alguien lo escuchaba.

Agregó:

—Y nunca volvió nadie, jamás… Se conservan los moldes de las estatuas, los modelos que rehacen siempre objetos en serie; pero mi cuerpo, mi rostro, mis pensamientos y mis deseos no resurgirán jamás. Y, sin embargo, nacerán millones y millones de seres que tendrán algunos centímetros cuadrados de nariz, ojos, una frente, mejillas y una boca como yo, y también un alma como yo, sin que jamás vuelva yo, sin que jamás alguna cosa mía reconocible reaparezca en esas

innumerables diferentes criaturas, tan infinitamente diferentes como parecidas a simple vista.

»¿A qué apegarse? ¿Hacia quién lanzar los gritos de angustia? ¿En qué podemos creer nosotros?

»Todas las religiosas son estúpidas con su moral pueril y sus promesas egoístas. Son monstruosamente ingenuas.

»Sólo la muerte es cierta.

Se detuvo, cogió a Duroy por las solapas de su abrigo y le dijo con voz lenta:

—Piense en todo esto, joven, piense durante algunos días, durante meses y años, y verá la existencia de otra manera. Intente desligarse de cuanto le aprisiona, haga el esfuerzo sobrehumano de salir de su cuerpo, de sus intereses, de sus pensamientos y de la humanidad toda para contemplarla desde fuera. Entonces comprenderá qué poca importancia tienen las querellas de los románticos y de los naturalistas, o la discusión de los presupuestos.

Reanudó la marcha con paso rápido, y agregó:

—Pero también sentirá la espantosa desolación de los desesperados. Se debatirá furiosamente, perdido y ahogado en las incertidumbres. Gritará: «¡Socorro!» a los cuatro vientos y nadie le responderá. Tenderá la mano y pedirá ser socorrido, amado, consolado y salvado, pero nadie acudirá.

»¿Por qué sufriremos así? Es que sin duda hemos nacido más para vivir según los principios de la Naturaleza y menos según los del espíritu. Pero, a fuerza de pensar, se ha establecido una desproporción entre el estado de nuestra inteligencia aumentada y las condiciones inmutables de nuestra vida.

»Fíjese en las gentes mediocres: a menos que las abrumen grandes catástrofes, siempre están satisfechas y sin sufrir la desdicha común. Los animales tampoco la sienten.

Aún se detuvo otra vez, reflexionó algunos segundos, y después, con aire cansado y resignado, prosiguió:

—Yo soy un ser perdido. No tengo padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ni mujer, ni hijos, ni Dios.

Añadió después de un corto silencio:

—No tengo más que la rima.

Y levantando la cabeza hacia el firmamento, donde lucía la pálida faz de la luna llena, declamó:

Y yo busco la palabra de este problema oscuro
en el cielo negro y vacío donde flota un astro puro.

Llegaron al puente de la Concordia y lo atravesaron en silencio. Después continuaron a lo largo del Palacio de Borbón. Norberto de Varenne reanudó su monólogo:

—Cásese, amigo mío. No sabe bien lo que es vivir solo a mi edad. Hoy, la soledad me llena de terrible angustia: la soledad en el aposento, junto al fuego, por las noches. Entonces me parece que me encuentro solo en la tierra, espantosamente solo, pero rodeado de inciertos peligros, de cosas desconocidas y terribles. Y la pared que me separa de mi vecino, a quien no conozco, me aleja tanto de él como mi ventana de las estrellas que distingo. Una especie de fiebre me invade, una fiebre de dolor y de temor, y hasta el silencio de las paredes me espanta. ¡Es tan profundo y tan triste el silencio de la habitación donde uno vive solo! Pero no es sólo un silencio que rodea al cuerpo, sino un silencio también para el alma. Cuando un mueble cruje nos tiembla hasta el corazón, pues no se espera ningún ruido en mansión tan sombría.

Se calló una vez más antes de continuar diciendo:

—Cuando se es viejo, bien le gustaría a uno tener hijos.

Habían llegado hacia la mitad de la calle Bourgogne. El poeta se detuvo ante una casa alta, llamó, estrechó la mano de Duroy y le dijo:

—Joven, olvídese de este sermoneo de vejestorio y viva según su edad. ¡Adiós!

Y desapareció en el corredor oscuro.

Duroy se puso en camino, con el corazón encogido. Le parecía que acababan de enseñarle algún hoyo lleno de esqueletos, un hoyo inevitable en el que iría a caer cualquier día. Murmuró:

—¡Diantre! No debe de ser muy divertido este hombre. No quisiera ni una butaca de gallinero para asistir al desfile de sus ideas. ¡Caramba con el perro!

Se detuvo para dejar paso a una mujer perfumada que bajaba de un coche y entraba en su casa, y con bocanada ávida aspiró el aroma de verbena e iris esparcido en el aire. Sus pulmones y su corazón palpitaron bruscamente con esperanza y alegría. El recuerdo de la señora de Marelle, a quien vería al día siguiente, le envolvió de pies a cabeza.

Todo le sonreía. La vida le acogía con ternura. ¡Qué grato era ver realizarse las esperanzas!

Se durmió entusiasmado y se levantó temprano para caminar un poco por el Bosque de Bolonia antes de acudir a su cita.

El viento había cambiado y durante la noche se suavizó la temperatura. Lucía un sol de abril y el ambiente era tibio. Los habituales del Bosque habían salido aquella mañana a pasear cediendo a la llamada del cielo claro y hermoso.

Duroy caminaba lentamente, bebiendo el aire ligero y sabroso como una golosina de primavera. Atravesó el Arco de Triunfo de la Estrella y prosiguió por la gran avenida del lado opuesto a los jinetes. Los contemplaba, trotando o galopando, hombres y mujeres, y pensaba que eran los ricos del mundo a quienes ahora apenas envidiaba. Conocía a casi todos de nombre, sabía la cuantía de sus fortunas y la historia secreta de sus vidas. Su trabajo le había convertido en una especie de almanaque de celebridades y de escándalos parisienses.

Las amazonas pasaban, esbeltas y esculturales, dentro de sus trajes oscuros con

algo indefinido de altivez y de inabordable que muestran muchas mujeres a caballo. Duroy se entretenía recitando a media voz, como se recitan las letanías en una iglesia, los nombres, títulos y calidad de los amantes que habían tenido o se les atribuía. Incluso a veces, en lugar de decir:

Barón de Tanquelet,
Príncipe de la Tour Enguerrand;

murmuraba:

Flaqueza, de Lesbos.
Luisa Michot, del Vaudeville,
Rosa Marquetin, de la Ópera.

Este juego le divertía mucho, como si comprobara, bajo las más severas apariencias, la eterna y profunda infamia del hombre, como si esto le regocijase, le excitara y le consolase.

Después pronunció en voz alta:

—¡Hatajo de hipócritas!

Buscó con la mirada a los jinetes de quienes se contaban las más graves historias.

Descubrió a muchos tachados de tramposos en el juego, para quienes los casinos, sobre todo, constituían el gran recurso, el único recurso, un recurso sospechoso a todas luces.

Otros, muy célebres, vivían únicamente de las rentas de sus mujeres, y era sabido. Otros, de las rentas de sus queridas, y lo aseguraban. Muchos habían pagado sus deudas (acción honrosa), sin que jamás se hubiese adivinado de dónde procedía el dinero necesario (misterio bien sospechoso). Vio a los hombres de negocios cuya inmensa fortuna tuvo por origen el robo, y eran recibidos en todas partes, incluso en las casas más nobles. Después, a hombres tan respetados que los pequeños burgueses se descubrían ante su paso, pero cuyos desvergonzados manejos en las grandes empresas nacionales no eran ningún misterio para quienes conocían a fondo la sociedad.

Todos tenían el aire altivo, el gesto fiero, la mirada insolente, unos con patillas y los otros con bigotes.

Duroy se reía continuamente y se repetía:

—¡Estáis listos, hatajo de crápulas, hatajo de ladrones!

Un precioso coche, descubierto y bajo, cruzó al trote largo de dos caballos blancos, cuyas crines y colas revoloteaban. Lo conducía una mujer menuda, joven y rubia, una cortesana muy conocida que llevaba detrás de ella y sentados, un par de lacayos. Duroy se detuvo con ganas de saludar y aplaudir a aquella advenediza del

amor, que exhibía con audacia en ese paseo y a esa hora de los hipócritas aristócratas, el atrevido lujo ganado en su lecho. Posiblemente sentía con vaguedad que existía algo en común entre ellos, un lazo natural que los hacía de la misma raza, de la misma condición, y que su triunfo exigiría procedimientos audaces y del mismo orden.

Regresó más lentamente, con el corazón lleno de júbilo. Llegó un poco antes de la hora a la puerta de su antigua amante.

Ella le recibió ofreciéndole los labios, como si no hubiera sucedido nada entre ellos, incluso olvidada, durante unos instantes, de su sana prudencia tan mostrada en su casa ante sus caricias. Después le dijo, besando las rizadas guías de sus bigotes:

—¡No sabes la contrariedad que acaba de llegarme, querido! Cuando esperaba una hermosa luna de miel, he aquí que llega mi marido para quedarse seis semanas. Ha pedido permiso. Pero no estoy dispuesta a pasarme seis semanas sin verte, sobre todo después de nuestro pequeño disgusto. Te diré cómo he arreglado las cosas. El lunes vendrás a cenar con nosotros. Ya le he hablado de ti y os presentaré.

Duroy vacilaba, un poco perplejo. Temía que le traicionase cualquier detalle, una pequeña molestia, una mirada, cualquier cosa. Balbució:

—No, prefiero no conocer a tu marido.

Ella insistió, muy sorprendida, de pie delante de él y con ojos de asombro:

—Pero ¿por qué? ¿Qué tiene eso de particular? Sucede todos los días, ¿no? No creí que fueras tan simple.

Duroy se sintió herido:

—Pues bien, sea. Vendré a cenar el lunes.

Ella agregó:

—Para que parezca más natural, invitaré a los Forestier. Y eso que no me divierte recibir a nadie en mi casa.

Hasta el lunes Duroy no pensó más en esta entrevista. Pero al subir la escalera de la señora de Marelle se sintió extrañamente turbado, no porque le repugnase estrechar la mano de ese marido, beber su vino y comer su pan, sino por miedo a algo sin saber exactamente a qué. Le hicieron entrar en el salón, donde esperó como otras veces. Después se abrió la puerta de la habitación y apareció un hombre alto, de barba blanca, condecorado, serio y correcto, que se aproximó a él con exquisita cortesía.

—Mi esposa me ha hablado muy a menudo de usted, caballero. Estoy encantado de conocerle.

Duroy avanzó tratando de dar a su fisonomía una expresión de cordialidad. Le estrechó la mano con exagerada energía, y después, una vez sentados, no encontró nada que decirle.

El señor de Marelle, echando un leño al fuego, preguntó:

—¿Hace tiempo que se dedica al periodismo?

Duroy respondió:

—Sólo desde hace unos meses.

—¡Ah! Pues va usted deprisa.

—Sí. Bastante deprisa.

Y se puso a hablar con volubilidad, sin fijarse en lo que decía y recurriendo a vulgaridades propias entre personas que no se conocen. Logró tranquilizarse y al fin empezó a encontrar la situación bastante divertida. Contemplaba el rostro serio y respetable del señor de Marelle y la risa le retozaba en los labios mientras pensaba:

«Te estoy poniendo los cuernos, viejo. Te hago cornudo».

Y se sentía invadido de una satisfacción íntima, malsana; una alegría de ladrón que ha triunfado y no ha dejado sospechas; una alegría bribona y deliciosa. Inmediatamente sintió deseos de ser amigo de aquel hombre, ganar su confianza y hacer que le contase los secretos de su vida.

La señora de Marelle entró bruscamente, y abarcando a ambos con una mirada risueña e impenetrable, se dirigió a Duroy, quien delante del marido no se atrevió a besarle la mano como hacía en otras ocasiones.

Ella se mostraba tranquila y jovial como una persona habituada a todo, que encontrara aquello como una cosa natural y simple, propia de su astucia natural y libre. Apareció Laurina y, más juiciosa que de costumbre, pues le cohibía la presencia de su padre, fue hacia Jorge y le presentó su frente. Su madre le dijo:

—¡Y bien! ¿Cómo no le llamas hoy Bel Ami?

La niña enrojeció, como si acabaran de cometer una grave indiscreción, revelando una cosa que no debía decirse, y descubierto una intimidad algo culpable de su corazón.

Cuando llegaron los Forestier, quedaron asombrados ante el estado de Carlos. En una semana aún había adelgazado más y estaba espantosamente pálido. Tosía continuamente. Anunció que el jueves siguiente se marcharían a Cannes, según prescripción facultativa.

Se retiraron temprano, y Duroy dijo moviendo la cabeza:

—Me parece que se deshace como el algodón en rama. No creo que llegue a viejo.

La señora de Marelle afirmó con serenidad:

—¡Oh, sí! Está perdido. Y eso que había tenido la suerte de encontrar una mujer como la suya.

Duroy preguntó:

—Le ayuda mucho, ¿verdad?

—Es tanto como decir que ella hace todo. Está al corriente de todo, conoce a todo el mundo aunque parece no ver a nadie, y obtiene lo que ella quiere, como quiere y cuando quiere. ¡Oh, sí! Es lista, hábil e intrigante como ninguna. Un verdadero tesoro para un hombre que desee hacer carrera.

Jorge añadió:

—Seguramente se volverá a casar enseguida, ¿no le parece?

La señora de Marelle respondió:

—Sí. Y no me sorprendería que ya tuviese los ojos puestos en alguien…, un diputado… a menos que él…, que él no quiera… porque…, porque acaso hay grandes obstáculos… morales… En fin…, yo no sé nada.

El señor de Marelle refunfuñó calmoso y con cierta impaciencia:

—Siempre dejas sospechar una porción de cosas que no me agradan. No nos mezclemos en los asuntos de los demás. Nuestra conciencia debe bastarnos como guía. Es una regla que debería seguir todo el mundo.

Duroy se marchó con el corazón turbado y la imaginación llena de vagos proyectos.

Al día siguiente hizo una visita a los Forestier y los encontró haciendo el equipaje. Carlos, echado sobre un diván, exageraba la fatiga de su respiración y repetía:

—Ya hace un mes que debí haberme marchado.

Después hizo a su amigo Duroy una serie de recomendaciones relacionadas con el periódico, aunque ya estaba todo arreglado y convenido con el señor Walter.

Cuando Jorge se despidió, estrechó efusivamente la mano de su camarada.

—¡Ea! Hasta pronto, viejo amigo.

Pero cuando la señora Forestier le acompañó hasta la puerta, le dijo a ésta con viveza:

—Confío en que no haya olvidado nuestro pacto. Somos amigos y aliados, ¿no es cierto? Entonces, si necesita algo de mí, cualquier cosa que sea, no vacile un instante. Un telegrama o una carta, y le obedeceré.

Ella murmuró:

—Gracias. No lo olvidaré.

Y sus ojos también le decían «gracias», con una expresión más dulce y profunda.

Cuando Duroy descendía la escalera, se cruzó con el señor de Vaudrec que subía lentamente, y a quien ya había visto en otra ocasión en aquella casa. El conde parecía triste. ¿Por aquella marcha, tal vez?

Deseando comportarse como hombre de mundo, el periodista se apresuró a saludarlo.

El otro le devolvió el saludo con cortesía, pero de una manera un tanto altiva.

El matrimonio Forestier partió el jueves por la tarde.

Capítulo VII

La ausencia de Carlos aumentó la importancia de Duroy en la redacción de *La Vie Française*. Firmó algunos artículos de fondo, además de sus ecos. El director del periódico quería que cada cual afrontase la responsabilidad de sus escritos. Sostuvo varias polémicas de las que logró salir airoso, y sus constantes relaciones con hombres de Estado le prepararon para, a su debido tiempo, convertirse en un redactor político hábil y perspicaz.

No descubría más que una ligera nube en todo el horizonte. Procedía de un periodiquillo revoltoso que le atacaba constantemente, o mejor dicho, atacaba al jefe de los Ecos de *La Vie Française*, con gran sorpresa del señor Walter, como decía el redactor anónimo de aquella hoja que se llamaba *La Plume*. Diariamente aparecían insidias, mordacidades e insinuaciones de toda índole.

Santiago Rival dijo un día a Duroy:

—Tiene usted mucha paciencia.

El otro balbució:

—¿Qué quiere? No hay un ataque directo.

Pero cierta tarde, cuando entró en la sala de redacción, Boisrenard le alargó el último número de *La Plume* y le dijo:

—Tenga. Aquí hay un suelto desagradable para usted.

—¡Ah, sí! ¿De qué se trata?

—De nada, realmente. Es sobre la detención de una tal señora Aubert por un agente de costumbres.

Jorge tomó el periódico que le ofrecían y leyó bajo el título «Duroy se divierte»:

> El ilustre reportero de *La Vie Française* nos informa hoy que la señora Aubert, cuya detención por un agente de la brigada de costumbres[2] habíamos anunciado, no existe más que en nuestra imaginación. Ahora bien, la persona en cuestión vive en el 18 de la calle del Ecureuil, en Montmartre. Comprendemos demasiado bien, por otra parte, el interés o los intereses que mueven a los agentes de la Banca Walter a sostener a los del prefecto de policía, quien les tolera su comercio. Respecto al reportero señalado, será mejor que nos proporcione alguna de esas sensacionales noticias cuyo secreto posee en exclusiva: noticias sobre muertos desmentidas al día siguiente; sobre batallas que no se han librado; anuncios de importantes declaraciones de ciertos soberanos que jamás han dicho nada; y en fin, todas esas informaciones que constituyen el capítulo de los «beneficios Walter», o incluso alguna de esas minúsculas indiscreciones acerca de las veladas de damas afortunadas, o sobre la excelencia de ciertos productos que constituyen un gran recurso para alguno de nuestros colegas.

El joven se quedó más perplejo que irritado. Únicamente comprendía que en el fondo de todo aquello existía algo muy desagradable para él.

Boisrenard le preguntó:

—¿Quién le ha dado ese eco?

Duroy se puso a pensar inútilmente durante un rato y al fin lo recordó:

—¡Ah, sí! Fue Saint Potin.

A continuación releyó las líneas de *La Plume* y enrojeció bruscamente, indignado

ante la acusación de venalidad.

Gritó:

—¿Cómo pretende que he sido pagado para…?

Boisrenard le interrumpió:

—¡Diablos, es cierto! Esto es perjudicial para usted. El patrón siempre está muy atento a este respecto. Es algo que podría darse con frecuencia en los ecos.

Saint Potin entraba en aquel instante y Duroy, al verle, corrió a él.

—¿Ha leído usted el suelto de *La Plume*?

—Sí, y vengo de casa de la señora Aubert. Vive allí, en efecto, pero jamás ha sido detenida. Ese rumor no tiene ningún fundamento.

Al oír esto, Duroy se precipitó en el despacho del director a quien encontró un poco frío y receloso. Después de haber escuchado el caso, el señor Walter le dijo:

—Vaya usted mismo a casa de esa señora y desmienta la noticia de manera que no vuelvan a escribir más cosas parecidas sobre usted. Téngalo en cuenta para lo sucesivo. Esto resulta muy desagradable para el periódico, para mí y para usted. Igual que la mujer de César, un periodista jamás debe ser sospechoso.

Duroy subió a un simón en compañía de Saint Potin, como guía, y ordenó al cochero:

—¡Al 18 de la calle del Ecureuil, en Montmartre!

Llegaron ante una casa inmensa en la que tuvieron que escalar los seis pisos. Les recibió una señora de edad que vestía una chambra de lana.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó al reconocer a Saint Potin.

Éste respondió:

—Aquí le traigo a este caballero que es inspector de policía y quisiera enterarse de su asunto.

Les hizo entrar mientras empezaba a contarles:

—Pues aún han venido otros dos después de usted. También para un periódico. No sé cuál.

Luego se volvió hacia Duroy y añadió:

—¿Aquí es el señor que desea saber?

—Sí. Dígame, ¿ha sido usted detenida por uno de los agentes de costumbres?

La mujer levantó los brazos y exclamó:

—¡Jamás de los jamases, señor mío, jamás en la vida! Vea cómo fue la cosa. Tengo un carnicero que me sirve buen género, pero siempre pesa mal. Me he dado cuenta de ello muchas veces y no he dicho nada hasta el otro día, cuando yo le pedía dos libras de chuletas, porque sabe usted, yo tengo a mi hija y mi yerno. Entonces advertí que me pesaba los huesos de sobras. Huesos de chuletas, bien es cierto, pero no de las mías. Hubiera podido hacer un guisado, también es cierto, pero cuando yo pido chuletas no es para que me den los huesos de otras. Yo no quise aquello, y entonces me trató de vieja avara. Yo le llamé bribón. Total, que nos pusimos a discutir mientras alrededor de la tienda se reunía una multitud de personas que no

hacían más que reírse y venga reír. Fue tanto el jaleo que al fin apareció un agente y nos invitó a que explicásemos todo delante del señor comisario. Fuimos allá y nos soltaron enseguida. Yo, después de aquello, compro en otra parte, y ni siquiera paso por delante de su puerta, para evitar escándalos.

Como guardase silencio, Duroy preguntó:

—¿Y eso es todo?

—Es toda la verdad, señor mío.

Le había ofrecido un vaso de licor de casis, que Duroy no quiso beber. La vieja insistió para que hablase en el informe sobre las faltas cometidas en el peso por el carnicero.

Una vez de regreso en el periódico, Duroy redactó la siguiente respuesta:

> Un escritorzuelo anónimo de *La Plume*, se ha arrancado una de ellas para buscarme una querella respecto a una anciana que pretenden fue arrestada por un agente de la brigada de costumbres, cosa que niego. He visto a la señora Aubert, de sesenta años de edad, y me ha contado con detalle su disputa con un carnicero a causa del peso en unas chuletas, lo cual hizo que fuera a la comisaría.
>
> Eso es todo.
>
> Respecto a las otras insinuaciones del redactor de *La Plume*, las desprecio. Por otro lado, no puede responderse a semejantes cosas cuando están escritas por alguien que se esconde.
>
> JORGE DUROY

El señor Walter y Santiago Rival, que acababan de llegar, opinaron que este suelto era suficiente y se acordó publicarlo aquel mismo día, a continuación de los ecos.

Duroy regresó a su casa temprano. Estaba un poco agitado e inquieto. ¿Qué le respondería el otro? ¿Quién era? ¿Por qué le atacaba tan brutalmente? Dadas las bruscas costumbres de los periodistas, aquella estupidez podía llegar lejos, muy lejos. Durmió mal.

Cuando al día siguiente leyó su nota en el periódico aún la encontró más agresiva ya impresa que manuscrita. Le pareció que pudo atenuar ciertos términos.

Pasó todo el día en estado febril e incluso durmió mal la noche siguiente. Al amanecer se levantó para buscar el número de *La Plume*, donde debían responder a su réplica.

El tiempo estaba otra vez frío. Caía una fuerte helada. Los arroyos, sorprendidos tal como corrían, se convirtieron en dos cintas de hielo a lo largo de las aceras.

Los periódicos aún no habían llegado al puesto del vendedor y Duroy se acordó del día de su primer artículo: «Los recuerdos de un cazador en África». Sus manos y sus pies se amorataban y empezaban a dolerle, sobre todo en la punta de los dedos. Se puso a dar vueltas alrededor del quiosco acristalado, donde la vendedora, agazapada junto a su braserillo, no dejaba ver a través del ventanillo más que su nariz y las rojas mejillas que no cubrían su capuchón de lana.

Al fin llegó el repartidor que entregó el esperado paquete de periódicos por la abertura del quiosco, y la buena mujer ofreció seguidamente un ejemplar de *La Plume* completamente abierto.

Duroy buscó su nombre de una ojeada y no descubrió nada al principio. Empezaba a respirar cuando advirtió un suelto entre dos guiones:

> El señor Duroy, de *La Vie Française*, nos ha desmentido y desmintiéndonos, miente. Reconoce, no obstante, que existe la señora Aubert y que un agente la condujo a la comisaría. No queda más que añadir unas palabras: «brigada de costumbres» después de la palabra «agente» y está dicho todo.
>
> Pero es que la conciencia de ciertos periodistas está al nivel de su talento.
>
> Y firmo:
>
> LUIS LANGREMONT

El corazón de Duroy empezó a latir violentamente. Regresó a su casa para vestirse, sin saber a ciencia cierta qué haría. No cabía duda de que lo habían insultado, y de tal manera que no podía ignorarlo. ¿Y por qué? Por nada. Sólo a causa de una vieja que había reñido con su carnicero.

Se vistió rápidamente y se dirigió a casa del señor Walter a pesar de que no eran más de las ocho de la mañana.

El señor Walter ya se había levantado y leía *La Plume*.

—¡Y bien! —exclamó al ver a Duroy, con acento grave—. Usted no puede echarse atrás.

El joven no respondió y el director agregó:

—Vaya inmediatamente en busca de Rival y que se encargue de sus intereses.

Duroy balbució algunas palabras vagas y salió para dirigirse a casa del cronista, quien todavía dormía. Saltó de la cama al oír el timbre y cuando leyó la nota, exclamó:

—¡Rayos, hay que ir allá! ¿Quién quiere que sea el otro testigo?

—No sé. Yo…

—¿Boisrenard? ¿Qué le parece?

—Sí, Boisrenard.

—¿Es usted diestro con las armas blancas?

—Nada en absoluto.

—¡Ah, diablos! ¿Y con la pistola?

—Así, así.

—Bien. Usted irá a ejercitarse mientras yo me ocupo de todo. Espéreme un minuto.

Se metió en su cuarto de baño y regresó enseguida lavado, afeitado e impecable.

—Venga conmigo —dijo.

Ocupaba el piso bajo de un hotelito e hizo descender a Duroy a la cueva, una cueva enorme convertida en sala de esgrima y de tiro. Todos los huecos que daban a la calle habían sido cegados.

Después de haber encendido una serie de mecheros de gas que conducían hasta una segunda cueva en cuyo fondo se encontraba un monigote de hierro pintado en rojo y azul, Rival dejó sobre la mesa dos pistolas de un sistema nuevo de carga por la

culata, y empezó a dar órdenes breves y tajantes como si ya estuviera sobre el terreno:

—¿Listos?… ¡Fuego!… Uno, dos, tres.

Duroy, anonadado, obedecía, levantaba el brazo, apuntaba y tiraba. Como sus disparos, frecuentemente, alcanzaban en el vientre al maniquí, ya que en su adolescencia se había ejercitado con un viejo pistolón de su padre contra los pájaros del corral, satisfizo a Santiago Rival que exclamó:

—Bien, Duroy, muy bien, muy bien. Esto marcha, esto marcha.

Se despidió para irse.

—Continúe así hasta el mediodía. Aquí tiene municiones y no se preocupe por gastarlas. Vendré a recogerlo para almorzar y le daré noticias.

Y salió.

Al quedar solo Duroy aún disparó varias veces, pero después se sentó y se puso a reflexionar.

¡Qué estupidez tan grande era todo aquello! ¿Acaso probaba algo? ¿Acaso un fullero era menos fullero después de haberse batido? ¿Qué ganaba un hombre honrado al exponer su vida ante un granuja que le ha insultado? Y con su ánimo vagabundeando con estos pensamientos negros se acordaba de Norberto de Varenne cuando le hablaba de la pobre mezquindad del espíritu de los hombres, de la mediocridad de sus ideas y de sus preocupaciones, de la majadería de su moral.

Y declaró en voz alta:

—¡Qué razón tiene, canastos!

Después se dio cuenta de que tenía sed y como oyera gotear tras él, se volvió y descubrió una ducha. Fue a beber y después se abismó nuevamente en sus pensamientos.

Era triste aquella cueva, triste como una tumba. El rodaje lejano y sordo de los vehículos semejaba el retumbar lejano de una tormenta. ¿Qué hora sería? Las horas transcurrían allí dentro del mismo modo que debían pasar en el fondo de las mazmorras, sin que nadie las indique, sin que nada las señale excepto el regreso del carcelero, con el rancho. Y esperó mucho tiempo, mucho tiempo…

De pronto escuchó el rumor de voces y pasos. Santiago Rival apareció acompañado de Boisrenard. Al ver a Duroy le dijo a voces:

—¡Ya está todo arreglado!

El otro creyó que el asunto se había arreglado con alguna carta de excusas. Su corazón saltó y él balbució:

—¡Ah, gracias!

El cronista añadió:

—Ese Langremont es muy cerrado. Aceptó nuestras condiciones. Veinticinco pasos, una bala al empezar a levantar la pistola. En esta postura el brazo está mucho más seguro que al bajarlo. Fíjese, Boisrenard, vea lo que le decía.

Y cogiendo una de las armas se puso a disparar mientras demostraba que se

conservaba mejor la línea de tiro levantando el brazo.

Después dijo:

—Y ahora vámonos a almorzar. Ya son más de las doce.

Se dirigieron a un restaurante cercano. Duroy apenas si hablaba. Comía para que no creyeran que tenía miedo. Después acompañó a Boisrenard al periódico y se dedicó a su trabajo de una manera distraída y maquinal. Todos le encontraron valiente.

Santiago Rival apareció a media tarde para estrecharle la mano. Convinieron en que a las siete de la mañana sus testigos le recogerían en landó para dirigirse al bosque de Vesinet, donde se verificaría el encuentro.

Todo aquello se había realizado inesperadamente, sin que él tomase parte en ello, sin que dijese una palabra, ni diese su parecer, ni aceptase o rechazase algo. Y todo sucedió con tal rapidez que aún se sentía aturdido, asustado y sin comprender demasiado lo que ocurría.

Regresó a su casa a las nueve de la tarde después de haber cenado en casa de Boisrenard, que no le había abandonado en todo el día.

Cuando se encontró solo empezó a pasear durante algunos minutos con paso rápido de un lado a otro de su habitación. Se hallaba demasiado turbado para pensar en algo. Solamente le obsesionaba una idea: «Mañana tengo un duelo». Pero esta idea no despertaba en él más que una confusa e intensa emoción. Había sido soldado y había disparado sobre los árabes, pero sin gran peligro para él y como quien dispara sobre un jabalí durante una cacería.

En suma: había hecho lo que debía hacer, y se había comportado como debía comportarse. Todos hablarían de él, le aprobarían e incluso le felicitarían. Después dijo en voz alta, como se habla en los trances de gran agitación mental:

—¡Qué bruto es ese hombre!

Se sentó y se puso a reflexionar. Había arrojado sobre la mesita la tarjeta de su adversario recogida por Rival a fin de guardar su dirección. La releyó de igual modo que lo hiciera veinte veces antes durante el día: Luis Langremont, 176 rue Montmartre… Nada más.

Examinaba aquella sucesión de letras que se le antojaban misteriosas, llenas de inquietante sentido. Luis Langremont. ¿Quién era este hombre? ¿Qué edad tenía, cuál era su estatura, cómo era su rostro? ¿No era indignante que un extraño, un desconocido, viniese así a perturbar su vida, sin razón ninguna, por puro capricho, y porque una vieja había discutido con su carnicero?

Aún repitió en voz alta:

—¡Qué bruto!

Y permaneció inmóvil, pensativo, con la mirada siempre fija en la tarjeta. Aquel pedazo de cartulina le despertaba una cólera sorda, una cólera odiosa que se mezclaba con un extraño sentimiento de malestar. ¡Era estúpido todo aquello! Cogió las tijeras de las uñas y las clavó en medio de aquel nombre impreso como si apuñalara a

alguien.

¿Así, pues, iba a batirse, y a batirse a pistola? Pero ¿por qué no había escogido la espada? Hubiera podido salirse del asunto con un pinchazo en un brazo o una mano, pero con una pistola nunca se sabía cómo sería la continuación.

Murmuró:

—¡Vamos, hay que ser valiente!

El sonido de su voz le sobresaltó y le hizo mirar en torno de sí. Empezaba a sentirse muy nervioso. Bebió un vaso de agua y se acostó.

Tenía mucho calor entre las sábanas, a pesar de que hacía mucho frío en la habitación, pero no conseguía amodorrarse. Se agitaba y revolvía. Estaba cinco minutos boca arriba y luego se echaba sobre el lado izquierdo para luego ponerse del lado derecho.

Aún tenía sed y se levantó nuevamente para beber. Luego empezó a obsersionarle una inquietud. «¿Será que tengo miedo?».

¿Por qué se ponía a palpitar locamente su corazón a cada rumor familiar oído en su alcoba? Cuando el reloj de cuco iba a sonar, el leve rechinar de la maquinaria le sobresaltaba, y necesitaba abrir la boca para respirar durante algunos segundos de tan oprimido que se sentía.

Se puso a argumentar filosóficamente sobre la posibilidad de esta pregunta: «¿Tendré miedo?».

Realmente, no. No tenía miedo ya que había resuelto ir hasta el final, pues tenía la firme voluntad de batirse y no temblar. Pero se sentía tan profundamente agitado que se preguntaba: «¿Podrá tenerse miedo a pesar de uno mismo?». Y le invadía esta duda, esta inquietud, aquel espanto. ¿Y si una fuerza más pujante que su voluntad, dominadora e irresistible, le dominaba, qué sucedería? Sí, ¿qué podía ocurrirle?

Cierto que iría al terreno, ya que él deseaba ir. Pero ¿y si temblaba? ¿Y si perdía el conocimiento? Y pensó en su reputación, en su situación y en su porvenir.

Y de pronto le acometió una singular necesidad de levantarse para contemplarse en el espejo. Encendió su bujía y cuando descubrió su rostro reflejado en el cristal pulido, apenas se reconoció. Incluso le pareció que jamás se había visto. Sus ojos aparecían enormes, y se encontraba pálido, sí, estaba pálido, muy pálido.

De pronto, le asaltó este pensamiento como llega una herida de bala: «Mañana a esta misma hora, es posible que haya muerto». Y su corazón volvió a latir violentamente.

Regresó hacia su lecho y se vio a sí mismo extendido sobre la espalda, encima de aquellas sábanas que acababa de abandonar. Tenía ese rostro hueco que poseen los muertos y esa blancura en las manos propia de las que no volverán a moverse.

Entonces sintió miedo de su cama y para no verla más abrió la ventana y se puso a mirar fuera.

Un frío glacial le mordió la carne de pies a cabeza, y tuvo que retroceder tiritando.

Se le ocurrió encender fuego. Atizó la llama sin volverse. Sus manos le temblaban un poco nerviosamente cuando tocaba algún objeto. Su cabeza le daba vueltas. Sus pensamientos giraban, se destrozaban, se hacían huidizos, dolorosos. Una especie de embriaguez le invadía totalmente como si hubiera bebido.

Y constantemente se preguntaba:

«¿Qué voy a hacer? ¿Qué va a ser de mí?».

De nuevo empezó a pasear repitiendo de manera continua y maquinal:

«Es preciso que me muestre enérgico, muy enérgico».

Después pensó:

«Voy a escribir a mis padres, en caso de accidente…».

Se sentó nuevamente, cogió un cuaderno de papel de cartas y escribió: «Mi querido papá, mi querida mamá…».

Consideró estos términos demasiado familiares ante una circunstancia tan trágica. Desprendió la primera hoja y volvió a empezar: «Mi querido padre, mi querida madre: Voy a batirme al rayar el día, y como puede ocurrir…».

No se atrevió a escribir el final y se levantó de un salto.

Ahora le abrumaba otro pensamiento: Iba a batirse en duelo. Ya no podía evitar aquello. ¿Qué pasaba en su interior? Deseaba batirse; tenía esa intención y esa resolución firmemente arraigadas; y le parecía, pese a todos los esfuerzos de su voluntad, que incluso no podría mantener la fuerza necesaria para ir hasta el lugar del encuentro.

De vez en cuando sus dientes entrechocaban con un pequeño ruido seco y se preguntaba:

«¿Se ha batido alguna vez mi adversario? ¿Ha frecuentado las salas de tiro, se le conoce, está clasificado?».

Nunca había oído pronunciar su nombre. Y sin embargo, si ese individuo no fuera un tirador avezado no habría decidido aceptar la pistola sin vacilación, sin discusión, siendo un arma tan peligrosa.

Entonces Duroy se imaginó su encuentro, su actitud y la adoptada por su enemigo. Devanábase los sesos imaginando los más simples detalles. De pronto vio frente a sí el pequeño hueco negro y profundo del cañón por donde saldría la bala.

Bruscamente fue presa de una espantosa crisis de desesperación. Todo su cuerpo vibraba, agitado por breves sacudidas. Apretaba los dientes para no gritar mientras le acometían locos deseos de rodar por tierra, destrozar cualquier cosa e incluso morder. Pero al descubrir un vaso sobre la chimenea, recordó que poseía en su armario un litro de aguardiente, ya que había conservado la costumbre militar de matar el gusanillo cada mañana.

Cogió la botella y bebió a gollete con avidez y a grandes tragos. No la abandonó hasta que le faltó la respiración. Había vaciado un tercio de la botella.

Un calor parecido al de una llama le abrasó enseguida el estómago, extendiéndose por todos sus miembros, reconfortándole y aturdiéndole.

«Ya encontré el medio», se dijo.

Y como sintiera que la piel le ardía, abrió otra vez la ventana.

Nacía el día sereno y glacial. En la altura, las estrellas parecían morir con la creciente claridad del firmamento. Y en la zanja profunda del ferrocarril las señales verdes, rojas y blancas languidecían.

Las primeras locomotoras salían del depósito e iban, silbando, en busca de los primeros trenes. Otras, en la lejanía, lanzaban sus agudas y repetidas llamadas, que eran como la diana de los gallos en el campo.

Duroy pensaba:

«Seguramente no volveré a ver más esto».

Pero como sintiera que de nuevo iba a compadecerse de sí mismo, reaccionó violentamente:

«Vamos, no hay que pensar en nada hasta la hora del lance. Es el único medio de mostrarse valiente».

Empezó a arreglarse… Aún tuvo un nuevo desfallecimiento mientras se afeitaba, al pensar que aquélla podía ser la última vez que contemplaba su rostro.

Bebió un nuevo trago de aguardiente y concluyó de vestirse.

La hora siguiente transcurrió penosamente. Recorría la habitación de un lado a otro mientras se esforzaba por aquietar su espíritu. Cuando oyó que llamaban a su puerta, creyó que iba a desmayarse de la violenta emoción. Eran sus testigos.

—¡Ya!

Venían envueltos en abrigos de pieles. Rival declaró después de estrechar la mano de su apadrinado:

—Hace un frío siberiano —luego preguntó—: ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien.

—¿Tranquilo?

—Muy tranquilo.

—Entonces, todo saldrá bien. ¿Ha bebido y comido alguna cosa?

—Sí. No necesito nada.

Boisrenard, a tono con las circunstancias, llevaba una condecoración extranjera, verde y amarilla, que Duroy jamás le había visto.

Descendieron. Un señor les esperaba en el landó. Rival le presentó:

—El doctor Le Brument.

Duroy le estrechó la mano balbuciendo:

—Se lo agradezco.

Después quiso sentarse en la banqueta de delante, pero al hacerlo, algo duro le hizo levantarse como si un resorte lo empujara. Era la caja de las pistolas.

Rival agregó:

—¡No, así no! El combatiente y el médico, al fondo.

Duroy acabó por entenderlo y se hundió al lado del doctor Le Brument.

Los dos testigos subieron a su vez y el cochero fustigó a los caballos. Ya sabía

adónde debía ir.

La caja de las pistolas molestaba a todo el mundo, sobre todo a Duroy, que hubiera preferido no verla. Intentaron colocarla a la espalda, pero molestaba en los riñones; después la colocaron de pie entre Rival y Boisrenard, pero se caía continuamente. Al fin la deslizaron bajo los pies.

La conversación languidecía a pesar de que el médico trataba de animarla contando anécdotas a las que sólo Rival respondía. Duroy hubiera querido mostrar más presencia de ánimo, pero tenía miedo a perder el hilo de sus ideas, a mostrar la turbación de su espíritu. Estaba obsesionado por el torturante temor de ponerse a temblar.

El coche enseguida estuvo en pleno campo. Eran las nueve aproximadamente de una de esas mañanas de invierno en que toda la naturaleza es brillante, frágil y dura como el cristal. Los árboles, cubiertos de escarcha, parecían sudar hielo. La tierra resonaba bajo las pisadas. El aire seco llevaba muy lejos los más leves ruidos. El cielo azul parecía brillar como los espejos y el sol mismo pasaba por el espacio brillante y frío, lanzando rayos que no calentaban sobre la tierra helada.

Rival decía a Duroy:

—He cogido las pistolas en casa de Gastine Renette. Las ha cargado él mismo. Tienen la caja escondida. Las sortearemos, claro está, con las de nuestro adversario.

Duroy respondió maquinalmente:

—Gracias por todo.

Entonces, Rival empezó a hacer pequeñas recomendaciones, pues tenía interés en que su apadrinado no cometiese ningún error. Insistía sobre cada punto varias veces:

—Cuando le pregunte: «¿Están ustedes preparados, señores?». Responda con voz fuerte: «¡Sí!».

Y añadía:

—Cuando ordenen: «¡Fuego!» usted levantará rápidamente el brazo y dispare antes de que pronuncien tres.

Y Duroy se repetía mentalmente: «Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo… Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo… Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo…».

Aprendíase aquello como los niños las lecciones, murmurándolas hasta la saciedad para grabárselas bien en la cabeza. «Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo…».

El landó entró en un bosque, torció a la derecha por una avenida y aún volvió a la derecha. Rival, repentinamente, abrió la puerta y gritó al cochero:

—¡Por ahí, por ese camino!

Y el carruaje se adentró por un sendero lleno de baches, entre dos montículos donde temblequeaban las hojas muertas orladas de hielo.

Duroy aún seguía mascullando:

«Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo…». Y pensó que un accidente

del coche lo arreglaría todo. «¡Oh, si volcásemos! ¡Qué suerte! Si me rompiese una pierna…».

Pero descubrió en un claro del bosque a otro coche detenido y a cuatro individuos que pataleaban en el suelo para calentar sus pies. Se vio obligado a abrir la boca de tan fatigosa que era su respiración.

Primero bajaron los testigos, después el médico y finalmente el combatiente. Rival había cogido la caja de las pistolas y se iba con Boisrenard al encuentro de dos extraños que acudían hacia ellos. Duroy los vio saludarse ceremoniosos y después marchar juntos hacia el claro para mirar alternativamente a tierra y a los árboles como si buscaran algo que les hubiese podido caer o volar. Después contaron algunos pasos y clavaron trabajosamente dos bastones en el suelo helado. Enseguida se reunieron en grupo e hicieron los movimientos del juego a cara y cruz como si fueran niños divirtiéndose.

El doctor Le Brument preguntó a Duroy:

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita alguna cosa?

—No, nada. Gracias.

Le parecía que se había vuelto loco, que dormía, soñaba, o que algo sobrenatural había ocurrido y lo envolvía.

¿Tenía miedo? Era posible, pero no lo sabía. Todo se había transformado alrededor suyo.

Santiago Rival regresó y le comunicó en voz baja y con tono satisfecho:

—Todo está listo. La suerte nos ha favorecido con las pistolas.

He aquí una cosa que era indiferente a Duroy.

Le quitaron el abrigo. Dejaba que dispusieran sobre él. Le palparon los bolsillos de la levita para asegurarse de que no contenían papeles ni portamonedas protectores.

Él se repetía casi como en una plegaria:

«Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo…».

Luego le condujeron hasta uno de los bastones clavados en tierra y le entregaron su pistola. Entonces descubrió a un hombre de pie ante él, muy cerca. Era bajito, barrigudo, calvo y usaba lentes. Era su adversario.

Le veía muy bien, pero no pensaba más que en esto: «Cuando oiga la voz de ¡Fuego!, levantaré el brazo… y “dispararé”».

Resonó una voz en el gran espacio silencioso, una voz que parecía llegar de muy lejos, y que preguntó:

—¿Están ustedes preparados, señores?

Jorge gritó:

—¡Sí!

Entonces, la misma voz ordenó:

—¡Fuego!

Él no escuchó nada más, ni advirtió nada, ni se dio cuenta de nada. Solamente sintió que levantaba el brazo y apretaba con todas sus fuerzas el gatillo.

No oyó nada.

Pero enseguida vio una pequeña humareda que salía del extremo del cañón de su pistola, y cómo el hombre que permanecía de pie ante él y en la misma postura, era, a su vez, envuelto por otra pequeña humareda blanca que volaba sobre la cabeza de su adversario.

Ambos habían disparado. Aquello había concluido.

Sus testigos y el médico le tocaban, le palpaban, desabrochaban sus ropas preguntándole con ansiedad:

—¿No está usted herido?

Y él respondió al azar:

—No, no creo.

Langremont, por su parte, también continuaba tan intacto como su adversario, y Santiago Rival murmuró con mal humor:

—Con estas condenadas pistolas siempre ocurre lo mismo: o se falla o se mata. ¡Qué cochino instrumento!

Duroy no se movía, paralizado por la sorpresa y la alegría. «¡Se había acabado!». Fue preciso arrancarle el arma que mantenía cogida firmemente en su mano. Ahora le parecía que era capaz de batirse contra todo el universo. Había concluido. ¡Qué dicha! Se sentía tan eufórico de pronto que desafiaría a cualquiera.

Todos los testigos se reunieron para hablar algunos minutos, acordaron encontrarse durante el día para redactar el acta, después cada uno subió a su coche y el cochero, que se reía en su asiento, hizo restallar la fusta para hacer arrancar a los caballos.

Almorzaron los cuatro en el bulevar comentando el acontecimiento. Duroy contaba sus impresiones.

—Esto no me ha causado ningún efecto, nada en absoluto. Ustedes lo habrán visto, ¿no?

Rival respondió:

—Sí, se ha portado bien.

Cuando el acta estuvo redactada se la presentaron a Duroy, que debía publicarla en los Ecos. Se asombró al ver que había cambiado dos balas con el señor Luis Langremont, y un poco inquieto, preguntó a Rival:

—Pero nosotros no disparamos más que una bala, ¿verdad?

El otro sonrió:

—Sí, sí, una bala…, una bala cada uno. Lo cual hacen dos.

A Duroy le pareció satisfactoria la explicación y no insistió. El viejo Walter le abrazó:

—Bravo, bravo. Ha defendido usted el pabellón de *La Vie Française*. ¡Bravo!

Aquella noche Jorge se exhibió en las redacciones de los periódicos más importantes y en los principales cafés del bulevar. Se encontró un par de veces con su adversario, que se mostraba igualmente.

No se saludaron. Si uno de ellos hubiese sido herido, se habrían estrechado las manos. Pero cada uno juraba haber oído silbar la bala del otro.

A la mañana siguiente, sobre las once, Jorge recibió un telegrama que decía:

> ¡Dios mío, qué miedo he pasado! Ven enseguida a la calle Constantinopla para que te abrace, amor mío. ¡Qué valiente eres! Te adora, tu.
>
> CLO

Acudió inmediatamente a la cita y ella se precipitó en sus brazos y le cubrió de besos.

—¡Oh, querido! Si supieras la emoción que sentí esta mañana al leer los periódicos. ¡Oh! Cuéntame. Dímelo todo. Quiero saberlo.

Él debió contar todo con sumo detalle. Ella exclamó:

—¡Qué mala noche has debido pasar antes del duelo!

—No lo creas. Dormí bien.

—Yo no hubiera podido cerrar un ojo. Y en el terreno, dime, ¿qué sucedió?

Duroy hizo un relato dramático:

—Cuando estuvimos el uno frente al otro, a veinte pasos, cuatro veces la longitud de esta habitación, Santiago, después de habernos preguntado si estábamos preparados, ordenó: ¡Fuego! Yo levanté el brazo inmediatamente, bien recto, pero cometí la torpeza de apuntar a la cabeza. Tenía un arma muy dura y estoy acostumbrado a las pistolas suaves, así que la resistencia del gatillo me desvió el disparo. No importa, porque en realidad esto no debió tener mayores consecuencias. Él también dispara bien, el muy pillo. Su bala me rozó la sien. La sentí al pasar.

Ella estaba sentada sobre sus rodillas y lo ceñía entre sus brazos como si quisiera compartir su peligro. Balbucía:

—¡Oh, pobrecito mío! ¡Pobrecito mío!

Cuando Duroy concluyó su narración ella le dijo:

—¿Sabes? No puedo pasar sin ti. Es preciso que te vea, y con mi marido en París, no es fácil. A menudo tengo una hora libre por la mañana, antes de que te levantes, y podría ir a abrazarte, pero no me agrada entrar en tu odiosa casa. ¿Cómo lo arreglaremos?

Tuvo una inspiración repentina y preguntó:

—¿Cuánto pagas por este piso?

—Cien francos al mes.

—Pues bien, tomo el apartamento por mi cuenta y me vengo a vivir a él inmediatamente. El mío no me basta en mi nueva situación.

Ella reflexionó unos instantes, y al fin respondió:

—No, no quiero.

Duroy se asombró:

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero ésa no es una razón. Este alojamiento me conviene. Además, ya estoy en él y me quedo.

Se echó a reír y continuó:

—Además, se encuentra a mi nombre.

Pero ella aún siguió negándose:

—No, no. No quiero.

—Pero ¿por qué? Dime.

Entonces ella le susurró muy bajo y con mucho mimo:

—Porque tú traerías aquí a otras mujeres, y no quiero que lo hagas.

Él se indignó.

—Eso jamás. Te lo prometo.

—No, no. Las traerías de todos modos.

—Te lo juro.

—¿De verdad?

—Bien cierto. Palabra de honor. Es nuestra casa y no será más que para nosotros.

Ella se estrechó contra él en un arrebato amoroso.

—Entonces acepto, querido. Pero ya sabes, si me engañas una vez, tan sólo una vez, todo habrá concluido entre nosotros.

Duroy aún hizo mil juramentos y protestas, y convinieron en que se instalaría allí aquel mismo día para que ella pudiera verlo siempre que pasara por delante de la puerta.

Después, dijo Clotilde:

—De todas maneras, ven a cenar el domingo. Mi marido te encuentra simpático.

Él se sintió halagado:

—¿De verdad?

—Sí. Le has conquistado. Y ahora escucha… Me dijiste que te habías criado en una casa de campo, ¿no es eso?

—Sí. ¿Por qué?

—Entonces debes conocer algo de cultivos, ¿cierto?

—Sí.

—Pues bien… Háblale de jardinería y de cosechas. Le encanta todo eso.

—Está bien. No lo olvidaré.

Ella se marchó después de haberle besado infinidad de veces. Aquel duelo había exacerbado su ternura.

Y Duroy pensaba, mientras se dirigía hacia el periódico:

«¡Qué mujer más divertida! ¡Qué cabeza de chorlito! ¿Sabe, acaso, lo que quiere y a quién quiere? ¡Qué matrimonio más divertido! ¿Qué imaginación más caprichosa habrá reunido a este viejo con esta desequilibrada? ¿Qué razones habrán impulsado a este inspector a casarse con esta colegiala? ¡Misterio! ¿Quién sabe? Posiblemente fue el amor».

Al final concluyó:
«En fin, como querida es deliciosa, y sería una estupidez abandonarla».

Capítulo VIII

Aquel duelo había situado a Duroy entre los cronistas de primera fila de *La Vie Française*, pero como le costaba un trabajo infinito descubrir ideas originales, se especializó en comentarios sobre la decadencia de las costumbres, el debilitamiento de los caracteres, la relajación del patriotismo y la anemia del honor francés. (Lo de anemia era ocurrencia suya, y le enorgullecía).

Cuando la señora de Marelle, animada de ese espíritu burlón, escéptico y simple que llaman *esprit* de París, se reía de sus parrafadas, que ella resumía en un epigrama, Duroy siempre respondía sonriente:

—¡Bah! Esto a la larga me dará buena reputación.

Ahora vivía en la calle Constantinopla, adonde había transportado su maleta, su cepillo, su navaja de afeitar y su jabón, lo que constituía para él una verdadera mudanza. Dos o tres veces a la semana, la mujer llegaba antes de que se levantase, se desvestía en un santiamén y se deslizaba en la cama tiritando a causa del frío que hacía en la calle.

Duroy, por su parte, cenaba todos los jueves con el matrimonio, y se mostraba amable con el marido hablándole de agricultura. Como también él amaba las cosas de la tierra, a veces se interesaban de tal modo en la charla que ambos se olvidaban de que su mujer dormitaba en el diván.

Laurina también se dormía, bien sobre las rodillas de su padre o sobre las de Bel Ami.

Y cuando el periodista se marchaba, el señor de Marelle no se privaba de declarar con un tono doctoral que empleaba incluso para las más insignificantes cosas:

—Ese muchacho es francamente agradable. Posee muchos conocimientos.

Febrero tocaba a su fin. Se empezaba a sentir el perfume de las violetas cuando por las mañanas pasaban por las calles en los carritos de los vendedores de flores.

Duroy vivía con su cielo completamente despejado.

Pero una noche, al entrar en su casa, encontró una carta echada por debajo de la puerta. Miró el matasello y vio que procedía de Cannes. Rasgó el sobre y leyó:

> Cannes, villa Jolie.
>
> Querido señor y amigo: ¿No es verdad que me dijo en cierta ocasión que podía contar con usted para todo? Pues bien: tengo que pedirle un terrible favor, y es que me venga a asistir para no dejarme sola en los últimos instantes de Carlos, que se muere. Según me ha prevenido el médico, es posible que no pase de esta semana, aunque todavía se levanta.
>
> No tengo fuerzas ni valor para presenciar sola esta agonía continua. Pienso con terror en el último trance, que ya se acerca. Semejante cosa no puedo pedírsela más que a usted, ya que mi marido no tiene familia. Usted ha sido su camarada; él le abrió las puertas del periódico. Venga, se lo suplico. No tengo a quien llamar.
>
> Considéreme su afectísima amiga,
>
> MAGDALENA FORESTIER

Una singular sensación invadió el corazón de Jorge, algo como una bocanada de aire que le daba la sensación de libertad, de espacio abriéndose ante él. Y murmuró:

—¡Claro que iré! Ese pobre Carlos… Al fin y al cabo, a todos nos sucederá lo mismo.

El director, a quien enseñó la carta, gruñó mientras daba la licencia que solicitaba, y le recalcó:

—Pero vuelva pronto. Nos es usted indispensable.

Jorge Duroy salió para Cannes al día siguiente en el rápido de las siete, después de haber advertido a los señores de Marelle su ausencia por medio de un telegrama.

Llegó a Cannes al día siguiente sobre las cuatro de la tarde.

Un mandadero le guió a villa Jolie, edificada en medio de la ladera que va de Cannes al golfo Juan, en un bosque de abetos poblado de casitas blancas.

La vivienda era pequeña, baja, de estilo italiano, y se encontraba a la orilla de la carretera que sube en zigzag a través de la arboleda, y que a cada revuelta ofrece admirables panorámicas.

El criado abrió la puerta y exclamó:

—¡Oh, señor! La señora le espera con mucha impaciencia.

Duroy preguntó:

—¿Cómo se encuentra su señor?

—¡Oh, nada bien, caballero! No le queda mucho tiempo.

El salón adonde hicieron pasar al joven se hallaba tapizado de persa rosa con dibujos azules. La ventana, amplia y alta, se abría sobre la ciudad y el mar.

Duroy murmuró:

«¡Diablos! Esto está muy bien como casa de campo… ¿De dónde demonios sacará el dinero para esto?».

Un rumor de faldas le hizo volverse.

La señora Forestier le tendía las dos manos.

—¡Qué amable ha sido al venir, qué amable!

Y bruscamente lo abrazó. Después se miraron.

Ella estaba un poco pálida, algo delgada, pero fresca, y tal vez más bonita con aquel aspecto delicado. Murmuró:

—Es terrible todo esto, ¿sabe? Se siente acabado y me esclaviza atrozmente. Ya le he anunciado su llegada. Pero ¿dónde está su maleta?

Duroy respondió:

—La dejé en la estación. No sabía qué hotel me recomendaría usted para no encontrarme muy alejado de aquí.

Tras una breve vacilación, ella añadió:

—Usted se alojará aquí, en la villa. Su habitación está preparada. Él puede morir de un momento a otro, y si eso ocurre por la noche, me encontraré sola. Enviaré a buscar su equipaje.

Él se inclinó:

—Como usted guste.

—Ahora, subamos —dijo ella.

La siguió. Ella abrió una puerta en el primer piso y Duroy descubrió cerca de una ventana, sentado en una butaca y envuelto en mantas, una especie de cadáver que le contemplaba con fijeza bajo la claridad rojiza del sol poniente. Apenas si reconoció a aquel ser lívido, pero enseguida adivinó que se trataba de su amigo.

Se percibía en aquella habitación el olor a fiebre, a tisana, a éter, a brea y a ese olor indefinible y pesado que se respira en toda estancia donde respira un tuberculoso.

Forestier levantó su mano con trabajoso y lento movimiento.

—Al fin llegaste —dijo—. Vienes a verme morir. Te lo agradezco.

Duroy replicó, con forzada risa:

—¡A verte morir! Ése no sería un espectáculo muy divertido, y, por lo tanto, no escogería semejante ocasión para visitar Cannes. Vengo a saludarte y a descansar un poco.

El otro murmuró:

—Siéntate.

Y bajó la cabeza como hundido en desesperados pensamientos.

Respiraba de manera rápida, entrecortada que a veces producía una especie de gemido. Era como si quisiera recordar a los otros lo enfermo que se encontraba.

Viendo que no hablaba, su mujer se acercó a la ventana y dijo, mientras mostraba el horizonte con un gesto de la cabeza:

—¡Contemplen esto! ¿Verdad que es hermoso?

Frente a ellos se extendía la costa sembrada de hotelitos descendiendo hasta el pueblo, que se encontraba enclavado a lo largo de la playa, en semicírculo, con la cabeza en el muelle, dominado por la antigua ciudadela y el viejo torreón que la coronaba, y los pies, a la izquierda, en la punta de la Croisette, frente a las islas Lerins. Estas islas semejaban dos manchas verdes en medio del agua azul. Se diría que flotaban como dos inmensas hojas de tan planas como parecían desde allí arriba.

En la lejanía, cerrando el horizonte del otro lado del golfo, y por encima de la escollera y del torreón, se extendía una larga cadena de montañas azuladas que, sobre un cielo espléndido, perfilaban sus cimas redondas, ya crespas, ya picudas y que terminaban en un elevado monte, en forma de pirámide, que hundía su base en pleno mar.

La señora Forestier dijo, señalándolo:

—Ése es el Esterel.

Detrás de las cimas sombrías, el cielo estaba rojo, pero de un rojo sangriento y dorado que la mirada no podía resistir.

Duroy saboreaba, a pesar suyo, la majestad de aquel atardecer.

Murmuró, no encontrando término más expresivo para expresar su admiración:

—¡Oh, sí! Eso es asombroso.

Forestier alzó la cabeza hacia su mujer y le pidió:

—Deja que me dé un poco el aire.

—Ten cuidado —replicó ella—. Es tarde, el sol está poniéndose y tú aún puedes coger frío. Ya sabes que eso no te conviene en tu actual estado.

Él hizo con la mano derecha un gesto febril y débil, que hubiese querido ser un puñetazo, y murmuró con una mueca de cólera, un gesto de moribundo que puso de manifiesto la delgadez de sus labios, sus demacradas mejillas y el relieve de todos sus huesos:

—Te digo que me ahogo. ¿Qué importa que muera un día antes o después, si estoy perdido?

Ella abrió completamente la gran ventana.

La bocanada de aire que entró sorprendió a todos como una caricia. Era una brisa suave, tibia, apacible; una brisa de primavera cargada con el perfume de los arbustos y de las flores embriagadoras que brotaban por aquella costa. También se distinguía en la brisa un fuerte gusto a resina y el sabor acre de los eucaliptos.

Forestier la aspiraba con aliento entrecortado y febril. Clavó las uñas en los brazos del sillón, y dijo en voz baja, silbante y rabiosa:

—Cierra la ventana. Esto me sienta mal. Preferiría reventar en una cueva.

Y su mujer cerró la ventana lentamente. Después miró a la lejanía mientras apoyaba su frente contra el cristal.

Duroy, sintiéndose violento, hubiera querido charlar con el enfermo, tranquilizarle.

Sin embargo, no se le ocurría nada adecuado para reconfortarlo.

Balbució:

—Entonces ¿no te sientes algo mejor desde que estás aquí?

El otro se encogió de hombros y respondió con abrumada impaciencia, antes de bajar la cabeza:

—Ya lo ves.

Duroy añadió:

—¡Diablos! Aquí hace un tiempo estupendo, si lo comparamos con París… Allá todavía estamos en pleno invierno: nieva, hiela, llueve, y tenemos que encender las lámparas a las tres de la tarde.

Forestier preguntó:

—¿Ninguna novedad en el periódico?

—No, ninguna. Han llamado para reemplazarte al joven Lacrin, que estaba en el *Voltaire*. Pero no está maduro. Ya está haciendo falta que vuelvas.

El enfermo murmuró:

—¿Yo? Ahora iré a escribir crónicas a seis pies bajo tierra…

La idea fija volvía a él como un campanillazo a propósito de cualquier cosa. Reaparecía sin cesar en cada pensamiento, en cada frase.

Siguió un prolongado silencio. Un silencio doloroso y profundo. El resplandor de

poniente se apagaba poco a poco. Las montañas se ensombrecían bajo el cielo rojo, que también oscurecía. Una penumbra coloreada, un principio de noche que conservaba los resplandores del brasero moribundo, penetraba en la estancia y parecía teñir los muebles, paredes, cortinas y rincones con sus tonalidades sombrías y púrpura. El espejo de la chimenea reflejaba el horizonte y semejaba una placa sangrienta.

La señora Forestier seguía de pie, inmóvil de espaldas a la habitación y el rostro apoyado contra el cristal.

Y Forestier se puso a hablar con voz ahogada, entrecortada y desgarradora:

—¿Cuántas puestas de sol veré todavía? Ocho, diez, quince o veinte… Puede que treinta, a lo sumo… Vosotros sí que tenéis tiempo… Para mí todo ha concluido… Y esto continuará… después de mí, como si yo estuviese aquí…

Permaneció en silencio algunos minutos, y después prosiguió:

—Todo lo que veo me recuerda que no lo veré más dentro de unos días. Esto es horrible… Ya no veré más nada… Nada de lo que existe…, ni las simples cosas…, los vasos, los platos…, las camas en que tan bien se descansa…, los coches… ¡Qué agradable pasearse en coche al atardecer! ¡Cuánto amaba todo esto!

Los dedos de ambas manos se movían nerviosa y rápidamente, como si estuviera tocando el piano sobre los brazos del sillón. Y cada una de sus pausas resultaban más dolorosas que sus palabras, pues dejaban adivinar lo espantoso de sus pensamientos.

Y Duroy, de pronto, se acordó de aquello que le decía Norberto de Varenne unas semanas antes: «Ahora veo la muerte tan cercana que a menudo siento deseos de extender el brazo para rechazarla… La descubro en todas partes: en los animalillos aplastados en las carreteras, en las hojas que caen, en las canas aparecidas en la barba de un amigo, asolándome el corazón al gritar: “¡Hela aquí!”».

Entonces no había comprendido bien aquellas palabras, pero ahora las entendía con sólo ver a Forestier. Y una angustia atroz y desconocida le aprisionaba como si sintiera cerca de sí, sobre el sillón donde jadeaba su amigo, a la odiosa muerte al alcance de su mano. Tenía deseos de levantarse, marcharse, escapar y regresar a París inmediatamente. ¡Oh! Si lo hubiera sabido, no habría venido.

Entretanto, la noche se había extendido por la estancia, como si un prematuro duelo hubiese caído sobre el moribundo. Sólo la ventana continuaba visible, recortando en su relativa claridad la silueta inmóvil de la joven esposa.

Forestier preguntó, con irritación:

—¿Qué, no se enciende hoy la lámpara? ¡He aquí lo que se llama cuidar a un enfermo!

El cuerpo oscuro que se perfilaba sobre los cristales desapareció, y en el resonante silencio de la casa se oyó vibrar un timbre eléctrico.

Enseguida acudió un criado con una lámpara, que puso sobre la chimenea. La señora Forestier preguntó a su marido:

—¿Quieres acostarte o prefieres bajar a cenar?

Él murmuró:

—Bajaré.

Y la espera por la cena les hizo permanecer casi una hora inmóviles. De vez en cuando, alguno de ellos pronunciaba una palabra cualquiera, inútil y trivial como si en ello existiera algún peligro, un peligro misterioso que nacía de prolongar demasiado el silencio, de dejar que se fijara el aire mudo de aquella habitación, de una habitación donde rondaba la muerte.

Por fin anunciaron la cena. A Duroy se le hizo larga, interminable. Ninguno de los tres hablaba, y comían en silencio, pues desmigaban el pan con los dedos. El criado que les servía caminaba, yendo y viniendo, sin que se oyeran sus pasos, pues a Carlos le irritaba el ruido de las pisadas y el hombre se había calzado con zapatillas. Sólo el tictac de un reloj con caja de madera turbaba la quietud de aquellas paredes con su movimiento mecánico y regular.

Una vez concluyeron de comer, Duroy, con el pretexto de encontrarse fatigado, se retiró a su dormitorio, allí se acodó a su ventana y contempló la luna llena en medio del cielo. Le parecía el globo de una inmensa lámpara que proyectaba sobre los blancos muros de los hotelitos su claridad seca y velada, además de sembrar en el mar una especie de escamas de luz suave y movediza. Duroy buscaba un motivo para marcharse enseguida, e inventaba argucias, en los telegramas que iba a recibir y en una llamada del señor Walter.

Pero al despertarse a la mañana siguiente, sus propósitos de huida le parecieron más difíciles de realizar. La señora Forestier no se dejaría engañar con sus disculpas, y él perdería con su cobardía lo que le había proporcionado su abnegación. Se dijo:

«¡Bah! Esto es molesto, pero qué se le va a hacer… En la vida hay trances desagradables. Además, esto no durará mucho».

El cielo estaba azul, con ese azul del Midi que llena el corazón de gozo. Duroy descendió hasta el mar, pues juzgó que aún sería demasiado temprano para visitar a Forestier.

Cuando regresó para desayunar, el criado le dijo:

—El señor ya ha preguntado dos o tres veces por el señor. Si el señor desea subir al dormitorio…

Subió. Forestier parecía dormir en su sillón. Su mujer leía echada sobre el sofá.

El enfermo levantó la cabeza y Duroy preguntó:

—¿Qué tal, cómo te encuentras? Esta mañana tienes un magnífico aspecto.

El otro murmuró:

—Sí, parece que estoy mejor. He recobrado algunas fuerzas. Desayuna rápido con Magdalena porque iremos a dar una vuelta en coche.

La mujer, cuando se encontró a solas con Duroy, le dijo:

—Vea, hoy se cree fuera de peligro. Lleva toda la mañana haciendo proyectos. Ahora iremos al golfo Juan para comprar cacharrería para nuestro piso de París. Se ha empeñado en salir, pero yo tengo un miedo horrible a que sufra un contratiempo. No

podrá resistir el traqueteo de la carretera.

Cuando llegó el landó, Forestier descendió la escalera paso a paso, sostenido por su criado. Pero en cuanto vio el carruaje, quiso que bajasen la capota.

Su mujer se resistía:

—Vas a enfriarte. Es una locura.

Él se obstinó:

—No. Estoy mucho mejor. Lo siento.

Primeramente tomaron uno de esos caminos umbrosos que están orillados de jardines y dan a Cannes ese aspecto de parque inglés. Luego salieron a la carretera de Antibes, a lo largo del mar.

Forestier daba explicaciones acerca de la región. Al principio les indicó la finca del conde de París, luego les señaló las de otros. Estaba alegre, con esa alegría voluble, ficticia y débil del condenado a muerte. Levantaba el dedo al no tener fuerzas para extender el brazo.

—Fíjate, ahí está la isla de Santa Margarita y el castillo de donde se evadió Bazine. ¡Buen quehacer nos dio este asunto!

Luego evocó recuerdos de su vida militar y nombró a algunos oficiales que a ambos les recordaban divertidas historietas. Pero de pronto, en una revuelta del camino, divisaron la totalidad del golfo Juan, con su pueblo blanco al fondo y la punta de Antibes en el otro extremo.

Forestier, acometido por una especie de júbilo infantil, exclamó:

—¡Ah, la escuadra! ¡Vas a ver la escuadra!

En el centro de la vasta bahía se distinguía, efectivamente, media docena de grandes navíos semejantes a rocas cubiertas de ramajes. Aparecían extraños, deformes y grandiosos con sus excrecencias, sus torres y sus espolones hundidos en el agua como si pretendiesen echar raíces en el mar.

No se comprendía que aquello pudiese desplazarse, moverse, de tan pesados que parecían y tan sujetos al fondo. Una batería flotante, redonda y alta en forma de observatorio, se parecía a uno de esos faros que se construyen sobre las escolleras.

Un gran buque de tres mástiles pasaba cerca de ellos para adentrarse en el mar, con todas sus velas desplegadas, blancas y alegres. Resultaba gallardo y hermoso al lado de aquellos monstruos de guerra, monstruos de hierro, desagradables monstruos asentados en el agua.

Forestier se esforzaba en reconocerlos, y los nombraba:

—El *Colbert*, el *Suffren*, el *Almiral Duperré*, el *Redoutable*, el *Dévastation*. —Pero enseguida corrigió—: No, me he equivocado. El otro es el *Dévastation*.

Llegaron ante una especie de gran pabellón en cuya entrada se leía: «Loza artística del golfo Juan». Y el vehículo, tras dar la vuelta a un macizo de césped, se detuvo ante la puerta.

Forestier deseaba comprar dos jarrones para su biblioteca. Como no podía descender del coche, le presentaban los modelos para que escogiese. Estuvo

examinándolos largo rato y consultaba a su mujer y a Duroy antes de elegir.

—Éste, ¿sabes?, es para el mueble que está al fondo de mi despacho. Desde mi sillón lo tendré siempre ante mis ojos. Quisiera una forma antigua, algo de estilo griego.

Examinaba las muestras y se hacía traer otras para pedir, nuevamente, las primeras. Al fin se decidió, y después de pagar exigió que se las enviaran enseguida.

—Regreso a París dentro de unos días —decía.

Regresaron, pero rodeando el golfo una corriente de aire frío deslizada súbitamente en la vertiente del valle les envolvió y el enfermo se puso a toser.

Al principio no fue más que una ligera crisis, pero aumentó y se transformó en un acceso ininterrumpido. Después fue una especie de hipo, un estertor.

Forestier se ahogaba y cada vez que deseaba respirar, la tos le desgarraba la garganta saliendo desde el fondo de su pecho. Nada podía calmarlo, ni apaciguarlo. Fue necesario trasladarlo del landó a su dormitorio, y Duroy, que llevaba sus piernas, sentía las sacudidas de sus pies a cada convulsión de sus pulmones.

El calor del lecho no detuvo el acceso, que duró hasta medianoche. Al fin, algunos calmantes amortiguaron los espasmos mortales de la tos. Y el enfermo permaneció hasta que apuntó el día, sentado en la cama y con los ojos abiertos.

Las primeras palabras que pronunció fueron para pedir el barbero, ya que estaba acostumbrado a afeitarse todas las mañanas. Se levantó para esta operación de aseo, pero hubo que acostarlo inmediatamente. Su respiración se hizo tan fatigosa, entrecortada y difícil, que la señora Forestier, asustada, ordenó que despertasen a Duroy, que acababa de acostarse, para rogarle que fuese en busca de un médico.

Duroy regresó casi inmediatamente con el doctor Gavaut, quien prescribió un brebaje y les dio algunos consejos, pero cuando el periodista lo acompañó para pedirle su opinión, dijo:

—Esto es la agonía. Mañana por la mañana habrá muerto. Prepare a esta pobre mujer y envíe a buscar un sacerdote. Yo ya no puedo hacer nada. Sin embargo, estoy a la entera disposición de ustedes.

Duroy mandó llamar a la señora Forestier, y le dijo:

—Va a morir. El doctor aconseja que se avise a un sacerdote. ¿Qué quiere usted hacer?

Ella vaciló durante un buen rato, y después, con voz lenta, como quien ha calculado todo, replicó:

—Sí, será lo mejor… Por muchas razones… Voy a prepararlo. Le diré que el cura quiere verlo… En fin, no sé qué… Usted sería muy amable si fuera en busca de uno, de un cura, y lo escogiese. Procure que no sea de los que gustan de hacer comedia. Busque alguno que se contente con la confesión y nos dispense del resto.

El joven acompañó a un eclesiástico anciano y complaciente, que se hizo cargo de la situación. Cuando entró en el dormitorio del enfermo, la señora Forestier salió y fue a sentarse junto a Duroy en la estancia contigua.

—Esto le ha agitado mucho —dijo ella—. Cuando le hablé de un sacerdote, su rostro ha tomado una expresión espantosa, como… como si hubiese sentido… sentido… un soplo, ¿sabe usted? Ha comprendido que todo ha terminado, en fin, que tiene las horas contadas.

Ella estaba muy pálida. Añadió:

—Jamás olvidaré la expresión de su rostro. Estoy segura de que vio la muerte en ese instante. Sí, la ha visto.

Desde allí oían al sacerdote, que era un poco sordo y hablaba algo alto. Decía:

—No, no, usted no está tan mal como cree. Se encuentra enfermo, pero no en peligro. La prueba es que vengo a visitarle como amigo, como vecino.

No entendieron lo que respondió Forestier, pero el viejo agregó al poco rato:

—No, no le daré la comunión. Ya hablaremos de eso cuando se encuentre mejor. Pero si quiere aprovechar mi visita para confesarse, por ejemplo, no le pediré más. Yo soy un pastor y aprovecho todas las ocasiones para rescatar a mis ovejas.

Siguió un largo silencio. Forestier debía hablar con su voz jadeante y sin timbre.

De pronto, el sacerdote pronunció con un tono diferente, con tono de oficiante en el altar:

—La misericordia de Dios es infinita. Recite el *Confiteor*, hijo mío. Probablemente lo haya olvidado. Voy a ayudarle… Repita conmigo: *Confiteor Deo omnipotenti… Beatae Mariae semper virgini*…

Se detenía de vez en cuando para permitir que le siguiera el moribundo. Después, dijo:

—Ahora… confiese usted.

La joven esposa y Duroy no se movían, sobrecogidos por una emoción singular, mudos por una espera ansiosa.

El enfermo había murmurado alguna cosa y el sacerdote repitió:

—Ha tenido usted complacencias culpables… ¿De qué naturaleza, hijo mío?

La mujer se levantó y dijo con naturalidad:

—Descendamos al jardín. No hay por qué escuchar sus secretos.

Y fueron a sentarse en un banco, delante de la puerta y bajo un rosal florecido que había detrás de una banasta de claveles que perfumaban el aire puro con su aroma penetrante y dulce.

Duroy, después de unos minutos de silencio, preguntó:

—¿Tardará mucho en regresar a París?

Ella respondió:

—¡Oh, no! Volveré en cuanto todo haya terminado.

—¿Dentro de unos diez días?

—Sí, todo lo más.

Él añadió:

—¿Su marido no tiene parientes?

—Ninguno, salvo unos primos. Sus padres murieron cuando él era muy joven.

Ambos contemplaron una mariposa que tomaba su sustento en los claveles. Iba de uno a otro con un rápido aleteo que aún se prolongaba, más lentamente, cuando el insecto se posaba sobre una flor. Permanecieron largo tiempo silenciosos.

El criado acudió a prevenirles de que «el señor cura había terminado». Subieron juntos.

Forestier parecía haber adelgazado más desde la víspera.

El sacerdote le cogía de la mano.

—Hasta la vista, hijo mío. Volveré a verte mañana por la mañana.

Y se marchó.

Una vez que hubo salido, el moribundo, que jadeaba, intentó levantar sus manos hacia su esposa, y tartamudeó:

—Sálvame…, sálvame, querida… No quiero morir… No quiero morir… ¡Oh, sálvame! Di qué debo hacer… Id a buscar al médico… Tomaré cuanto quiera… No quiero, no quiero…

Lloraba. Gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y resbalaban por sus mejillas descarnadas. Y las delgadas comisuras de sus labios se plegaban como en los niños cuando tienen algún disgusto.

Entonces sus manos, caídas de nuevo sobre la cama, empezaron a moverse continua, lenta y regularmente, como si pretendieran recoger alguna cosa de las ropas.

Su mujer, que también se había echado a llorar, balbució:

—No, eso no es nada. Sólo una crisis. Mañana ya estarás mejor. Ayer te fatigaste con el paseo.

La respiración de Forestier era más rápida que la de un perro después de una carrera. Tan apresurada que no se podía seguir su ritmo. Y tan débil que apenas se escuchaba.

Repetía constantemente:

—¡No quiero morir…! ¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío…! ¿Qué va a sucederme? Ya no veré nada, nada… jamás… ¡Oh, Dios mío!

Miraba ante sí alguna cosa invisible para los demás y odiosa para él, cuyo espanto se reflejaba en sus ojos fijos. Sus manos continuaban juntas, con su gesto horrible y fatigante.

De pronto, el temblor de un estremecimiento brusco le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Musitó:

—¡El cementerio…, yo…, Dios mío!

Y no habló más. Permaneció inmóvil, sombrío y jadeante.

Transcurría el tiempo. Sonó el mediodía en el reloj de un convento vecino. Duroy salió de la estancia para ir a comer un poco. Regresó una hora más tarde. La señora Forestier se negó a tomar nada. El enfermo no se había inmutado. Arrastraba continuamente sus dedos esqueléticos sobre las ropas como si pretendiese llevárselas a la cara.

La joven esposa estaba sentada en una butaca al pie de la cama. Duroy se instaló en otra y esperaron en silencio.

Una enfermera había acudido enviada por el médico y dormitaba junto a la ventana.

El mismo Duroy empezaba a amodorrarse cuando tuvo la sensación de que sucedía algo. Abrió los ojos en el preciso instante en que Forestier cerraba los suyos, como dos luces que se extinguen. Un ligero estertor agitó la garganta del moribundo y dos hilos de sangre aparecieron en las comisuras de sus labios y después corrieron por su camisa. Sus manos concluyeron la odiosa marcha. Había exhalado su último aliento.

Su mujer lo comprendió, y dando un grito, cayó de rodillas y hundió el rostro entre las sábanas para sollozar. Jorge, sorprendido y aterrado, hizo maquinalmente la señal de la cruz. La enfermera, que se había despertado, se aproximó al lecho.

—Todo ha concluido —dijo.

Y Duroy, que recobraba su sangre fría, murmuró con un suspiro de alivio:

—Esto ha durado menos de lo que hubiera creído.

Una vez pasados los primeros minutos de estupor, después de haber derramado las primeras lágrimas, se ocuparon de todos los cuidados y diligencias que reclama un muerto. Duroy se encargó de ello hasta que llegó la noche.

Al regresar a la casa tenía mucha hambre. La señora Forestier también comió un poco y después se instalaron ambos en la alcoba mortuoria para velar el cadáver.

Dos bujías ardían sobre las mesillas de noche, al lado de un plato donde se empapaban unas mimosas en un poco de agua, pues no habían encontrado la ramita de boj que se utiliza en dichos casos.

El hombre y la mujer se encontraban solos junto a él, que ya no existía. Permanecían sin hablar, pensando y mirándole.

Pero Jorge lo contemplaba obstinadamente, ya que la sombra de aquel cadáver le inquietaba. Sus ojos y su alma, atraídos, fascinados por aquel rostro demacrado que la vacilante luz de las bujías aún hacía más descarnado, permanecían fijos en él. Aquél era su amigo, Carlos Forestier, aquel que ayer aún le hablaba. ¡Qué extraño y aterrador es el total acabamiento de un ser! ¡Oh! Ahora sí recordaba las palabras de Norberto de Varenne, acuciado por el temor de la muerte: «Jamás renace un ser». Nacerían millones y millones, casi iguales unos a otros, con ojos, una nariz, una boca, un cráneo y dentro el pensamiento, pero jamás reaparecería aquel que estaba echado sobre este lecho.

Durante unos cuantos años había vivido, comido, reído, amado, esperado, como todo el mundo. Y ahora todo había concluido para él, terminado para siempre. ¡Una vida! ¡Algunos días y después, nada! Se nace, se crece, se es feliz, se espera y luego se muere. ¡Adiós, hombre o mujer, ya no volverás nunca a la tierra! Y sin embargo, cada uno lleva consigo el deseo ardiente e irrealizable de la eternidad. Cada uno es una especie de universo dentro del universo. Y cada uno no tarda mucho en

aniquilarse en el pudridero de los nuevos gérmenes. Las plantas, los animales, los hombres, las estrellas, los mundos, todo se anima y después muere para transformarse. Y jamás retorna un ser, insecto, hombre o planeta.

Un terror vago, inmenso y aplastante se apoderó de Duroy: el miedo a aquella nada sin límites, inevitable, que destruía todas las existencias tan rápida y miserablemente. Él ya inclinaba su frente bajo aquella amenaza. Pensaba en las moscas, que vivían algunas horas; en los animales, que vivían algunos días; en los hombres, que vivían algunos años; y en las tierras, que vivían algunos siglos. ¡Qué diferencia entre unos y otros! Unas auroras más y eso es todo.

Apartó los ojos para no contemplar más el cadáver.

La señora Forestier, con la cabeza baja, también parecía sumida en dolorosos pensamientos. Sus cabellos rubios eran tan hermosos alrededor de su rostro triste, que una dulce sensación de esperanza empezó a invadir el corazón del joven. ¿A qué desolarse si aún tenía tantos años por delante?

Y se puso a contemplarla. Ella no le veía, perdida en su meditación. Y él pensaba:

«He aquí lo único bueno de la vida: el amor. ¡Tener entre los brazos a la mujer amada! Ése es el límite de la dicha humana».

¡Qué suerte había tenido ese muerto al encontrar una compañera tan inteligente y encantadora! ¿Cómo se habrían conocido? ¿Cómo había consentido ella en casarse con un joven mediocre y pobre? ¿Cómo había conseguido hacerle alguien?

Entonces pensó en los misterios que ocultaban las existencias. Se acordó de lo que decían se murmuraba del conde de Vaudrec, que la había dotado y casado.

Ahora, ¿qué pensaría hacer? ¿Con quién se casaría? ¿Sería un diputado, como pensaba la señora de Marelle, o cualquier mozo con porvenir, un Forestier de más valía? ¿Tendría proyectos, planes, algunas ideas pensadas? ¡Cómo le gustaría conocer todo eso! Pero ¿a qué venía aquella preocupación por lo que ella hiciese? Se dio cuenta, al hacerse aquella pregunta, de que su desazón provenía de uno de esos pensamientos vagos y secretos que se ocultan a uno mismo, y que no se descubren más que al sondear el propio fondo.

Sí. ¿Por qué no intentaría él conquistarla? ¡Qué fuerte y temible se sentiría junto a ella! ¡Qué rápido y seguro podría ir, y con qué seguridad!

¿Y por qué no habría de triunfar? Sabía bien que le gustaba a ella, y que ella tenía por él más que simpatía, una especie de afecto nacido entre dos seres afines que poseen, además de una seducción recíproca, una tácita complicidad. Ella lo sabía inteligente, resuelto, tenaz. Podía tener confianza en él.

¿No le había hecho acudir en una circunstancia tan grave? ¿Por qué lo había llamado? ¿Acaso no debía de ver en ello una especie de elección, una especie de confesión y de designación? Si ella había pensado en él, precisamente en esas circunstancias en que ella iba a quedarse viuda, ¿no sería porque pensaba que podría ser su nuevo compañero y aliado?

Le asaltó un deseo impaciente de saber, de interrogarla y conocer sus intenciones.

Tenía que marcharse al día siguiente, pues no podía permanecer más tiempo en aquella casa, a solas con una mujer joven. Había, pues, que apresurarse antes de regresar a París. Averiguar con destreza, con delicadeza cuáles eran sus proyectos para no dejarla pensar ni ceder a las solicitudes de cualquier otro, y que luego no pudiera retroceder.

Reinaba un silencio profundo en la habitación. Sólo se oía el péndulo del reloj balanceándose con su metálico y monótono tictac sobre la chimenea.

Duroy murmuró:

—Debe encontrarse muy fatigada.

Ella respondió:

—Sí, pero sobre todo me encuentro abrumada.

El ruido de sus voces les asombró al sonar extrañamente en aquel siniestro aposento. Ambos miraron con frecuencia el rostro del muerto, como si esperasen verlo mover, oír su voz y hablar con ellos como lo había hecho horas antes.

Duroy añadió:

—¡Oh! Es un terrible golpe para usted, y un cambio radical en su vida. Un verdadero trastorno para su corazón y su existencia.

Ella suspiró largamente sin dar ninguna respuesta.

Él continuó:

—¡Es tan triste para una mujer joven encontrarse tan sola como usted va a estarlo!

Guardó silencio. Ella no dijo nada, y él musitó:

—De todas maneras, ya sabe usted el pacto acordado entre nosotros. Puede disponer de mí como guste. Le pertenezco.

Ella le tendió la mano lanzándole una de esas miradas melancólicas y dulces que penetran hasta la medula de los huesos.

—Gracias. Es usted muy bueno, excelente. Si me atreviese y yo pudiese hacer algo por usted, también le diría: cuente conmigo.

Duroy había cogido la mano que le ofreciera, y la retenía estrechándola con vivos deseos de besarla. Al fin se decidió, y aproximándola lentamente a su boca, rozó por largo tiempo su piel fina, un poco cálida, febril y perfumada contra sus labios.

Después, cuando comprendió que aquella caricia de amigo se prolongaba demasiado, supo abandonarla. La mano fue a posarse blandamente sobre la rodilla de la joven viuda, quien dijo gravemente:

—Sí, voy a encontrarme muy sola. Pero me esforzaré en ser valerosa.

Él no sabía cómo hacerle comprender que se consideraría muy feliz tomándola, a su vez, por esposa. Claro que no era oportuno decírselo en aquel instante, en aquel lugar y delante de aquel cadáver. Sin embargo, podía, al menos se lo parecía, encontrar una de esas frases ambiguas, oportunas y complicadas que ocultan un doble significado, donde se expresa cuanto se quiere con calculadas reticencias.

Pero el cadáver le importunaba, aquel cadáver rígido, extendido delante de ellos y

que él sentía entre ambos. Por otra parte y desde hacía un buen rato, le parecía notar en el ambiente un olor sospechoso, un hálito pútrido, que procedía de aquel pecho descompuesto. Era el primer efluvio de carroña que los pobres muertos yacentes en sus lechos lanzan a los parientes que velan. El aliento horrible con que llenan la oquedad de su féretro.

Duroy preguntó:

—¿No se podría abrir un poco la ventana? Me parece que la atmósfera está corrompida.

—Claro que sí —respondió ella—. También yo acabo de percibirlo.

Duroy fue hacia la ventana y la abrió. Todo el frescor perfumado de la noche penetró en la habitación e hizo vacilar la llama de las dos velas que ardían junto al lecho. La luna, como la otra noche, derramaba su luminosidad, abundante y apacible, sobre los muros blancos de los hotelitos y sobre la gran superficie brillante del mar. Duroy, respirando a plenos pulmones, se sintió bruscamente asaltado por esperanzas, como si lo estremeciese la próxima turbación de la dicha.

Se volvió hacia Magdalena y le dijo:

—Venga a tomar un poco el fresco. Hace un tiempo admirable.

Ella acudió tranquilamente y se acodó cerca de él.

Entonces, Duroy murmuró en voz baja:

—Escúcheme y comprenda bien lo que deseo decirle. Sobre todo no se indigne por lo que voy a confesarle en una circunstancia semejante, pero la abandonaré pasado mañana y posiblemente, cuando regrese usted a París, ya puede ser demasiado tarde. Escuche… No soy más que un pobre diablo sin fortuna y cuya carrera, como usted sabe, está por hacer. Pero tengo voluntad, alguna inteligencia, según creo, y estoy en camino, en buen camino. Con un hombre que ya tiene posición, se sabe lo que se toma; con uno que empieza, no se sabe dónde se llegará. Tanto mejor, o tanto peor. En fin, le dije cierto día en su casa que mi sueño más preciado hubiera sido casarme con una mujer como usted. Hoy le reitero este deseo. No me responda y déjeme continuar. Esto no es una petición en regla. El lugar y el instante la convertirían en odiosa. Solamente pretendo que no ignore que puede hacerme feliz con una palabra, bien para hacerme un amigo fraternal, bien para hacerme su marido. Como guste, mi corazón y mi persona son enteramente suyos. No quiero que me responda ahora, ni deseo que hablemos más de esto aquí. Cuando volvamos a vernos en París, puede darme a conocer lo que ha resuelto. Hasta entonces, ni una palabra, ¿de acuerdo?

Había manifestado todo aquello sin mirarla, como si hubiera sembrado las palabras en la noche que tenía delante. Y ella parecía no haberle escuchado de tan inmóvil que continuaba contemplando, también con mirada fija y vaga, el gran paisaje que se extendía pálidamente iluminado por la luna.

Permanecieron largo tiempo uno al lado del otro, codo contra codo, silenciosos y meditabundos.

Al fin murmuró ella:

—Hace algo de frío.

Se volvió, apartándose de la ventana, y regresó junto al lecho. Duroy la siguió.

Cuando él se aproximó a Forestier advirtió que, en efecto, empezaba a heder. Apartó su butaca, ya que no hubiera podido soportar mucho tiempo aquel olor de podredumbre, y dijo:

—Habrá que meterlo en el ataúd a primera hora.

—Sí, sí —respondió ella—. Ya está arreglado. El carpintero vendrá a las ocho.

Y como Duroy suspirase: «¡Pobre muchacho!», ella lanzó, a su vez, otro largo suspiro de dolorosa resignación.

Desde entonces, ambos lo contemplaron con menos frecuencia, acostumbrándose ya a la idea de su muerte y como si empezasen a consentir mentalmente en la desaparición que hasta aquellos instantes les sublevaba e indignaba porque también eran mortales.

Ya no hablaron más y continuaron velando de manera conveniente, sin dormirse. Sin embargo, hacia la medianoche, Duroy fue el primero en adormilarse. Cuando se despertó advirtió que la señora Forestier también dormitaba. Adoptó una postura más cómoda y cerró nuevamente los ojos, mientras murmuraba para sí:

«¡Caramba! Se descansa mucho más entre sábanas».

Un ruido brusco lo sobresaltó. La enfermera entraba. Ya era completamente de día. La joven viuda, en la butaca de enfrente, parecía tan sorprendida como él. Estaba un poco pálida, pero continuaba fresca, bonita y agradable, pese a la noche pasada en aquella silla.

Duroy se estremeció al contemplar el cadáver y exclamó:

—¡Oh, su barba!

Aquella barba había crecido en algunas horas, creció sobre aquella carne que se descomponía de igual manera que hubiese crecido durante unos días en el rostro de un vivo. Y ellos se quedaron aterrados ante aquella vida que continuaba sobre aquella muerte, como delante de un espantoso prodigio, delante de una amenaza sobrenatural de resurrección, ante una de esas cosas anormales y aterradoras que trastornan y confunden a la inteligencia.

Enseguida se retiraron ambos para descansar un poco hasta las once. Entonces contemplaron a Carlos en su féretro y se sintieron aliviados, tranquilos. Se sentaron uno frente al otro para desayunar, con un renovado deseo de hablar sobre cosas consoladoras, alegres, y de entrada, sobre la vida, ya que habían terminado con la muerte.

Por la gran ventana abierta entraba el suave calor de la primavera. Llevaba el aliento perfumado de la banasta de claveles floridos de delante de la puerta.

La señora Forestier propuso a Duroy dar una vuelta por el jardín y ambos se pusieron a pasear lentamente alrededor del pequeño césped, mientras respiraban con deleite el aire tibio cuajado del aroma de los pinos y de los eucaliptos.

De pronto, ella empezó a hablarle sin volver la cabeza hacia él, como él había hecho por la noche allá arriba. Pronunciaba las palabras lentamente, en voz baja y seria:

—Escuche, mi querido amigo… He reflexionado ya… y bastante sobre lo que me ha propuesto. No quiero dejarlo ir sin responderle una palabra. Por otra parte, no le diré sí ni no. Esperaremos, nos veremos y nos conoceremos mejor. Piénselo también por su parte. No se deje llevar por un arrebato demasiado fácil. Si le hablo de esto antes incluso de que haya recibido sepultura el pobre Carlos, es porque me importa, después de lo que usted me dijo, que sepa bien quién soy. No me gustaría que siguiese alimentando la idea que me ha expuesto si usted no es de un… un carácter apropiado para comprenderme y para soportarme.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Compréndame bien: para mí, el matrimonio no es una cadena, sino una asociación. Entiendo el ser libre, completamente libre en mis actos, en mis movimientos, en mis salidas… Yo no podré soportar control, ni celos, ni discusión sobre mi conducta. Por mi parte me comprometeré, queda entendido, a no poner en evidencia el apellido del hombre que haya cogido por esposo y a no hacerlo nunca odioso ni ridículo. No obstante, sería preciso que ese hombre también se comprometiese a ver en mí a una igual, a una aliada, y no a una inferior ni a una esposa obediente y sumisa. Mis ideas, lo sé bien, no son las corrientes en el mundo, pero no las cambiaré. Eso es todo. Añadiré también que no me responda. Sería inútil e inconveniente. Ya nos veremos nuevamente y seguramente hablaremos de todo esto más tarde. Ahora, váyase a dar una vuelta. Yo vuelvo cerca de él. Hasta la tarde.

Duroy le besó largamente la mano y se alejó sin pronunciar una palabra.

Por la noche se vieron a la hora de cenar. Después subieron a sus respectivos dormitorios, pues ambos estaban rendidos de cansancio.

Carlos Forestier fue enterrado al día siguiente sin ninguna pompa, en el cementerio de Cannes. Duroy decidió marcharse en el rápido de París, que pasaba a la una y media.

La señora Forestier le acompañó a la estación. Ambos pasearon tranquilamente por el andén mientras esperaban la hora de salida, y hablaron de cosas sin importancia.

Llegó el tren, que era muy corto, un verdadero rápido, con sólo cinco vagones.

El periodista escogió su sitio y aún descendió para charlar unos instantes más con ella. Repentinamente experimentó una tristeza, un disgusto y un pesar violento al separarse, como si fuera a perderla para siempre.

—¡Marsella, Lyon, París, al tren! —gritó un empleado.

Duroy subió y se apoyó en la puerta para decirle unas cuantas palabras más. La locomotora silbó y el convoy se puso en marcha suavemente.

El joven, asomado fuera del vagón, contemplaba a la mujer que lo seguía con la mirada, sin moverse del andén. Y de pronto, cuando iba a perderla de vista, se llevó

las manos a la boca y le envió un beso.

Ella se lo devolvió con un ademán más discreto, vacilante, insinuado solamente.

Segunda Parte

Capítulo I

Jorge Duroy había reemprendido sus antiguas costumbres.

Ahora estaba instalado en la planta baja de la calle de Constantinopla. Vivía ordenadamente, como hombre que se prepara a una nueva existencia. Incluso sus relaciones con la señora Marelle habían tomado cierto cariz conyugal, como si pretendiera adiestrarse para el acontecimiento que se avecinaba. Su amante, sorprendida frecuentemente por la reglamentada tranquilidad de su unión, le decía riendo:

—Te estás aburguesando más que mi marido. Para esto no valía la pena cambiar.

La señora Forestier aún no había regresado. Se demoraba en Cannes. Duroy recibió carta suya anunciándole que no regresaría hasta mediados de abril. No había alusión alguna a su despedida. Esperó. Se había propuesto emplear todos los medios para casarse con ella, si es que vacilaba. Pero tenía confianza en su estrella, confianza en aquella fuerza seductora que sentía en sí, una fuerza vaga e irresistible que subyugaba a todas las mujeres.

Un lacónico billete le anunció que la hora decisiva estaba próxima.

> Estoy en París. Venga a verme.
>
> MAGDALENA FORESTIER

Nada más. Lo había recibido en el correo de las nueve de la mañana. A las tres de la tarde ya estaba en su casa. Ella le tendió ambas manos mientras sonreía con su bella y agradable sonrisa. Se miraron durante algunos segundos al fondo de los ojos.

Al fin murmuró ella:

—¡Fue usted muy bueno al acudir allá en circunstancias tan terribles!

—Haría todo lo que usted me pidiese —respondió.

Se sentaron. Magdalena se informó de las novedades, de los Walter, de los demás compañeros y del periódico. Pensaba en el periódico con mucha frecuencia.

—Lo echo de menos —decía—. Mucho, demasiado. Me había convertido en una periodista de corazón. ¡Qué quiere usted, si me gusta esa profesión!

Después se calló. Duroy creyó entender, creyó encontrar en su sonrisa, en el tono de su voz, en sus mismas palabras, una especie de invitación. Y aunque se había prometido no precipitar las cosas, balbució:

—Y bien… ¿Por qué… por qué no reemprende… ese oficio bajo… bajo el nombre de Duroy?

Ella se puso bruscamente seria, y apoyando una mano en su brazo, murmuró:

—No hablemos de eso todavía.

Pero él adivinó que ella aceptaba, y cayendo de rodillas, se puso a besarle las manos apasionadamente, mientras tartamudeaba:

—Gracias, gracias. ¡Cuánto la amo!

Ella se puso de pie y él la imitó. Entonces advirtió que ella estaba muy pálida y comprendió que le gustaba, lo más seguro, desde hacía mucho tiempo. Y como se encontraban cara a cara, la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente con un beso prolongado, tierno y respetuoso.

Cuando ella se hubo desasido, deslizándose sobre su pecho, le dijo con voz grave:

—Escuche, amigo mío. Aún no estoy decidida a nada. No obstante, es posible que esto acabe en un «sí». Pero va a prometerme el secreto más absoluto sobre ello hasta que le releve del compromiso.

Él juró y se marchó con el corazón rebosante de júbilo.

Desde entonces, Duroy se mantuvo muy discreto en las visitas que le hacía y no solicitaba su consentimiento expreso, pues ella tenía una manera de hablar del porvenir, de decir «más adelante», de hacer proyectos donde las dos existencias se encontraban mezcladas, que sin cesar respondía mejor y más delicadamente que la más formal aceptación.

Duroy trabajaba mucho, gastaba poco y trataba de economizar algún dinero para no encontrarse sin un céntimo en la hora de su matrimonio. Se había hecho tan avaro como antes fuera pródigo.

Transcurrió el verano, luego el otoño, y nadie sospechaba nada, ya que se veían poco y de la manera más natural del mundo.

Una tarde, Magdalena le dijo mientras le miraba al fondo de los ojos:

—¿Aún no ha anunciado nuestro proyecto a la señora de Marelle?

—No, amiga mía. Habiéndole prometido guardar el secreto, no he abierto la boca para nadie.

—Pues bien, ya va siendo hora de prevenirla. Yo me encargaré de los Walter. Esto se hará en esta semana, ¿no es cierto?

Él había enrojecido.

—Sí, mañana mismo.

Ella desvió la mirada lentamente, como para no mostrar su turbación, y añadió:

—Si usted quiere, podemos casarnos a primeros de mayo. Sería una fecha conveniente.

—La obedezco en todo con alegría.

—El 10 de mayo, que es sábado. Me gustaría mucho, porque es el día de mi cumpleaños.

—Sea el 10 de mayo.

—Sus padres viven cerca de Rouen, ¿no es cierto?

—Sí, cerca de Rouen. En Canteleu.

—¿A qué se dedican?

—Son… son pequeños rentistas.

—¡Ah! Tengo muchos deseos de conocerlos.

Él vaciló, muy perplejo.

—Pero es que son…

Al fin tomó su partido de hombre animoso.

—Mi querida amiga, no son más que aldeanos, unos taberneros que se han desangrado para darme una carrera. Yo no me avergüenzo de ellos, pero su sencillez…, su rusticidad podrían serle molestas.

Ella sonrió deliciosamente, con el rostro iluminado de dulce bondad.

—No. Los querré mucho. Iremos a verles. Lo deseo. Ya volveremos a hablar de eso. Yo también soy hija de personas modestas, pero los he perdido. Perdí a mis padres y no tengo a nadie más en el mundo… —le tendió la mano y añadió—: que usted.

Y Jorge se sintió enternecido, emocionado, conquistado como aún no lo había sido por ninguna mujer.

—Había pensado en una cosa —dijo ella—, pero es bastante difícil de explicar.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Pues bien, querido, soy como todas las mujeres. Tengo mis… mis debilidades, mis pequeñeces, adoro lo que brilla, lo que suena… Me hubiera gustado llevar un apellido noble. ¿Acaso no podría, con motivo de nuestra boda, ennoblecerse un poco?

Había enrojecido, a su vez, como si estuviera proponiéndole una indelicadeza.

Él respondió sencillamente:

—También lo he pensado a veces, pero eso no me parece fácil.

—Pero ¿por qué?

Él se echó a reír:

—Porque tengo miedo a ponerme en ridículo.

Ella se encogió de hombros.

—De ningún modo, de ningún modo. Todo el mundo lo hace y nadie se ríe por eso. Separe su apellido en dos: Du Roy. Así suena mejor.

Enseguida le respondió, como hombre que conoce la cuestión:

—No, eso no resulta. Es un procedimiento demasiado simple, demasiado vulgar y muy conocido. Yo había pensado en adoptar el nombre de mi tierra, al principio como seudónimo literario, después uniéndolo poco a poco a mi nombre, y más tarde dividir mi apellido en dos tal y como me propone.

—¿Su tierra es Canteleu? —preguntó.

—Sí.

Ella parecía vacilar.

—No. No me gusta la terminación. Veamos, ¿no podríamos modificar un poco esa palabra… Canteleu?

Cogió una pluma de la mesa y garabateó los nombres examinando su fisonomía. De pronto, exclamó:

—¡Fíjese! Mire esto.

Y le tendió un papel donde él leyó: «Señora de Duroy de Cantel».

Él reflexionó unos segundos, antes de declarar con gravedad:

—Sí, no está mal.

Ella estaba encantada y repetía:

—Duroy de Cantel, Duroy de Cantel, señora de Duroy de Cantel. ¡Es estupendo, estupendo!

Y enseguida, con aire convencido, añadió:

—Ya verá cómo lo acepta todo el mundo con mucha facilidad. Pero será preciso escoger el momento antes de que sea demasiado tarde. Desde mañana mismo firmará sus crónicas como D. de Cantel, y los ecos, simplemente, como Duroy. Esto se hace todos los días en la prensa y nadie se asombra de que alguien adopte un nombre de batalla. En el momento de nuestra boda aún podemos modificar un poco esto diciendo a nuestros amigos que usted había renunciado al *du* por modestia, dada su posición, o incluso sin dar explicación alguna. ¿Cuál es el nombre de su padre?

—Alejandro.

Ella murmuró dos o tres veces seguidas: «Alejandro, Alejandro» para escuchar la sonoridad de las sílabas. Después escribió en una hoja de papel completamente blanca:

> Don Alejandro du Roy de Cantel y señora tienen el honor de participar a usted el enlace de su hijo don Jorge du Roy de Cantel con doña Magdalena Forestier.

Contemplaba lo escrito alejándolo un poco, satisfecha por el efecto. Declaró:

—Con un poco de método se consigue cuanto se quiere.

Cuando Duroy se encontró en la calle, completamente decidido a llamarse en lo sucesivo Du Roy, e incluso Du Roy de Cantel, le pareció que acababa de adquirir una nueva importancia. Caminaba con más fanfarronería, la frente más alta, el bigote más enhiesto, tal y como debía andar un gentilhombre. Sentía dentro de sí cierto deseo gozoso de comunicar a los transeúntes: «¡Me llamo Du Roy de Cantel!».

Pero apenas estuvo en su casa, el recuerdo de la señora de Marelle le inquietó. Decidió escribirle inmediatamente para pedirle una cita para el día siguiente.

«Va a ser un mal trance —pensaba—. Recibiré una borrasca de primer orden».

Llevó a cabo su decisión con la natural repugnancia que le empujaba a abandonar las cosas desagradables de la vida, y se puso a escribir un artículo sobre los nuevos impuestos que iban a establecerse con el fin de asegurar el equilibrio del presupuesto.

Incluyó las partículas nobiliarias pagando cien francos por año, y los títulos, desde el de barón hasta el de príncipe, que pagaban de quinientos a mil francos.

Firmó: D. de Cantel.

Al día siguiente recibió un telegrama de su amante anunciándole que llegaría a la una.

La esperó con impaciencia, resuelto, por otra parte, a precipitar las cosas y decirle todo desde el principio. Después, pasada la primera emoción, argumentaría con habilidad para demostrarle que no podía seguir indefinidamente soltero, y como el señor de Marelle se obstinaba en vivir, tuvo que pensar en otra para convertirla en su legítima compañera.

No obstante, se sentía emocionado, y cuando sonó la campanilla, su corazón se puso a latir con violencia.

Ella se echó en sus brazos según exclamaba:

—Buenos días, Bel Ami.

Luego, advirtiendo frialdad en el abrazo, lo examinó con atención y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Siéntate —dijo él—. Vamos a hablar seriamente.

La mujer se sentó sin quitarse el sombrero, sólo levantó su velo hasta la frente, y esperó.

Duroy había bajado la vista y preparaba su principio. Empezó diciendo, con voz calmosa:

—Mi querida amiga, me encuentro muy turbado, muy triste y terriblemente preocupado por lo que ahora debo decirte. Te quiero mucho. Te quiero, verdaderamente, con todo mi corazón, por eso el temor a causarte alguna pena me aflige más que la misma noticia que voy a comunicarte.

Ella palideció y preguntó, temblorosa:

—¿De qué se trata? ¡Dímelo pronto!

Dijo en tono triste, pero resuelto, con ese fingido acabamiento que se emplea para anunciar las novedades desdichadas:

—Me caso.

Ella lanzó un suspiro de mujer que va a perder el conocimiento, un gemido doloroso que subía desde el fondo de su pecho y empezaba a sofocarla sin permitirle hablar de tanto jadeo.

Viendo que ella no decía nada, él añadió:

—No puedes figurarte cuánto he sufrido antes de tomar esta resolución. Pero no tengo posición ni dinero. Estoy solo, perdido en París. Necesito tener cerca de mí a alguien que me aconseje, me consuele y me sostenga. Buscaba una asociada, una aliada y la he encontrado.

Calló en espera de que ella replicase. Temía un acceso de furiosa cólera, de violencias e injurias.

Clotilde había apoyado una de sus manos sobre el corazón, como para contener los latidos, y continuaba respirando entrecortadamente, con dificultad, lo que le levantaba los senos y le sacudía la cabeza.

Duroy le cogió la mano que había dejado sobre el brazo del sillón, pero ella la retiró bruscamente. Después, sumida en una especie de estupor, murmuró:

—¡Oh, Dios mío!

Él se arrodilló ante ella sin atreverse a tocarla, a pesar de todo, y balbució más impresionado por su silencio que por el arrebato anterior:

—Clo, mi pequeña Clo, comprende mi situación, hazte cargo de lo que soy. ¡Oh, si hubiera podido casarme contigo! ¡Qué felicidad! Pero tú estás casada. ¿Qué podía hacer? Reflexiona, anda, reflexiona. Es preciso que me cree una posición, y esto no lo

conseguiré mientras no tenga un hogar. ¡Si supieras…! ¡Hay días que me asaltan deseos de matar a tu marido!

Hablaba con voz dulce, velada, seductora, una voz que acariciaba el oído como una música.

Descubrió dos lágrimas brotando en los ojos de su amante que después se deslizaron por sus mejillas mientras otras dos se formaban en los bordes de los párpados.

Murmuró:

—¡Oh, no llores, Clo! No llores, te lo suplico. Me destrozas el corazón.

Entonces, ella hizo un esfuerzo, un gran esfuerzo para mantenerse digna y orgullosa, y preguntó con esa voz temblorosa de las mujeres que van a sollozar:

—¿Quién es?

Vaciló un segundo; después, comprendiendo que era preciso, dijo:

—Magdalena Forestier.

La señora de Marelle se estremeció de pies a cabeza, luego se quedó muda, abstraída de tal manera que parecía haberse olvidado de que él estaba a sus pies.

Y dos gotas transparentes se formaron sin cesar en sus ojos, cayeron, y aún volvieron a formarse más.

Ella se puso de pie. Duroy comprendió que iba a marcharse sin decirle una palabra, sin reproches y sin perdonarle, y se sintió herido, humillado en el fondo del alma. Deseando retenerla, la agarró del vestido, abrazando a través de la tela sus piernas torneadas que se pusieron rígidas aprestándose a resistir.

—Te lo ruego —le suplicaba—. No te vayas de esa manera.

Entonces, ella le miró de arriba abajo, le contempló con esa mirada llena de desesperación y lágrimas, tan encantadora y triste, que revela todo el dolor que embarga el corazón de una mujer, y tartamudeó:

—No tengo… no tengo nada que decir…, no tengo nada que hacer… Tú tienes razón…, tú… tú has escogido lo que te conviene…

Y desprendiéndose con un movimiento hacia atrás, salió sin que él intentase retenerla más tiempo.

Una vez solo, Duroy se levantó. Estaba aturdido como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza. Luego, reaccionando, murmuró:

«En fin, tanto peor o mejor. Ya está…, sin escenas… Lo prefiero así».

Y liberado de un enorme peso, se sentía libre y desembarazado para emprender una nueva existencia. Se puso a boxear contra las paredes dando terribles puñetazos, en una especie de embriaguez de triunfo y fuerza, como si estuviera combatiendo contra el destino.

Cuando la señora Forestier le preguntó:

—¿Se lo ha comunicado a la señora de Marelle?

Él respondió con sencillez:

—Sí.

Ella lo sondeaba con sus ojos claros.

—¿Y no la ha impresionado?

—Pues no, nada en absoluto. Por el contrario, le ha parecido muy natural.

La noticia no tardó en ser conocida. A unos les asombró, otros pretendieron haberlo previsto, y otros aun sonrieron dejando entender que eso no les sorprendía nada.

El joven, que firmaba ahora sus crónicas como D. de Cantel y sus ecos como Duroy, y Du Roy en los artículos políticos que empezaba a publicar de vez en cuando, se pasaba la mitad de los días en casa de su prometida, quien le trataba con una familiaridad fraternal en la que entraba cierta ternura verdadera, pero oculta, y una especie de deseo disimulado, como si fuera una flaqueza. Magdalena había decidido que el matrimonio se celebrase en la mayor intimidad, sólo en presencia de los testigos, y que por la noche partiesen hacia Rouen. Irían al día siguiente a visitar a los ancianos padres del periodista, a cuyo lado pasarían algunos días.

Duroy se había esforzado en hacerle desistir de semejante proyecto, pero no habiéndolo logrado se sometió a su deseo.

Llegó, pues, el 10 de mayo y los nuevos esposos, que juzgaron inútiles las ceremonias religiosas, como pretexto para no invitar a nadie, regresaron a hacer sus maletas tras una breve visita a la alcaldía, y después se fueron a la estación de Saint Lazare, para tomar el tren de las seis, que les llevó hacia Normandía.

Apenas habían cambiado veinte palabras hasta encontrarse solos en el vagón. Cuando advirtieron que el convoy se ponía en marcha, se miraron y se echaron a reír para ocultar cierto malestar que ninguno de ellos quería traslucir.

El tren atravesó lentamente la larga estación de Batignolles, luego el llano sarnoso que va desde las fortificaciones al Sena.

Duroy y su esposa pronunciaban de vez en cuando alguna palabra inútil, y después se volvían de nuevo hacia la puerta.

Al atravesar el puente de Asnières lanzaron alegres exclamaciones a la vista del río lleno de embarcaciones, de pescadores y de remeros. El sol, un pujante sol de mayo, derramaba sus rayos oblicuos sobre las barcas y el agua tranquila, que parecía inmóvil, sin corriente ni remolinos, fija bajo el calor y la claridad del día agonizante. Un barco de vela que extendía sobre ambas bordas dos grandes triángulos de tela blanca para recoger el menor soplo de la brisa, estaba en medio del río y tenía el aspecto de un enorme pájaro dispuesto a emprender el vuelo.

Duroy murmuró:

—Me encantan los alrededores de París.

Ella replicó:

—¡Y las barcas! ¡Qué grato es deslizarse sobre el agua bajo la puesta de sol!

Se callaron como si no se atreviesen a continuar aquellas expansiones sobre su vida pasada, y permanecieron en silencio, saboreando, acaso, la poesía del recuerdo.

Duroy, sentado enfrente de su mujer, le cogió una mano y la besó lentamente.

—Cuando volvamos iremos alguna vez a cenar a Chatou —dijo.

Ella murmuró:

—Tendremos tantas cosas que hacer…

Pero con un tono que parecía decir: «Habrá que sacrificar lo agradable por lo útil».

Duroy conservaba entre sus manos la de su esposa preguntándose, con cierta inquietud, por qué transición llegaría a otras caricias. No se hubiese turbado así ante la ignorancia de una doncella, pero la inteligencia experimentada y despierta de Magdalena entorpecía su actitud. Tenía miedo a parecerle bobo, demasiado bobo, demasiado tímido, o demasiado brutal, muy lento, o excesivamente precipitado.

Apretaba aquella mano con ligeras presiones, sin que ella respondiese a su llamada. Al fin dijo:

—Esto de que sea mi mujer me parece muy divertido.

Ella pareció sorprenderse:

—¿Y por qué?

Magdalena le ofreció sencillamente su mejilla y él la besó como hubiera hecho con una hermana.

Agregó:

—La primera vez que la vi, ¿se acuerda usted?, en aquella cena a que me invitó Forestier, pensé: «¡Caramba, qué mujer! ¡Si encontrase una igual!». Pues bien, ya está hecho. La tengo.

Ella murmuró:

—¡Qué amable!

Le miraba abiertamente, con fijeza, y con aquella mirada siempre jovial.

Duroy pensaba: «Estoy demasiado frío. Soy un estúpido. Debía ser más decidido». Le preguntó:

—¿Cómo conoció a Forestier?

Ella respondió con provocativa malicia:

—¿Acaso vamos a Rouen para hablar de él?

Él enrojeció y dijo:

—Soy un necio. Usted me intimida mucho.

Y ella, halagada, repuso:

—¿Yo? ¡No es posible! ¿Cómo puede ser eso?

Duroy se sentó junto a ella, muy cerca, y Magdalena exclamó de pronto:

—¡Oh, un ciervo!

El tren atravesaba el bosque de Saint Germain, y ella había visto a un corzo, que asustado, ganaba de un salto un sendero.

Mientras la mujer miraba por la ventanilla abierta, Duroy se inclinó sobre ella y le dio un beso, un largo beso de amante, en los rizos de su cuello.

Ella permaneció unos instantes inmóvil. Después levantó la cabeza y exclamó:

—Me hace cosquillas, acabe.

Pero él no la dejaba y prolongaba su caricia enervante pasando suavemente su crespo bigote sobre la carne blanca.

Magdalena se separó.

—Acabe ya.

Le había cogido la cabeza con su mano derecha deslizada por detrás y la volvió hacia él. Luego se lanzó sobre su boca como un gavilán sobre su presa.

Ella se debatía, le rechazaba y trataba de soltarse. Lo consiguió finalmente y repitió:

—Acabe de una vez.

Sin escucharle, la estrechaba y la besaba con labios ávidos y trémulos mientras intentaba tumbarla sobre el almohadillado asiento.

Magdalena logró desasirse con gran esfuerzo y se levantó con rapidez. Dijo:

—¡Oh! Vamos, Jorge, déjeme ya. No somos niños y podemos esperar hasta Rouen.

Jorge permanecía sentado, con el rostro encendido, pero helado por aquellas palabras razonables. Al final, recobrando un poco su sangre fría, murmuró:

—Está bien, esperaré. Pero me temo que no podré pronunciar ni veinte palabras hasta nuestra llegada. Y fíjese que todavía estamos atravesando Poissy.

—Seré yo quien hable —dijo ella.

Y volvió a acomodarse tranquilamente cerca de él.

Empezó a hablar con precisión de cuanto haría a su regreso. Debían conservar el apartamento que habitó con su primer marido, y Duroy también heredaría las funciones y los emolumentos de Forestier en *La Vie Française*.

Por lo demás, antes de su matrimonio ella había ordenado con una seguridad de hombre de negocios los más mínimos detalles económicos de su nueva vida.

Se habían asociado bajo el régimen de la separación de bienes y estaban previstos todos los casos que pudieran ocurrir: muerte, divorcio, nacimiento de uno o varios hijos. El joven aportaba cuatro mil francos, decía, pero mil quinientos procedían de un empréstito. El resto pertenecía a las economías realizadas durante el año en previsión del acontecimiento. Ella aportaba cuarenta mil francos que le había dejado Forestier, según afirmaba.

Magdalena volvió a mencionarlo para ponerlo como ejemplo:

—Era un muchacho muy ahorrador, muy ordenado y muy trabajador. Hubiera hecho fortuna en poco tiempo.

Duroy no la escuchaba, ocupado en otros pensamientos.

Ella se detenía a veces para abstraerse en algún pensamiento íntimo, pero enseguida continuaba diciendo:

—De aquí a tres o cuatro años, usted podrá ganar tranquilamente de treinta a cuarenta mil francos anuales. Es lo que hubiera ganado Carlos si continuase vivo.

Jorge, que empezaba a encontrar demasiado larga la lección, respondió:

—Me parece que no vamos a Rouen para hablar de él.

Entonces, su mujer le dio un ligero cachete en la mejilla y comentó:

—Es cierto. Ha sido una torpeza.

Se echó a reír.

Jorge había adoptado una afectada postura de niño bueno con las manos sobre sus rodillas.

—Con esa postura, tiene aspecto de atontado —dijo ella.

Él replicó:

—Estoy en mi papel, en el que acaba de otorgarme hace un momento, y no saldré de él.

—¿Por qué?

—Porque es usted quien ha tomado la dirección de la casa, incluso la de mi persona. Eso le atañe, en efecto, como viuda.

Magdalena se quedó asombrada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que usted posee una experiencia que debe disipar mi ignorancia, y una práctica del matrimonio que debe desentumecer mi inocencia de soltero. Eso es todo.

Ella exclamó:

—¡Eso es demasiado fuerte!

Él respondió:

—Es la pura verdad. Yo no conozco a las mujeres, ¿no?, y usted conoce a los hombres, usted, ya que es viuda, ¿no? Además, es usted quien me educará… esta noche, ¿no? E incluso puede empezar enseguida, si quiere, ¿no?

Ella exclamó, muy alborozada:

—¡Vaya gracia! Si cuenta conmigo para eso…

Y Duroy, con voz de colegial que recita su lección de memoria, repuso:

—Pues claro, ¿no? Cuento con ello. Incluso cuento con que me dé una instrucción sólida en veinte lecciones…, diez en la elemental, la lectura y la gramática, diez en el perfeccionamiento y la retórica. Porque yo no sé nada, ¿no?

Magdalena, muy divertida, exclamó:

—¡Eres un ganso!

Y él prosiguió:

—Ya que empiezas a tutearme, también te imitaré y seguiré el ejemplo para decirte, mi amor, que te adoro cada vez más, segundo a segundo, y que encuentro Rouen demasiado lejos.

Ahora hablaba con entonación de actor y hacía graciosas muecas que divertían mucho a la joven esposa, acostumbrada a las pintorescas maneras y a las ocurrencias de la gran bohemia de los hombres de letras.

Le miraba de perfil y lo encontraba verdaderamente encantador. Entonces experimentó el deseo que se siente entre coger una fruta del árbol y la vacilación del razonamiento que aconseja esperar hasta la cena para comerla a su hora.

Y entonces dijo, encendiéndose un poco ante los pensamientos que la asaltaban:

—Mi pequeño alumno, crea en mi gran experiencia: los besos en un vagón no valen nada. Revuelven el estómago.

Después aún se ruborizó más al murmurar:

—Jamás debe cortar su trigo verde.

Duroy se sonreía excitado por las intencionadas frases que salían de aquella bonita boca. Se santiguó y agitó sus labios con viveza, como si bisbisease una plegaria, y murmuró:

—Acabo de encomendarme a san Antonio, patrón de las tentaciones. Ahora soy de bronce.

La noche caía suavemente, envolviendo con su sombra transparente de leve crespón, la gran campiña que se extendía a la derecha. El tren orillaba el Sena y los recién casados se pusieron a contemplar el río que discurría como una larga cinta de metal pulimentado al costado de la vía, con sus reflejos rojos y las sombras desprendidas del cielo que el sol poniente teñía de púrpura y fuego. Estas luminosidades se extinguieron poco a poco, oscureciéndose cada vez más hasta ser una sombra triste. Y el campo se ahogó en la negrura con ese temblor siniestro, con ese estremecimiento de muerte que cada crepúsculo produce en la tierra.

Esta melancolía del anochecer penetró por la ventanilla abierta y envolvió el ánimo de los jóvenes esposos, tan bulliciosos poco antes, para dejarlos silenciosos.

Se habían aproximado uno al otro para contemplar esta agonía diurna, el final de este hermoso día claro del mes de mayo.

En Nantes habían encendido el pequeño quinqué de aceite que esparcía su claridad amarillenta y vacilante sobre el gris almohadillado de los asientos.

Duroy enlazó a su mujer por la cintura y la estrechó contra sí. El punzante deseo de unos momentos antes se había transformado en ternura, en una ternura lánguida, en un blando deseo de pequeñas caricias consoladoras, de esas caricias con que se acunan a los niños.

Murmuró, muy bajo:

—Te voy a querer mucho, mi pequeña Magda.

La dulzura de su voz conmovió a la mujer, que sintió un rápido estremecimiento de su carne y le ofreció su boca inclinándose sobre él, ya que Jorge había apoyado su rostro sobre el tierno refugio de sus senos.

Éste fue un beso muy largo, mudo y profundo, al que siguió un rápido impulso, un brusco y delirante abrazo, una breve lucha sofocada y un acoplamiento violento y torpe. Luego siguieron uno en brazos del otro, un poco decepcionados ambos, fatigados y enternecidos todavía, hasta que el silbido del tren anunció una estación próxima.

Magdalena declaró mientras se arreglaba los alborotados cabellos con la punta de los dedos:

—Es una estupidez. Parecemos dos chiquillos.

Pero él le besaba las manos alternativamente con una rapidez febril y le

respondió:

—Te adoro, mi pequeña Magda.

Hasta Rouen permanecieron inmóviles, con las caras juntas y los ojos fijos en la ventanilla por donde se veía pasar la noche y a veces las luces de alguna vivienda. Soñaban, contentos de sentirse tan próximos, y en la espera crecida de un abrazo más íntimo y más cómodo.

Se alojaron en un hotel cuyas ventanas daban al muelle. Después de una cena frugal, muy frugal, se acostaron.

Al día siguiente les despertó la camarera a las ocho de la mañana.

Una vez hubieron bebido la taza de té que les pusieron sobre la mesilla de noche, Duroy contempló a su mujer y con el impulso gozoso del hombre feliz que acaba de encontrar un tesoro, la estrechó entre sus brazos y susurró:

—Mi pequeña Magda, te amo mucho…, mucho…, mucho…

Ella sonrió confiada y satisfecha, y murmuró mientras le devolvía sus besos:

—Yo también…, supongo.

Pero a Jorge seguía inquietándole aquella visita a sus padres. Había prevenido con frecuencia a su mujer, la había preparado y sermoneado. Y consideró que era ocasión de insistir:

—Ya sabes, no son más que unos campesinos, campesinos del campo y no de una ópera cómica.

Ella se reía:

—Ya lo sé. Me lo has dicho hasta la saciedad. Vamos, levántate y déjame que también me levante.

Duroy saltó del lecho y añadió mientras se ponía los calcetines:

—Estaremos muy mal en casa, muy mal. Allí no hay más que una vieja cama con un jergón en mi alcoba. En Canteleu no conocen los somieres.

Ella parecía encantada:

—Mejor. Será delicioso dormir mal…, cerquita de…, cerquita de ti, y despertarse con el canto de los gallos.

Se había puesto su peinador, un amplio peinador de franela blanca que Duroy reconoció enseguida. Esta visión le resultó desagradable. ¿Por qué? Su mujer poseía, lo sabía muy bien, una docena completa de aquellas prendas mañaneras. ¿No podía deshacerse de su equipo para comprar otro nuevo? No importaba, pero hubiera preferido que su ropa íntima, su ropa de dormir, su ropa de amor, no fuese la misma que vio el otro. Le parecía que aquella tela suave y tibia aún conservaba algo del contacto con Forestier.

Se dirigió a la ventana encendiendo un cigarrillo.

La vista del puerto, del ancho río lleno de navíos de mástiles ligeros, de vapores rechonchos, y de las grúas que vaciaban con gran estrépito las cargas sobre los muelles, le impresionó a pesar de que ya conocía aquello desde hacía tiempo.

—¡Caramba, qué hermoso es esto! —exclamó.

Magdalena se acercó a la ventana y, poniendo ambas manos en un hombro de su marido, se apoyó en él con abandono, emocionada y satisfecha. Dijo a su vez:

—¡Oh, sí que es bonito! ¡Es bonito! No sabía que hubiera tantos barcos juntos.

Partieron una hora después, ya que se proponían almorzar en casa de sus padres, a quienes habían avisado días antes. Un descubierto y desvencijado simón les condujo con ruido de chatarra sacudida. Avanzaron por un bulevar largo y bastante feo, después atravesaron unas praderas regadas por un riachuelo, y, finalmente, empezaron a remontar la ladera.

Magdalena, fatigada, se amodorraba bajo la penetrante caricia del sol que la calentaba deliciosamente en el fondo del viejo vehículo, como si estuviera acostada en un tibio baño de luz y aire campestre.

Su marido la despertó.

—Mira —le dijo.

Acababan de detenerse a unos dos tercios de la pendiente, en un lugar famoso por la panorámica que ofrecía y adonde se llevaba a todos los forasteros.

Desde allí se dominaba el inmenso valle, ancho y largo, que el claro río recorría de un lado a otro con grandes ondulaciones. Se le veía llegar desde el fondo, salpicado de numerosas islas, para describir una curva antes de atravesar Rouen. Después se divisaba la ciudad sobre la margen derecha, un poco velada por la bruma matinal, con los reflejos del sol sobre sus tejados y los numerosos campanarios esbeltos, puntiagudos o rechonchos, endebles y trabajados como joyas gigantescas, sobre sus torres cuadradas o redondas rematadas de coronas heráldicas, sus atalayas, sus torrecillas, y todo ese pueblo gótico erizado de iglesias que dominaba la aguda flecha de la catedral, sorprendente aguja de bronce, fea, extraña y desmesurada, que tal vez era la más alta del mundo.

Pero enfrente, del otro lado del río, se levantaban, redondas e hinchadas, las frágiles chimeneas de las fábricas del vasto barrio de San Severo.

Más numerosas que sus hermanos, los campanarios, se prolongaban hasta la lejana campiña como largas columnas de ladrillo que enviaban al cielo azul su negro aliento de carbón.

Y la más alta de todas, tan elevada como la pirámide de Keops, la segunda de las cimas levantadas con el esfuerzo humano, era casi tan arrogante como su compañera la flecha de la catedral. Esta gran bola de fuego de la *Foudre* parecía la reina del pueblo trabajador y humeante de las fábricas, como su comadre era la reina de la muchedumbre puntiaguda de los monumentos religiosos.

Más allá de la población obrera se extendía un bosque de pinos. El Sena, después de haber atravesado entre las dos ciudades, proseguía su curso a lo largo de una gran ladera ondulada de árboles en lo alto, y que a trechos mostraba sus huesos de piedra blanca. Después desaparecía el río en el horizonte, no sin antes describir una nueva curva redondeada. Se veían navíos que remontaban y descendían el río remolcados por barcas de vapor, gruesas como moscas, pero escupiendo una humareda espesa.

Las islas, afincadas en el agua, se alineaban una junto a otra, o bien dejaban grandes espacios entre sí, como las cuentas desiguales de un rosario verdeante.

El cochero esperaba que los viajeros terminasen de extasiarse. Sabía, por experiencia, cuánto duraba la admiración de cada clase de visitantes.

Pero cuando se puso en marcha, Duroy descubrió a unos centenares de metros a dos ancianos que avanzaban en dirección contraria. De pronto saltó ágilmente del carruaje y gritó:

—¡Ahí están! Los reconozco.

Se trataba de dos campesinos, hombre y mujer, que caminaban con paso irregular, balanceándose y chocando hombro con hombro de vez en cuando. El hombre era bajo, rechoncho, encarnado y un poco barrigón, pero vigoroso a pesar de su edad. La mujer era alta, seca, encorvada y triste, era la verdadera y resignada mujer del campo, la que ha trabajado desde la infancia y jamás ha reído mientras el marido bromeaba y bebía con sus parroquianos.

Magdalena también había descendido del carruaje y contemplaba el acercarse de aquellas dos pobres gentes con el corazón oprimido y una tristeza que no había previsto. Los ancianos no reconocieron a su hijo en aquel señor tan guapo, y jamás hubieran adivinado en aquella hermosa mujer vestida con un traje claro a su nuera.

Ellos caminaban sin hablar y rápidos, por delante del hijo esperado, y no se fijaban en aquellas personas de la ciudad que seguían a un simón.

Pasaron de largo, y Jorge, que reía, les gritó:

—¡Buenos días, papá Duroy!

Los viejos se detuvieron en seco, estupefactos al principio y luego atontados por la sorpresa. La madre fue la primera en reaccionar, y balbució sin moverse:

—¿Eres tú nuestro hijo?

El joven respondió:

—Pues claro que lo soy, mamá Duroy.

Y corriendo hacia ella la abrazó para besarla en las dos mejillas con un prolongado y gran beso de hijo. Después abrazó a su padre que se había despojado de su gorra, una gorra al estilo de Rouen, hecha de seda negra, muy alta, y parecida a la usada por los tratantes de ganado.

Jorge anunció al fin:

—Ésta es mi esposa.

Y los dos campesinos contemplaron a Magdalena. La miraron como se observa un fenómeno, con cierta inquietud junto a una especie de aprobación en el padre y animosidad celosa en la madre.

El hombre, que era de naturaleza alegre y la empapaba en la jovialidad de la sidra dulce y el alcohol, se enardeció y preguntó con malicioso guiño:

—¿También la podemos besar?

El hijo respondió:

—¡Pardiez!

Y Magdalena, algo incómoda, tendió sus mejillas a los besos sonoros del aldeano que enseguida enjugó sus labios con el revés de la mano.

La anciana, a su vez, también besó a su nuera con cierta reserva hostil. No, no era aquélla la nuera de sus sueños, la gruesa y fresca granjera, encarnada como una manzana y redonda como una yegua preñada. Ésta tenía aspecto de aventurera con sus faralas y su almizcle. Porque para la vieja todos los perfumes eran de almizcle.

Enseguida se echaron a andar tras el carruaje que llevaba la maleta de los recién casados.

El viejo cogió a su hijo por el brazo y lo retuvo atrás para preguntarle con interés:

—¡Y bien! ¿Cómo van tus asuntos?

—Pues bien, muy bien.

—¡Eso es bueno, estupendo! Dime, ¿tu mujer es acomodada?

Jorge respondió:

—Cuarenta mil francos.

El padre lanzó un ligero silbido de admiración y sólo pudo murmurar:

—¡Diablos!

Le había impresionado la cantidad. Después agregó con una convicción seria:

—¡Vaya, es una hermosa mujer!

La encontraba de su agrado. Y en sus buenos tiempos tuvo fama de conocer el paño.

Magdalena y la madre caminaban juntas y sin decirse nada. Los hombres las alcanzaron.

Llegaron al pueblo, un pueblecito situado junto a la carretera, formado por diez casas a cada lado, casas de aldea y chozas de granjas, unas construidas de ladrillo, otras de arcilla, las unas con tejados de paja y otras con los de pizarra.

El café del padre Duroy, La Bella Vista, no era más que una casucha de planta baja con su granero y se encontraba a la entrada del lugar, a la izquierda. Una rama de pino colgada en la puerta indicaba, a la antigua usanza, que las personas sedientas podían entrar.

La mesa había sido preparada en la sala de la taberna, sobre dos mesas unidas y cubiertas con dos servilletas. Una vecina, que había acudido a ayudarles en el servicio, saludó con gran reverencia al ver la llegada de una señora tan hermosa. Después, al reconocer a Jorge, gritó:

—¡Dios santo! ¿Pero eres tú, chiquillo?

Duroy respondió alegremente:

—Sí, soy yo, tía Brulin.

Y la abrazó tan presuroso como había besado a sus padres.

Luego se volvió a su esposa.

—Ven a nuestro dormitorio —le dijo— y te quitarás el sombrero.

La hizo entrar por la puerta de la derecha en una estancia fría, cuadrangular y completamente blanca. Las paredes estaban pintadas con cal y tenía una cama con

cortinas de algodón. Había un crucifijo encima de una pila de agua bendita, y dos láminas coloreadas que representaban a Pablo y Virginia bajo una palmera azul y Napoleón I montando un caballo amarillo. Eran los únicos adornos que ornamentaban aquella estancia limpia y desoladora.

Cuando se encontraron solos abrazó y besó a Magdalena.

—Buenos días, Magda. Estoy muy contento de haber visto a los viejos. Cuando se está en París, apenas si se piensa en ellos, pero cuando se les encuentra, alegra el haber venido.

El padre gritó golpeando la puerta con los nudillos:

—¡Vamos, vamos! La sopa ya está servida.

Y salieron a sentarse a la mesa.

Aquél fue un largo almuerzo de aldeanos con una serie de platos mal ordenados: una longaniza después de una pierna de carnero, una tortilla después de la longaniza. El viejo Duroy, más animado por la sidra y algunos vasos de vino, abría la espita de sus galanterías escogidas, aquellas que sólo reservaba para las grandes ocasiones, historias picantes y desdichadas que habían ocurrido a sus amigos, según decía. Jorge, que las conocía todas, las reía ganado por el amor a su tierra, reanimado por el ambiente natal, los familiares lugares de su infancia y todas las sensaciones, recuerdos encontrados en las cosas ya vistas en otras ocasiones. Naderías como la señal de un cuchillo en la puerta, una silla coja protagonista de un hecho insignificante, los olores del suelo, el gran aroma de la resina y los árboles procedentes de las floresta cercana, de la vivienda, del arroyo y del estercolero.

La madre apenas hablaba. Permanecía triste y seria, espiando con el rabillo del ojo a su nuera. Sintiendo que se despertaba en su corazón un odio de vieja trabajadora, de vieja aldeana con dedos gastados, con miembros deformados por duras tareas, contra aquella mujer de ciudad que le inspiraba una repulsa de maldita, de réproba, de ser impuro nacido para la molicie y el pecado. Se levantaba continuamente para ir en busca de los platos, verter en los vasos la bebida amarilla y agria de la garrafa, o la sidra dorada y espumosa de las botellas, cuyos corchos saltaban como los de la limonada gaseada.

Magdalena apenas comía, apenas hablaba. Permanecía triste, pero sonreía con aquella sonrisa tan suya, pero ahora melancólica, resignada. Estaba decepcionada, afligida. ¿Por qué? Ella había querido ir, y no ignoraba que iba a casa de unos aldeanos, a casa de unos pobres aldeanos. ¿Cómo se los había imaginado, ella que generalmente no fantaseaba?

¿Acaso lo sabía? Las mujeres siempre esperan algo distinto de lo que realmente es. ¿Acaso en la lejanía se los había imaginado más poéticos? No, pero sí tal vez más literarios, más nobles, más afectuosos, más decorativos. Y no obstante, no los quisiera distinguidos como personajes de novela. ¿De dónde procedía, pues, que le chocasen sus infinitas menudencias invisibles, sus groserías inapreciables, su naturaleza rústica, sus dichos, sus gestos y su alegría?

Magdalena se acordaba de su madre, de la que no hablaba a nadie, una institutriz seducida, educada en Saint Denis y muerta en la miseria y el abandono cuando ella tenía doce años. Un desconocido se había encargado de la educación de la pequeña. ¿Acaso su padre? ¿Quién era él? Jamás lo supo a ciencia cierta, aunque tuvo sus vagas sospechas.

El almuerzo no concluía nunca. Ahora empezaban a entrar los parroquianos, estrechaban la mano de Duroy padre y lanzaban exclamaciones al ver al hijo mientras miraban de reojo a la joven esposa y guiñaban un ojo maliciosamente queriendo significar: «¡Diantre! No está mal la esposa de Jorge Duroy».

Otros, no tan íntimos, se sentaban delante de las mesas de pino y gritaban:

—¡Un litro!

—¡Una cerveza!

—¡Dos aguardientes!

Y se ponían a jugar al dominó dando fuertes golpes con las fichas de hueso, blancas y negras.

La madre de Duroy no cesaba de ir y venir para servir a los clientes, con su actitud de lamento. Cobraba y secaba las mesas con la punta de su delantal azul.

El humo de las pipas de barro y de los cigarros de cinco centímetros llenaba la estancia. Magdalena se puso a toser y preguntó:

—¿Y si saliésemos? No puedo más.

Todavía no habían acabado de comer. El viejo Duroy se disgustó. Entonces ella se levantó y fue a sentarse en una silla delante de la puerta, en la carretera, esperando que su suegro y su marido se acabaran el café y sus copitas.

Jorge se reunió con ella enseguida.

—¿Quieres que paseemos hasta el Sena? —le preguntó.

Ella aceptó con júbilo:

—¡Oh, sí! Vamos.

Descendieron la montaña, alquilaron una lancha en Croisset, y pasaron el resto de la tarde orilleando una isla, bajo los sauces, adormilados ambos por el suave calor de la primavera, y arrullados por las mansas olas del río.

Regresaron cuando anochecía.

La comida de la noche, a la luz de un candil, fue más penosa para Magdalena que el almuerzo. El padre de Duroy, que estaba medio borracho, no hablaba. La madre conservaba su expresión hosca.

La escasa luz lanzaba sobre las paredes grises las sombras de sus cabezas con unas enormes narices y unas expresiones desmesuradas. A veces se veía una mano gigante que levantaba un tenedor grandioso hacia una boca que se abría como las fauces de un monstruo, cuando alguno se volvía un poco y presentaba su perfil a la llama amarilla y vacilante.

Una vez concluida la cena, Magdalena se llevó afuera a su marido para no permanecer más tiempo en aquella sala sombría, donde continuaba el olor acre de las

pipas viejas y de las bebidas derramadas.

Cuando estuvieron en la carretera él le preguntó:

—¿Ya te aburres?

Ella quiso protestar, pero Duroy le interrumpió:

—No. Ya lo he visto. Si quieres, mañana mismo nos marchamos.

Magdalena contestó:

—Sí. Sí quiero.

Caminaban despacio. Era una noche tibia, cuya sombra acariciadora y profunda parecía llena de ligeros rumores, de roces y susurros. Se metieron por un sendero estrecho orillado de altos árboles como dos barreras de negra espesura.

Ella le preguntó:

—¿Dónde nos encontramos?

—En el bosque.

—¿Es grande?

—Muy grande. Uno de los más grandes de Francia.

Un aroma a tierra, árboles y musgo, ese perfume viejo y fresco de los bosques profundos, hecho de la savia, de los brotes, y de la hierba muerta y segada de los forrajes, parecía dormitar en aquella avenida.

Magdalena, levantando la cabeza, descubría las estrellas entre las copas de los árboles, y aunque ninguna brisa agitaba las ramas, percibía alrededor suyo la vaga palpitación de aquel océano de hojas.

Un singular estremecimiento le invadió el alma y le recorrió la piel. Una indefinible angustia le oprimió el corazón. ¿Por qué? No lo comprendía. Pero tenía la sensación de haberse perdido, ahogado, estar rodeada de peligros y abandonada de todos, sola, sola en el mundo bajo aquella bóveda viviente, que gemía en lo alto.

Murmuró:

—Tengo un poco de miedo. Me gustaría regresar.

—Bien. Regresemos.

—Y…, ¿nos marcharemos mañana a París?

—Sí, mañana.

—¿Mañana por la mañana?

—Por la mañana, si tú quieres.

Regresaron. Los viejos ya se habían acostado. Magdalena durmió mal. Se despertaba continuamente ante cualquier ruido del campo, nuevos para ella: el chillido de la lechuza, el gruñido del cerdo encerrado en una pocilga pegada a la pared, el canto de un gallo que anunciaba la medianoche.

Se levantó y se dispuso a marchar con las primeras luces de la aurora.

Cuando Jorge anunció a sus padres que se disponían a regresar, los dejó completamente sorprendidos, pero enseguida comprendieron de dónde procedía aquella decisión.

El padre preguntó sencillamente:

—¿Te volveremos a ver pronto?

—Pues claro. Este verano.

—Entonces, mejor.

La vieja rezongó:

—Deseo que no tengas que arrepentirte de lo que has hecho.

Jorge les entregó doscientos francos como regalo para apaciguar su descontento. Y habiendo aparecido a eso de las diez el simón que un chiquillo había ido a buscar, los recién casados abrazaron a los viejos aldeanos y se fueron.

Cuando descendían la ladera Duroy se echó a reír.

—¡Ya lo has visto! —dijo—. Te lo había anunciado. No debí dejar que conocieses a los señores Du Roy de Cantel, padre y madre.

Ella también se echó a reír y replicó:

—Ahora estoy encantada. Son unas buenas personas, que empiezo a querer mucho. Les enviaré algunas chucherías desde París.

Al poco rato añadió:

—Du Roy de Cantel… Ya verás cómo nadie se asombrará de nuestras tarjetas de visita. Diremos que hemos pasado ocho días en las propiedades de tus padres.

Y, acercándose a él, le besó ligeramente la guía de su bigote.

—Buenos días, Jorge.

Él respondió poniendo una mano en la cintura de su esposa:

—Buenos días, Magda.

A lo lejos, en la profundidad del valle, se divisaba el ancho río discurriendo como una cinta de plata bajo el sol mañanero, todas las chimeneas de las fábricas que lanzaban al cielo sus nubes de carbón, y los campanarios picudos que se erigían sobre la vieja ciudad.

Capítulo II

Hacía dos días que los Du Roy habían regresado a París. El periodista había reanudado sus antiguas tareas con la esperanza de dejar pronto su sección de los Ecos, asumir definitivamente las funciones de Forestier y consagrarse de lleno a la política.

Aquella noche regresaba a su casa, que era la misma que ocupó su predecesor, con el corazón lleno de alegría y un vivo deseo de abrazar a su mujer, que insensiblemente le dominaba con su subyugador encanto físico. Se detuvo al pasar ante un puesto de flores, en lo bajo de la calle de Notre Dame de Lorette, y se le ocurrió comprar un ramo para Magdalena. Eligió un gran manojo de rosas apenas abiertas, un ramo de perfumados brotes.

En cada descansillo de su nueva escalera se miraba complacido en aquellos espejos cuya visión le recordaban constantemente su primera visita a la casa.

Tocó el timbre por haberse olvidado la llave, y acudió a abrirle el mismo criado, que también conservaba por consejo de su mujer.

Jorge preguntó:

—¿Ha vuelto la señora?

—Sí, señor.

Pero al pasar por el comedor le sorprendió mucho ver tres cubiertos. Como la cortina del salón estaba levantada descubrió a Magdalena disponiendo en un florero que había sobre la chimenea un manojo de rosas muy parecido al suyo. Aquello le contrarió, le disgustó como si alguien le hubiese robado su idea, su atención y el placer que esperaba con su obsequio.

Preguntó al entrar:

—¿Has invitado a alguien?

Ella respondió sin volverse, continuando en su tarea:

—Sí y no. Se trata de mi viejo amigo, el conde de Vaudrec que tiene la costumbre de cenar aquí los lunes, y hoy viene como en otras ocasiones.

Jorge farfulló:

—¡Ah! Muy bien.

Él permanecía de pie, tras ella, con su ramo en la mano y el vivo deseo de romperlo, de tirarlo. Sin embargo, dijo:

—Ten. Te he traído unas rosas.

Su mujer se volvió bruscamente y exclamó sonriendo:

—¡Ah, qué amable has sido al acordarte de esto!

Y le ofreció sus brazos y sus labios con un arrebato de placer tan sincero que Jorge se sintió consolado.

Magdalena cogió las flores, las olió con vivacidad de niño satisfecho, y las colocó en el florero que había vacío frente al primero. Después, contemplando su efecto, murmuró:

—¡Qué contenta estoy! Ahora sí que está florida mi chimenea.

Y enseguida añadió con convicción:

—Sabes, Vaudrec es en cantador. Verás qué pronto intimas con él.

El sonido del timbre anunció la llegada del conde. Entró tranquilo, con la misma naturalidad que si estuviese en su casa. Después de haber besado galantemente los dedos de la joven dueña se volvió al marido y le tendió la mano con cordialidad mientras le preguntaba:

—¿Está usted bien, mi querido Du Roy?

Ya no adoptaba el empaque ni la afectada gravedad de antes, sino un aspecto afable que revelaba el evidente cambio de situación. El periodista, sorprendido, trató de corresponder amablemente al saludo. Cinco minutos después cualquiera hubiese creído que se conocían y apreciaban desde hacía muchos años.

Entonces, Magdalena, cuyo hermoso rostro estaba radiante, les dijo:

—Les dejo solos. Tengo que echar un vistazo a la cocina.

Salió seguida por la mirada de los dos hombres.

Cuando regresó los encontró hablando de teatro acerca de una nueva obra. Estaban tan completamente de acuerdo que sus ojos revelaban la iniciación de una rápida amistad descubierta ante esta absoluta coincidencia de ideas.

La cena estuvo deliciosa por lo íntimo y cordial. El conde prolongó mucho la velada de tan a gusto que se encontraba en aquella casa, y entre aquel nuevo matrimonio.

Una vez que se hubo marchado, Magdalena dijo a su marido:

—¿Verdad que es perfecto? Gana muchísimo cuando se le conoce bien. Ahí tienes un buen amigo, leal, abnegado, seguro. ¡Ah! Sin él…

No acabó de formular su pensamiento, y Jorge replicó:

—Sí, lo encuentro muy simpático. Creo que nos entenderemos muy bien.

Pero ella añadió inmediatamente:

—¿Sabes? Tenemos que trabajar esta noche, antes de acostarnos. No he tenido ocasión de hablar sobre ello antes de cenar, porque Vaudrec llegó muy pronto. Hace poco me han traído graves noticias sobre Marruecos. Es Laroche Mathieu el diputado y futuro ministro, quien me las ha proporcionado. Es preciso que escribamos un gran artículo, un artículo sensacional. Poseo datos y cifras. Vamos a ponernos inmediatamente a la tarea. Toma, coge la lámpara.

La cogió y pasaron al despacho.

Los mismos libros se alineaban en la biblioteca, que ahora tenía sobre una repisa los tres jarrones comprados en golfo Juan por Forestier la víspera de su muerte. Bajo la mesa se encontraba el folgo del muerto que esperaba los pies de Du Roy, quien los abrigó después de haberse sentado, y cogió un cortaplumas de marfil algo mordisqueado en la punta por los dientes del otro.

Magdalena se apoyó en la chimenea, encendió un cigarrillo y contó las noticias que tenía. Luego expuso sus ideas y el plan del artículo que imaginaba.

Su marido escuchaba atentamente y tomaba notas. Cuando ella hubo acabado, Jorge hizo algunas objeciones, reconsideró la cuestión, la amplió y la desarrolló a su vez, no para escribir un artículo sino para hacer una campaña contra el ministerio actual. Aquel ataque sería el principio.

Su mujer había dejado de fumar. Su interés era tal que se despertaban en ella nuevas perspectivas siguiendo la argumentación de Jorge.

De vez en cuando musitaba:

—Sí…, sí… Eso es muy bueno… Estupendo… Eso es demasiado fuerte…

Cuando Jorge concluyó la exposición de su plan, ella dijo:

—Ahora, escribamos.

Pero a él le tocaba el difícil principio y buscaba las palabras trabajosamente. Entonces, ella se le acercó despacito, se inclinó sobre su hombro y se puso a soplarle sus frases muy bajito al oído.

De vez en cuando Magdalena vacilaba y le preguntaba:

—¿Es esto lo que querías decir?

Y él respondía:

—Sí, exactamente.

Su mujer tenía agudos rasgos de ingenio, envenenadas ocurrencias de mujer que herirían al presidente del Consejo. Mezclaba las burlas sobre su persona con las relativas a su política, pero de una manera tan graciosa que hacía reír y sorprendía al mismo tiempo, por la justeza de la observación.

Du Roy, a veces, añadía algunas líneas que hacían más profundo y eficaz el alcance de la ofensiva. Conocía, además, el arte de lanzar reticencias malévolas que había aprendido al afiliar la intención de los ecos. Cuando un hecho que Magdalena daba por cierto le parecía dudoso o comprometedor, se las ingeniaba para hacerlo adivinar e imponerlo con más fuerza a la credulidad que si fuera afirmado.

Una vez estuvo terminado el artículo, Jorge lo leyó en voz alta declamándolo. Ambos, de común acuerdo, lo juzgaron admirable. Sonrieron encantados y sorprendidos como si acabasen de descubrirse el uno al otro. Luego se contemplaron al fondo de los ojos, enmudecidos de admiración y enternecimiento, y se abrazaron con arrebato, con un ardiente amor que sus espíritus comunicaban a sus cuerpos.

Du Roy cogió de nuevo la lámpara y dijo con una mirada encendida:

—Y ahora, a la camita.

Ella respondió:

—Pase usted, señor mío, ya que alumbra el camino.

Él pasó y ella le siguió hacia el dormitorio haciéndole cosquillas con la punta de un dedo en el cuello, entre el nacimiento del cabello y el cuello, para que anduviese más aprisa, pues él temía aquella caricia.

El artículo apareció bajo la firma de Jorge Du Roy de Cantel y fue muy comentado. Se impresionaron en la Cámara. El viejo Walter felicitó al autor y le encargó la sección política de *La Vie Française*. Los ecos volvieron a manos de

Boisrenard.

El periódico, entonces, empezó una hábil y violenta campaña contra el ministerio que dirigía los destinos del país. El ataque, siempre bien dirigido y nutrido de hechos, a veces irónico, otras severo, cuando no complaciente o virulento, golpeaba con una seguridad y una continuidad que asombraba a todo el mundo. Los demás periódicos citaban constantemente a *La Vie Française*, e incluso reproducían pasajes enteros. Los hombres que ocupaban el poder se informaron de si no se podría acallar con una prefectura a aquel enemigo desconocido y encarnizado.

Du Roy se iba haciendo célebre en los círculos políticos. Sentía crecer su influencia con la sola presión de las manos que estrechaba y en los sombrerazos que le saludaban. Su mujer, por otra parte, le henchía de estupor y admiración por la ingeniosidad de su espíritu, la habilidad de sus informaciones y sus numerosas relaciones.

Siempre, cuando regresaba a su casa, encontraba en su salón a un senador, un diputado, un magistrado, o un general que conversaba con Magdalena, con la familiaridad y el respeto de antiguos amigos. ¿Dónde había conocido a tantas personas? Entre la buena sociedad, decía ella. Pero ¿cómo había logrado conquistar su amistad y confianza? No lo comprendía.

«Ésta haría una estupenda diplomática», pensaba él.

Con frecuencia la señora Du Roy volvía a casa muy tarde, a la hora justa de comer. Aparecía sofocada, roja y jadeante, pero sin quitarse el velo ya le decía:

—Hoy traigo canela. Figúrate que el ministro de Justicia acaba de nombrar dos magistrados que formaron parte de la comisión mixta. Vamos a pegarle un trallazo del que se va a acordar toda la vida.

Y se le soltaba el bocinazo al ministro, y se le soltaba otro al día siguiente, y un tercero le caía al otro día. El diputado Laroche Mathieu, que cenaba todos los martes en la calle Fontaine, después del conde Vaudrec, que empezaba la semana, estrechaba fuertemente las manos de la mujer y del marido con vivas demostraciones de júbilo. No se cansaba de repetir:

—¡Cristo, qué campaña! Si después de esto no triunfamos…

Esperaba, en efecto, triunfar para hacerse con la cartera de Asuntos Exteriores, que acechaba desde hacía mucho tiempo.

Laroche Mathieu era uno de esos hombres políticos de muchas caras, sin convicciones, sin grandes medios, sin audacia y sin conocimientos serios. Abogado de provincia, hábil equilibrista entre los partidos extremos, especie de jesuita republicano y de champiñón liberal de dudoso origen, era uno de tantos como brotan en el estercolero popular del sufragio universal.

Su maquiavelismo de aldea le hacía pasar por inteligente entre sus colegas, entre los sin profesión y los fracasados que suelen hacerse diputados. Era lo bastante cuidado, lo bastante correcto, familiar y suficientemente amable para triunfar. Tenía mucho éxito en su mundo, en la sociedad heterogénea, turbia y no muy fina de los

altos funcionarios en candelero.

Por todas partes se decía: «Laroche Mathieu será ministro». Y él creía, con más firme fe que ninguno, que Laroche sería ministro.

Era uno de los principales accionistas del periódico del viejo Walter, su colega y su asociado en muchos asuntos de negocios.

Du Roy lo apoyaba con confianza y con vagas esperanzas para el porvenir. Por otro lado no hacía más que continuar la obra empezada por Forestier, a quien Laroche Mathieu había prometido la Cruz de la Legión de Honor cuando llegase el día de su triunfo. La condecoración luciría en el pecho del nuevo marido de Magdalena. Nada había cambiado, en apariencia.

Se advertía bien que nada había cambiado, porque los compañeros de Du Roy empezaban a mostrarle una inquina que ya estaba molestándole.

No le llamaban más que Forestier.

Nada más llegaba al periódico, alguno le gritaba:

—¡Escucha, Forestier!

Él fingía no haberle oído y buscaba su correspondencia en el casillero. Pero la voz repetía con mayor potencia:

—¡Eh, Forestier!

Y se oían algunas risas ahogadas.

Cuando Du Roy iba a entrar en el despacho del director, aquel que le había llamado le paraba y decía:

—¡Oh, perdona! Es a ti a quien quiero hablar. Es estúpido. Siempre te confundo con el pobre Carlos. Y todo es por tus artículos, que se parecen extraordinariamente a los suyos. Todo el mundo se equivoca.

Du Roy no respondía nada, pero rabiaba. Una cólera sorda nacía en su pecho contra el muerto.

El mismo Walter le había declarado que algunos se asombraban por aquellas evidentes similitudes en los giros y la inspiración, entre las crónicas del nuevo redactor político y las del antiguo.

—Sí, esto es de Forestier, pero de un Forestier más enterado, más vigoroso y con más nervio.

En otra ocasión en que Du Roy abrió por casualidad el armario de boliches, vio que los de su predecesor tenían alrededor del mango un crespón negro, y el suyo, el que utilizaba para adiestrarse bajo la batuta de Saint Potin, una cinta rosa. Todos estaban colocados en fila sobre la misma plancha y por orden de tamaños. Un tarjetón, semejante a los que se ven en los museos, tenía escrito: «Antigua colección Forestier & Cía., Forestier - Du Roy, sucesor, diplomado S. G. D. G. Artículos en desuso que pueden servir en cualquier circunstancia, incluso en viaje».

Cerró el armario sin perder la calma, y luego dijo con voz lo suficientemente alta como para que le oyesen:

—¡En todas partes hay imbéciles y envidiosos!

Pero se sentía herido en su orgullo, herido en su vanidad, aquella vanidad y orgullo receloso de escritor, que produce esa susceptibilidad nerviosa y siempre en guardia que se advierte por igual en el reportero como en el poeta genial.

La palabra Forestier le desgarraba el tímpano. Temía oírla y se sentía enrojecer al escucharla.

Aquel apellido era para él una burla sangrienta, más que una burla, un insulto. Aquello quería significar: «Es tu mujer quien escribe esto, como ella escribía lo del otro. No serás nada sin ella».

Admitía, sin dificultad, que Forestier no hubiese sido nada sin Magdalena, pero él… ¡Vamos, hombre!

Una vez llegado a su hogar proseguía la obsesión. Allí era toda la casa recordándole al difunto: los muebles, las chucherías, todo lo que tocaba. Al principio no pensaba en aquellas cosas, pero las pesadas bromas de sus compañeros habían hecho mella en su ánimo, y una porción de menudencias, inadvertidas hasta entonces, se le hicieron presentes.

No podía tocar un objeto sin ver inmediatamente sobre él la mano de Carlos. Y no veía ni usaba más que objetos utilizados en otros tiempos por el difunto. Cosas que él había comprado, amado y poseído. Y Jorge empezaba a irritarse incluso pensando en las antiguas relaciones de su mujer y de su amigo.

A veces se asombraba de aquella repulsa de su corazón, que no comprendía, y se preguntaba:

—Pero ¿qué diablos es esto? No tengo celos de los amigos de Magdalena. Jamás me preocupo de lo que ella hace. Entra y sale a su antojo y, sin embargo, el recuerdo de ese bestia de Carlos me pone rabioso.

Y añadía mentalmente: «En el fondo no era más que un cretino, y seguramente es eso lo que me hiere. Me molesta que Magdalena hubiera podido casarse con tal tonto».

Se repetía constantemente: «¿Cómo es posible que una mujer como ella hubiera podido apencar un solo momento con semejante animal?».

Y su rencor aumentaba de día en día gracias a infinidad de insignificantes detalles que le pinchaban como alfileres al evocar el recuerdo del muerto, ya por una frase de Magdalena, bien por una palabra del criado, o de la doncella.

Una noche Du Roy, que era muy goloso, preguntó:

—¿Por qué no hay platos dulces? Nunca los tomamos.

Su mujer respondió jovialmente:

—¡Ay, es verdad! No pienso en ello. Quizá sea porque Carlos los detestaba.

Jorge le cortó la palabra con un gesto de impaciencia, que no pudo reprimir.

—¡Ah! ¿Sabes? Ya me está hartando un poco Carlos. Siempre lo mismo: Carlos por aquí, Carlos por allá. A Carlos le gustaba esto, a Carlos le gustaba lo otro. Puesto que Carlos ha reventado, dejémosle tranquilo.

Magdalena contemplaba a su marido con estupor, sin comprender a qué venía

aquella súbita cólera. Pero, enseguida, como mujer avisada empezó a adivinar algo de lo que le ocurría; efecto, sin duda, del lento trabajo de los celos póstumos que aumentaban a cada instante por todo lo que le recordaba al otro.

Juzgó todo aquello bastante pueril, pero, a pesar de todo, le halagaba y no respondió nada.

Él se indignó ante aquella irritación, que no había podido disimular. Pero cuando escribían aquella misma noche su artículo para el día siguiente se enredó con el folgo y no logrando acomodarlo a sus pies, lo arrojó lejos de sí con un puntapié, mientras preguntaba riendo:

—¿También Carlos tenía frío en las patas?

Magdalena también le respondió riendo:

—¡Oh, sí! Vivía aterrado por los catarros, y no estaba bien del pecho.

Du Roy replicó con feroz ensañamiento:

—Desde luego, lo demostró bien.

Pero enseguida añadió galante, mientras besaba la mano de su esposa:

—Felizmente para mí.

Y cuando se acostaron, siempre obsesionado por el mismo pensamiento, preguntó de nuevo:

—¿Acaso usaba Carlos gorros de algodón para evitar las corrientes de aire en las orejas mientras dormía?

Ella le siguió la broma y respondió:

—No, se ponía un paño anudado sobre la frente.

Jorge se encogió de hombros y comentó con un despectivo gesto de superioridad:

—¡Qué tonto!

Desde entonces, Carlos constituyó para Du Roy un constante tema de conversación. Hablaba de él con cualquier motivo, y no le llamaba más que «ese pobre Carlos», con una expresión de infinita piedad.

Cuando regresaba del periódico, donde le habían llamado dos o tres veces Forestier, se vengaba persiguiendo al difunto con rencorosas burlas hasta el fondo del sepulcro. Recordaba sus defectos, pequeñeces y ridiculeces, y hasta los enumeraba complacido, aumentándolos y exagerándolos, como si desease combatir la influencia de un temible rival en el corazón de su mujer.

Decía:

—¿Te acuerdas, Magda, de aquel día en que el tonto de Forestier pretendía demostrarnos que los hombres gordos eran más vigorosos que los delgados?

Otras veces quería saber una serie de detalles íntimos y secretos sobre el difunto, que la mujer, con cierto disgusto, se negaba a declarar. Pero él insistía y se obstinaba.

—Vamos, cuéntame eso. Debía de estar muy gracioso en esas circunstancias, ¿verdad?

Ella murmuraba sin apenas mover los labios:

—Vamos, déjalo en paz de una vez.

Él insistía:

—No, dímelo. ¿Es cierto que ese animal era un torpe en la cama?

Y siempre acababa diciendo:

—¡Qué bruto era!

Una noche, a finales de junio, mientras Jorge fumaba un cigarrillo asomado a la ventana, el calor sofocante le hizo sentir deseos de dar un paseo. Preguntó:

—Mi pequeña Magda, ¿quieres que vayamos hasta el Bosque?

—Pues claro que sí.

Tomaron un simón descubierto, recorrieron los Campos Elíseos y siguieron por la avenida del Bosque de Bolonia. No corría un soplo de aire en la noche. Era una de esas noches en que la atmósfera de París entra por el pecho como el aliento de un horno. Un ejército de simones conducía bajo los árboles a una multitud de enamorados. Los vehículos iban, unos detrás de otros, como una riada.

Jorge y Magdalena se entretenían al contemplar a aquellas parejas enlazadas, que pasaban en sus coches, la mujer vestida de claro y el hombre con traje oscuro. Era un inmenso río de amantes que se deslizaba bajo el cielo estrellado y ardiente, hacia el Bosque. No se oía más ruido que el sordo rodar sobre la tierra. Pasaban y pasaban coches con dos seres en cada uno, tendidos sobre el almohadillado asiento, mudos y muy juntos uno a otro, perdidos en la alucinación del deseo, trémulos por la espera de la próxima unión. Las cálidas sombras parecían llenas de besos. Flotaba una sensación de ternura, de amor animal extendido que caldeaba la atmósfera y la hacía más sofocante. Todas aquellas personas acopladas, presas del mismo pensamiento, del mismo ardor, expandían una corriente febril en torno a ellos. Todos aquellos vehículos cargados de amor, sobre los que parecían revolotear las caricias, dejaban tras sí una ráfaga sensual, sutil y turbadora.

También Jorge y Magdalena se sintieron contagiados por aquella ternura. Y se cogieron de las manos sin decir una palabra, con el pecho algo oprimido por la pesadez de la atmósfera y la emoción que les embriagaba.

Cuando llegaron a dar la vuelta a las fortificaciones, se besaron, y ella, un poco azorada, dijo:

—Somos tan chiquillos como cuando íbamos a Rouen.

La gran corriente de vehículos se deshacía al penetrar en la espesura. Por el camino de los lagos, que seguían los jóvenes esposos, los simones se espaciaban un poco más, pero la densa noche de árboles, el aire vivificado por las hojas y por la humedad de los arroyuelos que se oían correr bajo el ramaje, ofrecían una especie de frescor al amplio espacio nocturno, tachonado de estrellas, que daba un encanto más penetrante y una sombra más misteriosa a los besos de las parejas rodantes.

Jorge murmuró estrechando a su esposa contra sí:

—¡Oh, Magda mía!

Ella le dijo:

—¿Te acuerdas del bosque de tu pueblo? ¡Qué siniestro! Me parecía que estaba

lleno de bestias espantosas y que no tenía fin. En cambio esto, ¡sí que es delicioso! Se notan las caricias en el viento y sé que Sèvres se halla al otro lado del bosque.

Du Roy replicó:

—¡Oh! En el bosque de mi pueblo no hay más que ciervos, zorros, corzos y algunos jabalíes, y de vez en cuando, la casita de algún forestal[3].

Esta palabra, el apellido del muerto, salió de su boca y le sorprendió como si alguien se la hubiera gritado desde el fondo de una espesura. Se calló bruscamente, sobrecogido por aquel extraño y persistente malestar, por esta irritación celosa, roedora e inevitable que le amargaba la vida desde hacía algún tiempo.

Preguntó al cabo de un minuto:

—¿Venías alguna vez por aquí con Carlos, como esta noche?

Ella respondió:

—Pues sí, con frecuencia.

De pronto se sintió acometido por el deseo de regresar a su casa. Era un deseo impaciente que le excitaba y oprimía el corazón. La imagen de Forestier había entrado en su espíritu y lo poseía, lo estrujaba. No podía pensar más que en él y hablar de él.

Preguntó con acento malévolo:

—Dime, Magda…

—¿Qué, amigo mío?

—¿Pusiste alguna vez los cuernos a ese pobre Carlos?

Ella respondió desdeñosa:

—¡Qué pesado te pones con tu manía!

Pero él no cejó en su idea:

—Vamos, mi pequeña Magda, sé franca y confiésalo. ¿Le pusiste los cuernos? Di, confiesa que se los pusiste.

Magdalena se callaba, sorprendida como cualquier otra mujer, por semejante presunción.

Él insistió obstinado:

—Diablos, si alguien tenía la cabeza a propósito para ello, era él, sin duda. ¡Oh, sí, sí! ¡Cómo me divertiría saber que Forestier era cornudo! ¡Eh! ¡Qué buena cara de tonto!

Observó que ella sonreía, seguramente ante algún recuerdo, e insistió:

—Vamos, dímelo. ¿Qué importancia tiene eso? Al contrario, sería gracioso que me confesaras que le engañaste, que me lo confesaras a mí.

Temblaba de impaciencia con la esperanza y el deseo de saber que Carlos, el odioso Carlos, el detestado muerto, el execrado difunto, estuvo llevando esa ridícula vergüenza. Y sin embargo…, sin embargo, otra emoción más confusa aguijoneaba su deseo de saber.

Repitió:

—Magda, mi pequeña Magda. Te lo ruego, dímelo. En él tenías a uno que no lo

hubiera notado. Habrías hecho muy mal en no ponérselos. Vamos, Magda, confiesa.

Ahora, sin duda, ella encontraba graciosa aquella insistencia porque reía, con breves y entrecortadas risitas.

Jorge había acercado sus labios al oído de su mujer.

—Vamos…, vamos…, confiésalo.

Magdalena se separó con un movimiento seco y declaró bruscamente:

—Tú eres estúpido. ¿Acaso se responde a semejantes preguntas?

Había dicho aquello de una manera tan singular que un estremecimiento de frío recorrió las venas de su marido y lo dejó aturdido, asustado y un poco jadeante, como si hubiera sufrido una conmoción moral.

El simón, mientras tanto, orillaba el lago, donde el cielo parecía haber sembrado sus estrellas. Dos cisnes, apenas visibles, nadaban lentamente en medio de la sombra.

Jorge gritó al cochero:

—¡Regresemos!

El carruaje dio la vuelta y se cruzó con los demás que marchaban al paso, y cuyos grandes faroles relumbraban como ojos en la oscuridad del Bosque.

¡Con qué extraña entonación había dicho aquello! Du Roy se preguntaba: «¿Acaso es una confesión?». Y esta casi incertidumbre de que ella había engañado a su primer marido, lo encolerizaba como no imaginó nunca. Sentía deseos de golpearla, de estrangularla, de arrancarle los cabellos.

¡Ah!, si ella hubiera respondido: «Pero, querido, si le hubiera engañado, habría sido contigo». Entonces la habría abrazado, besado y adorado.

Permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, los ojos levantados al cielo y el espíritu excesivamente agitado para reflexionar todavía. Solamente sentía fermentar dentro de sí aquel rencor y crecer aquella cólera que incuban todos los machos ante los caprichos del deseo femenino. Por primera vez sentía aquella vaga angustia del esposo que sospecha. Al fin estaba celoso, celoso por el muerto, celoso por cuenta de Forestier, celoso de una manera extraña y punzante, en la que entraba, súbitamente, el odio contra Magdalena. Si ella había engañado al otro, ¿cómo podría confiar en ella?

Poco a poco una especie de calma fue invadiendo su espíritu, endureciéndole contra aquel sufrimiento. Pensó:

«Todas las mujeres son unas zorras. Sólo hay que utilizarlas y no darles nada de uno».

La amargura de su corazón le subía a los labios en palabras de menosprecio y aversión. Pero no las dejaba salir, sin embargo, y se repetía:

«El mundo es de los fuertes. Hay que ser fuerte. Hay que estar por encima de todo».

El coche iba más rápido. Volvía a pasar las fortificaciones. Du Roy contemplaba ante sí la claridad rojiza del cielo, semejante al resplandor de una fragua gigantesca. Oía un rumor confuso, inmenso y continuo, que estaba hecho de innumerables ruidos, diversos y sordos, próximos y lejanos, como una enorme y vaga palpitación de vida:

el aliento de París que respiraba en aquella noche de estío como un coloso rendido por la fatiga.

Jorge pensaba:

«Sería bien tonto criar bilis. Cada uno para sí. La victoria es de los audaces. No hay nada más que egoísmo. Pero el egoísmo por la ambición y por la fortuna es mucho mejor que el egoísmo por las mujeres y por el amor».

El Arco del Triunfo de la Estrella aparecía en pie a la entrada de la ciudad, apoyándose en sus dos monstruosas piernas como un gigante informe que se dispusiera a ponerse en marcha y a descender por la amplia avenida abierta delante de sí.

Jorge y Magdalena se encontraron nuevamente entre la gran fila de vehículos que volvían a sus apartamentos, al lecho del placer, a la eterna pareja, silenciosa y enlazada. Parecía que toda la humanidad se deslizaba junto a ellos, ebria de júbilo, de placer y de felicidad.

La joven esposa, que había presentido algo de lo que ocurría en el ánimo de su marido, preguntó con su voz dulce:

—¿En qué piensas, amigo mío? No has pronunciado ni una palabra desde hace media hora.

Respondió él, sonriendo irónicamente:

—Pienso en todos esos imbéciles que se besan, y me digo que, verdaderamente, hay cosas mejores en la existencia.

Su mujer murmuró:

—Sí…, pero a veces está bien.

—Está bien…, está bien… cuando no hay nada mejor.

El pensamiento de Jorge continuaba desnudando a la vida de su velo poético con una especie de rabia maligna.

«Sería bien tonto disgustándome —pensaba—. Privarme de algo, incomodarme, atormentarme y seguir royéndome el alma como lo hago desde hace tiempo».

La imagen de Forestier se le presentó nuevamente y no le produjo ninguna irritación. Parecía que acabasen de reconciliarse, que volvían a ser amigos. Y le entraron ganas de gritarle:

«Buenas noches, viejo».

Magdalena, a quien este silencio molestaba, preguntó:

—¿Y si fuésemos a tomar un helado en Tortoni antes de entrar en casa?

La miró de reojo. Su fino perfil rubio le apareció iluminado bajo una viva guirnalda de luces de gas que anunciaba un café cantante.

«¡Qué bonita! —pensó—. ¡Bah! Tanto mejor. A buen gato, buena rata, amiga mía. Pero cuando vuelva a atormentarme por ti, ya hará calor en el Polo Norte».

Al fin le respondió en voz alta:

—Pues claro, querida.

Y para que ella no adivinase nada, la besó.

Pero a la joven esposa le pareció que los labios de su marido estaban helados.

Él sonreía, sin embargo, con su habitual sonrisa mientras le daba la mano para descender ante la escalinata del café.

Capítulo III

Al entrar Du Roy al día siguiente en el periódico, se dirigió al encuentro de Boisrenard.

—Mi querido amigo —le dijo—. Tengo que pedirle un favor. Desde hace tiempo parece que encuentran divertido, algunos compañeros, el llamarme Forestier. A mí empieza a cansarme la broma. ¿Quieres tener la bondad de prevenir, amablemente, a esos compañeros? Abofetearé al primero, que en lo sucesivo, se permita esa diversión. Les convendría pensar si esa broma merece exponerse a una estocada. Me dirijo a ti porque eres un hombre sereno que sabe evitar los extremos violentos, y también porque me serviste de padrino en mi duelo.

Boisrenard se encargó de la petición.

Du Roy salió para realizar algunas diligencias y regresó una hora más tarde. Nadie le llamó Forestier.

Cuando volvió a su casa oyó voces de mujer en el salón y preguntó:

—¿Quién está ahí?

El criado respondió:

—La señora Walter y la señora de Marelle.

Sintió una ligera sacudida en el corazón, y enseguida pensó: «¡Vaya, qué bien!», mientras abría la puerta.

Clotilde se encontraba a un lado de la chimenea, iluminada por un rayo de sol que penetraba por la ventana. A Jorge le pareció que palidecía un poco al verle. Después de haber saludado a la señora Walter y a sus dos hijas, sentadas a cada lado de su madre como si fueran centinelas, Du Roy se dirigió a su antigua amante. Ella le tendió su mano, que él estrechó intencionadamente, como intentando decirle: «Todavía te amo». Ella respondió a la presión.

Du Roy preguntó:

—¿Le ha ido bien durante el siglo transcurrido desde nuestro último encuentro?

Ella respondió con desenvoltura:

—Pues claro, ¿y a usted, Bel Ami? —y añadió volviéndose hacia Magdalena—: ¿Permites que le siga llamando Bel Ami?

—Claro, querida. Te permito todo lo que quieras.

Cierto matiz irónico parecía esconderse tras aquellas palabras.

La señora Walter hablaba de una fiesta que Santiago Rival iba a dar en su piso de soltero. Se refería a un gran asalto de armas al que asistirían muchas señoras del gran mundo. Decía:

—Será muy interesante. Pero estoy desolada porque no tenemos a nadie que nos acompañe. Mi marido debe ausentarse en esos días.

Du Roy se ofreció enseguida y ella aceptó diciendo:

—Mis hijas y yo le quedaremos muy agradecidas.

Jorge contemplaba a la más joven de las señoritas Walter y pensaba: «No está mal

del todo esta Susanita. No está mal». La joven parecía una muñeca rubia, frágil y pequeña, pero esbelta. Tenía la cintura estrecha, caderas y pecho, un rostro de miniatura, los ojos como esmalte azul grisáceo, agrandados por el dibujo del lápiz, como si fuesen obra de un pintor minucioso e imaginativo. La piel muy blanca, tersa, suave, compacta, sin granos ni tintes, y los cabellos crespos, rizosos, como una hábil y leve maraña, una encantadora nube muy semejante al efecto que producen las cabelleras de las bonitas muñecas de lujo que se ven en los brazos de las chiquillas menos altas que su juguete.

La hermana mayor, Rosa, era fea, lisa e insignificante. Una de esas muchachas que no se ven, no se les habla y de las que nadie dice nada.

La madre se levantó, y, dirigiéndose a Jorge, dijo:

—Así que cuento con usted para el jueves próximo, a las dos de la tarde.

Él respondió galante:

—No faltaba más, señora.

Una vez se hubieron marchado, la señora de Marelle se levantó para despedirse.

—Hasta la vista, Bel Ami.

Entonces fue ella quien le estrechó la mano fuertemente y durante buen rato. Él se sintió conmovido por aquella confesión silenciosa, súbitamente cogido de nuevo por el capricho de aquella burguesita bohemia y buena muchacha que, posiblemente, le amaba.

«Mañana iré a verla», pensó inmediatamente.

Cuando se quedó a solas con su mujer, Magdalena se echó a reír, con una risa franca y gozosa que le desconcertó. Le dijo mirándole a la cara:

—¿Sabes que has inspirado una pasión en la señora Walter?

Él respondió incrédulo:

—¡Vamos ya!

—Pues sí, te lo aseguro. Me ha hablado de ti con un entusiasmo loco. ¡Cosa rara en ella! Le gustaría encontrar dos maridos como tú para sus hijas… Afortunadamente, con ella, estas cosas no tienen importancia.

Él no comprendía lo que ella pretendía decir, y comentó:

—¿Cómo que no tienen importancia?

Magdalena respondió con la convicción de una mujer segura de su juicio:

—Claro. La señora Walter es de las mujeres que nunca fueron motivo de murmuración. Tú ya lo sabes, jamás de los jamases. Es intachable bajo todos los aspectos. A su marido lo conoces tan bien como yo. Pero ella, es otra cosa. Además, ha sufrido bastante por haberse casado con un judío y esto la ha hecho ser más fiel. Es una mujer honrada.

Du Roy quedó sorprendido.

—Creí que también era judía.

—¿Ella? Nada de eso. Es una dama del patronato de obras caritativas de la Madeleine. Incluso se ha casado por la Iglesia. No sé si ella consiguió un simulacro

de bautismo de su esposo, o si la Iglesia cerró los ojos.

Jorge murmuró asombrado:

—¡Ah!…, entonces… ella…, ¿me traga?

—Positivamente y del todo. Si no estuvieras casado, te aconsejaría que solicitases la mano de…, de Susana. ¿No te parece mejor que la de Rosa?

Él respondió atusándose el bigote:

—¡Eh! La madre tampoco está despreciable.

Pero Magdalena se impacientó:

—¿Sabes, querido? La madre te la regalo. Por ese lado no hay miedo. No es fácil que a su edad cometa la primera falta. Hay que decidirse antes.

Jorge pensaba:

«¿Y si es verdad que yo hubiera podido casarme con Susana? —pero enseguida se encogió de hombros y pensó—: ¡Bah! Es una locura. ¿Acaso me hubiera aceptado el padre?».

No obstante, se prometió a sí mismo observar con todo detenimiento la actitud de la señora Walter respecto a él, sin que por lo pronto supiera qué ventajas podría sacar de ello.

Durante la noche se encontró perseguido por los recuerdos de su amor con Clotilde, de aquellos recuerdos tiernos y sensuales, al mismo tiempo. Se acordaba de sus ocurrencias, de sus gracias y sus escapadas. Y se repetía constantemente a sí mismo:

«¡Es verdaderamente deliciosa! Sí. Mañana iré a verla».

Al día siguiente, después de haber almorzado, se presentó en la calle de Verneuil. La misma criada le abrió la puerta y con esa confianza peculiar de las criadas de la clase media, le preguntó:

—¿Está usted bien, señor?

Él respondió:

—Pues claro, pequeña.

Entró en el salón, donde una mano torpe hacía escalas en el piano. Era Laurina. Él creyó que la muchacha le saltaría al cuello, pero Laurina se levantó con seriedad, saludó con ceremonia, como lo habría hecho una persona mayor, y se retiró de manera muy digna.

La pequeña tenía tal aire de mujer ultrajada que Du Roy se quedó sorprendido.

Entró la madre y él le cogió y besó las manos.

—¡Cuánto he pensado en usted! —murmuró.

—Y yo —replicó ella.

Se sentaron y sonrieron, mirándose fijamente a los ojos y con deseos de besarse en los labios.

—Mi querida Clo, la amo.

—Y yo también.

—Entonces…, entonces… ¿no me guardas rencor?

—Sí y no… Esto me puso triste, pero después comprendí que tenías razón y me dije: «¡Bah! Ya me buscará un día u otro».

—No me atrevía a volver. Me preguntaba cómo me recibirías. No me atrevía, pero lo deseaba ardientemente. A propósito, dime, ¿qué le sucede a Laurina? Apenas me ha saludado y se ha marchado furiosa.

—No lo sé. Pero no se le puede hablar de ti después de tu matrimonio. Verdaderamente, creo que está celosa.

—¡Vaya ocurrencia!

—Pues, sí, querido. Ya no te llama Bel Ami, sino que te apoda «el señor Forestier».

Du Roy enrojeció. Luego, aproximándose a la hermosa mujer, dijo:

—Dame tu boca.

Ella se la dio.

—¿Dónde podríamos encontrarnos? —preguntó.

—Pues…, en la calle de Constantinopla.

—¡Ah!… ¿El apartamento sigue alquilado?

—Sí. Lo he conservado.

—¿Lo has conservado?

—Sí, siempre pensé que volverías.

Una bocanada de orgullosa alegría le hinchó el pecho. Ella aún le amaba, pero le quería con ese amor verdadero, constante y profundo.

Murmuró:

—Te adoro —después preguntó—: ¿Está bien tu marido?

—Sí, muy bien. Acaba de pasar un mes aquí. Se fue anteayer.

Du Roy no pudo contener una risa.

—¡Esto sí que es caer!

—¡Oh, sí! Y caer bien. Pero cuando está aquí no molesta demasiado. Tú lo sabes.

—Eso es cierto. Por otra parte, es un hombre agradable.

—¿Y tú? —preguntó ella—: ¿Cómo te va en tu nueva vida?

—Ni bien ni mal. Mi mujer es una camarada, una asociada.

—¿Nada más?

—Nada más… En cuanto al corazón…

—Comprendo bien. Sin embargo, es amable.

—Sí, pero no me altera.

Se aproximó más a Clotilde y murmuró:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pues mañana…, si tú quieres.

—Sí. ¿Mañana a las dos?

—A las dos.

Se levantó dispuesto a marcharse, pero balbució azorado:

—¿Sabes?, será mejor que coja por mi cuenta el piso de la calle de

Constantinopla. Lo quiero. No faltaría más que lo pagases tú.

Esto hizo que ella le besase las manos con un movimiento de adoración mientras murmuraba:

—Haz lo que quieras. Me basta con haberlo conservado para volvernos a ver.

Du Roy se fue con el alma llena de satisfacción.

Al pasar ante el escaparate de un fotógrafo, el retrato de una gran señora de redondos ojos le recordó a la señora Walter.

«Es igual a ésta —pensó—, y no debe de estar mal todavía. ¿A qué se debe que yo no lo haya notado? Tengo ganas de ver qué cara me pone el jueves».

Se frotaba las manos con íntima satisfacción mientras caminaba. Una satisfacción egoísta de hombre vivo que triunfa, la alegría sutil hecha de vanidad halagada y de sensualidad satisfecha, que proporciona la ternura de las mujeres.

Al llegar el jueves, dijo a Magdalena:

—¿No vienes a ese asalto en casa de Rival?

—¡Oh, no! Eso apenas me divierte. Yo me iré a la Cámara de los Diputados.

Y él se fue en busca de la señora Walter en un landó descubierto, pues hacía un tiempo admirable.

Tuvo una sorpresa de tan joven y hermosa que la encontró. Lucía un conjunto claro, cuyo corpiño, un poco calado, dejaba adivinar el henchido abultamiento de los senos bajo el encaje de seda. Jamás le había aparecido tan lozana y la juzgó, verdaderamente, deseable. Adoptaba su habitual aire apacible y digno, cierto aspecto de madre tranquila que la hacía pasar casi inadvertida a la mirada galante de los hombres. Por otro lado, apenas hablaba más que de cosas conocidas, sensatas y razonables como convenía a sus ideas prudentes, metódicas y ordenadas, al abrigo de todo exceso.

Su hija Susana, vestida de rosa, parecía un Watteau recién barnizado. Su hermana mayor podía pasar por la institutriz encargada de acompañar a aquella preciosa muñequita de hija.

Una fila de coches se encontraba estacionada ante la puerta de Rival. Du Roy ofreció su brazo a la señora Walter y entraron.

El asalto se daba a beneficio de los huérfanos del distrito VI de París, y bajo el patrocinio de todas las esposas de los senadores y diputados que tenían alguna relación con *La Vie Française*.

La señora Walter había prometido acudir con sus hijas, rechazando el honor de figurar como la dama patrocinadora, ya que con su nombre sólo contribuía a las obras realizadas por el clero, y no porque fuese muy devota, pero su matrimonio con un israelita le forzaba creía ella, a mostrarse más religiosa. Y esta fiesta organizada por Rival poseía cierto significado republicano, lo cual, según ella, podía ser considerado anticlerical.

Desde hacía tres semanas había leído en los periódicos de todas las tendencias:

Nuestro compañero Santiago Rival ha tenido la feliz y generosa iniciativa de organizar, a beneficio de los huérfanos del distrito VI de París, una gran fiesta en la acogedora sala de armas que posee en su piso de soltero.

Las invitaciones están hechas por las señoras Laloigne, Remontel y Rissolin, esposas de los senadores de dichos apellidos, y por las señoras Laroche Mathieu, Percerol y Firmin, esposas de los conocidos diputados. Una sencilla cuestación será realizada durante uno de los entreactos de la fiesta, y el importe recaudado se entregará inmediatamente al teniente de alcalde del distrito VI o a la persona que lo represente.

Era un reclamo monstruo que el sagaz periodista había urdido en su provecho.

Santiago Rival recibía a los invitados que llegaban en la antesala, donde había preparado un *buffet* cuyos gastos correrían a cargo de los ingresos obtenidos.

Después, con ademán amable, indicaba la escalerita por donde se descendía a la cueva en que estaba instalada la sala de armas y el tiro. Les decía:

—Abajo, señoras y señores. Bajen. El asalto se celebrará en los aposentos subterráneos.

Al ver a la mujer de su director se precipitó a su encuentro. Luego dijo a Du Roy estrechándole la mano:

—Buenas tardes, Bel Ami.

El otro se quedó sorprendido:

—¿Quién le ha dicho que…?

Rival le cortó la palabra:

—La señora Walter, aquí presente, quien encuentra ese apodo muy agradable.

La señora Walter enrojeció.

—Sí. Confieso que si le hubiera conocido antes, habría hecho como Laurina. También le llamaría Bel Ami. Ese nombre le sienta muy bien.

Du Roy se reía:

—Se lo ruego, señora. Llámeme así, si le gusta.

Ella había bajado la vista:

—No, no. No tenemos tanta confianza para eso.

Y él murmuró:

—¿Me permitirá esperar que la tengamos a no tardar mucho?

—Bueno. Ya veremos que hago para entonces —respondió ella.

Él se apartó a la entrada de la estrecha escalera que alumbraba un mechero de gas. La brusca transición de la luz del día a aquella claridad amarillenta tenía algo de lúgubre. Un olor a subterráneo ascendía por aquella escalera de caracol: una especie de humedad cálida, de paredes mohosas lavadas para aquella ocasión, bocanadas de benjuí que recordaban los sagrados oficios, y las emanaciones femeninas de Lubin, de verbena, iris y violeta.

A través de aquel hueco se escuchaba un gran rumor de voces, un estremecimiento de muchedumbre agitada.

La cueva estaba iluminada con guirnaldas de gas y farolillos a la veneciana ocultos entre el follaje que tapizaba los salitrosos muros de piedra. No se veía más

que ramajes. El techo estaba adornado con helechos y el suelo alfombrado de hojas y flores.

Todo esto lo encontraban encantador, de una imaginación fantástica.

En el sotanillo del fondo se levantaba una plataforma para los tiradores y a cada extremo una fila de sillas para los jueces. Y en la cueva grande se alineaban, de diez en diez, a derecha e izquierda, banquetas para cerca de doscientas personas. Pero se había invitado a cuatrocientas.

Ante la plataforma ya se encontraban varios jóvenes en traje de asalto, delgados, con miembros largos, la cintura doblada, el bigote enhiesto y posando ante los espectadores. Se les nombraba y se designaba a los maestros y a los aficionados, eran todas las notabilidades de la esgrima. Alrededor de ellos charlaban unos señores de levita, jóvenes y viejos, que mostraban cierta familiaridad con los tiradores vestidos para el combate. También intentaban ser vistos, reconocidos y nombrados, pues se trataba de los príncipes de la espada vestidos de paisano, los maestros del botonazo.

Casi todas las banquetas estaban ocupadas por las mujeres, que levantaban gran revuelo de faldas y un buen rumor de voces. Se abanicaban como si estuvieran en el teatro, ya que allí hacía un calor de horno. Un guasón, de vez en cuando, gritaba:

—¡Horchata! ¡Limonada! ¡Cerveza!

La señora Walter y sus hijas llegaron a los asientos que les habían reservado en la primera fila. Du Roy, después de dejarlas instaladas, hizo ademán de marcharse mientras decía:

—Me veo obligado a dejarlas, pues los hombres no podemos ocupar las banquetas.

Pero la señora Walter replicó vacilante:

—Me gustaría que se quedase con nosotras, a pesar de ello. Me nombraría a los tiradores. Mire, si se queda de pie en la esquina de ese banco, no molestará a nadie.

Le contemplaba con sus grandes ojos de mirada dulce, e insistió:

—Vamos, quédese con nosotras…, señor…, señor Bel Ami. Le necesitamos.

Jorge respondió:

—Obedeceré… con mucho gusto, señora.

Por todas partes se oía repetir:

—¡Es muy graciosa esta cueva! Muy acogedora.

Jorge conocía bien aquella sala abovedada. Le recordaba la mañana que había pasado en ella la víspera de su duelo; allí, completamente solo y encarado a un cartón que le miraba desde el fondo de la segunda cueva con su enorme y temible ojo.

La voz de Santiago Rival, procedente de la escalera, resonó en el ambiente.

—¡Vamos a empezar, señores y señoras!

Seis señores, con sus trajes muy ajustados para hacer que resaltase su tórax, subieron a la plataforma y se sentaron en las sillas destinadas al jurado.

Sus nombres circularon entre los asistentes: el general Raynaldi, presidente, un hombre bajito y con unos bigotes muy grandes; el pintor Josephin Roudet, un hombre

alto, calvo y con larga barba; Mateo de Ujar, Simón Ramoncel, Pedro de Carvin, los tres jóvenes y elegantes, y Gaspar Merleron, un maestro.

A cada lado de la cueva se colocaron sendas pancartas. En la derecha se leía: «Señor Crèveceour» y en la de la izquierda: «Señor Plumeau».

Eran dos maestros, dos buenos maestros de segunda fila. Aparecieron con cierto aire militar, con su aspecto seco y sus ademanes un tanto duros. Una vez hechos los saludos de armas con gestos de autómatas, empezaron a atacarse mutuamente. Se parecían, con sus trajes de tela y gamuza blanca, a dos «pierrots» soldados que se batieran en broma.

De vez en cuando se oía esta palabra:

—¡Tocado!

Y los seis miembros del jurado inclinaban la cabeza con suficiencia de entendidos. El público no veía más que dos marionetas vivientes que se agitaban tensando los brazos. No comprendían nada, pero estaban contentos. Aquellos dos buenos hombres, sin embargo, les parecían poco graciosos y vagamente ridículos. Recordaba a los luchadores de madera que se venden el día de Año Nuevo en los bulevares.

Los dos primeros tiradores fueron reemplazados por los señores Planton y Carapin, uno maestro civil y el otro militar. El señor Planton era muy bajito y Carapin muy gordo. Se hubiera dicho que al primer floretazo se desinflaría aquel balón como un elefante de goma. Hubo risas. El señor Planton saltaba como un mono, pero Carapin no movía más que el brazo. A causa de su gordura no podía mover el resto del cuerpo, lo cual no evitaba que cada cinco minutos se tirase a fondo, echándose hacia adelante con tal ímpetu que parecía haber tomado la más decisiva resolución de su vida. Luego le costaba mucho trabajo volver a erguirse.

Los entendidos declararon que su juego era muy seguro y muy cerrado. Y el público, crédulo, lo estimó igual.

Después se batieron los señores Porion y Lapalme, maestro y aficionado, respectivamente, que se dedicaron a una gimnasia desenfrenada. Uno corría sobre el otro con verdadera furia y obligaba a los jueces a escapar llevándose sus sillas, atravesando y volviendo a atravesar la plataforma de un lado a otro, el uno avanzando mientras retrocedía el otro, y ambos dando vigorosos y cómicos saltos. También daban brinquitos hacia atrás que provocaban la risa de las damas y largas zancadas hacia delante, que ponían un poco de emoción en el encuentro. Este asalto a paso gimnástico fue ridiculizado por un «titi» desconocido que gritó:

—¡No os desloméis tanto, que ya es hora!

La concurrencia, molesta por tal falta de gusto, hizo:

—¡*Chiiis*!

El juicio de los expertos empezó a conocerse. Los tiradores habían demostrado mucho vigor y carecido, a veces, de táctica.

La primera parte concluyó con un interesante paso de armas entre Santiago Rival

y el famoso profesor belga Lebègue. Las mujeres encontraron a Rival muy de su agrado. Realmente era un guapo mozo, bien plantado, esbelto, ágil y más garboso que todos los que le habían precedido. Mostraba en su manera de mantenerse en guardia y tirarse a fondo, cierta elegancia mundana que complacía y contrastaba con el estilo enérgico, pero un tanto vulgar, de su adversario.

—Se nota al hombre bien educado —decían todos.

Tuvo un gran éxito y fue muy aplaudido.

Pero al cabo de algunos minutos se oyó un gran ruido en el piso de arriba, que inquietó a los espectadores. Era un gran rumor de pisadas acompañadas de sonoras carcajadas. Los doscientos invitados que no habían podido descender a la cueva se divertían, sin duda, a su manera.

En la angosta escalera de caracol se amontonaban unos cincuenta hombres. Abajo, el calor era terrible. Se oían voces de:

—¡Aire, aire!

—Tengo sed.

Y el mismo guasón de antes se divertía gritando en un tono agudo que dominaba el murmullo de las conversaciones:

—¡Horchata! ¡Limonada! ¡Cerveza!

Rival apareció en la plataforma, conservaba su traje de esgrima y estaba muy encarnado. Dijo:

—Voy a ordenar que les sirvan refrescos.

Corrió a la escalera, pero toda comunicación con la planta baja estaba cortada. Hubiera sido más fácil penetrar a través del techo que abrirse paso entre la muralla humana que se amontonaba en la escalera.

Rival gritaba:

—¡Hagan pasar los helados para las señoras!

—¡Los helados! —repitieron cincuenta voces.

Al fin apareció una bandeja, pero no contenía más que varios vasos vacíos. Los refrescos habían desaparecido por el camino.

Un vozarrón aulló:

—¡Ahí dentro se ahoga uno! ¡Acabemos pronto y vayámonos!

Otra voz gritó:

—¡La colecta!

Y todo el público, que apenas podía respirar pero se divertía, gritó a su vez:

—¡La colecta…, la colecta!

Entonces, seis señoras se pusieron a recorrer las filas de banquetas, mientras se oía el leve ruido de la plata al caer en las bolsas presentadas.

Du Roy iba mostrando a la señora Walter los hombres célebres. Eran éstos gente mundana, periodistas, pertenecientes éstos a grandes diarios, a los viejos diarios que contemplaban desde arriba a *La Vie Française* con esa ligera reserva nacida de su experiencia. ¡Habían visto morir tantos periodicuchos político-financieros, hijos de

turbias combinaciones y aplastados con la caída de un ministerio! También se veía a pintores y escultores que, por lo general, son hombres deportivos, un poeta académico que exhibían unos y otros, dos músicos y muchos aristócratas extranjeros que Du Roy nombraba añadiendo a sus apellidos la sílaba rasta, lo que significaba rastacuero[4], para imitar a los ingleses que ponían «esq.» bajo sus nombres en las tarjetas de visita.

Alguien le gritó:

—¡Buenas tardes, mi querido amigo!

Era el conde de Vaudrec. Du Roy se excusó ante las señoras y acudió a estrecharle la mano.

Regresó enseguida y afirmó:

—Este Vaudrec es encantador. Huele a aristocracia.

La señora Walter no respondió nada. Se encontraba un poco fatigada. Su pecho se henchía trabajosamente al recibir el aire en los pulmones, lo cual llamó la atención de Du Roy. De vez en cuando su mirada se encontraba con la de la «directora», una mirada azorada, indecisa, que se posaba sobre él y huía inmediatamente mientras él pensaba:

«¡Vaya…, vaya…, vaya! ¿También habré enamorado a ésta?».

Pasaron las postulantes. Sus bolsas estaban llenas de plata y oro. En la plataforma apareció una nueva pancarta que anunciaba: «Gran sorpresa». Los miembros del jurado volvieron a sus puestos. Hubo expectación.

Aparecieron dos mujeres, florete en mano y con traje de armas: vestían unas mallas oscuras, unas faldas cortas que apenas cubrían medio muslo y unos petos tan abultados sobre el pecho que las obligaban a tener la cabeza muy erguida. Ambas eran jóvenes y bonitas. Sonrieron al saludar a la concurrencia, que las aclamó largamente.

Las combatientes se pusieron en guardia entre un murmullo de galanterías y voces cuchicheadas.

Una sonrisa de amabilidad se fijó en los labios de los jurados, que aprobaban los botonazos con un bravo a media voz.

Al público le agradaba mucho este asalto y así se lo demostraba a las dos combatientes, que encendían el deseo en los hombres y despertaban en las mujeres la innata afición del pueblo parisiense a las gracias un poco libres, a las elegancias un tanto chulonas, a las falsas bellezas y las engañosas diversiones de las cantantes de café concierto y los dúos de opereta.

Cada vez que una de las tiradoras se lanzaba a fondo, el público se estremecía de gozo. La que volvía la espalda a los espectadores, una espalda muy llena y redonda, tenía a todos con la boca abierta y los ojos encandilados. Y no era, precisamente, por el juego de su muñeca por lo que más se la admiraba.

Se las aplaudió con frenesí.

Luego siguió un asalto a sable, pero nadie se fijó en él, pues toda la atención

volvió a centrarse en lo que sucedía arriba. Durante algunos minutos se había escuchado un gran ruido de muebles arrastrados por el suelo como si estuvieran de mudanza. De pronto sonaron los acordes de un piano a través del techo y enseguida se escuchó el rítmico compás de los pies moviéndose cadenciosos. Las personas de la parte alta se dedicaban a bailar para desquitarse por no ver nada de lo que sucedía abajo.

Al principio estallaron grandes carcajadas entre el público de la sala de armas. Después, el deseo de bailar se apoderó de las mujeres y enseguida se despreocuparon por lo que sucedía en la plataforma, para empezar a conversar a gritos.

Encontraban divertida aquella idea de organizar un baile entre los que llegaban rezagados. Allá arriba no debían de aburrirse mucho y todos los de abajo sintieron deseos de encontrarse allí.

Pero dos nuevos combatientes se saludaban y se ponían en guardia con tal energía, que todas las miradas siguieron sus movimientos.

Se tiraban y se erguían con una gracia elástica, un mesurado ímpetu, tal seguridad de fuerza, tal sobriedad de gestos, tan correcta apostura, y tal justeza que la muchedumbre ignorante quedó sorprendida y encantada.

Su serena presteza, su cauta agilidad, sus rápidos movimientos, tan calculados que parecían lentos, atraían y cautivaban las miradas con ese irresistible poder que tiene la perfección. El público comprendió que allí estaba viendo una cosa rara y bella ofrecida por dos artistas en la materia que mostraban lo mejor de su arte, aquello que sólo era posible ver en dos maestros de habilidad, de sagacidad, de cálculo y de destreza física. Ya no hablaban, absortos todos en el espectáculo. Después, cuando los combatientes se estrecharon la mano tras el último botonazo, estalló una tempestad de aclamaciones y hurras. Se aplaudía, se aullaba. Todo el mundo conocía los nombres de aquellos triunfadores: eran Sergent y Ravignac.

Los ánimos más exaltados sentían deseos de contender. Los hombres miraban a sus vecinos con ganas de disputar. Se habrían provocado con una simple sonrisa. Incluso los que nunca habían tenido un florete en la mano, bosquejaban con sus bastones ataques y paradas.

Pero poco a poco la gente empezó a subir la angosta escalera. Al fin iban a beber. Pero enseguida se indignaron al comprobar que las gentes que bailaban habían acabado con todo el refrigerio antes de marcharse y declarar que era una insensatez molestar a doscientas personas para no dejarles ver nada.

No quedaba ni un pastel, ni una gota de champaña, de refresco o de cerveza. Tampoco había un bombón, ni una fruta: nada de nada. Habían saqueado todo, devastado e incluso hecho limpieza total.

Todos querían saber detalles e interrogaron a los criados que ponían caras muy tristes para disimular sus ganas de reír.

—Las señoras eran las más ansiosas —afirmaban—. Han comido y bebido hasta ponerse enfermas.

Cualquiera hubiese creído que asistía al relato de los supervivientes del saqueo y asolamiento de una ciudad invadida por bárbaros.

Ya no quedaba más que marcharse. Algunos señores lamentaban los veinte francos entregados en la colecta. Les indignaba que los de arriba se hubieran comido todo sin soltar un céntimo.

Las damas del patronato habían recaudado más de tres mil francos. Quedaron, una vez pagados todos los gastos, doscientos veinte francos para los huérfanos del distrito VI.

Du Roy, que acompañaba a la familia Walter, esperaba su landó.

Ya en el coche, y mientras la acompañaba, iba sentado frente a la directora. Su mirada aún tropezó con la de ella, acariciante y furtiva, que parecía turbada:

«¡Diantre! —pensó—. Está que muerde».

Y sonreía al reconocer que tenía mucho partido entre las mujeres, pues también la señora de Marelle, después de reanudar sus relaciones, parecía amarlo con frenesí.

Llegó a su casa de buen humor.

Magdalena lo esperaba en el salón.

—Tengo noticias —le dijo ella—. La cuestión de Marruecos se complica. Es posible que Francia envíe allí una expedición dentro de algunos meses. En todo caso, esto servirá para derribar al Gobierno y Laroche aprovechará la ocasión para conseguir la cartera de Asuntos Exteriores.

Du Roy, para llevar la contraria a su mujer, fingió no creerla. No estarían tan locos como para reincidir en la torpeza de Túnez.

Pero ella se encogió de hombros con impaciencia.

—¡Te digo que sí! ¡Te digo que sí! ¿No comprendes que éste es un asunto de muchísimo dinero para ellos? Hoy, querido mío, en las combinaciones políticas no hay que decir: «Buscad la mujer», sino «buscad el negocio».

Jorge, para excitarla más, respondió despectivo con un:

—¡Bah!

Ella, irritada, exclamó:

—¡Vaya, eres tan ingenuo como Forestier!

Quería herirlo y esperaba que se encolerizase. Pero él respondió sonriente:

—¿Como ese cornudo de Forestier?

Ella quedó sorprendida y murmuró:

—¡Oh, Jorge!

Éste añadió con gesto insolente y sarcástico:

—¿Y qué? Tú me confesaste la otra noche que Forestier era cornudo. —Y añadió en tono de profunda lástima—: ¡Pobre diablo!

Magdalena le volvió la espalda desdeñando responderle. Luego, al cabo de un minuto de silencio, agregó:

—El martes tendremos invitados… La señora de Laroche Mathieu vendrá a cenar con la condesa de Percemur. ¿Quieres invitar a Rival y a Norberto de Varenne? Yo iré

a invitar a las señoras Walter y de Marelle. Puede ser que también tengamos a la de Rissolin.

Desde hacía algún tiempo iba aumentando sus relaciones gracias a la influencia política de su marido. Atraía a su casa, por agrado o por fuerza, a las mujeres de los senadores y los diputados que tenían necesidad del apoyo de *La Vie Française*.

Du Roy respondió:

—Muy bien. Me encargaré de Rival y de Norberto.

Estaba contento y se frotaba las manos porque había encontrado una buena puya para fastidiar a su mujer y satisfacer su oscuro rencor, los confusos y mordientes celos que nacieron en él desde el día de su paseo por el Bosque. Ya no hablaría de Forestier sin calificarlo de cornudo. Sabía que esto acabaría por poner rabiosa a Magdalena y diez veces más, durante la noche, encontró el medio de pronunciar con una dejadez irónica el nombre de «este cornudo de Forestier».

No pretendía ofender al muerto, sino vengarle.

Su mujer fingía no oírlo y permanecía, sentada frente a él, sonriendo con indiferencia.

Al día siguiente, como Magdalena debía ir a invitar a la señora Walter, Jorge quiso adelantarse para encontrar sola a la directora y comprobar si realmente se interesaba por él. Esto le divertía y le halagaba. Y, además…, ¿por qué no?… Si era posible…

Se presentó en el bulevar Malesherbes a las dos de la tarde. Le hicieron pasar al salón. Esperó.

La señora Walter apareció tendiéndole la mano con una precipitación de dicha.

—¿Qué buenos vientos le traen por aquí?

—Ningún buen viento, sino el deseo de verla. Una fuerza me ha impulsado a su casa y no sé decirle por qué ni a qué. He venido, eso es todo. ¿Me perdona esta visita intempestiva y la franqueza de mis explicaciones?

Decía esto con un tono galante y casi festivo, con una sonrisa en los labios y un acento serio en la voz.

Ella se quedó asombrada y un poco ruborizada, murmuró:

—Pues…, la verdad…, no comprendo… Usted me sorprende.

Jorge añadió:

—Es una declaración hecha en tono de broma para no asustarla.

Se habían sentado el uno cerca del otro. La mujer tomó aquello con agrado.

—Entonces, ¿es una declaración seria?

—¡Claro que sí! Hace tiempo que deseaba hacérsela, pero no me atrevía. ¡Tiene fama de ser tan severa, tan rígida…!

La señora Walter había recobrado el dominio de sí misma y preguntó:

—¿Por qué ha escogido el día de hoy?

—No lo sé. —Inmediatamente bajó la voz y agregó—: Mejor dicho, porque desde ayer no hago más que pensar en usted.

Ella palideció súbitamente y balbució:

—Vaya, dejémonos de niñerías y hablemos de otra cosa.

Pero Du Roy se echó de rodillas tan rápidamente a sus pies, que ella sintió miedo. Quiso levantarse y él la mantuvo sentada al enlazarla por el talle mientras le repetía, con voz apasionada:

—Sí, es cierto que la quiero. La amo locamente desde hace tiempo. No me replique. ¿Qué quiere usted? Estoy loco. La amo… ¡Oh, si usted supiera cuánto la quiero!

Ella jadeaba, intentaba hablar y no podía pronunciar una palabra. Lo rechazaba con las dos manos, y logró cogerlo por los cabellos para evitar la aproximación de aquella boca que veía acercarse a la suya. A la vez, movía la cabeza rápidamente de derecha a izquierda mientras cerraba los ojos para no verlo.

Él la tocaba a través de la ropa, la manoseaba, la palpaba, y ella desfallecía ante aquella caricia brutal e intensa. Jorge se levantó y quiso abrazarla, pero ella, libre durante un segundo, escapó echándose hacia atrás y huyó refugiándose de butaca en butaca.

Du Roy juzgó ridícula aquella persecución y se dejó caer en una silla ocultando el rostro entre las manos. Fingió sollozos convulsivos y, de pronto, se levantó y gritó:

—Adiós, adiós.

Y salió huyendo.

Recogió tranquilamente su bastón en el vestíbulo y ganó la calle pensando:

«¡Diablos! Esto es cosa hecha».

Pasó por Telégrafos para enviar un telegrama a Clotilde y citarla para el día siguiente.

Al llegar a su casa a la hora de costumbre, preguntó a su esposa:

—¿Y bien, ya tienes a toda esa gente para la cena?

Magdalena respondió:

—Sí. La única que no está segura de encontrarse libre es la señora Walter. Me ha hablado de no sé qué compromisos, de su conciencia. En fin, me pareció que no estaba de humor. Dudaba, pero no importa. Vendrá, a pesar de todo.

Él se encogió de hombros.

—Sí, qué diablos, vendrá.

No estaba muy seguro de ello, sin embargo, y estuvo bastante inquieto hasta el día de la cena.

Aquella misma mañana, Magdalena recibió una nota de la directora diciendo:

> Con gran trabajo he conseguido estar libre, y estaré con ustedes. Pero mi marido no podrá acompañarme.

Du Roy pensó:

«He hecho muy bien en no volver por allí. Ya está calmada. Ahora, cuidado».

No obstante, esperaba la entrada de la señora Walter con cierta inquietud. Llegó

muy tranquila, un poco fría y un tanto reservada. Él se mostró muy humilde, muy discreto y sumiso.

Las señoras de Laroche Mathieu y Rissolin acompañaban a sus maridos. La vizcondesa de Percemur hablaba del gran mundo. La señora de Marelle estaba encantadora con su atuendo de una fantasía muy personal, en amarillo y negro, un atavío a la española que modelaba muy bien su lindo talle, su pecho y sus brazos torneados, además de dar cierto aire enérgico a su pequeña cabeza de chorlito.

Du Roy se había colocado a la derecha de la señora Walter y no le habló durante la cena más que de cosas serias y con un respeto exagerado. De vez en cuando miraba a Clotilde y pensaba:

«Verdaderamente, es la más bonita y la más joven».

Después pasaba sus ojos hacia su esposa y tampoco la encontraba mal, aunque guardaba contra ella cierta cólera reconcentrada, tenaz y malévola.

Pero la directora le excitaba por la dificultad de la conquista y por ese afán de novedad que siempre hay en los hombres.

La señora Walter quiso retirarse temprano.

—La acompañaré —se ofreció él.

Ella lo rechazó, pero Jorge insistió:

—¿Por qué no quiere? Va a ofenderme en lo más vivo. No me deje creer que no me ha perdonado. Ya verá qué formal me he vuelto.

Ella replicó:

—Pero no puede abandonar así a sus invitados.

Jorge sonrió:

—¡Bah! Sólo estaré ausente veinte minutos. Apenas si se darán cuenta de ello. Si me rechaza, me herirá en lo más profundo del corazón.

La señora murmuró:

—Está bien. Acepto.

Pero cuando estuvieron en el coche, él le cogió la mano y la besó apasionado, mientras decía:

—La amo, la amo… Déjeme que se lo diga. No la tocaré. Sólo quiero repetirle cuánto la amo.

La señora Walter balbució:

—¡Oh! Después de lo que me ha prometido… Eso está mal, está mal…

Jorge simuló hacer un gran esfuerzo, y dijo con voz contenida:

—Fíjese, vea cómo me domino. Y sin embargo… Pero déjeme que le diga solamente esto: la amo, y se lo repetiré todos los días. Sí, permítame ir a su casa para arrodillarme a sus pies durante cinco minutos y pronunciar estas dos palabras mientras contemplo su rostro.

La mujer le había abandonado la mano y respondió entrecortadamente:

—No, no puedo, no puedo. Piense en lo que dirían, en mis criados, en mis hijas… No, no, es imposible.

Jorge añadió:

—No puedo vivir sin verla. Da lo mismo que sea en su casa o en cualquier otro sitio, pero necesito verla, aunque sea un solo minuto cada día. Necesito tocar su mano, respirar el aire que levanta su vestido, contemplar la línea de su cuerpo y sus hermosos y grandes ojos que me enloquecen.

Ella escuchaba esta vulgar cantinela de amor estremeciéndose, y tartamudeó:

—No, no… Es imposible… ¡Cállese!

Jorge le habló al oído, muy bajito, comprendiendo que hacía falta ganarla poco a poco. Era el único modo de que aquella pobre mujer se decidiese a darle una cita donde ella quisiera, al principio, y donde él desease a continuación.

—Escuche… Es preciso, la veré, esperaré delante de su puerta como un pordiosero… Si usted no desciende, subiré a su casa… y la veré… Sí, mañana la veré.

Ella repetía:

—No, no venga. No le recibiré. Piense en mis hijas.

—Entonces, dígame dónde la encontraré… En la calle…, en cualquier sitio, a la hora que usted quiera… El caso es que la vea…, que la salude, y pueda decirle: «La amo», y luego me iré.

La mujer vacilaba, trastornada por aquella palabrería. Y como el carruaje entraba en el portal de su domicilio, murmuró muy rápida:

—Está bien. Mañana iré a las tres y media a la Trinidad.

Enseguida descendió y gritó a su cochero:

—Vuelva a llevar al señor Du Roy a su casa.

Cuando regresó, su esposa le preguntó:

—¿Dónde te has metido?

Él respondió, en voz baja:

—Fui hasta Telégrafos para poner un despacho urgente.

La señora de Marelle se aproximaba.

—¿Me acompañará, Bel Ami? Ya sabe que si vengo a cenar desde tan lejos es con esta condición.

Después se volvió hacia Magdalena y murmuró:

—¿No estarás celosa?

La señora Du Roy respondió lentamente:

—No, no demasiado.

Los invitados empezaban a marcharse. La señora Laroche Mathieu parecía una criadita de pueblo. Era la hija de un notario casada con Laroche cuando éste no era más que un mediocre abogado. La señora Rissolin, vieja y presumida, daba la sensación de una vieja sabelotodo cuya educación se hubiese hecho en una sala de lecturas. La vizcondesa de Percemur las miraba por encima del hombro. Su «pata blanca» tocaba con repugnancia aquellas manos vulgares.

Clotilde, envuelta en una nube de encajes, dijo a Magdalena cuando se despedían

en la puerta de la escalera:

—Tu cena ha sido estupenda. En poco tiempo tendrás el primer salón político de todo París.

Una vez que se encontró a solas con Jorge, lo estrechó entre sus brazos y dijo:

—¡Oh, mi querido Bel Ami! Cada día te quiero más.

El simón que los conducía rodaba como un navío.

—Esto no vale lo que nuestra habitación —comentó ella.

—¡Oh, no! —respondió Jorge.

Pero él pensaba en la señora Walter.

Capítulo IV

La plaza de la Trinidad se encontraba casi desierta bajo el deslumbrante sol de julio. Un calor pesado abrumaba París como si el aire de allá arriba, entorpecido, quemado, cayese a plomo sobre la villa. Aquel aire espeso y asfixiante oprimía el pecho.

El agua de los surtidores que había ante la iglesia caía perezosamente. Parecía como si también estuviese fatigada de correr lacia y rendida, y el líquido del pilón donde flotaban algunas hojas y trozos de papel tenía un aspecto verdoso, espeso y glauco.

Un perro, que había saltado el reborde de piedra, se bañaba en aquellas aguas dudosas. Algunas personas, sentadas en los bancos del jardincillo circular que rodeaba la fachada del templo, contemplaban al animal con envidia.

Du Roy extrajo su reloj. Todavía no eran las tres. Había llegado con treinta minutos de adelanto.

Se reía pensando en aquella cita.

«Las iglesias son buenas para cualquier menester —pensaba—. La consuelan por haberse casado con un judío, le otorgan una actitud de protesta en el mundillo político, una categoría entre la gente distinguida y un lugar discreto para sus encuentros galantes. Lo que crea la costumbre de servirse de la religión como se sirven de una sombrilla. Si hace buen tiempo, es bastón; si hace sol, es una sombrilla; si llueve, es un paraguas; y si no se sale, se la deja en la antesala. Y hay cientos como esta mujer que toma a Dios como si fuera una guinda, pero no quieren que se hable del mal, ni que se le tome por entrometido. Si se les propusiera ir a una casa de citas, encontrarían eso como una infamia, y les parece muy natural jugar al amor al pie de los altares».

Paseaba lentamente alrededor de la fuente. Luego miró la hora nuevamente en el reloj del campanario, que iba adelantado dos minutos sobre el suyo. Indicaba las tres y cinco.

Juzgó que estaría mejor dentro y decidió entrar.

Le invadió un frescor de cueva y lo aspiró con satisfacción. Después hizo un recorrido por la nave para conocer bien el lugar.

Otro acompasado andar, que se interrumpía de vez en cuando para empezar de nuevo, respondió a los pasos suyos en el fondo del vasto recinto y su eco sonoro subía hasta la alta bóveda. La curiosidad le acució y deseó conocer al otro paseante. Lo buscó. Era un hombre grueso y calvo, que parecía olfatear el aire y llevaba las manos a la espalda, sujetando el sombrero.

De trecho en trecho aparecía una vieja hincada de rodillas que rezaba fervorosamente con el rostro oculto entre sus manos.

Una sensación de soledad, de desierto y reposo invadía el espíritu. La luz, tamizada por los vitrales, era suave a la vista.

Du Roy sintió que se encontraba «francamente bien» allí dentro.

Regresó hacia la puerta y volvió a mirar su reloj. Aún no eran más que las tres y cuarto. Se sentó a la entrada de la nave principal, lamentando el no poder fumar un cigarrillo. Seguía oyéndose, ahora al otro lado de la iglesia, cerca del coro, el caminar lento del señor gordo.

Entró alguien y Jorge se giró bruscamente para mirar. Era una mujer del pueblo, que vestía falda de lana. Una pobre mujer que cayó de rodillas cerca de la primera silla y permaneció inmóvil, las manos cogidas, la mirada fija en lo alto y el alma envuelta en la oración.

Du Roy la contempló con interés mientras se preguntaba qué pesadumbre, qué dolor, qué desesperación podía abrasar su pobre corazón. Estaba consumida por la miseria: esto era visible. Posiblemente tenía un marido que la molía a golpes o un hijo que se le moría.

Murmuró mentalmente:

«¡Pobres gentes! Los hay que sufren».

Se encolerizó contra la implacable naturaleza. Después reflexionó y consideró que aquellos miserables, al menos, creían que se ocupaban de ellos allá arriba y que su estado civil se hallaba inscrito en el registro del cielo, con el balance de su debe y su haber.

«Allá arriba. ¿Dónde, si no?».

Y Du Roy, a quien el silencio de la iglesia empujaba a los grandes sueños, juzgó a la creación con un solo pensamiento y pronunció casi entre labios:

—¡Qué estúpido es todo esto!

Un revuelo de faldas le estremeció. Era ella.

Se levantó y avanzó con viveza. Ella no le tendió la mano, pero murmuró en voz baja:

—No dispongo más que de un instante. Es preciso que regrese. Póngase de rodillas junto a mí para que no se fijen en nosotros.

Ella avanzaba por la nave central buscando un lugar apropiado y seguro, como mujer que conocía bien la casa. Su rostro quedaba oculto bajo un velo espeso, y caminaba con pasos sordos que apenas se oían.

Cuando la mujer llegó cerca del coro, se volvió y murmuró con aquel tono, siempre misterioso, con que se habla en las iglesias:

—En los laterales del fondo se estará mejor. Aquí se ve todo.

Saludó al tabernáculo del altar mayor con una gran inclinación de cabeza acompañada de una ligera genuflexión, después se volvió hacia la derecha y retrocedió un poco hacia la entrada. Allí tomó una resolución. Se apoderó de un reclinatorio y se arrodilló.

Jorge se adueñó de otro reclinatorio vecino, y cuando ambos estuvieron inmóviles, en actitud de orantes, le dijo:

—Gracias, gracias. La adoro. Quisiera estar diciéndoselo siempre, contarle cómo empecé a amarla, cómo fui seducido la primera vez que la vi… ¿Me permitirá algún

día vaciar mi corazón, expresarle todo esto?

La señora Walter le escuchaba en una actitud de profunda meditación, como si no hubiera escuchado nada. Pero le respondió entre los dedos que ocultaban su rostro:

—Estoy loca al dejarle hablarme así; loca al haber venido; loca por hacer lo que hago; loca por dejarle creer que esto… esto… esta aventura puede continuar. Olvide esto, es preciso, y no vuelva a hablarme.

Ella esperó. Jorge buscaba una respuesta, palabras decisivas, apasionadas, pero al no conseguir concordar el gesto con la palabra, su acción quedó paralizada.

Al fin pudo decir:

—No espero nada, no espero nada… La amo… Cualquier cosa que usted haga, yo se lo repetiré tan a menudo, con tal fuerza y ardor, que usted acabará por comprenderlo. Quiero llegar a usted con mi ternura, derramársela en el alma palabra a palabra, hora a hora, y día a día, hasta que al fin quede impregnada como un licor que cae gota a gota, para dulcificarla, ablandarla y forzarla, más tarde, a responderme: «Yo también le amo».

Sintió que su hombro se estremecía contra el suyo y que su pecho palpitaba. De pronto, muy rápido, ella balbució:

—Yo también le amo.

Jorge se sobresaltó, como si un gran golpe hubiera caído sobre su cabeza, y suspiró:

—¡Oh, Dios mío!

La mujer prosiguió con voz jadeante:

—¿Acaso debía decirle esto? Me siento culpable y despreciable…, yo… que tengo dos hijas…, pero no puedo más…, no puedo más. Había creído… Jamás hubiera pensado… Esto es más fuerte… es más fuerte que yo… Escuche, escuche… Nunca he amado a nadie… más que a usted…, se lo juro… Y le amo desde hace un año, en secreto, en el secreto de mi corazón. ¡Oh! He sufrido y luchado… Ya no puedo más. Le amo…

Lloraba sobre sus dedos cruzados ante el rostro, y todo su cuerpo se estremecía sacudido por la violencia de su emoción.

Jorge murmuró:

—Déme su mano. Quiero acariciarla, estrecharla.

Ella separó, lentamente, su mano del rostro. Du Roy vio su mejilla completamente mojada e incluso una nueva lágrima que estaba a punto de desprenderse de las pestañas.

Había cogido su mano y la estrechaba. Dijo:

—¡Oh! Con qué placer bebería sus lágrimas…

La mujer, en voz baja y rota, que más parecía un gemido, replicó:

—No abuse de mí… Estoy perdida.

Él tuvo que sonreír. ¿Cómo podría abusar de ella en semejante lugar? Se llevó al corazón aquella mano que apretaba entre las suyas y preguntó:

—¿Siente cómo late?

Ya se encontraba inmerso en su repertorio apasionado.

Pero al cabo de unos instantes advirtió que se aproximaban los pasos de otra persona. Había dado la vuelta a todas las capillas y recorría, por segunda vez al menos, la nave de la derecha. Cuando la señora Walter le oyó acercarse a la columna que la ocultaba, libertó su mano de la presión de Jorge y nuevamente se cubrió el rostro.

Ambos permanecieron inmóviles, arrodillados, como si elevasen conjuntamente al cielo ardientes súplicas. El señor grueso pasó junto a ellos, les dirigió una mirada indiferente y se alejó hacia el fondo de la iglesia llevando siempre las manos sujetando el sombrero a la espalda.

Du Roy, que pretendía obtener una cita en otra parte que no fuese la Trinidad, preguntó.

—¿Dónde la veré mañana?

Ella no respondió. Parecía inanimada, convertida en una estatua de la oración.

Él insistió:

—¿Quiere que mañana nos encontremos en el parque Monceau?

La mujer volvió hacia él su rostro recién descubierto, un rostro pálido, crispado por un espantoso sufrimiento, y con voz entrecortada, dijo:

—Déjeme… Déjeme ahora… Váyase, váyase aunque sea por cinco minutos… Sufro demasiado junto a usted… Quiero rezar y no puedo… Váyase y déjeme rezar… Sólo cinco minutos… No puedo, déjeme implorar a Dios que me perdone…, que me salve… Déjeme, cinco minutos.

Tenía el rostro tan atrozmente descompuesto y una expresión tan dolorosa, que Du Roy se levantó sin decir una palabra y después de cierta vacilación, preguntó:

—¿Vuelvo luego?

Ella hizo un movimiento de cabeza afirmativo, como queriendo decir: «Sí, enseguida». Y él se alejó hacia el coro.

Entonces la señora Walter intentó rezar. Hizo un esfuerzo sobrehumano para invocar a Dios, y con el cuerpo convulso y el alma destrozada, clamó al cielo:

—¡Piedad!

Cerraba los ojos con rabia para no ver al que acababa de alejarse. Lo perseguía con su pensamiento, luchaba contra él, pero en lugar de obtener la celeste aparición que esperaba su angustiado corazón, seguía viendo el rizado bigote del apuesto joven.

Desde hacía un año estaba luchando de aquel modo, día y noche, contra aquella creciente obsesión, contra aquella imagen que perseguía sus sueños, tentaba su carne y turbaba sus noches. Se sentía como un animal aprisionado en un cepo, atada, lanzada en los brazos de aquel macho que la había vencido y conquistado nada más que por el vello que crecía sobre su labio superior y por el color de sus ojos.

Y ahora, en aquella iglesia, tan cerca de Dios, se encontraba más débil, más abandonada e incluso más perdida que en su casa. Ya no podía rezar. Sólo pensaba en

él. Ahora sufría porque se había alejado. Y sin embargo, luchaba desesperadamente, se defendía, pedía auxilio con todas las fuerzas de su alma. Hubiera preferido morir antes que caer así, ella, que no tenía nada que reprocharse. Y murmuraba vehementes palabras de súplica, pero sólo entendía los pasos de Jorge debilitándose a lo lejos bajo las bóvedas.

Comprendió que aquello no tenía remedio, la lucha era inútil. Sin embargo, no quería ceder y fue presa de uno de esos ataques histéricos que sacuden a las mujeres y las tiran, palpitantes, jadeantes y retorciéndose, al suelo. Todos sus miembros temblaban. Notaba que iba a caer, que rodaría por el suelo lanzando agudos gritos.

Alguien se acercó con pasos rápidos. Él volvió la cabeza. Era un sacerdote. Entonces se levantó, corrió a él tendiendo sus manos juntas, en súplica, y balbució:

—¡Oh, sálveme, sálveme!

El cura se detuvo sorprendido y preguntó:

—¿Qué desea usted, señora?

—Quiero que me salve. Tenga piedad de mí. Si no acude en mi auxilio, estoy perdida.

El clérigo la contempló pensando si no estaría loca. Añadió:

—¿Qué puedo hacer por usted?

Era un hombre alto, joven, un poco gordo, las mejillas llenas y colgantes, teñidas de negro por la barba afeitada cuidadosamente. Un guapo vicario de ciudad, de barrio opulento, acostumbrado a las ricas penitentes.

—Recíbame en confesión —pidió ella—. Aconséjeme, sosténgame, dígame qué debo hacer.

Él respondió:

—Confieso los sábados, de tres a seis de la tarde.

La señora le había cogido del brazo y se lo apretaba mientras insistía:

—¡No, no! ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! Es preciso… ¡Él está ahí, en la iglesia! Me espera.

El sacerdote preguntó:

—¿Quién la espera?

—Un hombre… que va a perderme…, que me perderá si usted no me salva… No puedo huirle… Soy demasiado débil, tan débil, tan débil…

La mujer cayó de rodillas, sollozando:

—¡Oh! Tenga piedad de mí, padre… ¡Sálveme, en nombre de Dios, sálveme!

Le cogía por la sotana para que no pudiese escaparse. El sacerdote, inquieto, miró a todos los lados por si alguna mirada malévola o devota veía a aquella mujer arrodillada a sus pies.

Al fin, comprendiendo que no tenía escapatoria, dijo:

—Levántese usted. Precisamente tengo en mi poder la llave del confesionario.

Y rebuscando en su bolsillo extrajo un manojo de llaves, eligió una y se encaminó, con paso rápido, hacia una de las casetas de madera, especie de cajón de la

basura donde los creyentes vierten sus pecados.

Entró por la portezuela del centro, que cerró tras sí, y la señora Walter, que se había arrodillado ante la estrecha celosía de un lateral, bisbiseó con fervor, con un esfuerzo de apasionada esperanza:

—Bendígame, padre, porque he pecado.

Du Roy ya había dado la vuelta al coro y descendía la nave de la izquierda. Llegaba al centro cuando volvió a encontrarse con el grueso señor calvo que continuaba caminando con su paso tranquilo. Se preguntó:

«¿Qué hará aquí este individuo?».

El visitante también había aminorado su marcha y miraba a Jorge con visible deseo de hablarle. Cuando estuvo cerca de él, le saludó y le preguntó muy cortésmente:

—Le pido perdón, señor, por molestarle. Pero ¿podría decirme en qué época se construyó este monumento?

Du Roy respondió:

—En verdad que no lo sé. Supongo que hará veinte o veinticinco años. Es la primera vez que entro aquí.

—También yo. Nunca lo había visto.

Entonces, el periodista, muy interesado por la conversación, comentó:

—Parece que lo visita muy detenidamente. Lo estudia en todos sus detalles.

El otro respondió con resignación:

—No hay tal visita, señor. Espero a mi esposa, que me ha citado aquí y se está retrasando demasiado.

Se calló y al cabo de algunos segundos, añadió:

—Ahí fuera hace verdadero calor.

Du Roy le observaba. Como encontrase que tenía una gran cabeza, se le antojó, de repente, que se parecía a Forestier.

—¿Es usted provinciano? —preguntó.

—Sí, soy de Rennes. Y usted, señor, ¿ha entrado por pura curiosidad a esta iglesia?

—No. Yo espero a una mujer.

Y haciendo un saludo, se alejó con la sonrisa en los labios.

Según se aproximaba a la puerta principal volvió a ver a la pobre que continuaba de rodillas y seguía rezando.

«¡Por Cristo! —pensó—. No se cansa de invocar».

Ya no estaba impresionado, ni la compadecía.

Cruzó ante ella y prosiguió subiendo por la nave de la derecha para salir al encuentro de la señora Walter.

Avistó de lejos el sitio donde la había dejado y se asombró al no descubrirla allí.

Creyó que se había equivocado de columna y fue hasta la última para regresar de prisa. ¡Se había marchado! Se quedó atónito y furioso. Enseguida pensó que ella estaría buscándole, y reemprendió la vuelta al templo. Al no encontrarla se sentó sobre la silla que ella había ocupado y esperó por si volvía a buscarle. Esperó.

Enseguida llamó su atención un murmullo de voces. No había visto a nadie en aquel rincón de la iglesia. ¿De dónde procedía aquel cuchicheo? Se levantó para averiguarlo y descubrió, en la capilla contigua, el confesonario. La fimbria de un vestido asomaba por uno de los laterales y se derramaba por el suelo. Se aproximó para reconocer a la mujer. Y la reconoció. ¡Se estaba confesando!

Le acometió el deseo de agarrarla de los hombros y arrancarla de aquel cajón. En seguida pensó:

«¡Bah! Ahora es el turno del cura, mañana será el mío».

Y volvió a sentarse tranquilamente frente a los postigos de la penitencia. Esperaba su hora y ya se reía de su aventura.

Esperó mucho tiempo. Al fin, la señora Walter se levantó, giró, le vio y fue hasta él. Tenía un gesto frío y severo.

—Caballero —dijo muy digna—. Le ruego que no me acompañe, ni me siga, ni vuelva solo más por mi casa. No le recibiría. ¡Adiós!

Y se marchó con digna prestancia.

Dejó que se alejase porque tenía por sistema no precipitar los acontecimientos. Después, cuando el sacerdote salía de su reducto, al parecer un poco preocupado, se encaminó hacia él, le miró al fondo de los ojos y le dijo en las narices:

—Si no llevara sotana, qué par de bofetones le arrearía.

Luego dio media vuelta y salió de la iglesia silbando alegremente.

De pie, en el pórtico, se encontraba el señor gordo con el sombrero en la cabeza y las manos a la espalda. Estaba cansado de esperar y recorría con la mirada la espaciosa plaza y las calles afluentes.

Cuando Du Roy cruzó ante él, se saludaron.

El periodista, como por lo pronto no tenía nada que hacer, se acercó a *La Vie Française*. Nada más entrar descubrió en las caras preocupadas de los ordenanzas que ocurría algo anormal y se dirigió precipitadamente al despacho del director.

El viejo Walter, de pie y nervioso, dictaba un artículo con párrafos breves, entre uno y otro daba instrucciones a los reporteros que le rodeaban, hacía recomendaciones a Boisrenard y abría algunas cartas.

Cuando Du Roy entró, el director lanzó un grito de alegría:

—¡Vaya! ¡Qué suerte! Aquí está Bel Ami.

Se calló de repente, y luego, un poco confuso, se excusó:

—Perdone que le haya llamado así. Me encuentro tan nervioso con las circunstancias… Además, oigo a todas horas a mi mujer y mis hijas que le llaman Bel Ami, que he acabado por coger esa costumbre. ¿No me lo tendrá en cuenta?

Jorge reía:

—En absoluto. Ese apodo no tiene nada que me moleste.

El viejo Walter prosiguió:

—Muy bien, entonces también le bautizo Bel Ami como todo el mundo. Y ahora vayamos con los grandes acontecimientos… El Gobierno ha caído ante una votación de trescientos diez votos contra ciento dos. Nuestras vacaciones aún se retrasan, quedan para las calendas griegas, porque ya estamos a 28 de julio. España se ha molestado por la cuestión de Marruecos, y esto ha sido lo que ha echado abajo a Durand de l'Aine y sus acólitos. Estamos con el agua hasta el cuello. Marrot ha sido encargado de formar nuevo gabinete. El general Boutin d'Acre se ocupará de la Guerra, y nuestro amigo Laroche Mathieu de los Asuntos Extranjeros. También se acumula la cartera del Interior a la de la Presidencia del Consejo. Vamos a convertirnos en una hoja oficiosa. Estoy haciendo el artículo de fondo, una sencilla declaración de principios para trazar el camino a los ministros.

El buen hombre sonrió y prosiguió:

—El camino que ellos quieran seguir, desde luego. Pero me haría falta algo más sobre la cuestión de Marruecos, algo interesante, de actualidad, una crónica de efecto sensacional. ¡Qué sé yo! Encuéntreme eso usted.

Du Roy reflexionó unos segundos y luego respondió:

—Tengo lo que usted quiere. Le entregaré un estudio sobre la situación política de toda nuestra colonia africana, con Túnez a la izquierda, Argelia en el centro y Marruecos a la derecha. La historia de las razas que pueblan este gran territorio y el relato de una excursión a la frontera marroquí, hasta el gran oasis de Figuig, adonde ningún europeo ha llegado y es causa del actual conflicto. ¿Le servirá?

El viejo Walter exclamó:

—¡Admirable! ¿Y el título?

—¡«De Túnez a Tánger»!

—¡Soberbio!

Du Roy se fue a rebuscar en la colección de *La Vie Française* el ejemplar donde salió su primer artículo: «Las memorias de un cazador en África». Con otro título, reescrito y modificado, serviría admirablemente para el caso, ya que en él se hablaba de la política colonial, de la población argelina y de una excursión a la provincia de Orán.

En tres cuartos de hora quedó rehecho, compuesto y listo con sabor de actualidad y las consiguientes alabanzas para el nuevo gabinete.

El director, una vez lo hubo leído, declaró:

—¡Es perfecto! Perfecto, perfecto… Es usted un hombre valioso. Mi enhorabuena.

Du Roy volvió a su casa para cenar, encantado con la jornada, pese al fracaso de la Trinidad, pues adivinaba que había ganado la partida.

Su mujer le esperaba impaciente. Nada más verle, le gritó:

—¿Sabes que Laroche es ministro de Asuntos Exteriores?

—Sí. Ahora acabo de escribir un artículo sobre Argelia relacionado con ese asunto.

—¿Cómo?

—Tú lo conoces. Fue el primero que escribimos en colaboración: «Las memorias de un cazador en África», corregido y aumentado de acuerdo con la ocasión.

Ella sonrió.

—¡Ah, sí! Eso irá muy bien.

Después, tras haberse quedado unos instantes pensativa, añadió:

—Estoy pensando en aquella continuación que debiste escribir entonces y que dejaste… colgada. Ahora podemos dedicarnos a ella. Esto nos daría una bonita serie de acuerdo con la situación.

Du Roy respondió, mientras se sentaba ante su plato de sopa:

—Perfectamente. Nada se opone a ello, ya que ese cornudo de Forestier está muerto.

Magdalena replicó vivamente ofendida y en tono seco:

—Esa broma está fuera de lugar. Te ruego que pongas fin a ella. Ya va durando demasiado.

Iba a responderle irónicamente, cuando le entregaron un despacho que contenía unas cuantas palabras sin ninguna firma.

> Perdí la cabeza. Perdóneme y acuda mañana a las cuatro al parque Monceau.

Jorge comprendió lo que significaba aquello, y con el corazón lleno de júbilo, dijo a su esposa, mientras se guardaba el papel azul en el bolsillo:

—No lo haré más, querida. Es estúpido. Lo reconozco.

Empezó a cenar.

Mientras comía no hacía más que repetirse aquellas palabras: «Perdí la cabeza. Perdóneme y acuda mañana a las cuatro al parque Monceau». Entonces cedía, y aquello significaba: «Me rindo, soy suya, donde quiera y cuando quiera».

Se echó a reír y Magdalena le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—No gran cosa. Me acordaba de un cura a quien he visto hace poco con un bonete muy gracioso.

Du Roy llegó a la hora exacta a la cita del día siguiente. Todos los bancos del parque estaban ocupados por burgueses abrumados por el calor y criadas descuidadas que parecían dormitar mientras las criaturas correteaban por los senderos.

Encontró a la señora Walter en la pequeña ruina antigua donde corre una fuente. Daba vueltas al estrecho círculo de columnas con expresión inquieta y molesta.

Nada más la hubo saludado Jorge, dijo ella:

—¡Cuánta gente hay en este jardín!

Él aprovechó la ocasión:

—Sí, es cierto… ¿Quiere venir a otro sitio?

—Pero ¿adónde?

—Da lo mismo. A un coche, por ejemplo. Usted baja la cortinilla de su lado y estará a cubierto de cualquier mirada.

—Sí, prefiero eso. Aquí me muero de miedo.

—Bien. Espéreme dentro de cinco minutos en la puerta que da al bulevar exterior. Yo llegaré con un simón.

Se marchó corriendo. Cuando ella se reunió con él y corrió la cortinilla de su lado, le preguntó:

—¿Adónde ha dicho al cochero que nos conduzca?

Jorge respondió:

—No se preocupe. Ya está al tanto.

Había dado al hombre la dirección de su apartamento de la calle de Constantinopla.

La mujer añadió:

—No puede figurarse cómo sufro por su causa, cómo me atormenta y me tortura. Ayer en la iglesia fui dura con usted. Pero quería huir a toda costa. Tengo tal miedo a encontrarme a solas con usted… ¿Me ha perdonado?

Du Roy le estrechó las manos.

—Sí, sí. ¿Qué no le perdonaría yo amándola como la amo?

Ella lo miraba con expresión suplicante:

—Escuche, tiene que prometerme que me respetará… Si no, no podría volver a verle.

Por lo pronto, no respondió. Se limitaba a dibujar bajo su bigote aquella sonrisa que turbaba tanto a las mujeres. Al fin murmuró:

—Soy su esclavo.

Entonces ella se puso a contarle cómo se había dado cuenta de que lo amaba al enterarse que iba a contraer matrimonio con Magdalena Forestier. Añadía detalles, pequeños detalles de fechas y cosas íntimas.

Repentinamente se calló. El vehículo acababa de detenerse. Du Roy abrió la portezuela.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó ella.

Él respondió:

—Descienda y entre en esa casa. Estaremos más tranquilos.

—Pero ¿dónde estamos?

—En mi casa. Es mi piso de soltero que he vuelto a tomar por unos días, para tener un rincón donde poder vernos.

Ella se aferró al asiento del coche, aterrada ante la idea de aquella entrevista a solas. Balbucía:

—No, no. No quiero. ¡No quiero!

Du Roy pronunció, con voz enérgica:

—Le juro respetarla. Venga… Fíjese que nos están mirando y la gente va a

reunirse en torno nuestro. Dése prisa, dése prisa… Baje… —Y repitió serio—: ¡Le juro que la respetaré!

Un tabernero que estaba a la puerta de su establecimiento los miraba con curiosidad. La mujer fue presa de terror y se precipitó dentro de la casa.

Iba a subir la escalera cuando Jorge la retuvo de un brazo.

—Es aquí, en la planta baja.

Y la empujó dentro de su aposento.

Una vez cerrada la puerta, la agarró como a una presa. La mujer se debatía, luchaba, tartamudeaba:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Du Roy la besaba con arrebato en el cuello, en los ojos, en los labios sin que ella pudiese evitar sus frenéticas caricias. Y a pesar de rechazarle, de retirar su boca, le devolvía los besos.

De pronto cesó de luchar, y vencida, resignada, se dejó desnudar por él. La despojaba, una a una, hábil y diestramente, de todas sus prendas, con manos tan ágiles como las de una doncella.

Ella le había arrancado de las manos su corpiño para esconder su rostro tras él, y permaneció de pie, como una estatua blanca, en medio de las ropas que se amontonaban a sus pies.

Él le dejó las botinas y la llevó en sus brazos hasta la cama. Entonces ella le murmuró al oído, con voz quebrada:

—Le juro… le juro que nunca he tenido un amante.

Lo dijo como si una jovencita afirmase:

«Le juro a usted que soy virgen».

Y Du Roy pensó:

«¡Es algo que me importa muy poco!».

Capítulo V

Llegó el otoño. Los Du Roy habían pasado todo el verano en París desencadenando una intensa campaña en *La Vie Française* a favor del nuevo Gobierno, mientras duraban las cortas vacaciones parlamentarias.

Aunque no estaban más que en los primeros días de octubre, las Cámaras habían reanudado sus sesiones a causa del cariz tan amenazador que tomaban los asuntos de Marruecos.

Nadie, en el fondo, creía en una expedición hacia Tánger, aunque el día de la clausura del Parlamento, un diputado de la derecha, el conde Lambert Sarrazin, en un discurso rebosante de ingenio y aplaudido hasta por algunos rivales, en el que apostó y ofreció en prenda su bigote, al igual que hiciera en otro tiempo un famoso virrey de las Indias, contra las patillas del presidente del Consejo, a que el nuevo Gobierno no podría más que imitar al anterior y enviar un Cuerpo de Ejército a Tánger, para que emparejase con el de Túnez por amor a la simetría, igual que se ponen dos floreros sobre una chimenea. Y había añadido:

—La tierra de África, señores, es en efecto una chimenea… Una chimenea que quema nuestra mejor madera, una chimenea de gran tiro que se alimenta con billetes de banco. Se permitieron el artístico capricho de adornar los escaños de la izquierda con un muñeco tunecino que les cuesta caro, y ahora verán cómo el señor Marrot querrá imitar a su predecesor y engalanará los escaños de la derecha con un muñeco marroquí.

Este discurso se hizo célebre y dio pie a Du Roy para escribir diez artículos sobre la colonia argelina y continuar la serie interrumpida en sus primeros tiempos periodísticos. Había apoyado enérgicamente la idea de una expedición militar, aunque estaba convencido de que no se realizaría. Había conseguido que vibrase la cuerda patriótica y bombardear a España con todo un arsenal de argumentaciones despreciables, como suelen emplearse contra los pueblos cuyos intereses son contrarios a los propios.

La Vie Française había ganado una importancia considerable gracias a sus ostentosas relaciones con el poder. Publicaba, antes que los periódicos más serios, las noticias políticas e indicaba, mediante veladas insinuaciones, las intenciones de sus amigos los ministros. Todos los periódicos de París y provincias buscaban en sus páginas las informaciones. Se le citaba, se le temía y empezaba a respetársele. Ya no era el órgano sospechoso de un grupo de aventureros políticos, sino el órgano reconocido del Gobierno. Laroche Mathieu era el alma del periódico y Du Roy su portavoz. El viejo Walter, diputado mudo y director cauteloso que sabía esconderse, se ocupaba en la sombra, según se decía, de un gran negocio de minas de cobre en Marruecos.

El salón de Magdalena se había convertido en un centro influyente, donde cada semana se reunían algunos ministros del nuevo Gobierno. El propio presidente del

Consejo había cenado dos veces en su casa, y las esposas de los hombres de Estado, que anteriormente vacilaban al franquear su puerta, ahora se envanecían de ser sus amigas y le hacían más visitas de las que ella les devolvía.

El ministro de Asuntos Extranjeros casi reinaba allí como dueño. Iba a cualquier hora del día a llevar telegramas, datos, informaciones que dictaba, bien al marido o bien a la mujer, como si se hubieran convertido en sus secretarios.

Cuando Du Roy, después de marcharse el ministro, se quedaba a solas con Magdalena, despotricaba con amenazas en la voz e insinuaciones pérfidas en las palabras, contra las pretensiones de aquel mediocre advenedizo.

Sin embargo, su mujer se encogía de hombros y le repetía despectivamente:

—Haz otro tanto como él. Llega a ministro y podrás hablar. Hasta entonces, cállate.

Él se atusaba el bigote contemplándola de reojo.

—Nadie se imagina de lo que soy capaz —decía—. Ya se sabrá algún día.

Ella respondía filosófica:

—Vivir para ver.

La mañana de la reapertura de las Cámaras, la joven esposa, todavía en la cama, no hacía más que recomendaciones a su marido, que se vestía para ir a almorzar con el señor Laroche Mathieu, quien le daría instrucciones antes de la sesión para que escribiese el artículo político del día siguiente en *La Vie Française*, un artículo que debía ser una especie de declaración oficiosa de los proyectos del nuevo Gabinete.

Magdalena decía:

—Y sobre todo, no te olvides de preguntarle si el general Belloncle será enviado a Orán, según se proponían. Esto sería de gran significado.

Jorge, nervioso, respondió:

—Sé tan bien como tú lo que debo hacer. Déjame en paz con tus machaqueos.

Magdalena replicó tranquilamente:

—Querido, siempre te olvidas de la mitad de los encargos que te hago para el ministro.

Él gruñó:

—¡Ya me harta tu ministro! Al fin y al cabo no es más que un idiota.

Ella replicó, sin perder la calma:

—No es más ministro mío que tuyo. Y a ti te es más útil que a mí.

Du Roy se había vuelto un poco hacia ella y sonreía sarcástico.

—Perdón, pero a mí no me hace la corte.

La mujer contestó muy despacio:

—A mí tampoco, pero hace nuestra fortuna.

Él se calló unos instantes y después agregó:

—Si tuviese que elegir entre todos tus adoradores, aún me quedaría con ese vejestorio de Vaudrec. ¿Qué ha sido de él? Hace más de ocho días que no lo he visto.

Magdalena contestó, sin conmoverse:

—Está enfermo. Me ha escrito para decirme que incluso guarda cama a consecuencia de un ataque de gota… Deberías pasar a informarte sobre su estado. Ya sabes que te aprecia mucho y eso le alegraría.

Jorge contestó:

—Sí, es cierto. Iré enseguida.

Había concluido de arreglarse ya; con el sombrero en la cabeza, comprobaba si no había olvidado alguna cosa. No encontrando nada que le faltase, se aproximó al lecho y besó a su esposa en la frente.

—Hasta luego, querida. No estaré de regreso hasta las siete, lo más pronto.

Salió.

Laroche Mathieu le esperaba, ya que en este día almorzaba a las diez, antes de la reapertura del Parlamento, cuyo consejo debía reunirse a mediodía.

Una vez que estuvieron a la mesa, acompañados del secretario particular del ministro y sin la señora de Laroche Mathieu que no había querido cambiar el horario de su comida, Du Roy habló de su artículo y trazó sus líneas generales, consultando las notas que había escrito en las tarjetas de visita. Cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Tiene algo que modificar, mi querido ministro?

—Muy poco, querido amigo. Acaso que es usted demasiado afirmativo en lo tocante al asunto de Marruecos. Hable de la expedición como si fuera a llevarse a cabo, pero dejando entender que no se realizará, y que usted lo cree menos factible que nadie. Haga que el público lea entre líneas que nosotros no iremos a forrarnos en esta aventura.

—Perfectamente. He comprendido y haré que lo comprendan así. Mi mujer me encargó que le preguntase a este respecto si el general Belloncle sería enviado a Orán. Después de lo que acaba de decirme, tengo la impresión de que no.

El ministro respondió:

—No.

Después se habló de la sesión que se abriría. Laroche Mathieu se puso a disertar preparando el efecto de las frases que pensaba soltar entre sus colegas unas horas más tarde. Agitaba su mano derecha y levantaba al aire, bien el tenedor, ya el cuchillo, o un pedazo de pan, y sin mirar a nadie se dirigía a una Asamblea invisible y escupía su elocuencia empalagosa de niño bonito bien peinado. Un bigotillo ensortijado enderezaba sobre sus labios dos guías semejantes a las colas de un escorpión. Y sus cabellos untados de brillantina, divididos por el centro de la frente, echaban sobre sus sienes unas ondas de provinciano presumido. Estaba un poco gordo, algo inflado, pero se mantenía joven, con el vientre levantándole el chaleco.

Su secretario particular comía y bebía tranquilamente. Parecía acostumbrado a aquellas duchas de facundia. Pero Du Roy, a quien la envidia del éxito obtenido por el otro le amargaba, sólo pensaba:

«¡Vete a paseo, zopenco! ¡Qué cretinos son estos políticos!».

Y comparando su propia valía con la hueca presunción de aquel ministro, se

decía:

«¡Rayos! Si dispusiera de cien mil francos me presentaría a diputado por mi país de Rouen para enredar en la pasta de su gran malicia a mis bravos normandos. ¡Qué hombre de Estado haría al lado de estos bribones imprevisores!».

Laroche Mathieu siguió hablando hasta que se sirvió el café. Luego, viendo que era tarde, avisó para que le preparasen su berlina y tendió la mano al periodista.

—¿Ha comprendido bien, mi querido amigo?

—Perfectamente, querido ministro. Cuente conmigo.

Y Du Roy se marchó hacia el periódico tranquilamente para escribir su artículo, ya que no tenía nada que hacer hasta las cuatro. A las cuatro debía encontrarse en la calle de Constantinopla con la señora de Marelle, a quien veía con mucha regularidad, casi dos veces por semana: los lunes y viernes.

Sin embargo, al entrar en la redacción le entregaron una nota cerrada. Pertenecía a la señora Walter y decía:

> Es absolutamente preciso que te hable hoy. Es un asunto grave, muy grave. Espérame a las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio.
>
> Tu amiga hasta la muerte,
>
> VIRGINIA

—¡Santo Dios! ¡Qué tabarra! —exclamó.

Presa de un acceso de mal humor, se marchó enseguida, pues estaba demasiado irritado para trabajar.

Hacía seis semanas que buscaba un medio para romper con aquella mujer y no conseguía librarse de su encarnizado apego.

Después de su caída, la señora Walter había tenido una espantosa crisis de remordimientos, y en los tres encuentros siguientes con su amante lo había colmado de reproches y maldiciones. Aburrido de tales escenas y también cansado de aquella mujer madura y melodramática, Du Roy se había alejado con la esperanza de que aquella aventura concluyese. Pero entonces ella se aferró a él desesperadamente y se arrojó en aquel amor como quien se lanza a un río con una piedra en el cuello. Jorge se había dejado coger por delicadeza, por complacencia y por miramiento. Pero la mujer lo había aprisionado en una pasión desenfrenada, fatigante, y lo perseguía con su ternura.

La señora Walter quería verle todos los días. Le llamaba continuamente por medio de telegramas. Le salía al paso para encuentros rápidos en las esquinas, en los establecimientos y en los jardines.

En tales ocasiones, la mujer le repetía con las mismas frases de siempre, que lo adoraba y lo idolatraba. Luego se marchaba jurándole «que era muy feliz por haberle visto».

Ella se mostraba muy distinta a como la había imaginado. Intentaba seducirlo con graciosas puerilidades, con amorosas infantilidades que a su edad resultaban

ridículas. Habiendo permanecido hasta entonces absolutamente honrada, virgen de corazón, cerrada a todo sentimiento e ignorante a toda sensualidad, esto, que se le había revelado de golpe en su prudente y apacible cuarentena, sólo comparable a un pálido otoño siguiendo a un frío verano, esto había constituido una especie de primavera. Primavera marchita, llena de florecillas malnacidas y abortados brotes. Una extraña floración de un amor de jovencita, de un amor tardío, ardiente e ingenuo, que lo formaban imprevistos arrebatos, grititos propios de dieciséis años, carantoñas empalagosas y gracias envejecidas sin haber sido nunca jóvenes.

Le escribía diez cartas en un día. Cartas bobamente locas, con un estilo pintoresco, poético y risible. Un estilo recargado como el de los indios y lleno de nombres de pájaros y animales.

Cuando ambos se encontraban a solas, ella lo abrazaba y besaba con caricias pesadas de niña mimada, haciendo muecas un tanto grotescas con los labios, dando saltitos que sacudían sus senos demasiado voluminosos bajo la tela de su corpiño.

A Du Roy, sobre todo, le mareaba oírse llamar: «Ratoncito mío», «Perrito mío», «Gatito», «Mi joya», «Mi pájaro azul», «Mi tesoro», y ver cómo se le ofrecía, cada vez, representando la misma comedia de infantil pudor, los miedosos melindres que juzgaba interesantes, y los jugueteos de colegiala pervertida.

A veces preguntaba:

—¿Para quién es esta boquita?

Cuando él no respondía enseguida: «Es para mí», ella continuaba con la pregunta hasta hacerlo enfermar de los nervios.

A Du Roy le parecía que ella debería comprender que en el amor es preciso tener tacto, una habilidad, una prudencia y una medida extremadas, máxime habiéndose dado a él ya madura, madre de familia, mujer de mundo. Ella tenía que entregarse con gravedad, con una especie de ardor contenido, serio, con lágrimas seguramente, pero con lágrimas de Dido y no de Julieta.

La mujer le repetía constantemente:

—¡Cuánto te amo, pequeño mío! ¿Me quieres tú otro tanto, mi bebé?

Y Jorge no podía oír como le llamaba «Pequeño mío» y «Mi bebé» sin sentir deseos de gritarle «Mi vieja».

Virginia le decía:

—¡Qué locura cometí al entregarme a ti! Pero no me arrepiento. ¡Es tan bueno amar!

Todo aquello le parecía a Jorge irritante en aquella boca. Pronunciaba aquello de «¡Es tan bueno amar!» como hubiera podido decirlo una ingenua en el teatro.

Además, ella también lo exasperaba con la torpeza de sus caricias. Convertida en sensual súbitamente bajo los besos de aquel buen mozo que le había encendido la sangre con tal fuerza, ella ponía en su abrazo un ardor inhábil y una aplicación tan seria que provocaba la risa de Du Roy y le hacía pensar en esos viejos que intentan aprender a leer.

Y cuando ella lo había estrujado bien entre sus brazos, mirándole ardientemente con esos ojos profundos que tienen algunas mujeres ya pasadas, pero soberbias en su último amor; cuando ya lo había mordido con su boca trémula y muda; cuando lo había aplastado bajo su carne maciza y cálida, cansada, pero insaciable, ella se agitaba como una colegiala y ceceaba para hacerse la graciosa:

—¡Te amo tanto, pequeño mío! Te amo tanto… Haz un mimito a tu mujercita, mi amor.

Entonces a Jorge le daban ganas de soltarle una barbaridad, ponerse el sombrero y marcharse dando un portazo.

Se habían estado viendo muy a menudo, al principio, en la calle de Constantinopla; pero Du Roy, que temía un encuentro con la señora de Marelle, ahora le ponía mil excusas para negarse a aquellas citas.

Entonces se vio obligado a ir casi todos los días a casa de los Walter, bien a almorzar, bien a cenar. Virginia le apretaba la mano bajo la mesa, le ofrecía sus labios tras las puertas, pero a él sólo le divertía entretenerse con Susana, que lo regocijaba con sus travesuras. En el cuerpo de esta muñeca bullía un ingenio ágil y malicioso, imprevisto y socarrón, que exhibía a todas horas como una marioneta de feria. Susana se burlaba de todo y de todos con sus salidas mordaces. Jorge excitaba su locuacidad, la incitaba a la ironía y ambos se entendían a maravilla.

La muchacha lo llamaba a cada momento:

—Escuche, Bel Ami. Venga aquí, Bel Ami.

Y Du Roy dejaba inmediatamente a la madre para reunirse con la jovencita, que le susurraba al oído cualquier maldad, y ambos se reían con toda su alma.

Sin embargo, hastiado por el amor de la madre, llegó a sentir una invencible repugnancia, y le huyó porque no podía verla, oírla, ni pensar en ella sin encolerizarse. Dejó de ir a su casa, de responder a sus cartas y de acudir a sus llamadas.

La mujer comprendió, al fin, que Jorge ya no la amaba y sufrió terriblemente. Pero entonces se encarnizó con él espiándole, siguiéndole, esperándole en un simón con las cortinillas bajadas a la puerta del periódico, a la puerta de su casa, o en las calles por donde ella creía que pasaría:

Du Roy sentía deseos de maltratarla, de injuriarla, golpearla y decirle claramente:

—¡Ea, basta ya! Me tienes aburrido.

Pero todavía le guardaba algunas consideraciones a causa de *La Vie Française*. Y trataba, a fuerza de frialdad, de rudezas disimuladas con miramientos, e incluso con palabras rudas en algunas ocasiones, de hacerle comprender que era necesario concluir de una vez con aquello.

La mujer se obstinaba, sobre todo, en atraerlo con subterfugios a la calle de Constantinopla, y él cada vez temía más que un día pudieran encontrarse las dos mujeres frente a frente.

Su afecto por la señora de Marelle, por el contrario, había crecido durante el

verano. Él la llamaba «Mi chicuela», y estaba convencido de que le gustaba. Sus naturalezas tenían muchos puntos en común. Ambos se encontraban a gusto juntos. Eran de la clase de aventureros que vagabundean por la vida, de esos vagabundos mundanos que se parecen, sin duda, a los gitanos que andan por los caminos.

Habían disfrutado un delicioso verano de amor, un verano de estudiantes que están de juerga. Hacían escapadas para comer o cenar en Argenteuil, en Bougival, en Maisons, en Poissy. Y se pasaban horas enteras en una barca o cogiendo flores a lo largo de los ríos. Clotilde adoraba las frituras del Sena, los guisos de conejo y las calderetas, los cenadores de los cabarets y los gritos de los remeros. A él le gustaba salir con ella en la imperial de un tren de cercanías un día despejado y atravesar la fea campiña de París por donde brotaban los horribles chalets burgueses.

Y cuando debía separarse de Clotilde para ir a cenar a casa de la señora Walter, odiaba a la vieja y encarnizada amante, al acordarse de la joven que acababa de abandonar y que había despertado su deseo y cosechado su ardor sobre la hierba que crece a orillas del agua.

Ya se sentía, al fin, casi liberado de la directora después de haberle expresado de una manera clara y casi brutal su resolución de romper con ella, cuando recibió en el periódico el telegrama que le citaba a las dos en la calle de Constantinopla.

Lo releía sin dejar de caminar: «Es absolutamente preciso que te hable hoy. Es un asunto grave, muy grave. Espérame a las dos en la calle de Constantinopla. Puedo prestarte un gran servicio. Tu amiga hasta la muerte, Virginia».

Pensó:

«¿Qué diablos querrá ahora esta vieja lechuza? Apostaría cualquier cosa a que no tiene nada que decirme. Me repetirá que me adora, pero no me queda más remedio que ir. Habla de una cosa muy grave y de un gran servicio, y posiblemente sea cierto. ¡Clotilde llegará a las cuatro! Es preciso que despache a la primera a las tres, lo más tarde. ¡Diablos, con tal de que no se encuentren! ¡Qué estúpidas son las mujeres!».

Y pensó que, en efecto, la única que no le molestaba era la suya. Ella vivía a su modo y parecía quererle mucho a las horas destinadas para el amor, pues ella no admitía que se alterase el orden inmutable de las ocupaciones habituales de la vida.

Mientras se encaminaba muy lentamente hacia el lugar de la cita, se excitaba mentalmente contra la directora.

«¡Ah! Voy a recibirla con muy buenos modales como no tenga nada que decirme. El lenguaje de Cambronne resultará académico después del mío. Por lo pronto, le diré que no pongo más los pies en su casa».

Entró en el aposento para esperar a la señora Walter.

Ésta llegó casi inmediatamente y nada más verle, exclamó:

—¡Ah, veo que has recibido mi aviso! ¡Qué suerte!

Jorge había puesto mala cara.

—¡Diablo! Lo encontré en el periódico en el momento en que me marchaba a la Cámara. ¿Qué quieres ahora?

La mujer había levantado su velo para besarle. Se aproximó a él con aire temeroso y sumiso, como un perro apaleado frecuentemente.

—¡Qué cruel eres conmigo! Con qué dureza me hablas… ¿Qué te he hecho? ¡No puedes figurarte lo que me haces sufrir!

Jorge gruñó:

—¿Vas a volver a empezar la cantinela?

Ella se encontraba de pie muy cerca de él, esperando una sonrisa, un gesto para echarse en sus brazos. Murmuró:

—No hacía falta tomarme para tratarme después de esta manera. Hubiera sido mejor dejarme feliz y tranquila como estaba. ¿Te acuerdas de lo que me decías en la iglesia y cómo me obligaste a entrar en esta casa? Y ahora, ¡qué manera de hablarme! ¡Cómo me recibes! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué daño me haces!

Du Roy golpeó furiosamente el suelo con el pie.

—¡Ea! ¡Basta ya! No puedo verte ni un minuto sin oír esa monserga. Cualquiera diría que te seduje a los doce años y que eras tan inocente como un ángel. No, querida. Restablezcamos los hechos porque no había ninguna violación de menor. Te entregaste a mí en edad y con uso de razón. Te lo agradezco y te estoy absolutamente reconocido, pero eso no me obliga a estar cosido a tus faldas hasta la muerte. No somos libres. Tú tienes marido y yo mujer. Nos hemos permitido un capricho, y si te he visto no me acuerdo. Se acabó.

Virginia exclamó:

—¡Oh, qué brutal eres! ¡Qué grosero! ¡Eres infame! No, yo no era una chiquilla, pero jamás había amado, jamás había faltado…

Él la cortó bruscamente:

—Ya me lo has repetido un montón de veces. ¡Ya lo se! Pero ya tenías dos hijas. Yo no te he desflorado.

La mujer retrocedió.

—¡Oh, Jorge! ¡Eso es indigno!

Se llevó las manos al pecho y empezó a sofocarse entre sollozos que le subían a la garganta.

Cuando vio que las lágrimas aparecían, cogió su sombrero que había dejado encima de una esquina de la chimenea, y dijo:

—¡Ah! ¡Vas a llorar! Entonces buenas tardes. ¿Y para esta representación me has hecho venir?

La mujer dio un paso con el fin de cortarle el camino. Extrajo un pañuelo de su bolsillo y se secó los ojos con un gesto brusco. Su voz se afirmó por el esfuerzo de su voluntad, y dijo, entre interrupciones obligadas por su dolor:

—No, he venido para darte una noticia…, una noticia política. Para proporcionarte el medio de ganar cincuenta mil francos, o acaso más…, si tú quieres.

Du Roy, súbitamente dulcificado, preguntó:

—¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir?

—Anoche, por casualidad, sorprendí una conversación de mi marido con Laroche. Además, tampoco se ocultan mucho delante de mí. Pero Walter recomendaba al ministro no meterte en el secreto porque lo contarías todo.

Du Roy había dejado nuevamente su sombrero sobre la chimenea y la escuchaba con mucho interés.

—Entonces ¿qué ocurre?

—¡Van a apoderarse de Marruecos!

—¡Valiente cosa! Precisamente hoy he almorzado con Laroche y casi me ha dictado las intenciones del ministerio.

—No, querido. Te la han jugado, porque ellos temen que se conozcan sus intenciones.

—Siéntate —le dijo Jorge.

Y él se acomodó en una butaca.

La mujer, entonces, cogió un taburete y lo colocó ante él para sentarse entre las piernas del joven. Después le dijo con voz mimosa:

—Como siempre pienso en ti, ahora me fijo en cuanto se cuchichea a mi alrededor.

Y se puso a explicarle, lentamente, cómo desde hacía algún tiempo había adivinado que se tramaba algo a sus espaldas, mientras se servían de él, por temor a su participación.

—¿Sabes? Cuando se ama, se avispa una —concluyó.

La víspera había descubierto todo. Al fin supo que se trataba de un gran negocio, un negocio muy importante preparado en la sombra. Ahora ella sonreía satisfecha de su habilidad y se exaltaba al hablar como la mujer de un financiero, acostumbrada a presenciar cómo se maquinaban las jugadas de Bolsa, las oscilaciones de valores y las alternativas de alzas y bajas que en dos horas de especulación arruinaban a los miles de modestos burgueses y pequeños rentistas que habían colocado sus economías en fondos que contaban con la garantía de hombres honrados y respetados, hombres políticos o de la banca.

Le repetía:

—¡Ah! Es tremendo lo que han hecho. Tremendo. Por otra parte, es Walter quien maneja todo y él sí que entiende. Verdaderamente, es una combinación de primera.

Jorge se impacientó ante estos preliminares y la apremió:

—Vamos, explícate rápido.

—Pues bien, te diré… La expedición militar a Tánger quedó decidida entre ellos el mismo día que Laroche se hizo cargo del Ministerio de Asuntos Extranjeros. Luego han rescatado poco a poco el empréstito sobre Marruecos que había bajado a sesenta y cuatro o sesenta y cinco francos. Han sido muy hábiles para rescatarlos por medio de agentes sin escrúpulos, sospechosos, que no despertaban ningún recelo. Incluso han engañado a los Rothschild, que se asombraban de ver cómo se pedían marroquíes. Les nombraron intermediarios tarados y al margen, lo cual tranquilizó a

la gran banca. Y ahora van a llevar a cabo la expedición y cuando estemos allí, el Estado francés garantizará la deuda. Nuestros amigos se habrán ganado de cincuenta a sesenta millones, o más. ¿Te das cuenta del asunto? ¿Comprendes por qué tienen miedo de todo el mundo, miedo de la menor indiscreción?

Había apoyado la cabeza sobre el chaleco del joven y los brazos sobre sus piernas. Se estrechaba contra él viendo que ahora se interesaba por ella. Se sentía dispuesta a todo a cambio de una caricia, de una sonrisa.

Jorge le preguntó:

—¿Estás bien segura?

Su amante respondió con aplomo:

—¡Oh! Ya lo creo.

Él exclamó:

—¡Es tremendo, en efecto! Respecto a ese cochino de Laroche, ya lo cogeré por mi cuenta. ¡El muy granuja! ¡Que se prepare…! Sí, que se prepare… porque me voy a quedar entre las manos con su esqueleto de ministro.

Se quedó reflexionando y al cabo de un minuto murmuró:

—Habrá que aprovecharse de eso.

—Aún puedes comprar del empréstito —dijo ella—. No está más que a setenta y dos francos.

—Sí, pero no tengo dinero disponible —replicó.

Entonces ella levantó sus ojos hacia él, unos ojos llenos de súplica, y murmuró:

—Ya lo he pensado, gatito mío, y si fueses amable, amable de verdad… Si me quisieras un poco, me dejarías que te lo prestase.

Jorge respondió con brusquedad, casi con dureza:

—Respecto a eso; no… ¿Entiendes?

La mujer añadió, con voz implorante:

—Escucha, hay algo que puedes hacer sin que te preste el dinero. Yo quería suscribirme al empréstito con diez mil francos para hacerme unos ahorritos. Pues bien, cogeré veinte mil y tú te quedas con la mitad. Comprenderás que no voy a dar el dinero a Walter. Por ahora no hay nada que pagar. Si resulta, habrás ganado setenta mil francos; si no, me deberás diez mil francos a pagarme como te parezca.

Aún replicó:

—No. Me gustan muy poco esas combinaciones.

Entonces le razonó una serie de argumentaciones con ánimo de decidirlo. Le probó que él no comprometía más que diez mil francos bajo su palabra. Quedaban arriesgados, en consecuencia, pero ella no anticipaba dinero, ya que el desembolso se hacía por medio de la banca Walter.

Por otro lado le demostró que había sido él quien, desde *La Vie Française*, había realizado toda la campaña política que hacía posible aquel negocio, y sería un gran tonto si no se aprovechaba.

Todavía vaciló y ella agregó:

—Piensa que, en realidad, es Walter quien te adelanta esos diez mil francos y que tú le has prestado servicios que valen más que eso.

—Está bien, sea —replicó—. Voy a medias contigo. Si perdemos, te devolveré diez mil francos.

Ella se puso tan contenta, que levantándose de su asiento le cogió con ambas manos la cabeza y empezó a besarle ávidamente.

Al principio, Jorge no se opuso, pero como ella se enardecía abrazándolo y devorándolo con sus caricias, pensó que Clotilde llegaría pronto, y que si era débil perdería el tiempo y dejaría en brazos de la vieja un ardor que estaría mejor empleado con la joven.

Entonces la rechazó suavemente.

—Vamos, repórtate —dijo él.

La mujer le miró con desolación.

—¡Oh, Jorge! ¿No puedo ni abrazarte?

—No, hoy no —respondió él—. Tengo algo de jaqueca y esto me sienta mal.

Entonces, ella se sentó dócil entre sus piernas y preguntó:

—¿Quieres venir mañana a cenar a casa? ¡Me alegraría tanto!

Du Roy dudó unos instantes, pero no se atrevió a rehusar:

—Pues claro que iré.

—Gracias, querido.

Frotaba lentamente su mejilla contra el pecho del joven en un movimiento mimoso y regular. Uno de sus largos cabellos se enganchó en un botón de su chaleco.

Al darse cuenta de ello, la señora Walter tuvo una idea extravagante, una de esas ideas supersticiosas que asaltan a menudo la cabeza de las mujeres. Se puso a enrollar muy despacito aquel cabello alrededor del botón. Después cogió otro y lo enrolló en el botón siguiente, y aún puso otro en el botón de encima y en cada uno de ellos quedó anudada una hebra de cabello.

Él se las arrancaría inmediatamente al levantarse. No lo conseguiría completamente y sería su dicha. Porque sin él saberlo, llevaría un mechón de cabellos que nunca le había pedido. Aquello sería un lazo invisible, una atadura secreta, un talismán que lo uniría a ella. Sin querer, pensaría en ella, soñaría con ella, y al día siguiente, la querría un poco más.

Du Roy dijo de pronto:

—Es preciso que te deje. Me esperan en la Cámara cuando acabe la sesión. Hoy no puedo faltar.

—¡Oh, ya! —suspiró ella.

Luego añadió con resignación:

—Vete, cariño, pero mañana vendrás a cenar.

Luego, bruscamente, se apartó de él. Sintió un intenso e instantáneo tirón en la cabeza que le produjo un agudo dolor, como si le hubiesen pellizcado la piel con las tenazas. Y se sintió contenta por haber sufrido un poco por su amante.

—Adiós —le dijo.

Él la tomó entre sus brazos con una sonrisa compasiva y la besó en los ojos fríamente.

Ella, enloquecida por este contacto, aún murmuró:

—¿Ya?

Y dirigió una mirada suplicante a la alcoba, cuya puerta estaba medio abierta.

Jorge la apartó de él y en tono apresurado, le dijo:

—Es preciso que me marche. Llegaré con retraso.

Entonces ella le ofreció sus labios que Jorge apenas rozó. Entregó a su amante la sombrilla que dejaba olvidada y agregó:

—Vamos, vamos. Apresurémonos. Son más de las tres.

La mujer salió delante de él y repitió:

—Mañana a las siete.

—Sí, mañana a las siete —dijo él.

Se separaron. Ella se fue por la derecha y él por la izquierda.

Du Roy llegó hasta el bulevar exterior. Después descendió por el bulevar Malesherbes, que recorrió muy despacio. Al pasar ante una confitería vio *marrons glacés* en una copa de cristal y pensó:

«Voy a llevarle una libra a Clotilde».

Compró un paquete de aquellas golosinas que a ella le entusiasmaban, y a las cuatro entró en su aposento para esperar a su joven amante.

Clotilde llegó con cierto retraso porque su marido había retornado para pasar ocho días en París. Le preguntó:

—¿Puedes venir mañana a las siete a cenar con nosotros? Le encantará verte.

—No puedo. Ceno en casa del director. Tenemos que hablar de una serie de cuestiones políticas y financieras.

Ella se había despojado del sombrero y se quitaba el corpiño, que le apretaba mucho.

Él le mostró el paquete de golosinas que había dejado sobre la chimenea.

—Te he traído *marrons glacés*.

La mujer batió palmas.

—¡Qué estupendo! ¡Eres un sol!

Los cogió, probó uno y declaró:

—¡Son deliciosos! Me parece que no voy a dejar ni uno.

Y añadió, contemplando a Jorge con alegre sensualidad:

—Tú mimas todos mis vicios.

Comía con delectación los *marrons glacés* mientras echaba frecuentes miradas al interior del paquete para comprobar si aún quedaba alguno.

—Oye, ¿por qué no te sientas en esa butaca? Así podré sentarme entre tus piernas para mordisquear a gusto mis dulces.

Du Roy sonrió, se sentó y la puso entre sus muslos como poco antes estuvo la

señora Walter.

Clotilde levantó la cabeza hacia él para hablarle y le dijo con la boca llena:

—¿Sabes, querido? He soñado contigo. Soñé que hacíamos un viaje muy largo los dos solos sobre un camello. Tenía dos jorobas y tú ibas montado en una y yo en otra. Estábamos atravesando el desierto y llevábamos unos bocadillos en un papel y vino en una botella. Los comíamos sentaditos en las jorobas, pero eso me aburría porque no podíamos hacer otra cosa. Estábamos demasiado lejos el uno del otro, y yo sólo quería desmontar.

Du Roy respondió:

—Yo también quiero descender.

Se reía muy divertido con la historia. La animaba a contarle aquellas niñerías, a decirle gansadas, a charlar de esas tiernas bobadas que derrochan los enamorados. Estas tonterías que le parecían tan encantadoras en boca de la señora de Marelle y le hubiesen exasperado en la de la señora Walter.

Clotilde también le llamaba «Amor mío», «Pequeñín» y «gatito mío». Pero estas palabras le parecían dulces y acariciadoras. Dichas por la otra unos momentos antes, le irritaban terriblemente. Las palabras de amor, que siempre son las mismas, toman el sabor de los labios de donde salen.

Sin embargo, aunque estas locuras le agradaban, no dejaba de pensar en los setenta mil francos que iba a ganar. Repentinamente, dio unos golpecitos en la cabeza de su amante para contener su locuacidad y le dijo:

—Escucha, gatita… Voy a darte un encargo para tu marido. Dile de mi parte que compre diez mil francos del empréstito de Marruecos, que está a setenta y dos, y le prometo que ganará de setenta a ochenta mil francos antes de tres meses. Recomiéndale el silencio más absoluto. Y dile de mi parte que la expedición a Tánger ya está decidida y que el Estado francés garantizará la deuda marroquí. Pero no hables de esto con nadie. Te estoy confiando un secreto de Estado.

Ella lo escuchaba muy seria y replicó:

—Te lo agradezco. Se lo comunicaré esta noche a mi marido. Es un hombre muy serio y no hablará con nadie. No tengas cuidado.

Ya había concluido con los *marrons glacés*. Estrujó el cartucho vacío entre sus manos y lo arrojó a la chimenea. Le dijo:

—Vamos a acostarnos.

Sin levantarse empezó a desabrochar el chaleco de Jorge.

De repente se detuvo, y tirando entre los dedos, extrajo un largo cabello sujeto al botón. Se echó a reír, mientras decía:

—Fíjate. Te has traído un cabello de Magdalena… ¡Vaya marido más fiel!

Inmediatamente se quedó seria, examinando sobre su mano el casi imperceptible cabello que había encontrado. Dijo:

—Éste no es de Magdalena, es moreno.

Du Roy sonrió.

—Probablemente es de la doncella.

Pero Clotilde se puso a examinar el chaleco con interés policíaco y recogió otro nuevo cabello enrollado en otro botón. Después encontró un tercero, y pálida, un poco temblorosa, exclamó:

—¡Oh! Te has acostado con una mujer que ha puesto sus cabellos en todos tus botones.

Él se asombró y balbució:

—Te aseguro que no. Estás loca.

Inmediatamente se acordó de la señora Walter, comprendió y se quedó algo azorado, pero enseguida reaccionó riendo, satisfecho de que su amante se figurase que tenía éxito entre las mujeres.

Clotilde continuaba buscando y encontraba nuevos cabellos que desenrollaba y arrojaba luego a la alfombra.

Su instinto femenino le hizo adivinar, y enfurecida, rabiosa, a punto de llorar, balbució:

—Esa mujer te quiere… y ha querido que llevases encima algo suyo. ¡Oh, cómo me engañas!

Pero de pronto lanzó un grito, un estridente grito de alegría nerviosa, y dijo:

—¡Oh, oh! ¡Es una vieja! Mira una cana… ¡Ah! Ahora te dedicas a las viejas… ¿Es que te pagan? Di, ¿es que te pagan? ¡Ah! Te gustan las viejas. Entonces no tienes necesidad de mí. Resérvate para la otra.

Se puso de pie, corrió a coger su corpiño abandonado sobre una silla. Se volvió a vestir rápidamente.

Du Roy, avergonzado y balbuciente, quería retenerla:

—Pero, Clo… No seas estúpida… No sé lo que es eso… Escucha… Quédate, vamos a ver…

Y ella repetía:

—Resérvate para tu vieja, resérvate… Haz que te hagan una sortija con sus cabellos, con sus canas… Con éstos tienes suficiente.

Se había vestido, peinado y puesto el sombrero con gesto rápido y ademán nervioso, y como Jorge intentase retenerla, le sacudió un bofetón en pleno rostro. Mientras él permanecía aturdido, ella abrió la puerta y se marchó.

Una vez se quedó solo, Du Roy se sintió acometido por una rabia furiosa contra aquella vieja histérica de la Walter… ¡Ah! Ahora sí que la iba a mandar a paseo. ¡Y duramente!

Se enjuagó con agua la mejilla golpeada y después salió de allí pensando en su venganza. En esta ocasión no la perdonaría. ¡Ah, no!

Descendió hasta el bulevar. Estaba paseando cuando se detuvo ante el escaparate de una joyería para contemplar un cronómetro que deseaba desde hacía tiempo y que costaba mil ochocientos francos.

De pronto pensó, con una alegre sacudida:

«Si gano mis setenta mil francos, podré comprármelo».

Y entonces empezó a soñar e imaginarse las cosas que podría hacer con aquellos setenta mil francos.

Por lo pronto, se presentaría a diputado. Luego se compraría el cronómetro, después jugaría a la Bolsa, y después… después…

No tenía deseos de ir al periódico. Prefería charlar un poco con Magdalena antes de entrevistarse con Walter y escribir el artículo. Se encaminó en dirección a su casa.

Cuando llegaba a la calle de Drouot, se detuvo en seco… Había olvidado preguntar por el conde de Vaudrec, que vivía en la Chaussée d'Antin. Retrocedió dando un paseo, pensando en multitud de cosas y casi sumido en un feliz ensueño de cosas agradables y buenas con su próxima fortuna. También pensaba en el granuja de Laroche y en aquella vieja tiñosa de directora. Por lo demás, no le inquietaba mucho el enfado de Clotilde. Sabía bien que el perdón no se haría esperar mucho.

Cuando llegó a la casa donde vivía el conde, preguntó al portero:

—¿Podría decirme cómo sigue el señor de Vaudrec? Me han dicho que estaba enfermo.

El hombre respondió:

—El señor conde se encuentra muy mal. Se cree que no pasará de esta noche. La gota ya le ataca el corazón.

Du Roy se quedó tan impresionado que no supo qué hacer. ¡Vaudrec moribundo! Un tropel de ideas confusas, turbadoras, ideas que no se atrevía a confesarse, asaltaron su cerebro.

Tartamudeó:

—Gracias, ya volveré.

Apenas comprendió lo que decía.

Corrió a un simón y se dirigió a su casa.

Su mujer había llegado. Él penetró en su habitación muy sofocado y le anunció de sopetón:

—¿No lo sabes? ¡Vaudrec está muriéndose!

Magdalena, que estaba sentada leyendo una carta, levantó sus ojos para mirarle y repitió tres veces seguidas:

—¿Eh? ¿Qué dices, qué dices, qué dices?

—Digo que Vaudrec está muriéndose de un ataque de gota que ya le llega al corazón. —Luego añadió—: ¿Qué piensas hacer?

Ella se había levantado, pálida y con el rostro agitado por nerviosas sacudidas. Se puso a llorar amargamente y lo ocultó entre sus manos. Permanecía de pie, conmovida por los sollozos y destrozada por el dolor.

De pronto, logró sobreponerse a su aflicción, y enjugándose los ojos, murmuró:

—Me voy… Me voy allí… No te preocupes por mí. No sé cuándo volveré… No me esperes.

Él respondió:

—Muy bien. Vete.

Se estrecharon la mano y Magdalena se marchó tan rápida que se olvidó de coger los guantes.

Jorge, después de cenar solo, se puso a escribir su artículo. Lo redactó siguiendo las instrucciones del ministro, dejando entender a los lectores que la expedición a Marruecos no se realizaría. Después lo llevó al periódico, habló unos instantes con el director y se volvió a casa fumando y con el corazón alegre sin saber por qué.

Su mujer no había regresado. Se acostó y se durmió.

Magdalena apareció a medianoche. Jorge se despertó bruscamente y se sentó en la cama. Preguntó:

—¿Qué pasó?

Nunca la había visto tan pálida y tan emocionada. Ella respondió:

—Ha muerto.

—¡Ah! ¿Y no te ha dicho nada?

—Nada. Cuando llegué había perdido el conocimiento.

Jorge se quedó pensativo. A los labios le acudían preguntas que no se atrevía a formular.

—Acuéstate —dijo.

Magdalena se desnudó rápidamente y se deslizó en la cama junto a su marido.

Éste preguntó:

—¿Había algún pariente a su cabecera?

—Nada más que un sobrino.

—¡Ah! ¿Se veía muy a menudo con este sobrino?

—No. No se habían visto desde hacía diez años.

—¿Tenía otros parientes?

—No… No creo.

—Entonces, ¿será ese sobrino quien herede?

—No lo sé.

—¿Era muy rico Vaudrec?

—Sí, muy rico.

—¿Sabes, poco más o menos, cuánto tenía?

—No exactamente. Es posible que uno o dos millones.

Jorge no hizo más preguntas y ella apagó la luz. Ambos se quedaron tendidos uno al lado del otro, inmóviles, silenciosos, desvelados en la noche y sumidos en sus pensamientos.

Él no tenía deseos de dormir. Ahora ya le parecían muy poco los setenta mil francos prometidos por la señora Walter. De pronto, creyó que Magdalena lloraba y le preguntó para asegurarse:

—¿Duermes?

—No.

Su esposa tenía la voz trémula y empapada en llanto… Él añadió:

—Olvidé decirte antes que tu ministro nos ha echado fuera.

—¿Cómo es eso?

Jorge le explicó, muy por encima, pero con ciertos detalles, la maniobra preparada entre Laroche y Walter.

Cuando hubo terminado, su esposa le preguntó:

—¿Cómo has sabido eso?

Du Roy respondió:

—Me permitirás que no te lo diga. Tú tienes tus medios de información, que yo ignoro. Yo tengo los míos y quiero reservármelos. De todas maneras, respondo de la exactitud de mis informes.

Entonces ella murmuró:

—Sí, es posible. Ya me sorprendía que ellos no hicieran algo sin nosotros.

Pero Jorge, a quien el sueño no le llegaba, se había aproximado a su esposa, y mientras hablaban, la besó suavemente en la oreja.

Magdalena lo rechazó con vivacidad:

—Te lo ruego, déjame tranquila. ¿No te parece? No estoy de humor para retozar.

Jorge, resignado, se volvió de cara a la pared, cerró los ojos y acabó por dormirse.

Capítulo VI

La iglesia se encontraba adornada con crespones y sobre el pórtico había un gran escudo rematado por una corona que anunciaba a los transeúntes que celebraban los funerales de un gentilhombre.

La ceremonia había concluido y los asistentes se alejaban lentamente después de desfilar ante el féretro y dar el pésame al sobrino del conde de Vaudrec, que estrechaba las manos y correspondía a los saludos.

Cuando Jorge Du Roy y su esposa salieron, empezaron a caminar juntos hacia su casa. Ambos iban silenciosos y preocupados.

Al fin Jorge dijo, como si hablase consigo mismo:

—Verdaderamente, es asombroso.

Magdalena preguntó:

—¿El qué, amigo mío?

—Que Vaudrec no nos haya dejado nada.

Entonces ella enrojeció repentinamente, como si un velo rosado se hubiera extendido sobre su cutis pálido, subiendo desde la garganta hasta la raíz del pelo. Dijo:

—¿Por qué tenía que dejarnos algo? No existía razón ninguna para hacerlo.

Al cabo de unos minutos de silencio, agregó:

—Posiblemente exista algún testamento en casa de su notario y aún no lo sabemos.

Du Roy reflexionó y replicó:

—Sí, es probable. Al fin y al cabo era nuestro mejor amigo, de ambos. Cenaba dos veces por semana en casa y venía cuando se le antojaba. Te quería como un padre y no tenía familia, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas. Sólo un sobrino lejano. Sí, debe existir algún testamento. Yo no espero gran cosa, pero al menos un recuerdo que pruebe que pensaba en nosotros, que nos quería y reconocía el afecto que teníamos por él. Nos debía esa prueba de amistad.

Magdalena replicó con aire pensativo e indiferente:

—Sí, es posible que exista ese testamento.

Cuando llegaron a su casa, el criado entregó una carta a Magdalena. Ésta la abrió y después de leerla la alargó a su marido:

Notaría del señor Lamaneur
Vosges, 17
Señora:
Tengo el honor de rogarle que pase por mi despacho, de dos a cuatro, el martes, miércoles o jueves, para tratar de un asunto que le interesa.
Reciba usted…

LAMANEUR

Jorge había enrojecido a su vez.

—Esto debe referirse al testamento. Tiene gracia que se haya dirigido a ti y no a mí, que legalmente soy el cabeza de familia.

Ella no respondió enseguida, pero después de una breve reflexión, preguntó:

—¿Quieres que vayamos ahora mismo?

—Sí, me parece bien.

Después de haber almorzado se pusieron en marcha.

Cuando llegaron a la notaría del señor Lamaneur, el primer pasante se levantó con precipitación atenta y les hizo entrar en el despacho de su jefe.

El notario era un hombre bajito y redondo, completamente redondo. Su cabeza tenía el aspecto de una bola colocada sobre otra bola que tenía dos piernas tan pequeñas y cortas que casi parecían también otras dos bolitas.

Saludó a sus visitantes y les ofreció asiento. Luego, dijo volviéndose hacia Magdalena:

—Señora, la he llamado con intención de ponerle en antecedentes del testamento del conde de Vaudrec, que le interesa.

Jorge no pudo contenerse y murmuró:

—Ya me parecía a mí.

El notario agregó:

—Voy a leerles el documento, que por cierto es muy corto. Extrajo un papel de una carpeta que tenía delante de sí y leyó:

> Yo, el abajo firmante, Pablo Emilio Cipriano Gontran, conde de Vaudrec, en pleno uso de mis facultades físicas y espirituales, les expreso aquí mi última voluntad.
>
> Como la muerte puede arrebatarnos en cualquier momento, quiero, en previsión de su llegada, redactar mi testamento que será depositado en la notaría del señor Lamaneur.
>
> No teniendo herederos directos, lego toda mi fortuna, compuesta por seiscientos mil francos en valores bursátiles y otros quinientos mil francos, aproximadamente, en bienes raíces, a doña Clara Magdalena Du Roy, sin ningún cargo o condición. Le ruego que acepte esta donación de un amigo muerto como prueba de un afecto leal, profundo y respetuoso.

El notario añadió, después de la lectura:

—Esto es todo. Este documento está fechado en el mes de agosto último y sustituyó a otro de la misma naturaleza, hecho hace dos años a nombre de doña Clara Magdalena Forestier. Tengo en mi poder ese primer testamento que probaría, en caso de impugnación por parte de la familia, que la voluntad del señor conde de Vaudrec no ha cambiado.

Magdalena, muy pálida, miraba a sus pies. Jorge, nervioso, retorcía entre sus dedos las guías del bigote. El notario dijo después de un breve silencio:

—Quede bien entendido, señor, que su esposa no podrá aceptar esta herencia sin su consentimiento.

Du Roy se levantó y dijo en tono seco:

—Le pido algún tiempo para reflexionar.

El notario, que sonreía, se inclinó y repuso con voz amable:

—Me hago cargo del escrúpulo que le hace vacilar, señor… Pero debo añadir que el sobrino del señor de Vaudrec, que esta misma mañana supo la última voluntad de su tío, está dispuesto a respetarla si le entregan cien mil francos. A mi juicio, el testamento es inatacable, pero un pleito levantaría una polvareda que posiblemente les convenga evitar. La gente siempre piensa lo peor. En todo caso, ¿podría comunicarme su respuesta antes del sábado?

Jorge se inclinó y dijo:

—Sí, señor.

Le saludó ceremonioso, hizo levantar a su mujer, que se había quedado muda y salió con un gesto de tal envaramiento, que el notario no se atrevió a sonreír.

Una vez que estuvieron en su casa, Du Roy cerró la puerta bruscamente, lanzó su sombrero sobre la cama y preguntó:

—¿Has sido la amante de Vaudrec?

Magdalena, que se despojaba del velo, se giró muy agitada:

—¿Yo? ¡Oh!

—Sí, tú. No se deja toda la fortuna a una mujer sin que…

Ella había empezado a temblar de tal modo que no acertaba a quitarse las agujas que sujetaban el tejido transparente.

Después de un momento de reflexión, tartamudeó con voz nerviosa:

—Vamos, vamos… Tú estás loco… Eres… eres… ¿Es que no esperabas… hace un momento… no esperabas… que te dejase algo?

Jorge permanecía de pie, próximo a ella y siguiendo con interés todos sus gestos, como un magistrado que intenta sorprender los íntimos desfallecimientos de un detenido. Insistió recalcando cada frase:

—Sí… Podía haberme dejado cualquier cosa a mí…, a mí, a tu marido, su amigo… ¿Entiendes? Pero no a ti… a ti, su amiga… a ti, mi mujer. La distinción es capital, esencial, desde el punto de vista de las conveniencias… y de la opinión pública.

Magdalena, a su vez, lo miraba con fijeza a las niñas de los ojos, de una manera profunda y singular, como si pretendiera leer alguna cosa, como si intentara descubrir ese fondo desconocido donde jamás se penetra y que apenas se puede entrever durante unos instantes, en esos segundos de descuido, abandono o inadvertencia que son como puertas entreabiertas sobre el misterioso interior del espíritu.

Ella dijo lentamente:

—A pesar de todo, también creo que hubiese parecido… sorprendente que te dejara un legado de tal importancia a ti.

Jorge preguntó, bruscamente:

—¿Por qué?

—Porque… —Se quedó vacilando un instante, y al fin añadió—: Porque tú eres mi marido, porque, en suma, no lo conocías desde hace mucho… porque yo era

amiga suya desde hace tiempo… y porque su primer testamento, hecho en vida de Forestier, ya me dejaba como su heredera.

Jorge volvió a pasearse a grandes zancadas por la estancia. Declaró:

—No puedes aceptar eso.

Ella replicó, con indiferencia:

—Perfectamente. Entonces no merece la pena que esperemos hasta el sábado. Podemos avisar inmediatamente al señor Lamaneur.

Jorge se detuvo ante su mujer y ambos permanecieron durante algunos minutos mirándose fijamente a los ojos. Se esforzaban por llegar a lo impenetrable, hasta el secreto de sus corazones y sondear las capas más profundas y vivas del pensamiento. Intentaban ver al desnudo la conciencia en una interrogación ardiente y muda. Era la lucha íntima de dos seres que vivían juntos, uno al lado del otro, y se desconocían siempre, se sospechaban, se olfateaban, se acechaban, pero nunca se conocían hasta lo más fangoso de sus almas.

Y repentinamente, él murmuró en voz baja junto a su oído:

—Vamos, confiesa que fuiste la querida de Vaudrec.

Magdalena se encogió de hombros.

—Eres estúpido… Vaudrec me tenía mucho afecto, mucho… Pero nada más…, nunca.

Golpeó el suelo con el pie.

—Mientes. Eso no es posible.

Y ella replicó, con tranquilidad:

—Pues así es, a pesar de todo.

Jorge volvió a pasearse y aún se detuvo para comentar:

—Entonces, explícame: ¿por qué te deja toda su fortuna?

Ella respondió, como quien no desea dar importancia a sus palabras:

—Es muy sencillo. Como decías no hace mucho, no tenía más amigos que nosotros, o mejor dicho, que yo, pues me conocía desde pequeña. Mi madre era dama de compañía en casa de sus padres. Él venía continuamente a esta casa, y como no tenía herederos naturales, ha pensado en mí. Que me haya amado un poco, es posible. Pero ¿qué mujer no ha sido amada de ese modo? ¿Por qué no hemos de pensar que esa ternura oculta, secreta, le ha hecho poner mi nombre bajo su pluma cuando se disponía a tomar su última decisión? Cada lunes me traía flores, y a ti no te asombraba que lo hiciera, y que no te trajese nada, ¿no es cierto? Hoy me ha dado su fortuna por la misma razón, y porque no tenía a nadie a quien dejarla… Por el contrario, sería sorprendente que te la hubiera dejado. ¿Por qué había de dejártela? ¿Qué eras para él?

Hablaba con tal naturalidad y tranquilidad que Jorge vacilaba.

Sonrió y dijo:

—Da lo mismo. No podemos aceptar esa herencia en esas condiciones. Sería de un efecto deplorable. Todo el mundo creería otra cosa. Todo el mundo murmuraría y

se reiría de mí… Mis compañeros cada día están más dispuestos a fomentar mis celos y a atacarme. Debo velar porque nadie sospeche de mi honor y cuidar de mi reputación. Me resulta imposible admitir y permitir que mi esposa acepte un legado de esa naturaleza de un hombre a quien el rumor público ya ha señalado como tu amante. Posiblemente Forestier lo hubiera tolerado, pero yo no.

Ella murmuró, con suavidad:

—Entonces, amigo mío, no aceptemos. Todo se reducirá a tener un millón menos en nuestro bolsillo.

Él continuaba pensando y se puso a reflexionar en voz alta, hablando a su esposa como si no se dirigiese a ella:

—Bueno, sí, un millón… ¡Qué le vamos a hacer! Vaudrec debió pensar que testando con esa falta de tacto incurría en el olvido de todas las conveniencias. Acaso no vio la posición falsa y ridícula en que iba a colocarme… En la vida todo es cuestión de matices. Bastaría con que me hubiese dejado la mitad y todo quedaría arreglado.

Se sentó, cruzó las piernas y se retorció las guías del bigote como solía hacerlo siempre que estaba de mal humor, inquieto o reflexionaba sobre alguna dificultad.

Magdalena cogió un tapiz donde solía trabajar de vez en cuando, y dijo mientras escogía las lanas:

—A mí sólo me toca callar. Eres tú quien debe pensarlo.

Jorge permaneció un buen rato sin responderle, y al fin dijo entre vacilaciones:

—La gente no comprenderá nunca por qué Vaudrec ha hecho de ti su única heredera y que yo, ¡yo!, admita eso. Aceptar esa fortuna de tal manera, sería tanto como confesar… confesar por tu parte unas relaciones culpables, y por la mía, un infamante consentimiento. ¿Comprendes cómo se interpretaría nuestra aquiescencia? Habría que encontrar un pretexto, algún medio apropiado que paliase la cosa. Por ejemplo, podría dejarse entender que él ha repartido su fortuna entre los dos, dando la mitad al marido y la otra mitad a la esposa.

Ella preguntó:

—No veo el modo para hacer eso, ya que el testamento es terminante.

—¡Oh! Pues es muy sencillo —replicó Jorge—. Tú podrías dejarme la mitad de la herencia como donación entre vivos… No tenemos hijos y ello es posible. De esta manera taparíamos la boca a los comentarios maliciosos.

Magdalena replicó, con cierta impaciencia.

—Tampoco veo cómo se cerrará la boca a la malicia pública, ya que el documento está firmado por Vaudrec.

Jorge replicó, encolerizado:

—¿Acaso tenemos necesidad de enseñarlo o de pegarlo por las paredes? En fin, eres estúpida… Diremos que el conde nos ha dejado la fortuna a partes iguales. Eso es todo. Ahora bien, tú no puedes aceptar ese legado sin mi autorización. Yo te la doy a condición de que hagamos un reparto que me evite convertirme en el hazmerreír de

la gente.

Su mujer aún le miró con persistencia antes de decir:

—Como tú quieras. Estoy dispuesta.

Du Roy volvió a levantarse y empezó a pasear. Parecía dudar nuevamente y evitaba la mirada penetrante de su esposa, mientras decía:

—No… Decididamente, no. Lo mejor será renunciar a todo. Es más digno, más correcto, más honroso… Y sin embargo, de esa manera nadie podría sospechar nada, absolutamente nada… Las personas más escrupulosas tendrían que inclinarse ante la evidencia.

Se detuvo ante Magdalena y le dijo:

—En fin, querida, si tú quieres volveré solo a casa del notario Lamaneur, para consultarle y explicarle el asunto. Le comunicaré mis reparos y añadiré que hemos pensado en lo del reparto por considerarlo más de acuerdo con las conveniencias y al mismo tiempo evitar las murmuraciones. Desde el instante en que yo acepte la mitad de la herencia, nadie tiene derecho a sonreír maliciosamente. Equivale a tanto como decir en voz alta: «Mi mujer acepta porque yo, su marido, a quien corresponde juzgar lo que puede hacerse sin comprometerse, también acepto». De otra manera esto sería un escándalo.

Magdalena sólo murmuró:

—Como tú quieras.

Y él empezó a hablar con gran locuacidad:

—Sí, todo queda como la luz del día con este arreglo de la separación en dos mitades. Heredamos a un amigo nuestro que no ha querido establecer diferencias entre ambos, que no ha querido hacer distinciones, ni que nadie pudiera creer que decía: «Prefiero al uno o al otro, después de mi muerte igual que lo he preferido en vida». Desde luego prefería a la mujer, pero dejando su fortuna por igual a uno y otro expresa, claramente, que su preferencia era platónica. Y puedes estar segura que si Vaudrec hubiese pensado un poco habría hecho eso. Pero no ha reflexionado ni previsto las consecuencias. Como decías muy bien hace un momento, ha sido a ti a quien traía flores todos los lunes, y a ti misma, a quien ha querido dejar toda su fortuna, como último recuerdo, sin darse cuenta de…

Magdalena le cortó con un ademán de irritación:

—Entendido. Lo he comprendido. No me hacen falta tantas explicaciones. Vete enseguida a casa del notario.

Él balbució enrojeciendo:

—Tienes razón. Ya voy.

Cogió el sombrero y se dispuso a marcharse.

—Intentaré arreglar lo del sobrino. A ver si se contenta con cincuenta mil. ¿No te parece?

Magdalena replicó, con dignidad:

—No. Dale los cien mil francos que pide. Y tómalos de mi parte, si quieres.

Murmuró, súbitamente avergonzado:

—¡Ah, no! Los pagaremos a medias. Después de pagarle cincuenta mil francos cada uno, aún nos quedará un millón limpio.

Después añadió:

—Hasta ahora, mi pequeña Magda.

Y se marchó a explicar al notario la combinación que se le había ocurrido, con la intención de hacer ver que era idea de su esposa.

Al día siguiente firmaron una donación entre vivos de quinientos mil francos, cedidos por Magdalena Du Roy a su marido.

Al salir de la notaría, Jorge propuso caminar tranquilamente hacia los bulevares, ya que hacía buen tiempo. Se mostraba amable, lleno de delicadezas, miramientos y ternura. Se reía feliz de todo mientras Magdalena iba pensativa y un tanto seria.

Era un día de otoño bastante frío. La multitud parecía muy apurada y caminaba deprisa. Du Roy condujo a su esposa hasta la vitrina de la joyería donde había visto tantas veces el deseado cronómetro.

—¿Quieres que te regale una alhaja? —preguntó.

Ella repuso, con indiferencia:

—Como tú quieras.

Entraron y él preguntó:

—¿Qué prefieres? ¿Un collar, una pulsera o unos pendientes?

La vista de las alhajas de oro y de las piedras preciosas acabó con la pretendida frialdad de Magdalena. Sus ojos brillantes y ávidos empezaron a recorrer los escaparates llenos de joyas.

Movida por un súbito deseo, exclamó:

—Ésa sí que es una pulsera bonita.

Era una cadena de forma extraña y cada uno de sus anillos tenía engarzada una piedra diferente.

Jorge preguntó:

—¿Cuánto vale esa pulsera?

—Tres mil francos, señor —respondió el joyero.

—Si me la deja a dos mil quinientos me la quedo.

El hombre vaciló unos segundos y luego respondió:

—No, señor. Es imposible.

Du Roy añadió:

—Mire, si añade ese cronómetro por mil quinientos francos harán los cuatro mil que pagaré al contado. ¿Le parece? Si no quiere, iré a otra parte.

El joyero, perplejo, acabó por aceptar.

—Bien; sea, señor.

Y el periodista, después de dar su dirección, agregó:

—Haga grabar en el cronómetro mis iniciales J. R. C., enlazadas bajo una corona de barón.

Magdalena, sorprendida, empezó a sonreír. Cuando salieron del establecimiento, ella lo cogió del brazo con cierta ternura. Verdaderamente lo encontraba apuesto y audaz. Ahora que disponía de rentas, era justo hacerse con un título.

El comerciante le había despedido, diciendo:

—Puede contar con ello, señor barón. El jueves tendrá todo listo.

Pasaron ante el Vaudeville. Se representaba una nueva obra.

—Si quieres —le dijo Jorge a su esposa—, podemos ir esta noche al teatro. Tomaremos un palco.

Encontraron el palco y lo compraron. Entonces, añadió:

—¿Y si cenásemos en un cabaret?

—¡Oh, sí! Me encantaría.

Du Roy se sentía feliz como un soberano y todavía buscaba lo que podrían hacer para divertirse más.

—¿Y si fuésemos a buscar a la señora de Marelle para que pasase la noche con nosotros? Tengo entendido que está aquí su marido. Me gustaría darle un apretón de manos.

Fueron a la casa. Jorge, que temía un poco su primer reencuentro con su amante, no se molestaba porque su mujer lo acompañase y así evitar cualquier explicación.

Clotilde, sin embargo, no parecía acordarse de nada, e incluso forzó a su marido para que aceptase la invitación.

La cena transcurrió muy animada y pasaron una velada encantadora.

Jorge y Magdalena regresaron a su casa muy tarde. Ya estaban apagadas todas las luces, y el periodista, para iluminar la escalera, tuvo que encender de vez en cuando algunas cerillas.

Cuando llegaron al descansillo del primer piso, la llama que surgió del fósforo frotado les iluminó súbitamente y en el espejo aparecieron sus dos figuras en medio de las tinieblas de la escalera.

Parecían dos fantasmas dispuestos a desvanecerse en la noche.

Du Roy levantó su mano para iluminar más sus imágenes, y dijo con una sonrisa de triunfo:

—¡He ahí a los millonarios que pasan!

Capítulo VII

Hacía dos meses que la conquista de Marruecos era un hecho consumado. Francia, dueña de Tánger, se había apoderado de toda la costa africana del Mediterráneo hasta la regencia de Trípoli, y había garantizado la deuda del nuevo territorio anexionado.

Se decía que dos ministros ganaban con esta operación una veintena de millones, y se citaba, casi en voz alta, el nombre de Laroche Mathieu.

En cuanto a Walter, nadie ignoraba en todo París que había realizado una doble jugada que le valía de treinta a cuarenta millones del empréstito. A éstos se unían ocho o diez millones sobre las minas de cobre y de hierro, así como inmensos terrenos comprados por casi nada antes de la conquista y vendidos al día siguiente de la ocupación francesa a las compañías de colonizadores.

En muy pocos días se había convertido en uno de los amos del mundo, uno de esos financieros omnipotentes, más poderosos que los mismos reyes, que obligaban a inclinarse las cabezas a su paso, a tartamudear a las bocas y a que brotase todo lo que hay de bajeza, de cobardía y envidia en el fondo del corazón humano.

Walter ya no era el judío propietario de una banca turbia, director de un periódico equívoco, ni el diputado de quien se sospechaban los manejos más sucios. Ahora se le conocía por el señor Walter, el rico israelita.

Y él quiso demostrarlo.

Sabía que el príncipe de Carlsburgo, propietario de un hermoso hotel en la calle del Faubourg de Saint Honore, con un jardín que daba a los Campos Elíseos, andaba muy apurado de dinero. En veinticuatro horas le propuso comprar todo el edificio con cuanto había en él y sin cambiar de sitio ni una butaca. Le ofreció tres millones. Y el príncipe, tentado por la suma, aceptó.

Al día siguiente, Walter se instaló en su nuevo edificio.

Entonces se le ocurrió otra idea, una verdadera idea de conquistador que desea adueñarse de París, una idea propia de un Bonaparte.

Por esos días toda la ciudad acudía a admirar un gran cuadro del pintor húngaro Karl Marcowitch, expuesto en la sala de Santiago Lenoble. El lienzo representaba a Jesucristo caminando sobre las aguas.

Los críticos de arte estaban entusiasmados con el cuadro y lo consideraban como la obra maestra más genial del siglo.

Walter la compró en quinientos mil francos y se la apropió, contando con la corriente de curiosidad pública que el cuadro había provocado. De la noche a la mañana obligó a todo París a hablar de él, así como a envidiarlo, a condenarlo o a aplaudirlo.

A continuación anunció en todos los periódicos que invitaría a todas las personas conocidas de la sociedad parisiense a su casa, para que contemplasen aquella magistral producción de un maestro extranjero y que nadie pudiese decirle que había secuestrado una obra de arte.

Su casa estaría abierta a cuantos quisieran acudir. Bastaría con enseñar en la puerta la tarjeta de invitación que estaba redactada en los siguientes términos:

> Los señores Walter le ruegan tenga la amabilidad de acudir a su domicilio el día 30 de diciembre, de nueve a medianoche, para ver el lienzo de Karl Marcowitch *Jesús caminando sobre las olas*, que estará iluminado con luz eléctrica.

Seguía un postscriptum en letra más pequeña, donde se podía leer: «Se bailará después de medianoche».

Con esto, los que quisieran quedarse permanecerían y Walter reclutaría entre ellos a sus amistades futuras.

Los demás admirarían el cuadro, visitarían el edificio y desfilarían ante los propietarios con curiosidad malsana, insolente o indiferente. Después se marcharían como habían venido. El viejo Walter sabía que volverían a su casa en nuevas ocasiones, como habían acudido a las de otros israelitas que se habían hecho ricos como él.

Lo principal era que entrasen en su casa todos los personajes aristocráticos que se citaban en los periódicos. Estos acudirían para ver la cara del hombre que había ganado cincuenta millones en seis semanas. También entrarían para ver y contar a los demás. Y acudirían, finalmente, porque había tenido el buen gusto de dirigirles un llamamiento para que admirasen una pintura cristiana en casa de un hijo de Israel.

Parecía estarles diciendo: «Mirad, he pagado quinientos mil francos por el cuadro religioso de Marcowitch, *Jesús caminando sobre las olas*. Y esta obra maestra permanecerá en mi casa, ante mi vista, en casa del judío Walter para siempre».

En el gran mundo, en el mundo de las duquesas y los *jockeys*, se hablaba mucho de aquella invitación que no comprometía a nada, en resumidas cuentas. Se iría allí como se iba a ver las acuarelas en casa del señor Petit. Los Walter poseían una obra maestra y abrían las puertas de su casa una noche para que todo el mundo la pudiese admirar. Nada más loable.

La Vie Française, desde hacía quince días, dedicaba una noticia cada mañana a hablar de esa velada del 30 de diciembre, esforzándose en despertar la curiosidad pública.

Du Roy estaba rabioso con el triunfo del director.

Se había creído rico con los quinientos mil francos arrebatados a su esposa y ahora se veía pobre, espantosamente pobre, al comparar su ruin fortuna con la lluvia de millones que había visto caer a su alrededor, sin que él recogiese nada.

Su cólera envidiosa aumentaba cada día. Aborrecía a todo el mundo: a los Walter, que jamás habían estado en su casa; a su mujer, que engañada por Laroche le había aconsejado no comprar acciones marroquíes; y, sobre todo, al ministro, que le había utilizado, se servía de él y cenaba a su mesa dos veces a la semana. Jorge le hacía de secretario, de agente, de amanuense, y mientras escribía a su dictado sentía locos deseos de estrangular a aquel presumido triunfador.

Como ministro, Laroche no pasaba de un éxito modesto, y para conservar su cartera no dejaba adivinar que se había hinchado de oro. Sin embargo, Du Roy advertía el oro por todas partes. Lo sentía en su ensoberbecida manera de hablar cada vez más de abogado advenedizo. En sus afirmaciones, cada vez más atrevidas. Y en su absoluta confianza en sí mismo.

Ahora, Laroche reinaba en la casa de Du Roy. Había tomado el sitio y los días del conde de Vaudrec. Y hablaba a los criados como si fuese su segundo amo.

Jorge lo toleraba temblando de ira, como un perro que quiere morder y no se atreve. Pero en cambio se mostraba duro y brutal con Magdalena, que se encogía de hombros y lo trataba como a un niño maleducado. Por otro lado se asombraba de su constante mal humor y le decía:

—No te comprendo. Siempre estás quejándote, y sin embargo, tu posición es soberbia.

Él le volvía la espalda y no respondía.

Al principio había declarado que no iría a la fiesta del director, y que no volvería a poner los pies en casa de aquel cochino judío.

Desde hacía dos meses la señora Walter le escribía diariamente para suplicarle que acudiese a su casa o la citase donde quisiera, a fin de entregarle, decía ella, los setenta mil francos que había ganado para él.

Du Roy no respondía a sus desesperadas cartas y las echaba al fuego. No lo hacía porque hubiese renunciado a recibir la parte de aquellos beneficios, sino para enloquecer a su amante, tratarla despectivamente, a puntapiés. ¡Era demasiado rica! Deseaba mostrarse orgulloso.

El mismo día de la exposición del cuadro, como Magdalena le dijese que le ocasionaría graves inconvenientes el no acudir, él le respondió:

—Déjame en paz. Me quedo en casa.

Después de cenar, dijo de pronto:

—Será mejor tragarse esa purga. Arréglate deprisa.

Ella lo esperaba y dijo:

—Estaré lista en cinco minutos.

Jorge se vistió gruñendo, e incluso en el simón continuó soltando su bilis.

El patio de honor del hotel de Carlsburgo se hallaba iluminado por cuatro lámparas eléctricas que tenían el aspecto de cuatro pequeñas lunas azulinas en cada esquina. Una magnífica alfombra descendía sobre los peldaños de la alta escalinata en cada uno de los cuales había un hombre vestido de librea tan tieso como una estatua.

Du Roy exclamó:

—¡He aquí el golpe!

Encogía los hombros con el corazón crispado de envidia.

Su mujer le dijo:

—Cállate y haz otro tanto.

Entraron y dieron sus pesados abrigos para la salida, a los lacayos que se les

acercaron.

Había allí varias mujeres con sus maridos, que también se despojaban de sus abrigos de pieles. Se les oía murmurar:

—¡Qué bonito es esto! ¡Qué bonito!

El enorme vestíbulo se hallaba cubierto de alfombras cuyos dibujos representaban la aventura de Marte con Venus. A derecha e izquierda arrancaban dos tramos de escalera monumental que se reunían en el primer piso. La baranda era una maravilla de hierro forjado, cuyos antiguos dorados ponían pálidos reflejos en los escalones de mármol rojo.

A la entrada de los salones se hallaban dos jovencitas vistiendo en un rosa intenso y en azul intenso la otra, que entregaban ramilletes de flores a las damas. Esto parecía encantador a todo el mundo.

Las salas ya estaban repletas de invitados.

La mayoría de las mujeres vestían trajes de calle para dar a entender que acudían del mismo modo que iban a todas las exposiciones particulares. Las que pensaban quedarse en el baile lucían trajes escotados y los brazos desnudos.

La señora Walter, rodeada de amigas, se encontraba en la segunda estancia y respondía a los saludos de los visitantes. Muchos ni siquiera la conocían y se paseaban por allí como en un museo, sin preocuparse de los dueños.

Cuando descubrió a Du Roy se puso lívida e hizo intención de aproximarse a él. Luego se quedó inmóvil, esperándolo. Jorge la saludó ceremonioso mientras Magdalena la abrumaba con cumplidos y frases afectuosas.

Jorge aprovechó la ocasión para abandonar a su esposa en manos de la directora, y se mezcló entre el público para escuchar los comentarios maliciosos que, sin duda, estarían haciendo.

Seguían otros cinco salones recubiertos de telas preciosas, de bordados italianos, de tapices orientales en colores y estilos diversos, y todos ellos con las paredes cubiertas de cuadros de antiguos maestros. Pero lo que más retenía y admiraba a la concurrencia, era una reducida habitación a lo Luis XVI, una especie de tocador tapizado en seda azul pálido con florecillas rosas. Los muebles bajos, en madera dorada y forrados con seda parecida a la de las paredes, eran de admirable delicadeza.

Jorge reconoció a muchas celebridades: la duquesa de Terracine, los condes de Ravenel, el general príncipe de Andremont, la bellísima marquesa de Dunes y a cuantos personajes suelen concurrir a los grandes estrenos.

Alguien le cogió de un brazo mientras una voz juvenil, una voz alegre, le susurró al oído:

—¡Ah! ¡Al fin ha venido usted, ingrato Bel Ami! ¿Por qué no le hemos visto más por aquí?

Era Susana Walter que lo miraba con sus ojos de esmalte fino bajo la rizosa nube de sus cabellos rubios.

Él se quedó encantado de verla, y le estrechó la mano con franca cordialidad.

Luego se excusó:

—No me ha sido posible. Tengo tanto que hacer, que desde hace dos meses no salgo.

La muchacha le reprendió con fingida seriedad:

—Eso está mal, muy mal, pero que muy mal. Nos disgusta mucho no verlo, porque mamá y yo le adoramos. Yo no puedo pasar sin verlo. Si usted no está aquí, me muero de aburrimiento. Ya ve que se lo digo sin rodeos, porque usted no tiene derecho a desaparecer de esa manera. Déme el brazo y yo misma le enseñaré a *Jesús caminando sobre las olas*, que se encuentra en el fondo, detrás del invernadero. Papá lo ha colocado allí para que los visitantes se vean obligados a recorrer toda la casa. Es asombroso cómo se pavonea papá con este hotel.

Caminaban lentamente entre la concurrencia. Muchos se volvían para contemplar a aquel buen mozo y a aquella encantadora muñeca.

Un conocido pintor exclamó:

—¡Caramba! He ahí a una preciosa pareja. Es tan divertida como todo lo de aquí.

Jorge pensaba:

«Si hubiera sido verdaderamente listo, me habría casado con ésta. Tal vez hubiera sido posible. ¿Cómo no se me habrá ocurrido? ¿Cómo me dejé empujar a escoger la otra? ¡Vaya locura! Siempre se precipita uno y jamás se reflexiona bastante».

Y la envidia, una envidia amarga, caía sobre su alma poco a poco como si fuera hiel que corrompiese todas sus alegrías y convirtiese en odiosa su existencia.

Susana decía:

—¡Oh, sí! Venga con frecuencia, Bel Ami. Ahora que papá es rico, cometeremos locuras. Nos divertiremos como verdaderos chiflados.

Du Roy respondió siguiendo el curso de su idea:

—¡Oh! Ahora se casará usted. Se casará con cualquier príncipe guapo medio arruinado, y ya nos veremos muy poco.

Susana dijo con franqueza:

—¡Oh, no! Todavía no. Yo quiero casarme con alguien que me guste, que me agrade mucho, que me guste del todo. Soy lo bastante rica para dos.

Jorge sonrió con una mueca irónica y presuntuosa mientras empezaba a nombrarle las personas que desfilaban junto a ellos. Personas muy nobles que habían vendido sus rancios títulos a las hijas de negociantes como ella, y que ahora vivían separados o con sus mujeres, pero siempre libres, conocidos y respetados.

Concluyó:

—De aquí a seis meses usted habrá mordido alguno de esos anzuelos. Será la señora marquesa, la señora duquesa, o la princesa, pero me mirará desde muy alto…, señorita.

La joven se indignó y le golpeó el brazo con su abanico mientras le juraba que no se casaría más que con quien amase.

Du Roy rió burlón:

—Ya veremos, ya veremos. Usted es demasiado rica.

Y ella le dijo:

—Usted también. Usted ha tenido una herencia.

—¡Oh! —exclamó Jorge lastimosamente, y añadió—: No hablemos de ello. Apenas llega a veinte mil libras de renta. Eso no es mucho para los tiempos que corren.

—Pero su mujer ha heredado igualmente.

—Sí, un millón para los dos. Cuarenta mil francos anuales. Con eso no tenemos ni para un coche.

Habían llegado al último salón y ante ellos aparecía el invernadero, vasto jardín lleno de corpulentos árboles de los países tropicales que abrigaban macizos de flores exóticas. Al entrar bajo esta espesura verdosa donde la luz se filtraba como una onda plateada, se respiraba el frescor tibio de la tierra húmeda y una pesada atmósfera de perfumes. Producía una extraña sensación de malsana y deliciosa dulzura, de naturaleza ficticia, enervante y muelle. Se caminaba sobre un tapiz muy parecido al del musgo existente entre dos espesas barreras de arbustos.

De pronto descubrió Du Roy a su izquierda y bajo una espaciosa bóveda de palmeras, un amplio pilón de mármol blanco donde hubiera podido bañarse una persona. En sus bordes tenía cuatro grandes cisnes en porcelana de Delf que arrojaban chorros de agua por sus entreabiertos picos.

El fondo de este pilón estaba enarenado de polvillo áureo y contrastaba con los enormes peces rojos que se veían nadar en el agua, especie de monstruos chinescos, de ojos saltones y escamas bordeadas de azul, pintorescos mandarines de las aguas que recordaban los extraños bordados de aquel país, viéndolos errantes y suspendidos sobre aquel fondo de oro.

El periodista se detuvo con el corazón palpitante mientras pensaba extasiado:

«¡Esto sí que es lujo! ¡Éstas son las casas donde debe vivirse! Otros lo han conseguido. ¿Por qué no he de alcanzarlo yo?».

Y pensaba en los procedimientos para conseguirlo sin que se le ocurriese ninguno, y esta impotencia le irritaba.

Su compañera no hablaba y parecía algo pensativa. Jorge la contempló de reojo y aún pensó una vez más:

«Bastaría sólo con casarme con esta muñequita de carne».

Pero Susana pareció despertarse de repente.

—¡Preste atención! —le dijo.

Le obligó a meterse entre un grupo de personas que interfería el paso y le hizo girar bruscamente a la derecha.

En medio de un bosquecillo de singulares plantas, que ofrecían al aire sus trémulas hojas abiertas como manos de delicados dedos, se veía a un hombre inmóvil, de pie sobre el mar.

El efecto era asombroso. El cuadro, cuyo marco se escondía entre la vegetación

oscilante, semejaba un agujero abierto sobre un fantástico e impresionante horizonte.

Hacía falta fijarse para comprender aquello. El cuadro representaba la mitad de la barca donde se encontraban los apóstoles, apenas iluminados por los rayos de una linterna. Uno de ellos, sentado sobre la borda, proyectaba toda la luz sobre Jesús que avanzaba hacia ellos.

Cristo avanzaba de pie sobre una ola que se veía humillándose, sumisa, aplanada y acariciante bajo el paso divino que la hollaba. Todo era sombrío alrededor del Hombre-Dios. Sólo las estrellas brillaban en el cielo.

Los rostros de los apóstoles, iluminados por el vago resplandor del fanal que uno de ellos mostraba al Señor, parecían paralizados por la sorpresa.

Era, desde luego, la obra gigantesca e inesperada de un maestro. Una de esas obras que conmueven el pensamiento y dejan soñar durante muchos años.

Las personas que contemplaban aquello permanecían silenciosas al principio, después se alejaban pensativas y luego ya no hablaban más que del precio de la pintura.

Du Roy, después de haberla admirado algún tiempo, declaró:

—Es maravilloso poder pagarse estos caprichos.

Pero como otros le oprimían y empujaban para acercarse a ver el cuadro, retrocedió llevándose bajo el brazo la mano de Susana que le apretaba un poco.

La jovencita le preguntó:

—¿Quiere usted beber una copa de champaña? Vayamos al *buffet*. Allí encontraremos a papá.

Atravesaron de nuevo los salones con lentitud. Cada vez era mayor la muchedumbre de visitantes que se movía como si estuviera en su casa, una multitud elegante de fiesta pública.

Jorge creyó oír en varias ocasiones que decían:

—Es Laroche y la señora Du Roy.

Estas palabras resonaron en sus oídos como lejanos rumores que lleva el viento. ¿Quién las pronunciaba?

Buscó por todas partes y descubrió, en efecto, a su esposa que pasaba del brazo del ministro. Hablaban en voz baja, de una manera íntima, sonrientes y con los ojos de uno fijos en los del otro.

Jorge se imaginó que la gente cuchicheaba observándolos, y experimentó un deseo brutal y estúpido de arrojarse sobre la pareja y deshacerla a puñetazos.

Su mujer lo ponía en ridículo. Se acordó de Forestier. Seguramente ya decían: «Ese cornudo de Du Roy».

¿Quién era ella, al fin y al cabo? Una advenediza bastante lista, eso es cierto, pero sin grandes medios. Si su casa era frecuentada se debía a que lo temían, porque conocían su influencia, pero se despacharían a gusto hablando de aquel matrimonio de periodistas. Jamás llegaría muy lejos con aquella esposa que convertía su casa en lugar sospechoso, que siempre lo ponía en evidencia y que, por otra parte, revelaba a

la intrigante. ¡Ah! Pero ahora iba a jugar con ella como con una pelota. ¡Ah, si lo hubiese adivinado! ¡Si lo hubiese sabido! Habría jugado con más acierto, con más ímpetu. ¡Qué magnífica partida habría podido ganar con Susana como premio! ¿Cómo había sido tan ciego para no comprender aquello?

La pareja llegaba al comedor, una inmensa sala con columnas de mármol y las paredes recubiertas con antiguos gobelinos.

Walter divisó a su cronista y se lanzó a su encuentro para estrecharle las manos y decirle ebrio de júbilo:

—¿Lo ha visto? Di, Susana, ¿le has enseñado todo? ¡Cuánta gente!, ¿verdad, Bel Ami? ¿Ha visto al príncipe de Guerche? Ahora mismo acaba de beber un vaso de ponche.

Enseguida se lanzó hacia el senador Rissolin que arrastraba a su mujer aturdida y adornada como una barraca de feria.

Un señor saludaba a Susana. Era un joven alto, delgado, un poco calvo, con patillas rubias y modales distinguidos, a quien saludaba todo el mundo. Jorge oyó que lo llamaban marqués de Cazolles e inmediatamente se sintió celoso de aquel hombre. ¿Desde cuándo lo conocía? Sin duda desde que era rica. Du Roy adivinó en él a un pretendiente.

Sintió que alguien le cogía del brazo. Era Norberto de Varenne. El viejo poeta paseaba sus grasientos cabellos y su frac raído con aire de indiferencia y aburrimiento.

—A esto es lo que llaman divertirse —dijo—. Dentro de poco empezará el baile y después todo el mundo se irá a la cama. Las muchachas se divertirán mucho. Beba champaña, es excelente.

Pidió una copa y saludando a Du Roy que tenía otra en la mano, dijo:

—Brindo por el desquite del talento sobre los millones.

Luego añadió en voz más baja:

—No es que me molesten los millones de los otros o que los desee. Sólo protesto por principio.

Jorge no le escuchaba. Buscaba con la vista a Susana que acababa de desaparecer con el marqués de Cazolles. Súbitamente dejó a Norberto de Varenne y se puso a perseguir a la jovencita.

Una muchedumbre de invitados que pretendían beber, le privó el paso. Cuando al fin logró pasar, se encontró frente a frente con el matrimonio de Marelle.

Veía con frecuencia a la mujer, pero hacía bastante tiempo que no se había encontrado con el marido, quien le cogió las dos manos y le dijo mientras lo saludaba afectuoso:

—¡Cuánto le agradezco, mi querido amigo, el consejo que me dio por medio de Clotilde! He ganado cerca de cien mil francos con el empréstito marroquí. Y se lo debo a usted. Puede decirse que es usted un amigo precioso.

Los hombres se volvían para admirar a aquella morenita tan atractiva y elegante.

Du Roy respondió:

—A cambio de ese favor, querido amigo, me llevo a su esposa, o mejor dicho, le ofrezco mi brazo. Es conveniente separar a los matrimonios de vez en cuando.

El señor de Marelle se inclinó:

—Nada más justo. Si les pierdo de vista, nos volveremos a encontrar aquí dentro de una hora.

—Perfectamente.

Los dos jóvenes se metieron entre la muchedumbre de invitados, seguidos por el marido. Clotilde comentaba:

—¡Qué afortunado es este Walter! Es tanto como decir: qué vista tiene para los negocios.

Jorge respondió:

—¡Bah! Los hombres audaces siempre consiguen lo que quieren, sea por un medio o por otro.

Y ella añadió:

—Ahí tienes a dos jovencitas con veinte o treinta millones cada una. Y eso, sin contar que Susana es bonita.

Du Roy no hizo comentarios. Le irritaba escuchar su propio pensamiento en otros labios.

Clotilde aún no había visto *Jesús caminando sobre las olas*, y él se ofreció a acompañarla para mostrárselo. Por el camino se divertían hablando mal de las personas conocidas y burlándose de los rostros desconocidos.

Saint Potin pasó junto a ellos luciendo sobre la solapa de su frac numerosas condecoraciones, cosa que les divirtió mucho. Un exembajador que le seguía mostraba un atuendo menos pomposo.

Du Roy exclamó:

—¡Qué batiburrillo de seres!

Boisrenard, que le estrechó la mano al pasar, también lucía en la solapa la cintita verde y amarilla que había exhibido el día de su duelo.

La vizcondesa de Percemur, voluminosa y adornadísima, charlaba con un duque en el pabelloncito Luis XVI.

Jorge comentó:

—¡Dos que se adoran!

Sin embargo, al atravesar el invernadero, Jorge descubrió a su mujer sentada junto a Laroche Mathieu, casi ocultos ambos tras un macizo de plantas. Parecían decirle:

«Nos hemos citado aquí, una cita en público, porque la opinión de los demás nos tiene sin cuidado».

La señora de Marelle reconoció que aquel *Jesús* de Karl Marcowitch era sorprendente. Luego regresaron al interior y no encontraron al marido.

Él preguntó:

—Y Laurina, ¿aún continúa odiándome?

—Sí, cada día más. No quiere verte y se marcha en cuanto empezamos a hablar de ti.

No respondió nada. La enemistad de aquella chiquilla le afligía y apesadumbraba.

Susana les salió al encuentro nada más traspasar una puerta.

—¡Al fin les encuentro! Bueno, Bel Ami, se va a quedar solo. Me llevo a la hermosa Clotilde para enseñarle mi habitación.

Y las dos mujeres se alejaron con paso rápido, deslizándose a través de la muchedumbre con ese andar ondulante, ese culebreo flexible que sólo las mujeres saben adoptar entre la multitud.

Casi inmediatamente murmuró una voz cerca de él:

—Jorge.

Era la señora Walter, que enseguida añadió en voz baja:

—¡Oh! ¡Qué atrozmente cruel es usted conmigo! Cuánto me hace sufrir inútilmente. He encargado a Susana que se llevase a esa que usted acompañaba, para poder decirle una palabra. Escuche…, es preciso que yo le hable esta noche…, o de lo contrario…, de lo contrario…, no sabe lo que soy capaz de hacer. Vaya al invernadero. Allí encontrará una puerta a la izquierda que le permitirá salir al jardín. Luego siga la avenida que hay enfrente. Al final de ella se encuentra un cenador. Espéreme allí dentro de diez minutos. Si no quiere hacerlo, le prometo que daré un escándalo aquí mismo, inmediatamente.

Él respondió con altanería:

—Bien. Estaré dentro de diez minutos en el lugar que me indica.

Se separaron y Santiago Rival estuvo a punto de hacer que Du Roy llegase con retraso a la cita. Le había cogido del brazo y pretendía contarle una serie de cosas muy animadamente. Sin duda acababa de abandonar el *buffet*. Du Roy, al fin, logró dejarlo en manos de la señora de Marelle, a quien encontró entre dos puertas.

Jorge se marchó a escape y aún tuvo que evitar que le viesen su mujer y Laroche. Lo consiguió fácilmente porque ambos se hallaban muy animados. Se encontró en el jardín.

El aire frío le estremeció como un baño de hielo. Pensó:

«¡Diablos! Voy a coger un resfriado».

Se puso en el cuello su pañuelo a modo de bufanda. Después siguió caminando con lentitud por la alameda. Veía con dificultad a causa de salir de los salones muy iluminados.

Distinguía a su derecha e izquierda unas hileras de arbustos sin hojas y cuyas ramas menudas se estremecían a causa de la brisa. Una claridad grisácea pasaba a través del ramaje, una claridad que procedía de las ventanas del hotel. En mitad del camino advirtió una mancha blancuzca que aparecía ante él y enseguida reconoció a la señora Walter, con los brazos y el cuello desnudos, quien le dijo con voz trémula:

—¡Ah, al fin has venido! ¿Es que quieres matarme?

Él respondió muy tranquilo:

—Te lo ruego, nada de dramas, ¿entiendes? Nada de dramas, o me largo ahora mismo.

Ella lo había cogido del cuello y, acercando sus labios a su boca, le decía:

—Pero ¿qué te he hecho? Te comportas conmigo como un miserable. ¿Qué te he hecho?

Jorge trataba de rechazarla:

—Tú has enrollado tus cabellos en todos mis botones la última vez que nos vimos y eso casi ha provocado una ruptura con mi mujer.

Ella se quedó sorprendida. Después, mientras decía no con la cabeza, repuso:

—¡Oh! A tu mujer eso le tiene sin cuidado. Será cualquiera de tus queridas la que te hizo la escena.

—Yo no tengo queridas.

—¡Cállate! Pero ¿por qué no vienes a verme? ¿Por qué rehúsas cenar con nosotros, aunque sea una vez a la semana? ¡Qué atroz suplicio me haces sufrir! Te amo tanto que no puedo tener un pensamiento sin que sea para ti; no puedo mirar nada sin verte ante mis ojos; y no me atrevo a pronunciar una palabra por miedo a que se me escape tu nombre. ¡Tú no comprendes eso! ¡No lo comprendes! Me parece que estoy cogida entre unas garras, amarrada dentro de un saco. No sé. Tu recuerdo continuo me oprime la garganta, me desgarra algo aquí dentro, en el pecho, bajo el seno, me hace temblar las piernas hasta no dejarme fuerzas para caminar. Y me paso los días enteros sentada como un animalillo, pensando solamente en ti.

Du Roy la miraba con asombro. Aquélla no era la grandota chicuela alocada que había conocido, sino una mujer perdida, desesperada, capaz de todo por amor.

Sin embargo, un proyecto, todavía confuso, empezó a nacer en su ánimo. Respondió:

—Querida, el amor no es eterno. Viene y se va. Pero cuando se prolonga, como sucede entre nosotros, se convierte en un horrible grillete. Yo no quiero más. Ésa es la verdad. Sin embargo, si sabes mostrarte razonable, recibirme y tratarme como a un amigo, no tengo inconveniente en volver a verte como antes. ¿Te sientes capaz de hacerlo?

La mujer puso sus dos brazos desnudos sobre el traje de Jorge y murmuró:

—Soy capaz de todo con tal de verte.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo él—. Somos amigos y nada más.

Ella balbució:

—Quedamos de acuerdo.

Y después, tendiéndole los labios, aún murmuró:

—Dame un beso…, el último.

Él la rechazó suavemente.

—No. Es preciso atenerse a lo convenido.

La mujer volvió el rostro y se enjugó unas lágrimas. Después, extrayendo de su corpiño un paquete de papeles atado con una cinta de seda rosa, se lo ofreció a Du

Roy.

—Toma, ésta es tu parte de los beneficios en el asunto de Marruecos. ¡Estaba tan contenta de haber ganado esto para ti! Toma, cógelo.

Él intentó rechazarlo y dijo:

—No. No cogeré ese dinero.

Entonces ella se rebeló:

—¡Ah, no! Tú no me harás eso ahora. Es tuyo, nada más que tuyo. Si no lo coges, lo tiraré por una alcantarilla. Tú no me harás eso, ¿verdad, Jorge?

Recogió el paquete y se lo guardó en el bolsillo.

—Es mejor que entremos —dijo—. Vas a coger una pulmonía.

Ella replicó:

—¡Mejor! Así podré morirme.

Enseguida le cogió una mano y se la besó con pasión, con rabia y desesperación, luego se escapó corriendo hacia la casa.

Du Roy regresó tranquilamente sumido en hondas reflexiones. Después penetró en el invernadero, con la cabeza alta y una sonrisa en los labios.

Su mujer y Laroche ya no estaban allí. La muchedumbre de invitados empezaba a disminuir. Era evidente que no pensaban quedarse al baile. Descubrió a Susana que cogía del brazo a su hermana. Ambas corrieron hacia él para pedirle que bailase la primera cuadrilla[5] con el conde de Latour Yvelin.

—Pero ¿quién es ése? —preguntó asombrado Du Roy.

Susana respondió maliciosa:

—Un nuevo amigo de mi hermana.

Rosa se puso muy encarnada y murmuró:

—¡Qué mala eres, Susana! Ese señor es tan amigo mío como tuyo.

La otra sonreía y comentó:

—Yo me entiendo.

Rosa, muy enfadada, le dio la espalda y se alejó.

Du Roy cogió con familiaridad el codo de la joven Susana y le dijo con voz cariñosa:

—Escúcheme, mi querida pequeña. ¿Me considera su amigo?

—Pues, claro, Bel Ami.

—¿Tiene confianza en mí?

—Desde luego.

—¿Se acuerda de lo que le decía hace unos instantes?

—¿A propósito de qué?

—Acerca de su matrimonio, o más bien sobre el hombre que se casaría con usted.

—Sí.

—Pues bien. ¿Quiere prometerme una cosa?

—Sí. Pero ¿qué?

—Se trata de consultarme cada vez que pidan su mano, y no aceptar a nadie sin

haber recibido mi opinión.

—Sí, claro que quiero.

—Pero tiene que ser un secreto entre nosotros. Ni una palabra a su padre o a su madre.

—Ni una palabra.

—¿Me lo jura?

—Está jurado.

Rival se aproximaba muy apresurado.

—Señorita, su padre la llama para que empiece el baile.

La joven dijo:

—Vamos, Bel Ami.

Pero él rehusó decidido a marcharse inmediatamente. Quería encontrarse a solas para reflexionar. Le habían penetrado demasiadas novedades en el cerebro. Se puso a buscar a su mujer. Al cabo de un buen rato la descubrió tomando chocolate en el *buffet*, junto a dos señores que él no conocía. Magdalena los presentó a su marido, pero sin decirle sus nombres.

Tras algunos minutos le preguntó:

—¿Nos vamos?

—Cuando tú quieras.

Ella le cogió del brazo y ambos atravesaron de nuevo los salones, donde ya había poca gente.

Magdalena preguntó:

—¿Dónde se encuentra la directora? Quisiera decirle adiós.

—No merece la pena. Intentará retenernos para el baile y ya tengo bastante con esto.

—Es cierto. Tienes razón.

Durante todo el trayecto estuvieron silenciosos. Pero una vez entraron en su habitación, Magdalena le dijo sonriente, sin haberse despojado de su velo:

—¿Sabes? Tengo una sorpresa para ti.

Jorge murmuró de mal humor:

—¿De qué se trata?

—Adivínalo.

—No quiero hacer ese esfuerzo.

—Pues bien. Pasado mañana es el primero de enero.

—Sí.

—Es la ocasión de los regalos.

—Sí.

—Pues aquí tienes los tuyos, que Laroche me ha entregado hace un instante.

Y le alargó una cajita negra que parecía un estuche de alhajas.

Du Roy la abrió con indiferencia y descubrió la Cruz de la Legión de Honor.

Se puso un poco pálido, después sonrió y dijo:

—Hubiera preferido diez millones. Esto no le cuesta muy caro.

Magdalena esperaba un transporte de júbilo y se irritó al verle aquella frialdad.

—Verdaderamente eres incomprensible. Ahora nunca estás contento.

Él replicó con tranquilidad:

—Ese hombre no hace más que pagar su deuda. Y todavía me debe mucho.

Magdalena se quedó asombrada de su tono, y agregó:

—Sin embargo, está muy bien para tu edad.

Jorge declaró:

—Todo es relativo. A estas alturas podría tener más.

Había cogido el estuche para colocarlo completamente abierto sobre la chimenea. Durante algunos minutos estuvo contemplando la brillante estrella que yacía en el fondo. Después lo cerró y se metió en la cama encogiéndose de hombros.

El *Officiel* del 1 de enero anunciaba, efectivamente, el nombramiento de don Próspero Jorge Du Roy, publicista, como caballero de la Legión de Honor, en pago a sus excepcionales servicios. El apellido había sido escrito en dos palabras lo cual satisfizo más a Jorge que la condecoración en sí.

Una hora después de haber leído aquella noticia que se hacía pública, Du Roy recibió unas líneas de la directora suplicándole que fuera a cenar a su casa aquella misma noche en compañía de su esposa y así celebrarían la distinción.

Vaciló durante algunos minutos, pero después echó al fuego aquella nota escrita en términos ambiguos y dijo a Magdalena:

—Esta noche iremos a cenar con los Walter.

La mujer exclamó asombrada:

—¡Caramba! Creí que no querías poner más los pies en esa casa.

Se limitó a murmurar:

—He cambiado de parecer.

Cuando llegaron, la directora se encontraba sola en el pabelloncito Luis XVI, que había destinado para sus recepciones íntimas. Vestía de negro y se había empolvado los cabellos, lo que le daba un aspecto encantador. De lejos parecía una vieja y de cerca una jovencita, pero cuando se la examinaba con atención resultaba un hermoso cebo para los ojos.

—¿Está usted de duelo? —le preguntó Magdalena.

La mujer respondió con tristeza:

—Sí y no. No he perdido a ninguno de los míos, pero he llegado a la edad en que debe llevarse duelo por la propia vida. Hoy me lo he puesto por primera vez, para inaugurarlo. En lo sucesivo lo llevaré en mi corazón.

Du Roy pensó:

«¿Será capaz de mantener esa resolución?».

La cena fue algo triste. Solamente Susana la animaba con su incesante charla. Rosa parecía preocupada, pero todos felicitaron mucho al periodista.

La noche transcurría con charlas y paseos por los salones y el invernadero. Una

de las veces en que Du Roy iba con la directora detrás, ésta lo retuvo por el brazo y le dijo en voz baja:

—Escúcheme. No le hablaré más de nada. Nunca…, pero venga a verme, Jorge. Ya ve que ni siquiera le tuteo. Pero me es imposible vivir sin usted. Imposible. Es una tortura inimaginable. Le siento, lo guardo en mis ojos, en mi corazón y en mi carne día y noche. Es como si me hubiera hecho beber un veneno que me abrasase las entrañas. Y no puedo más. No. No puedo. Quiero no ser para usted más que una mujer vieja. Me he puesto los cabellos blancos para demostrárselo. Pero venga aquí. Venga de vez en cuando, como amigo.

Le había cogido la mano y se la estrechaba, apretándola hasta clavarle las uñas.

Jorge respondió con calma:

—Ya lo he entendido. No hay más que hablar. Ya ve que he venido enseguida, nada más recibir su carta.

Walter, que iba delante de ellos con sus dos hijas y Magdalena, esperaba a Du Roy cerca del *Jesús caminando sobre las olas*.

—Figúrese usted —dijo riendo— que ayer encontré a mi esposa de rodillas delante de este cuadro como si estuviera rezando en una iglesia. Se dedicaba a sus devociones. ¡Lo que pude reírme!

La señora Walter replicó con voz firme, con una voz donde vibraba una exaltación secreta:

—Ese Cristo es quien salvará mi alma. Él me da fuerza y valor cada vez que lo contemplo.

Y se detuvo frente al Dios de pie sobre el mar, y murmuró:

—¡Qué hermoso es! ¡Cómo tienen miedo de él y cómo le aman esos hombres! Fíjense en su cabeza, en sus ojos. ¡Qué sencillo y sobrenatural es al mismo tiempo!

Susana exclamó:

—Se parece a usted, Bel Ami. Estoy segura de que se le parece. Si usted llevase barba o si él estuviera afeitado, serían igualitos. ¡Oh, pero qué asombroso!

La muchacha quiso que Jorge se pusiera de pie junto al lienzo, y todo el mundo convino en que, efectivamente, los dos rostros se parecían.

El asombro fue general. Walter encontró la cosa extraordinaria. Magdalena, sonriendo, declaró que Jesús tenía un aspecto más viril.

La señora Walter permanecía inmóvil, contemplando fijamente el rostro de su amante junto al de Cristo. Se había quedado tan blanca como sus cabellos.

Capítulo VIII

Durante el resto del invierno los Du Roy fueron con frecuencia a casa de los Walter. Jorge incluso iba a cenar solo muy a menudo, pues Magdalena decía que estaba fatigada y prefería quedarse en su casa.

El periodista había elegido el viernes como día fijo y la directora no invitaba esa noche a nadie, la reservaba totalmente para Bel Ami. Después de comer se jugaba a las cartas, se daba de comer a los peces de colores, se vivía y se divertían en familia. En varias ocasiones tras una puerta, tras un macizo del invernadero, o en un rincón oscuro, la señora Walter cogía bruscamente en sus brazos al joven y lo estrechaba con todas sus fuerzas contra su pecho mientras le decía al oído:

—¡Te amo! ¡Te amo! ¡Me muero de amor por ti!

Pero él siempre la rechazaba con frialdad y le decía en tono seco:

—Si vuelves a las andadas, no vendré más por aquí.

Hacia fines de marzo empezó a hablarse, repentinamente, del matrimonio de las dos hermanas. Se decía que Rosa debía casarse con el conde de Latour Yvelin, y Susana con el marqués de Cazolles. Ambos se habían convertido en íntimos de la casa, con esa intimidad a la que se conceden favores especiales y prerrogativas sensibles.

Jorge y Susana, a su vez, vivían una especie de familiaridad fraternal y libre. Charlaban durante horas, se burlaban de todo el mundo y parecían encontrarse muy a gusto juntos.

Nunca habían vuelto a hablar del posible matrimonio de la joven, ni de los pretendientes que se presentaban.

Cierto día en que el director había invitado a almorzar a Du Roy, y ya de sobremesa, la señora Walter fue requerida para atender a un proveedor, Jorge dijo a Susana:

—Vamos a dar pan a los peces rojos.

Cada uno cogió un buen trozo de miga y se fueron hacia el invernadero.

Alrededor del amplio mármol se habían dispuesto varios almohadones por el suelo con el fin de que pudieran arrodillarse junto al estanque y contemplar de más cerca a los animales nadadores. Cada uno de los jóvenes tomó un cojín, y, arrodillados uno junto al otro, se inclinaron sobre el agua para echar bolitas de pan que redondeaban entre sus dedos. Los peces, en cuanto lo advirtieron se precipitaron hacia ellos agitando la cola, batiendo sus aletas y moviendo sus grandes ojos saltones. Giraban sobre sí mismos y se sumergían para atrapar la presa redonda que se hundía, y enseguida volvían a la superficie para pedir más.

Hacían graciosas muecas con sus bocas, sacudidas bruscas y rápidas y tenían un extraño aspecto de diminutos monstruos. Destacaban con su rojo ardiente sobre el fondo de arena de oro, y atravesaban como llamas las aguas transparentes, o enseguida mostraban su ribeteado azul de las escamas cuando se detenían.

Jorge y Susana contemplaban sus propios rostros reflejados en el agua y sonreían a las imágenes.

De pronto él dijo en voz baja:

—No está bien que me venga con esos tapujos, Susana.

La muchacha preguntó:

—¿De qué habla, Bel Ami?

—¿Acaso no se acuerda de lo que me prometió aquí mismo la noche de la fiesta?

—Pues, no.

—Consultarme cada vez que alguien solicitase su mano.

—¿Y bien?

—Pues ya la han pedido.

—¿Quién ha hecho eso?

—Usted lo sabe muy bien.

—No. Se lo juro.

—Sí, lo sabe. Ese gran fatuo del marqués de Cazolles.

—No es fatuo, en principio.

—Es posible, pero sí es estúpido. Está arruinado por el juego y gastado por los excesos. Verdaderamente un bonito partido para usted: tan atractiva, tan joven y tan inteligente.

Susana preguntó sonriendo:

—¿Qué tiene usted contra él?

—¿Yo? Nada.

—Pues, sí. Él no es lo que usted dice.

—Vamos, calle. Es un tonto y un intrigante.

La joven se volvió un poco hacia él, dejando de mirar al agua.

—Veamos, ¿qué le pasa a usted?

Él respondió como si le arrancasen un secreto del fondo de su corazón:

—Me…, me ocurre…, me ocurre que estoy terriblemente celoso de él.

Susana, ligeramente asombrada, exclamó:

—¿Usted?

—Sí, yo.

—¡Vaya! ¿Y cómo es eso?

—Porque estoy enamorado de usted, y usted lo sabe muy bien, maliciosa.

Entonces ella le dijo en tono severo:

—¡Usted está loco, Bel Ami!

Jorge prosiguió:

—Ya sé que estoy loco. ¿Es que acaso podría confesarle eso, yo, un hombre casado, a una jovencita como usted? Estoy más que loco. Soy culpable, casi un miserable. No puedo tener esperanza alguna y pierdo la cabeza ante ese pensamiento. Cuando oigo decir que va a casarse, me entran deseos de matar a alguien. Tiene que perdonarme, Susana.

Se calló. Los peces, a los que ya no echaban más pan, permanecían inmóviles, formados casi en fila como si fueran soldados ingleses y contemplaran las siluetas inclinadas de aquellas dos personas que ya no se ocupaban más de ellos.

La jovencita murmuró medio entristecida y satisfecha:

—¡Lástima que esté usted casado! ¿Qué quiere? No se puede hacer nada. Se acabó.

Jorge se volvió bruscamente hacia ella y le dijo muy próximo, casi rozándole el rostro:

—Si fuese libre, ¿se casaría conmigo?

Susana respondió con sinceridad:

—Sí, Bel Ami. Me casaría con usted, porque me gusta mucho más que los otros.

Él se levantó y balbució:

—Gracias…, gracias… Le ruego que no dé el sí a nadie. Espere un poco todavía. Se lo ruego. ¿Me lo promete?

Susana murmuró un poco turbada y sin comprender bien lo que él quería:

—Se lo prometo.

Du Roy arrojó al agua el pedazo de pan que aún tenía en las manos y huyó, como si hubiera perdido la cabeza, sin decir adiós.

Los peces se lanzaron ávidamente sobre aquel pedazo de miga que flotaba sin haber sido desmenuzada por los dedos, y lo despedazaron con sus bocas voraces. Lo arrastraron al otro extremo del estanque, agitándose por debajo y formando, ahora, un grupo móvil, una especie de flor viva, de flor animada y giratoria, caída al agua de cabeza.

Susana, sorprendida e inquieta, se levantó y regresó lentamente a la casa. El periodista se había marchado.

Jorge regresó a su casa muy tranquilo, y como viera a Magdalena que escribía una carta, le preguntó:

—¿Cenarás el viernes en casa de los Walter? Yo iré.

Ella vaciló:

—No. Me encuentro algo indispuesta. Prefiero quedarme aquí.

Él replicó:

—Como gustes. Nadie te obliga.

Luego cogió el sombrero y volvió a marcharse enseguida.

Desde hacía tiempo se dedicaba a espiarla, la vigilaba y la seguía. Estaba al corriente de todas las idas y venidas de su mujer. Al fin había llegado la hora tan esperada por él. A Jorge no le había engañado el tono con que ella le había respondido:

—Prefiero quedarme aquí.

Se mostró amable con ella durante los días siguientes. Incluso parecía contento, cosa que ya no era corriente. Magdalena decía:

—¡Vaya, qué amable te has vuelto!

El viernes se vistió muy temprano para realizar varias gestiones antes de ir a casa del director, según dijo antes de salir.

Después se marchó a las seis, no sin haber abrazado a su esposa y fue en busca de un simón a la plaza de Notre Dame de Lorette.

Ordenó al cochero:

—Párese frente al número diecisiete de la calle Fontaine y permanezca a la espera hasta que le dé la orden de reanudar la marcha. Luego me conducirá al restaurante del Coq Faisán, en la calle de Lafayette.

El coche se puso en marcha al trote corto del caballo y Du Roy bajó las cortinillas. Desde que estuvo enfrente de su casa, no quitó la vista de su puerta. Al cabo de diez minutos de espera vio salir a Magdalena, que se encaminó a los bulevares exteriores.

Una vez ella estuvo lejos, Jorge asomó la cabeza por la ventanilla y gritó al cochero:

—¡Adelante!

El simón reanudó su marcha y dejó al periodista delante del Coq Faisán, un restaurante aburguesado muy conocido en el barrio. Jorge entró en el comedor general y cenó tranquilamente mientras consultaba de vez en cuando la hora en su reloj. A las siete y media, después de haber bebido su café, tomado dos copas de coñac y fumado con sosiego un buen cigarro, salió, llamó a otro coche que pasaba vacío y se hizo conducir a la calle La Rochefoucauld.

Subió sin preguntar nada al portero hasta el tercer piso de la casa que había indicado, y cuando la criada salió a abrirle la puerta, preguntó:

—El señor Guibert de Lorme está en casa, ¿verdad?

—Sí, señor.

La doncella le invitó a entrar en un salón donde Du Roy esperó unos minutos. Después entró un hombre alto, condecorado y de aspecto militar que tenía los cabellos grises a pesar de que aún era joven.

Du Roy le saludó y a continuación le dijo:

—Como ya preveía, señor comisario, mi mujer cena con su amante en el piso que tienen alquilado en la calle de los Mártires.

El comisario de policía se inclinó:

—Estoy a su disposición, señor.

Jorge añadió:

—Tiene usted tiempo hasta las nueve, ¿no es cierto? Pasada esa hora no puede penetrar en un domicilio privado para comprobar un adulterio.

—Exacto, señor. Hasta las siete en invierno y las nueve a partir del 31 de marzo. Estamos a 5 de abril. No tenemos más que hasta las nueve.

—Pues bien, señor comisario. Tengo abajo un coche. Podemos ir a recoger los agentes necesarios y después esperaremos un poco delante de la puerta. Cuanto más tarde lleguemos, más probabilidades tendremos de sorprenderlos en flagrante delito.

—Como usted guste, señor.

El comisario salió y regresó poco después vestido con un abrigo que ocultaba su fajín tricolor. Se apartó para dejar paso a Du Roy, pero el periodista, cuyo ánimo estaba inquieto, rehusó salir él primero y repetía:

—Después de usted…, después de usted.

El magistrado insistió:

—Pase usted, señor. Estoy en mi casa.

El otro enseguida franqueó la puerta sin replicar y haciendo un saludo.

Primeramente fueron a la comisaría en busca de tres agentes vestidos de paisano que ya esperaban, pues Jorge ya había prevenido durante el día que la sorpresa se efectuaría aquella noche. Uno de aquellos hombres subió al pescante, con el cochero. Los otros dos entraron en el simón, que enseguida llegó a la calle de los Mártires.

Du Roy decía:

—Tengo el plano del aposento. Está en el segundo piso. Al entrar encontraremos un pequeño vestíbulo, luego un comedor y después el dormitorio. Estas tres piezas se comunican. No hay salida que pueda facilitar la huida. Un cerrajero vive no muy lejos de allí y se prestará a venir a requerimiento suyo.

Cuando estuvieron delante de la casa indicada aún no eran las ocho y cuarto. Esperaron en silencio durante más de veinte minutos. Cuando sonaron las nueve menos cuarto Jorge dijo:

—Vamos ahora.

Subieron la escalera sin ocuparse del portero, que no los vio pasar. Uno de los agentes se quedó en la calle para vigilar la salida.

Los cuatro hombres se detuvieron en el segundo piso. Du Roy pegó su oído a la puerta, luego echó un vistazo por el ojo de la cerradura, pero no consiguió ver ni oír nada. Llamó.

El comisario dijo a sus agentes:

—Ustedes permanecerán aquí atentos a cualquier llamada.

Esperaron. Al cabo de dos o tres minutos Jorge volvió a tocar el timbre varias veces seguidas. Escucharon un ruido en el fondo del apartamento, después unos pasos ligeros que se aproximaban. Alguien acudía. Entonces, el periodista golpeó violentamente con los nudillos en la chapa de la puerta.

Una voz, una voz femenina que trataba de disfrazarse, preguntó:

—¿Quién es?

El oficial respondió:

—Abra, en nombre de la Ley.

La voz volvió a preguntar:

—¿Quién es usted?

—Soy el comisario de policía. Abra, o haré echar la puerta abajo.

La voz insistió:

—¿Qué quiere usted?

Y Du Roy dijo:

—Soy yo. Es inútil que intenten escapársenos.

Los pasos ligeros, pasos de pies desnudos, se alejaron para volver al cabo de unos segundos.

Jorge dijo:

—Si usted no quiere abrir, derribaremos la puerta.

Cogió el tirador de cobre de la puerta y empujó lentamente con el hombro. Como nadie volvió a responder, dio una sacudida tan violenta y enérgica que la vieja cerradura cedió. Los tornillos, arrancados, saltaron de la madera y el joven casi cayó sobre Magdalena que se encontraba de pie, en el pequeño vestíbulo, vestida con una camisa y unas enaguas, con el cabello suelto, las piernas desnudas y una vela en la mano.

Jorge exclamó:

—¡Es ella! Ya los tenemos.

Se lanzó dentro del aposento. El comisario, después de quitarse el sombrero, le siguió. Y la mujer, horrorizada, se fue tras ellos alumbrándoles.

Atravesaron un comedor cuya mesa no había sido recogida y mostraba los restos de comida: botellas de champaña vacías, una tarrina de *foie-gras* abierta, los huesos de un pollo y los trozos de pan a medio comer. Dos platos depositados sobre un aparador exhibían sendos montones de conchas de ostras.

La habitación parecía ser el escenario de una batalla. Un vestido de mujer coronaba una silla, unos pantalones de hombre cabalgaban uno de los brazos de un sillón. Cuatro botas, dos grandes y dos pequeñas, estaban tiradas a los pies de la cama, caídas de lado.

Se trataba de un apartamento amueblado corrientemente, donde flotaba ese olor odioso y pesado de las habitaciones de hotel. Un olor que emana de las cortinas, de los colchones, de los muros y de las sillas. El olor de todas las personas que han vivido o se han acostado un día o seis semanas en este alojamiento público. Personas que dejan un poco de su olor, de ese olor humano que, unido al de las precedentes, forma un hedor confuso, dulce e intolerable que resulta el mismo en todos los sitios.

Una bandeja de pasteles, una botella de Chartreuse y dos copas todavía a medio beber, se amontonaban sobre la chimenea. La figura de bronce que formaba cuerpo de reloj, servía de percha a un sombrero de hombre.

El comisario se volvió vivamente y mirando a Magdalena a los ojos, le preguntó:

—¿Es usted doña Clara Magdalena Du Roy, esposa legítima de don Próspero Jorge Du Roy, publicista, aquí presente?

Ella murmuró con voz ahogada:

—Sí, señor.

—¿Qué hace usted aquí?

La mujer no respondió.

El magistrado repitió:

—¿Qué hace usted aquí? La encuentro fuera de su casa, casi desnuda, en un piso amueblado. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Esperó algunos minutos, pero viendo que ella continuaba en silencio, añadió:

—Desde el momento que usted no quiere confesar, señora, me veo obligado a averiguarlo por mí mismo.

Se veía un cuerpo oculto bajo las ropas de la cama.

El comisario se aproximó al lecho y llamó:

—¡Señor!

El hombre escondido no se movía. Parecía estar vuelto de espaldas y con la cabeza metida debajo de la almohada.

El comisario tocó lo que parecía ser un hombro y repitió:

—Señor, no me obligue a actuar con violencia, se lo ruego.

Pero el cuerpo tapado con las sábanas permanecía tan inmóvil que se creería muerto.

Du Roy, que había avanzado rápidamente, tiró de las ropas de la cama, arrancó la almohada y descubrió el rostro pálido del señor Laroche Mathieu.

Jorge se inclinó sobre él y, convulso por los deseos de cogerlo del cuello y estrangularlo, le dijo rechinando los dientes:

—Tenga, al menos, el coraje de afrontar su infamia.

El comisario aún preguntó:

—¿Quién es usted?

El amante de Magdalena, aterrado, no respondió, y el policía añadió:

—Soy el comisario de policía y le conmino a que me diga su nombre.

Jorge, a quien una cólera bestial le hacía temblar, gritó:

—Vamos, responda, cobarde, o seré yo quien diga su nombre.

Entonces, el hombre que estaba acostado balbució:

—Señor comisario, no debe dejar que ese individuo me insulte. ¿No es usted a quien debo responder? ¿Es a usted o es a él a quien debo responder?

Parecía no tener una gota de saliva en la boca.

El comisario respondió:

—Es a mí, señor. A mí, solamente. Y le pregunto, ¿quién es usted?

El otro se calló. Apretaba la sábana con su cuello y giraba sus ojos espantados. Las retorcidas guías de su bigotillo parecían completamente negras sobre la palidez de su rostro.

El comisario prosiguió:

—¿No quiere responder? Entonces me veré obligado a detenerle. De todas maneras, levántese. Le interrogaré en cuanto esté vestido.

El cuerpo se agitó dentro de la cama y la cabeza murmuró:

—Pero delante de usted no puedo levantarme.

El magistrado preguntó:

—¿Cómo es eso?

El otro balbució:

—Es que estoy…, estoy…, estoy completamente desnudo.

Du Roy se echó a reír sarcásticamente. Cogió del suelo una camisa y se la arrojó sobre la cama mientras gritaba:

—Vamos ya… Levántese… Puesto que ha podido desnudarse delante de mi mujer, bien puede vestirse delante de mí.

Luego le volvió la espalda y se encaminó hacia la chimenea.

Magdalena había recobrado su sangre fría, y, sabiendo que todo estaba perdido, también se había decidido a todo. Su mirada brillaba con una audacia desafiante. Retorció un papel y como en una recepción, encendió las diez velas de unos toscos candelabros que estaban sobre un extremo de la chimenea. Luego se apoyó sobre el mármol y ofreció uno de sus pies desnudos al calor del fuego consumido. Esto levantaba por detrás sus enaguas apenas sujetas a sus caderas. Cogió un cigarrillo de un estuche de papel rosa, lo encendió y se puso a fumar.

El comisario había vuelto junto a ella mientras su cómplice se vestía.

La mujer le preguntó con insolencia:

—¿Representa a menudo este papel, señor?

Él contestó gravemente:

—Lo menos posible, señora.

Magdalena sonrió en sus narices y dijo:

—Le felicito, porque no es muy airoso.

Intentaba no mirar ni haber visto siquiera a su marido.

Pero el señor de la cama se vestía. Ya había calzado su pantalón, puesto sus botas y se aproximaba abotonándose el chaleco.

El oficial de policía se volvió hacia él.

—Y ahora, señor, ¿quiere usted decirme quién es?

El otro no respondió.

El comisario repitió:

—Me veo obligado a detenerle.

Entonces, el otro gritó con brusquedad:

—¡No me toque! Soy inviolable.

Du Roy se lanzó hacia él, como si pretendiese derribarlo por el suelo, y le gritó en pleno rostro:

—¡Hay flagrante delito! ¡Flagrante delito! Y si quiero, puedo hacer que lo detengan. Sí, puedo hacerlo. —Y a continuación, con voz vibrante, añadió—: Este hombre se llama Laroche Mathieu, y es ministro de Asuntos Exteriores.

El comisario de policía retrocedió estupefacto, balbuciendo:

—En fin, señor, ¿quiere usted decirme quién es?

El hombre se decidió y dijo alzando la voz:

—Por una vez, este miserable no ha mentido. Me llamo, en efecto, Laroche Mathieu, y soy ministro.

Luego, extendiendo el brazo hacia el pecho de Jorge donde brillaba un puntito rojo, agregó:

—¡Y el granuja que ve aquí lleva sobre su traje la Cruz de la Legión de Honor, que yo le he dado!

Du Roy se había quedado lívido. Con un gesto rápido se arrancó del ojal la breve llama de cinta y la arrojó a la chimenea diciendo:

—Mire en lo que estimo una condecoración que viene de un cochino de su especie.

Los dos estaban frente a frente, fuera de sí, los dientes apretados y los puños cerrados. Uno era delgado y con el bigote al viento, el otro grueso y con el bigote ensortijado.

El comisario se interpuso vivamente entre los dos y los separó con las manos mientras decía:

—Señores, ¡se olvidan ustedes de quiénes son, carecen de dignidad!

Ambos se callaron y se dieron la espalda.

Magdalena, inmóvil, seguía fumando sonriente.

El oficial de policía prosiguió:

—Señor ministro, le he sorprendido a solas con la señora Du Roy estando usted acostado y ella casi desnuda. Sus ropas están esparcidas de cualquier manera por todo el apartamento. Esto constituye un flagrante delito de adulterio. No puede usted negar la evidencia. ¿Qué tiene usted que responder a esto?

Laroche Mathieu murmuró:

—No tengo nada que decir. Cumpla con su deber.

El comisario se dirigió a Magdalena:

—Señora, ¿confiesa usted que este señor es su amante?

Ella respondió sin fanfarronería:

—No lo niego. Es mi amante.

—Con esto basta.

El magistrado tomó algunas notas sobre el estado y la disposición del apartamento. Cuando hubo acabado de escribir, el ministro, que había terminado de vestirse, lo esperaba con el gabán al brazo y el sombrero en la mano. Le preguntó:

—¿Me necesita para algo más, señor? ¿Qué debo hacer? ¿Puedo retirarme?

Du Roy se volvió hacia él y sonriendo con insolencia dijo:

—¿Y para qué? Nosotros hemos acabado. Puede usted volver a acostarse, señor. Nosotros les dejamos solos.

Y dando un golpecito en el brazo del policía dijo:

—Retirémonos, señor comisario. Ya no tenemos nada más que hacer en este lugar.

El magistrado, un poco sorprendido, le siguió. Pero en el umbral de la habitación Jorge se detuvo para cederle el paso y el otro se negó ceremonioso.

Du Roy insistió:

—Pase usted, señor.

—Después de usted —replicó el comisario.

Entonces el periodista le saludó y con irónica urbanidad le dijo:

—Ahora le toca a usted, señor comisario. Aquí casi estoy en mi casa.

Después de salir cerró la puerta suavemente, como quien quiere ser discreto.

Una hora más tarde Jorge Du Roy se encontraba en los despachos de *La Vie Française*.

El señor Walter ya se encontraba allí, pues continuaba dirigiendo y supervisando con interés su periódico, que había adquirido una circulación enorme y que favorecía mucho las operaciones, cada vez más prósperas, de su casa de banca.

El director levantó la cabeza y preguntó:

—¡Vaya, está usted aquí! Es usted muy gracioso. ¿Por qué no ha venido a cenar a casa? ¿De dónde sale ahora?

El joven, que estaba seguro del efecto que iba a producir, afirmó midiendo el valor de cada palabra:

—Vengo de derribar al ministro de Asuntos Exteriores.

El otro creyó que bromeaba.

—De derribar… ¿Qué está diciendo?

—Que voy a cambiar el Gabinete. ¡Eso es todo! Hay que librarse cuanto antes de esa carroña.

El viejo, estupefacto, creyó que su cronista estaba bebido, y rezongó:

—Vamos, usted no sabe lo que dice.

—Claro que sí. Acabo de sorprender al señor Laroche Mathieu en flagrante delito de adulterio con mi mujer. El comisario de policía ha levantado acta del hecho. El ministro está listo.

Walter, paralizado, levantó sus lentes sobre la frente y preguntó asombrado:

—¿No se estará burlando de mí, verdad?

—En absoluto. Y ahora mismo voy a hacer un eco sobre el asunto.

—Pero, entonces, ¿qué se propone?

—Echar abajo a ese bribón, a ese miserable, a ese malhechor público.

Jorge puso su sombrero sobre una silla y añadió:

—¡Pobre del que se interponga en mi camino! Jamás le perdono.

El director aún vacilaba, sin comprender. Murmuró:

—Pero ¿y su mujer?

—Mañana por la mañana solicitaré el divorcio. Se la devuelvo al difunto Forestier.

—¿Quiere usted divorciarse?

—¡Diablos! Pero si estaba en ridículo, sólo tenía que hacerme el tonto para poder sorprenderlos. Ya está hecho. Ahora soy dueño de la situación.

El señor Walter no acababa de recobrarse. Contemplaba a Du Roy con ojos desorbitados mientras pensaba:

«¡Diantre! Éste es un buen mozo que debe conservarse».

Jorge prosiguió:

—Ahora ya estoy libre. Poseo una modesta fortuna. Me presentaré a las elecciones parciales de octubre, por mi región, donde soy muy conocido. No podía hacerme respetar ni aceptar teniendo una mujer sospechosa para todos. Me había tomado por un necio, me engatusó y me cazó. Pero desde que conocí su juego, la vigilé. La muy golfa.

Se echó a reír y añadió:

—Ese pobre Forestier sí que era cornudo…, cornudo sin saberlo, confiado y tranquilo. Al fin me he desembarazado de la tela de araña que me había dejado. Tengo las manos libres. Ahora llegaré lejos.

Se había puesto a horcajadas sobre una silla y repetía como si estuviera soñando:

—Iré lejos.

Y el viejo Walter seguía mirándole con sus ojos directamente, con sus gafas levantadas sobre la frente, y pensaba:

«Sí, el muy bribón llegará lejos».

Jorge se puso de pie.

—Voy a escribir el eco. Hay que hacerlo con discreción. Pero usted ya sabe, de todos modos será terrible para el ministro. Es hombre al agua. No hay quien lo saque a flote. *La Vie Française* ya no tiene ningún interés en mantenerlo.

El viejo dudó unos instantes y luego se decidió:

—Hágalo, y tanto peor para los que se meten en estos fregados.

Capítulo IX

Habían transcurrido tres meses. La demanda de divorcio presentada por Du Roy acababa de resolverse. Su mujer volvía a llamarse Forestier.

Los Walter pensaban irse el 15 de julio a Trouville, pero antes de separarse quisieron pasar un día en el campo con el periodista. Eligieron un jueves y se pusieron en camino a las nueve de la mañana en un landó de viaje, de seis plazas, que tiraba un tronco de cuatro caballos.

Fueron a almorzar a Saint Germain, al pabellón de Enrique IV. Bel Ami habría podido ser el único hombre de la partida, ya que no podía soportar la presencia del marqués de Cazolles. Pero en el último momento se decidió que el conde de Latour Yvelin sería recogido, sacándolo de la cama, aunque ya lo habían prevenido la víspera.

El carruaje subió al trote largo la avenida de los Campos Elíseos y después atravesó el Bosque de Bolonia.

Hacía un admirable día de verano, sin demasiado calor. Las golondrinas trazaban grandes círculos en el azul del cielo, que parecían quedar señalados una vez hacían sus pasadas.

Las tres mujeres iban en el fondo del landó, la madre entre las dos hijas. Y los tres hombres dando la espalda a la marcha, el señor Walter entre los dos invitados.

Cruzaron el Sena, rodearon el Mont Valerien, alcanzaron Bougival y luego siguieron el curso del río hasta Pecq.

El conde de Latour Yvelin, un hombre algo maduro de largas y sedosas patillas, cuyas puntas se agitaban al menor soplo de aire, lo cual hacía exclamar a Du Roy: «Consigue bonitos éxitos con la barba», contemplaba a Rosa tiernamente, pues hacía un mes que eran novios.

Jorge, muy pálido, contemplaba con frecuencia a Susana, también muy pálida. Los ojos de ambos se encontraban, parecían ponerse de acuerdo, comprenderse, e intercambiarse secretos pensamientos antes de separarse.

La señora Walter parecía ir muy tranquila y feliz.

El almuerzo fue largo. Antes de volver Jorge a París propuso dar una vuelta por la terraza.

Al principio se entretuvieron admirando el panorama. Todo el mundo se puso en fila a lo largo del pretil y se extasió contemplando el vasto horizonte. El Sena, al pie de una larga colina, discurría hacia Maisons Laffite como si fuera una inmensa serpiente deslizándose sobre el prado. A la derecha, sobre la cima de la ladera, el acueducto de Marly proyectando su enorme perfil de oruga con grandes patas contra el cielo, y más abajo desaparecía Marly entre un bosque de arbustos.

La inmensa planicie que se extendía enfrente aparecía salpicada de pueblecitos. A trechos, también se divisaba el azul del Vesinet que ponía su nota limpia y transparente entre el verdor del pequeño bosque.

A la izquierda, bastante alejado, se perfilaba el puntiagudo campanario de Sartrouville.

Walter declaró:

—En ninguna parte del mundo puede disfrutarse de un panorama semejante. Ni siquiera en Suiza hay algo igual.

Después se pusieron a caminar despacio para dar un paseo y gozar un poco de aquel espectáculo.

Jorge y Susana se quedaron los últimos. En cuanto estuvieron a unos pasos de los demás, el periodista le dijo en voz baja y reprimida:

—Susana, la adoro. La quiero con locura.

—Yo también, Bel Ami.

Él agregó:

—Si no la consigo como esposa, abandonaré París e incluso Francia.

Y ella le dijo:

—Trate de pedirme a papá. Puede ser que consienta.

Él hizo un ligero gesto de impaciencia.

—No. Se lo repito por décima vez. Sería inútil. Me cerraría las puertas de su casa, me expulsaría del periódico y ya no podríamos volver a vernos. He aquí el bonito resultado si me inclinase a hacer una petición en regla. La han prometido al marqués de Cazolles. Confían en que usted acabe dando el sí. Lo esperan.

La joven preguntó:

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer?

Du Roy vacilaba mientras la miraba de reojo.

—¿Me quiere usted lo bastante como para cometer una locura?

Susana respondió resuelta:

—Sí.

—¿Una gran locura?

—Sí.

—¿La más grande de las locuras?

—Sí.

—¿Tendría usted el suficiente coraje para enfrentarse a sus padres?

—Sí.

—¿Es cierto?

—Sí.

—Entonces hay un medio, un único medio. La cosa tiene que salir de usted y no de mí. Usted es una niña mimada a la que se le consiente todo y de quien no asombrará la mayor de las audacias. Escúcheme, pues. Esta noche, al regresar a casa, vaya a ver a su madre. Primeramente a su madre, y cuando esté sola, dígale que desea casarse conmigo. Esto la encolerizará mucho y le producirá una gran conmoción…

Susana le interrumpió:

—¡Oh, no! Mamá consentirá gustosa.

Jorge replicó con viveza:

—No. Usted no la conoce bien. Seguramente ella se enojará y se enfadará más que su padre. Ya verá cómo se negará. Pero usted no dé su brazo a torcer y repítale que quiere casarse conmigo, sólo conmigo, nada más que conmigo. ¿Lo hará?

—Lo haré.

—En cuanto salga de ver a su madre vaya a decir lo mismo a su padre, pero hágalo más seria y muy decidida.

—Sí, sí. ¿Y después?

—Después llega lo más grave… Si usted está resuelta, pero bien resuelta, bien, bien resuelta a ser mi esposa, mi pequeña Susana querida…, yo la… raptaré.

La muchacha tuvo un estremecimiento de júbilo y casi se puso a batir palmas.

—¡Oh, qué dicha! ¿Me raptará? ¡Qué alegría! ¿Cuándo me raptará?

Toda la vieja poesía de los raptos nocturnos en sillas de posta y albergues, todas las encantadoras aventuras relatadas en los libros pasaron de golpe por la mente de la joven como si fuera un hermoso sueño próximo a realizarse, e insistió en su pregunta:

—¿Cuándo me raptará usted?

Él respondió muy bajo:

—Pues…, esta noche…, esta madrugada.

La joven, trémula, preguntó:

—¿Y adónde iremos?

—Ése será mi secreto. Reflexione sobre lo que va a hacer, Susana. Piense que después de esta huida no podrá ser más que mi esposa. Es el único medio para conseguirlo, pero es…, es el más peligroso… para usted.

Susana afirmó:

—Estoy decidida… ¿Dónde lo encontraré?

—¿Podrá salir del hotel completamente sola?

—Sí. Sé abrir una pequeña puerta que da a la calle.

—Pues bien, cuando el portero esté acostado, hacia la medianoche, venga a reunirse conmigo a la plaza de la Concordia. Me encontrará esperándola en un simón detenido frente al Ministerio de Marina.

—Iré.

—¿Será cierto?

—Muy cierto.

Jorge la cogió de una mano y la estrechó.

—¡Oh! Cuánto la quiero. ¡Qué buena y valiente es! ¿De modo que no quiere casarse con el marqués de Cazolles?

—¡Oh, no!

—Su padre se enfadaría mucho cuando le dijo que no aceptaba.

—Ya lo creo. Quería meterme en un convento.

—Ya ve que es necesario mostrarse muy enérgica.

—Lo seré.

La joven contemplaba el vasto horizonte con la cabeza llena por la idea del rapto. Se iría más lejos de cuanto allí veía…, se iría con él… Sería raptada. Aquello la entusiasmaba. Apenas pensaba en su reputación, en la infamia que pudiera caerle encima. Pero ¿acaso lo sabía? ¿Lo sospechaba, siquiera?

La señora Walter se volvió hacia ellos y gritó:

—Pero, ven aquí, pequeña. ¿Qué haces ahí con Bel Ami?

Se reunieron con los demás. Hablaban de los baños de mar que pronto tomarían.

Después emprendieron el regreso por Chatou para no hacer el mismo camino.

Jorge no decía nada. Solamente pensaba. Pensaba en que si aquella pequeña tenía un poco de audacia, al fin conseguiría el triunfo. Desde hacía tres meses la venía envolviendo en las irresistibles redes de su cariño. La seducía, la cautivaba y la conquistaría. Había conseguido que ella lo quisiera como sólo él sabía hacerse amar. Había cogido sin esfuerzo su alma de frívola muñeca.

En un principio había conseguido que ella rechazase al señor de Cazolles. Y ahora acababa de obtener que se escapara con él, ya que era el único medio para conseguir su propósito.

La señora Walter, lo sabía muy bien, jamás consentiría en entregarle su hija. Ella todavía lo amaba, le amaría siempre con irreductible violencia. Du Roy sólo la contenía con su calculada frialdad, pero la sabía consumida por una pasión impotente y voraz. Jamás podría doblegarla. Jamás admitiría que él se llevase a Susana.

Sin embargo, una vez que él tuviese a la pequeña lejos, trataría con el padre de poder a poder.

Pensando en todo esto sólo respondía con monosílabos a cuanto se le decía, que apenas escuchaba. Al entrar en París pareció volver en sí.

Susana también iba pensativa y el cascabeleo de los cuatro caballos resonaba en su cerebro y le hacía ver infinitas carreteras bajo los claros de luna eternos, espesos bosques atravesados, albergues en los caminos y la serie de postillones cambiando el tiro rápidamente porque habían adivinado que se les perseguía.

Cuando el landó llegó al patio del hotel, los Walter quisieron retener a Jorge invitándole a cenar. Él rehusó y se marchó a su casa.

Después de haber comido un poco se puso a colocar en orden sus papeles, como si fuese a emprender un largo viaje. Quemó las cartas comprometedoras, escondió otras y escribió a varios amigos.

De vez en cuando echaba un vistazo al reloj y pensaba:

«Allá debe estar todo al rojo vivo».

Cierta inquietud le oprimía el corazón. ¿Y si fracasase? Pero ¿qué podía temer? Podría salirse del asunto. De todos modos, aquella noche se jugaba una partida decisiva.

Volvió a salir sobre las once. Caminó errante durante algún tiempo, luego cogió un simón y lo mandó detenerse en la plaza de la Concordia, a lo largo de los porches del Ministerio de Marina.

De vez en cuando encendía una cerilla para echar un vistazo al reloj. Conforme se aproximaba la medianoche su impaciencia crecía hasta hacerse febril. A cada instante asomaba la cabeza por la ventanilla para mirar afuera.

Un reloj lejano dio las doce campanadas, después otro más próximo, luego dos a la vez, y otro más distante. Cuando la última campanada se extinguió Jorge pensó:

«Se acabó. Esto está perdido. Ya no vendrá».

Sin embargo estaba resuelto a permanecer allí hasta que se hiciese de día. En estos casos había que ser paciente.

Aún oyó dar el primer cuarto, después la media y luego los tres cuartos. Todos los relojes repitieron la una del mismo modo que habían anunciado la medianoche. Ya no esperaba más, pero permanecía allí estrujando su cerebro para adivinar qué podía haberle ocurrido. De pronto una cabeza de mujer se asomó por la ventanilla y preguntó:

—¿Está usted ahí, Bel Ami?

Éste se sobresaltó y con voz sofocada, exclamó:

—¿Es usted, Susana?

—Sí, soy yo.

Du Roy no conseguía girar el picaporte tan rápido como deseaba, y repetía:

—¡Ah!… Es usted…, es usted… Entre.

La joven subió y se dejó caer contra él, que gritó al cochero:

—¡Vamos!

El simón se puso en marcha.

Susana jadeaba, y no decía nada.

Jorge preguntó:

—Y bien, ¿qué ha sucedido?

Entonces ella, casi desfallecida, murmuró:

—¡Oh! Ha sido terrible. Sobre todo con mamá.

Jorge estaba inquieto y tembloroso.

—¿Su madre? ¿Qué ha dicho ella? Cuéntemelo.

—¡Oh! Ha sido espantoso. Entré en su dormitorio y le recité mi lección, que había preparado muy bien. Entonces, ella palideció y se puso a gritar: «¡Jamás, jamás, jamás!». Me puse a llorar, supliqué, me enfadé y juré que no me casaría más que con usted. Durante un momento creí que iba a pegarme. Se puso como loca. Luego dijo que al día siguiente me metería en un convento. ¡Nunca la había visto de aquella manera, nunca! Entonces llegó papá y le oyó decir todas aquellas tonterías. No se enfadó tanto como mamá, pero declaró que usted no es buen partido para mí.

»Como entre uno y otro habían conseguido irritarme, me puse a gritar más fuerte que ellos. Papá me ordenó salir con gesto dramático, que no le va bien del todo. Y esto ha sido lo que me decidió a escaparme con usted. Ya estoy aquí. ¿Adónde vamos?

Jorge la había enlazado dulcemente por la cintura. La escuchaba atentamente, con

el corazón latiendo apresurado y sintiendo un enconado rencor hacia los Walter. Pero les había robado a su hija y ahora verían.

Comentó:

—Ya es tarde para tomar el tren, pero este mismo coche va a llevarnos a Sèvres, donde pasaremos la noche. Mañana saldremos para La Roche Guyon, un pueblo muy bonito que se encuentra a orillas del Sena, entre Nantes y Bonnières.

Susana murmuró:

—Es que no llevo equipaje. No llevo nada.

Él sonrió con indiferencia:

—¡Bah! Ya nos arreglaremos allí.

El simón rodaba a lo largo de las calles. Jorge cogió una mano de la joven y se puso a besarla suavemente, con respeto. No sabía qué decirle, ya que no estaba acostumbrado a las caricias platónicas. De pronto creyó advertir que Susana lloraba.

Le preguntó aterrado:

—¿Qué le sucede a usted, pequeña mía?

Ella repuso con voz quebrada por el llanto:

—Es que mi pobre mamá no dormirá a estas horas, si es que se ha dado cuenta de mi marcha.

Su madre, en efecto, no dormía.

Una vez salió Susana de su dormitorio, la señora Walter se había quedado cara a cara con su marido.

Ella preguntó aterrada, medio loca:

—¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

Walter exclamó furioso:

—Eso quiere decir que ese intrigante la ha engatusado. Fue él quien hizo que rechazase a Cazolles. Encuentra muy buena la dote, ¡demonio!

Se puso a pasear furioso por la estancia mientras decía:

—Tú lo querías siempre dentro de casa. Tú lo halagabas, lo adulabas y no tenías bastantes mimos para él. Era Bel Ami por aquí, Bel Ami por allá de la mañana a la noche. ¡Y ahí tienes el pago!

Ella murmuró pálida:

—¿Yo?… Yo lo atraía.

Él le vociferó en las narices:

—Sí, tú. Todas vosotras estabais locas por él: la Marelle, Susana y las otras. ¿Crees, acaso, que yo no advertía que tú no podías pasar dos días sin verle por aquí?

La mujer se irguió, trágica:

—No le permitiré que me hable de ese modo. Acaso olvida que yo no me he educado en una tienda, como usted.

Walter se quedó, de pronto, inmóvil y estupefacto, luego gritó furibundo:

—¡Santo Dios!

Y salió dando un portazo.

Nada más quedarse sola la mujer fue, instintivamente, a mirarse en el espejo para ver si algo había cambiado en ella. Tan monstruoso e imposible le parecía aquello que acababa de ocurrir. ¡Susana enamorada de Bel Ami! ¡Y Bel Ami pretendía casarse con Susana! ¡No! Se engañaba. Aquello no era cierto. La muchacha había tenido una chifladura muy natural por aquel atractivo joven. Incluso había soñado que se lo diesen por marido. Había estado obsesionada por la idea. Pero ¿él? Él no podía ser cómplice de aquello.

Reflexionaba, pero la cabeza le daba vueltas como suele ocurrir ante las grandes catástrofes. No, Bel Ami no debía saber nada de aquella locura de Susana.

Y durante un buen rato se puso a pensar en la perfidia y en la inocencia posibles de aquel hombre. ¡Qué miserable, si había preparado el golpe! ¿Hasta dónde llegaría? ¿Qué peligros y tormentos preveía?

Si él no sabía nada, aún podía arreglarse todo. Haría un viaje con Susana durante seis meses y al final todo estaría olvidado. Pero ¿cómo podría ella verle enseguida? Pues ella aún lo quería. Aquella pasión le había penetrado de tal manera que parecían puntas de flechas que no pudieran arrancarse.

Vivir sin él le resultaba imposible. Antes morir.

Su pensamiento se extraviaba entre aquellas angustias e incertidumbres. Empezaba a dolerle la cabeza. Sus ideas empezaban a trastornarla, el desorden le hacía daño. Se excitaba buscando, se exasperaba por no saber. Miró su reloj. Era más de la una. Pensó:

«No quiero seguir así, o me volveré loca. Necesito saberlo todo. Voy a despertar a Susana para interrogarla».

Se fue en su busca, descalza para no hacer ruido. Con una vela en la mano, se dirigió a la habitación de su hija. La abrió suavemente, entró, miró a la cama… No estaba deshecha… Al pronto no comprendió lo que sucedía. Creyó que la muchacha continuaba discutiendo con su padre. Pero enseguida le asaltó una sospecha horrible, que la estremeció y la hizo correr junto a su marido. Llegó sin aliento, jadeante, pálida.

Walter estaba acostado, pero aún leía. Preguntó alarmado:

—¿Y bien, qué hay? ¿Qué te ocurre?

Ella tartamudeó:

—¿Has visto a Susana?

—¿Yo? No. ¿Por qué?

—Se ha…, se ha… marchado. No está en su habitación.

Saltó de un golpe sobre la alfombra, calzó sus pantuflas y sin sus calzoncillos, con el camisón al aire, se precipitó, a su vez, en la habitación de su hija.

Cuando la vio, no le quedó duda. La joven había huido.

Se desplomó sobre una butaca y colocó su lámpara en el suelo, delante de él.

Su mujer lo había alcanzado. Susurró:

—¿Qué?

Walter no tenía aliento para responder, ni tenía cólera. Sólo gimió:

—Ya está hecho. Él la tiene. Estamos perdidos.

Su mujer no le comprendía:

—¿Cómo perdidos?

—¡Sí, diantre! Ahora es preciso que se case con ella.

Ella lanzó un grito de bestia herida.

—¡Con él, jamás! ¿Te has vuelto loco?

El hombre respondió con tristeza:

—Gritar no sirve de nada. Nos la ha robado, la ha deshonrado. Ahora lo mejor es entregársela, y si lo hacemos bien, nadie se enterará de esta aventura.

La mujer repitió sacudida por una emoción terrible:

—¡Jamás, jamás! No tendrá a Susana. Jamás lo consentiré.

Walter murmuró apabullado:

—Pero él la tiene. Está hecho. La conservará y la esconderá mientras nosotros no cedamos. Y él sabe que cederemos enseguida para evitar el escándalo.

Pero su mujer, desgarrada por un inconfesable dolor, repitió:

—¡No, no! Jamás lo consentiré.

Y él replicó impacientándose:

—No hay discusión posible. Es preciso. ¡Ah! ¡Cómo nos la ha jugado el muy granuja! Es listo, a pesar de todo. Hubiéramos podido encontrar un hombre de mejor posición, pero no más inteligente y de mejor porvenir. Es un hombre con futuro. Será diputado y llegará a ministro.

La señora Walter declaró con salvaje energía:

—Nunca dejaré que se case con Susana… ¿Entiendes? ¡Nunca!

El marido acabó por enfadarse y por tomar la defensa de Bel Ami, a fuerza de ser hombre práctico.

—Cállate de una vez. Te repito que no hay más remedio. No se puede hacer otra cosa. Además, ¿quién sabe? Tal vez no tengamos que arrepentirnos. Con seres de ese temple nunca se sabe adónde puede llegarse. Ya has visto cómo con tres artículos derribó a ese necio de Laroche Mathieu, y con qué dignidad lo hizo, cosa bastante difícil, dada su condición de marido. En fin, ya veremos. Lo cierto es que nos ha cogido en la trampa y no tenemos escapatoria.

La mujer sentía deseos de gritar, de arrojarse al suelo y de arrancarse los cabellos. Aún añadió con voz exasperada:

—¡No la tendrá! ¡No lo quiero!

Walter se puso de pie tras recoger la lámpara y afirmó:

—¡Vaya, eres tan estúpida como todas las mujeres! No obráis más que llevadas de la pasión. Nunca sabéis amoldaros a las circunstancias… ¡Sois estúpidas! Te digo que se casará con ella. No queda más remedio.

Y salió arrastrando las zapatillas. Atravesó como un grotesco fantasma con su camisón, el largo corredor del grandioso hotel dormido, y entró en su dormitorio sin

hacer ruido.

La señora Walter permanecía de pie, destrozada por un insoportable dolor. Por otra parte no comprendía bien las cosas. Solamente sufría. Después le pareció que ella no podría permanecer allí inmóvil hasta que amaneciese. Sentía un violento deseo de escaparse, de correr, de irse en busca de ayuda, de alguien que la socorriese.

Pensaba en quién podría llamar en su auxilio. ¿A qué hombre? Y no encontraba a nadie. ¡Un sacerdote! Sí, un sacerdote. Ella se echaría a sus plantas, le diría todo, le confesaría su falta y su desesperación. Él comprendería por qué ese miserable no podía casarse con Susana e impediría aquella boda.

Le hacía falta un sacerdote enseguida. Pero ¿dónde encontrarlo? ¿Adónde ir? Y, sin embargo, ella no podía continuar así.

Entonces pasó ante sus ojos, como una visión, la imagen serena de Jesús caminando sobre las olas. Lo veía como si estuviese delante del cuadro. Y él la llamaba. Le decía:

«Ven a mí. Ven y arrodíllate a mis pies. Yo te consolaré y te diré lo que debes hacer».

Cogió su vela, salió y descendió la escalera para dirigirse al invernadero. El cuadro de Jesús se encontraba al fondo, en un saloncito que se cerraba con una puerta acristalada para que la humedad de las plantas no deteriorasen la tela.

Aquello parecía una especie de capilla en medio de un bosque de árboles exóticos.

Cuando la señora Walter entró en el invernadero, que sólo había visto a plena luz, se quedó impresionada por tanta oscuridad. Las grandes plantas de los países tropicales espesaban la atmósfera con su poderoso aliento. Y como las puertas estaban cerradas, el aire de este extraño bosque encerrado en una urna de cristal, penetraba en el pecho con dificultad, aturdía, y causaba una sensación de placer y malestar, una confusa sensación de enervante voluptuosidad y de muerte.

La infeliz mujer caminaba despacio, sobrecogida por las tinieblas, donde el resplandor errante de su bujía mostraba extravagantes plantas con aspecto de monstruos y apariencias de seres grotescamente deformes.

De repente descubrió el Cristo. Abrió la puerta que lo separaba de ella y cayó de rodillas.

Al principio rezó con vehemencia, balbuciendo palabras de amor, invocaciones desesperadas y apasionadas. Después se fue calmando el ardor de su súplica y levantó los ojos hacia el cuadro. La angustia la paralizó. A la oscilante claridad de la única luz que apenas lo iluminaba, se le pareció de tal manera a Bel Ami, que desde abajo, la imagen de Jesús se transformaba en la de su amante. Era Bel Ami que la miraba con sus ojos, su frente y la expresión de su rostro de aspecto frío y altivo.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —balbucía ella.

Y la palabra Jorge acudía a sus labios.

De pronto pensó en que acaso a aquella misma hora Jorge poseía a su hija. Estaba

solo con ella en cualquier lugar en una habitación. ¡Él, él con Susana!

Y repetía nuevamente:

—¡Jesús, Jesús!

Pero ella pensaba en ellos…, en su hija y en su amante. Estaban solos, en una alcoba…, y era de noche. Los veía. Los veía tan claramente como si estuvieran delante de ella, en el lugar del cuadro. Y sonreían, se abrazaban. La habitación estaba a oscuras, la cama abierta. Se levantó para ir hacia ellos para coger a su hija de los cabellos y arrancarla de aquel abrazo. Iba a cogerla de la garganta, a estrangularla, a la hija que odiaba, a la hija que se entregaba a aquel hombre. Ya la tocaba… Sus manos encontraron la tela. Rozaban los pies de Cristo.

La mujer lanzó un gran grito y se cayó de espaldas. Su vela, caída en el suelo, se apagó.

¿Qué sucedió a continuación? La mujer estuvo mucho tiempo soñando cosas extrañas y espantosas. Jorge y Susana siempre aparecían ante sus ojos, abrazados y con Jesucristo bendiciendo su horrible amor.

Tenía la vaga sensación de que no se encontraba en su casa. Quería levantarse, huir, pero no podía. La invadía un sopor que paralizaba sus miembros y no le dejaba más que su pensamiento despierto, turbado a la vez, y atormentado por imágenes espantosas, irreales y fantásticas. Estaba perdida en un sueño malsano, en el sueño extraño y a veces mortal en que sumen a los cerebros humanos las plantas adormecedoras de los países tropicales, plantas de formas caprichosas y perfumes enervantes.

Ya de día, se recogió a la señora Walter que apareció tendida en el suelo sin sentido y medio asfixiada delante del *Jesús caminando sobre las olas*.

Estuvo tan mal que se temió por su vida. Hasta el día siguiente no se recobró completamente. Y entonces se echó a llorar.

La desaparición de Susana se explicó ante la servidumbre diciendo que había sido enviada a un convento. Y el señor Walter contestó a una larga carta de Du Roy, diciéndole que le concedía la mano de su hija.

Bel Ami había echado aquella carta al correo al abandonar París, ya que la había preparado en previsión la misma tarde de su marcha. En términos respetuosos afirmaba que desde hacía mucho tiempo amaba a la joven, pero que nunca habían pensado ni acordado aquello. Sin embargo, al ver que Susana acudía a él libremente y le decía: «Seré su esposa», se creía autorizado para retenerla e incluso ocultarla hasta haber obtenido una respuesta de los padres, cuya voluntad legal para él era menos que la voluntad de su novia.

Pedía al señor Walter que le respondiese a lista de Correos, desde donde un amigo le haría llegar la carta.

Cuando hubo obtenido lo que quería, condujo a Susana a París y la devolvió a sus padres, absteniéndose de presentarse él ante ellos durante algún tiempo.

La pareja había pasado seis días a orillas del Sena, en La Roche Guyon.

La muchacha nunca se había divertido tanto. Había jugado a ser campesina. Como la hacía pasar por hermana suya, ambos vivían en una intimidad libre y casta, una especie de camaradería amorosa. Él juzgó más hábil respetar a su novia.

Al día siguiente de su llegada, Susana se compró lencería y vestidos de campesina y se dedicó a pescar con caña llevando a la cabeza un enorme sombrero de paja adornado con flores silvestres. Aquel lugar le parecía delicioso. Allí había un viejo torreón y un antiguo castillo donde se enseñaban a los visitantes admirables tapices.

Jorge, vestido con una blusa que había comprado a un comerciante de la región, paseaba con Susana, bien a pie, o bien en barca a lo largo de la ribera.

Se abrazaban y se besaban continuamente, estremeciéndose: ella, inocente todavía; él, pronto a sucumbir. Pero conseguía dominarse. Y cuando le dijo:

—Mañana regresaremos a París. Su padre me ha concedido su mano.

La joven murmuró ingenuamente:

—¿Ya? Me divertía tanto ser su esposa.

Capítulo X

El pequeño apartamento de la calle de Constantinopla se encontraba en penumbra cuando entraron Jorge du Roy y Clotilde de Marelle. Se habían encontrado a la puerta y ambos se precipitaron dentro con brusquedad. Ella, sin dejarle tiempo para abrir las persianas, le dijo:

—Así que te casas con Susana Walter.

Jorge lo confesó con tranquilidad, y añadió:

—¿No lo sabías?

La mujer, de pie ante él, añadió furiosa e indignada:

—¡Te casas con Susana Walter! ¡Eso es demasiado! ¡Es demasiado fuerte! Hace tres meses que me vienes engatusando para ocultármelo. Todo el mundo lo sabe. Todos, excepto yo… ¡Es mi marido quien me lo ha dicho!

Du Roy se puso a reír sarcástico, aunque estaba algo confuso. Dejó el sombrero sobre la chimenea y luego se sentó en una butaca.

Ella le miraba a la cara, y en voz baja e irritada, le dijo:

—Desde que te separaste de tu mujer venías preparando este golpe. Pero mientras tanto me conservabas como tu querida… ¡Qué canalla eres!

Jorge preguntó:

—¿A qué viene eso? Tenía una mujer que me engañaba. La sorprendí con otro, obtuve el divorcio y voy a casarme con otra. ¡No veo cosa más simple!

Ella, temblando de rabia, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué taimado y peligroso resultas!

Du Roy volvió a reírse:

—¡Diablos! Los imbéciles y los tontos siempre son las víctimas.

Pero ella continuaba con su idea:

—Debí adivinarlo desde el principio. Pero no, no podía imaginarme que fueses tan crápula como para eso.

Él adoptó un gesto digno:

—Te ruego que pongas atención a lo que dices.

Clotilde se sublevó contra su indignación.

—¡Qué! Ahora quieres que me ponga guantes blancos para hablarte. Desde que te conozco siempre te has comportado conmigo igual que un golfo. ¿Y pretendes que no te lo diga? Engañas a todo el mundo, explotas a todo el mundo, tomas el placer y el dinero donde lo encuentras, ¿y ahora pretendes que te considere un hombre honrado?

Jorge se levantó. Le temblaban los labios.

—Cállate o te echaré de aquí.

Clotilde tartamudeó:

—¿Salir de aquí…? ¿Salir de aquí…? ¿Que tú me echas de aquí? ¿Tú…, tú?

Apenas podía hablar de tan sofocada que le ponía su cólera. De pronto, como si los diques de su furor hubiesen saltado, le espetó:

—¿Echarme de aquí? ¿Acaso olvidas que desde el primer día he pagado yo este alojamiento? ¡Ah, sí! Es cierto que tú te encargabas de él de vez en cuando. Pero ¿quién lo ha alquilado? ¡Yo! ¿Quién lo ha conservado? ¡Yo! ¿Y quieres echarme de aquí? ¡Cállate ya, sinvergüenza! ¿Crees que no sé cómo robaste a Magdalena la mitad de la herencia de Vaudrec? ¿Crees que no sé cómo te has acostado con Susana para forzarla a casarse contigo?

Du Roy la cogió de los hombros y la sacudió, mientras decía:

—¡No hables más de eso! Te lo prohíbo.

Clotilde gritó:

—¡Te has acostado con ella! Lo sé.

Jorge hubiese aceptado todo, pero esta mentira lo exasperó. Las verdades que ella acababa de gritarle en pleno rostro le habían estremecido de rabia el corazón; pero esta falsedad sobre la joven que iba a ser su esposa, despertaba en la palma de su mano un furioso deseo de pegar.

Repitió:

—Cállate… Ten cuidado… ¡Cállate!

Y la sacudía como si se tratase de una rama para que cayese su fruto.

La mujer berreaba con el pelo suelto, la boca muy abierta y los ojos desorbitados.

—¡Te has acostado con ella!

Él la soltó y le dio tal bofetada en pleno rostro que Clotilde fue a caer contra la pared. Pero se volvió hacia él y apoyándose en los puños para erguirse, aún le gritó otra vez:

—¡Te has acostado con ella!

Jorge se arrojó sobre ella, y teniéndola debajo, empezó a golpearla como a un hombre.

Ella se calló inmediatamente y se puso a gemir bajo los golpes de él. No se movía. Sólo escondía el rostro en el ángulo que formaba la pared y el suelo, mientras lanzaba lastimeros ayes.

Cesó de pegarle y se incorporó. Después dio algunos pasos por la estancia para recobrar su sangre fría. Luego, movido por una idea repentina, entró en el dormitorio, llenó la palangana de agua fría y metió la cabeza en ella. Enseguida se lavó las manos, y secándose cuidadosamente, regresó adonde se encontraba Clotilde.

Ésta no se había movido. Continuaba tendida en el suelo llorando bajito.

Jorge preguntó:

—¿Acabarás de lloriquear?

Ella no respondió nada. Entonces Jorge se quedó de pie en medio de la habitación, un poco molesto y un poco avergonzado ante aquel cuerpo que yacía a sus pies.

Repentinamente tomó una resolución. Cogió el sombrero de la chimenea y dijo:

—Buenas tardes. Cuando salgas dale la llave al portero… No esperaré a que te dé la gana de levantarte.

Salió, cerró la puerta y entró en la portería. Dijo:

—La señora se ha quedado dentro. Se irá enseguida. Dígale al casero que puede disponer del piso a partir del primero de octubre. Estamos a 16 de agosto, así es que estoy, pues, dentro de las condiciones del contrato.

Y se marchó a grandes pasos, ya que tenía muchas cosas que hacer y realizar las últimas compras para su matrimonio.

Éste había sido fijado para el 20 de octubre, después de la reapertura de las Cámaras. Se celebraría en la iglesia de la Madeleine. Se hacían muchos comentarios acerca de este matrimonio, pero sin conocer la verdad. Circulaban diferentes historias en las que se decía que hubo un rapto; pero, concretamente, nadie sabía nada.

Según los criados, la señora Walter, que no dirigía la palabra a su futuro yerno, tuvo tan tremendo disgusto la noche que se concertó la boda, que después de enviar a su hija a un convento, intentó envenenarse.

La habían recogido medio muerta. Seguramente ya no se repondría por completo. Ahora tenía el aspecto de una vieja. Sus cabellos se volvieron completamente grises. Y no hacía más que rezar y comulgaba todos los domingos.

A primeros de septiembre, *La Vie Française* anunció que el barón Du Roy de Cantel había sido nombrado redactor jefe del periódico y que el señor Walter continuaba como director.

Entonces se apropiaron de un verdadero batallón de afamados cronistas, de gacetilleros, de redactores políticos, críticos de arte y de teatro recogidos a fuerza de dinero entre los grandes periódicos y entre los más prestigiosos y de mayor circulación.

Los periodistas viejos, los periodistas avezados y respetables ya no se encogieron de hombros cuando se hablaba de *La Vie Française*. El triunfo rápido y completo de este periódico había eclipsado el desvío y desestima que los escritores de mayor prestigio le habían mostrado en sus principios.

El matrimonio de su redactor jefe fue lo que se dice un acontecimiento parisiense. Jorge du Roy y los Walter habían despertado viva curiosidad desde hacía algún tiempo. Cuantas personas solían verse mencionadas en los ecos se prometían asistir a la ceremonia.

Este acontecimiento se celebró en un claro y hermoso día de otoño.

A las ocho de la mañana, todo el personal de la iglesia de la Madeleine empezó a extender una ancha alfombra roja sobre la amplia escalinata que da frente a la calle Real. Los transeúntes se detenían admirados, pues aquello anunciaba al pueblo de París que iba a celebrarse una solemne ceremonia.

Los empleados que se dirigían a sus oficinas, los obreros, los dependientes de comercio, se detenían un instante para contemplar el espectáculo y pensar vagamente en los ricos que gastaban tanto dinero para casarse.

Hacia las diez, los curiosos empezaron a estacionarse ante el templo. Allí permanecían algunos minutos creyendo que aquello empezaría enseguida, pero al fin

se marchaban.

A las once llegó un destacamento de guardias municipales que se dedicaron a hacer circular a la multitud, ya que continuamente se formaban grupos.

Los primeros invitados empezaron a llegar enseguida. Eran los que querían situarse bien para verlo todo. Se cogieron las sillas de las orillas a lo largo del pasillo de la nave central.

Poco a poco fueron llegando otros: mujeres que levantaban revuelo con sus faldas, rumores de sedas. Hombres de aspecto severo, casi todos calvos, que caminaban con una corrección que los hacía más serios en aquel lugar.

La iglesia se llenaba lentamente. Una oleada de sol penetraba por la inmensa puerta abierta e iluminaba la primera fila de invitados. En el coro, que parecía un poco sombrío, resaltaba la claridad amarillenta de los cirios que ardían en el altar mayor. Era un contraste humilde y pálido frente al boquete de luz de la gran puerta.

Los invitados se reconocían, se llamaban por señas y se reunían en grupos. Los hombres de letras, menos respetuosos que los hombres de mundo, hablaban a media voz. Unos y otros miraban a las mujeres.

Norberto de Varenne, que buscaba a algún amigo, descubrió a Santiago Rival entre dos filas de sillas y se reunió con él.

—Está visto que el porvenir es de los bribones —dijo.

Rival, que no era envidioso, replicó:

—Mejor para él. Ya tiene hecha su vida.

Y ambos se pusieron a pasar lista a las figuras conocidas.

Rival preguntó:

—¿Sabe usted qué ha sido de su mujer?

El poeta sonrió:

—Sí y no. Vive muy retirada, según me han dicho. Allá por el barrio de Montmartre. Pero… siempre hay un pero…, desde hace algún tiempo leo en *La Plume* unos artículos políticos que se parecen terriblemente a aquellos de Forestier y de Du Roy. Son de un tal Juan Le Dol, un joven buen mozo, inteligente, de la misma raza que nuestro amigo Jorge, y que ha tenido ocasión de conocer a su antigua mujer. Esto me ha llevado a la conclusión de que ella ama a los principiantes y los amará eternamente. Por otra parte, es rica. Vaudrec y Laroche Mathieu no iban de adorno a la casa.

Rival declaró:

—No está mal esa pequeña Magdalena. Muy lista y muy taimada. Debe ser encantadora en la intimidad. Pero, dígame: ¿cómo es que Du Roy se casa por la Iglesia después de haberse divorciado?

Norberto de Varenne respondió:

—Se casa por la Iglesia porque para ésta no cuenta su primer matrimonio.

—¿Cómo es eso?

—Nuestro Bel Ami, por indiferencia o por economía, juzgó que el matrimonio

civil era suficiente para casarse con Magdalena Forestier. Prescindió de la bendición eclesiástica lo cual constituye para nuestra Santa Madre Iglesia un simple concubinato. En consecuencia, hoy aparece ante ella como soltero, y la Iglesia le acoge con toda esta pompa que le va a salir bien cara al viejo Walter.

El rumor de la multitud resonaba con creciente intensidad bajo la bóveda. Se oían las voces de los que hablaban casi en voz alta. Se señalaba a los hombres célebres quienes, contentos de ser vistos, adoptaban actitudes un tanto afectadas y cuidadas, como solían hacer en público cuando acudían a todos los actos donde se consideraban ornamento indispensable y figuras decorativas.

Rival prosiguió preguntando:

—Dígame, querido amigo, usted que va con frecuencia a casa del director, ¿es cierto que la señora Walter y Du Roy no se dirigen la palabra?

—Jamás. Ella no quería entregarle a la pequeña. Pero él tenía cogido al padre por los cadáveres, según parece por los cadáveres enterrados en Marruecos. Amenazó al viejo con hacer revelaciones espantosas. Walter se acordó de lo sucedido a Laroche Mathieu y se decidió enseguida. Pero la madre, testaruda como todas las mujeres, ha jurado que nunca dirigirá la palabra a su yerno. Resulta muy divertido verlos frente a frente. Ella tiene el aspecto de una estatua, pero de una estatua de la Venganza. Y él se encuentra molesto, aunque lo disimule bien, porque eso sí, ¡sabe dominarse!

Otros compañeros se acercaron a darles la mano. Se oían retazos de conversaciones políticas. Y como el vago rumor de un mar lejano, se oía el zumbido del pueblo que se congregaba a la puerta de la iglesia. Entraba por el pórtico como el sol y ascendía hasta la bóveda, sobreponiéndose al murmullo más discreto de la selecta concurrencia que abarrotaba el templo.

Repentinamente, el suizo golpeó tres veces con la madera de su alabarda en el pavimento, y toda la concurrencia se volvió hacia la entrada con gran rumor, producido por el roce de faldas y el arrastre de sillas. La novia apareció del brazo de su padre rodeada de la gran luminosidad del pórtico.

Susana seguía pareciendo un juguete, una deliciosa muñeca blanca peinada con flores de azahar.

Permaneció breves instantes inmóvil en el umbral, y cuando dio su primer paso en la nave, la poderosa voz del órgano anunció su entrada hacia el altar.

Avanzaba con la cabeza ligeramente bajada, pero sin timidez, emocionada, gentil, encantadora, igual que una miniatura de desposada. Las mujeres sonreían y murmuraban al verla pasar. Los hombres exclamaban:

—¡Deliciosa, adorable!

El señor Walter marchaba con una exagerada arrogancia, algo pálido y con los lentes afianzados en la nariz.

Detrás de ellos iban cuatro damitas, las cuatro vestidas de rosa y muy bonitas. Las cuatro formaban la corte de aquella encantadora reina. Seguían los niños de honor, bien escogidos conforme a la circunstancia, a un paso que parecía dirigido por un

maestro de baile.

La señora Walter les seguía dando el brazo al padre de su otro yerno, el marqués de Latour Yvelin, un anciano de setenta y dos años. La mujer, más que caminar, parecía arrastrarse. Se creería que iba a desvanecerse de un instante a otro. Se oían sus pies pegándose a las losas. Sus piernas se negaban a sostenerla y su corazón saltaba en su pecho como una bestia enjaulada que trata de escapar.

Había adelgazado mucho. Sus cabellos blancos hacían que pareciese más pálido y demacrado su rostro.

Miraba delante de ella para no ver a nadie, para no pensar seguramente en quien tanto la torturaba.

Después entró Jorge du Roy dando el brazo a una anciana desconocida. El novio llevaba la cabeza erguida y no movía los ojos fijos, duros, bajo el leve fruncimiento de las cejas. Su bigote parecía encolerizado sobre su labio. Todos lo encontraban muy atractivo. Tenía buena estatura, esbeltez y las piernas rectas. Vestía su frac que manchaba, como una gota de sangre, la roja cintita de la Legión de Honor.

Luego seguían los parientes. Rosa con el señor Rissolin. Ésta se había casado seis semanas antes con el conde de Latour Yvelin, que los seguía acompañando a la condesa de Percemur.

Cerraba la marcha un pintoresco cortejo de amigos y compañeros de Du Roy, que éste había presentado a su nueva familia. Todos eran gente conocida entre el mundillo parisiense, personas que resultan íntimas enseguida y a veces primos lejanos de nuevos ricos, de hidalgos idos a menos, arruinados, señalados o casados, que es lo peor. Eran el señor de Belvigne, el marqués de Banjolin, los condes de Ravenel, el duque de Ramorano, el príncipe de Kravalow, el caballero Valreali; y, finalmente, los invitados de Walter: el príncipe de Guerche, los duques de Ferracine, la bella marquesa de Dunes, y algunos parientes de la señora Walter, que ponían una nota bastante provinciana en medio de aquel desfile.

Y el órgano continuaba cantando, extendiendo por el enorme recinto los acentos roncos y rítmicos de sus poderosas gargantas, que elevaban al cielo el júbilo o el dolor de los hombres. Cerraron las grandes hojas de la puerta de entrada y de repente todo quedó en sombras, como si acabaran de dar al sol con la puerta en las narices.

Jorge ya estaba arrodillado junto a su novia, en el coro, frente al iluminado altar. El nuevo obispo de Tánger, el báculo en la mano y la mitra en la cabeza, apareció saliendo de la sacristía, para unirlos en nombre del Señor.

Les hizo las preguntas de ritual, intercambiaron los anillos, pronunció las palabras que ligan como cadenas y dirigió a los nuevos esposos una plática llena de cristiana unción. Habló de la fidelidad largamente y en términos pomposos. Era un hombre grueso y alto, uno de esos orondos prelados que tienen el vientre como un monarca.

Un rumor de sollozos hizo que se volvieran algunas cabezas. La señora Walter lloraba con el rostro escondido entre las manos.

Había tenido que ceder. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero sufría un intolerable e

inextinguible tormento desde el día en que arrojó de su habitación a la hija devuelta, negándose a abrazarla, y desde el día en que dijo a Du Roy en voz baja, cuando al reaparecer ante ella la saludaba ceremoniosamente:

—Usted es el ser más vil que conozco. No vuelva a dirigirme la palabra porque no le responderé nunca.

Odiaba a su hija de un modo agudísimo producido por su pasión exasperada y sus desgarradores celos. Unos extraños celos de madre y de amante, inconfesables, feroces, abrasadores como una llaga viva.

Y ahora un obispo casaba a su hija y a su amante en una iglesia, ante dos mil personas y delante de ella. ¡Y ella no podía decir nada! No podía impedir aquello, ni gritar:

«Pero si ese hombre es mío… Es mi amante… ¡Esa unión que bendecís es infame!».

Varias mujeres, enternecidas, murmuraron:

—¡Qué emocionada está la pobre madre!

El obispo declaraba:

—Usted está entre los más dichosos de la tierra, entre los más ricos y los más respetados. Usted, señor, cuyo talento está por encima del vulgo, usted que escribe, que enseña, que aconseja, que dirige al pueblo, tiene una hermosa misión que cumplir, un bello ejemplo que dar…

Du Roy lo escuchaba ebrio de orgullo. Un prelado de la Iglesia Romana le hablaba así, a él. Y advertía tras él a la multitud, una multitud ilustre que se había congregado por él. Y le parecía que una fuerza inmensa lo empujaba, lo elevaba. Se convertía en uno de los dueños de la tierra. ¡Él, el hijo de dos pobres aldeanos de Canteleu!

Los vio, de pronto, en su humilde taberna, en lo alto de la cuesta, encima del gran valle de Rouen. Su padre y su madre servían bebidas a los campesinos de la región. Les había enviado cinco mil francos cuando cobró la herencia del conde de Vaudrec. Ahora iba a enviarles cincuenta mil y así podrían comprarse una pequeña propiedad. Estarían contentos. Serían felices…

El obispo había terminado su plática. Un sacerdote con casulla dorada subió al altar. Y el órgano empezó a cantar celebrando la gloria de los nuevos esposos.

Pronto lanzó clamores prolongados, enormes, hinchados como olas, tan sonoros y pujantes que parecían dispuestos a hacer saltar la bóveda para extenderse por el cielo azul. Su vibrante sonoridad llenaba toda la iglesia y estremecía la carne y el alma. De pronto, estas notas se calmaban y otras más finas, ligeras, flotaban en el aire y acariciaban el oído como una ligera brisa. Eran cánticos alegres, menudos, sutiles que revoloteaban como pajarillos. Y de repente, esta alegre música se recobraba de nuevo y se elevaba, tremenda de fuerza y amplitud, como si un grano de arena se convirtiese en un mundo.

Luego se elevó el clamor de las voces humanas y voló sobre las cabezas

inclinadas. Vauri y Landeck, de la Ópera, cantaban. El incienso esparcía su fino aroma de benjuí, y en el altar se consumaba el santo sacrificio: el Hombre-Dios, a la invocación de su sacerdote, descendía a la tierra para consagrar el triunfo del barón Jorge Du Roy.

Bel Ami, de rodillas al lado de Susana, había inclinado la cabeza. En aquel instante casi se sentía creyente, casi religioso y lleno de gratitud a la divinidad que le había favorecido de aquel modo y lo trataba con tales miramientos. Y sin saber a quién se dirigía exactamente, se puso a dar gracias por su buena fortuna.

Una vez hubo terminado la misa, se levantó, y dando el brazo a su mujer, pasó a la sacristía. Entonces empezó el interminable desfile de los asistentes. Jorge, loco de alegría, se creía un rey a quien su pueblo acudía a aclamar. Estrechaba las manos, que le tendían, balbucía palabras que no significaban nada, saludaba y respondía por doquier a sonrisas y cumplidos, diciendo:

—Es usted muy amable.

De pronto, descubrió a la señora de Marelle. Y el recuerdo de todos los besos que él le había dado y ella le había devuelto, el recuerdo de todas sus caricias, de sus amabilidades, el sonido de su voz, el sabor de sus labios, le invadieron la sangre con el repentino deseo de recobrarla.

Clotilde estaba guapa, elegante, con su aire de chiquilla y sus vivos ojos. Jorge pensó:

«¡Qué encantadora querida, a pesar de todo!».

La mujer se le acercó un poco tímida, un poco azorada, y le tendió la mano. Jorge la recibió en la suya y la retuvo. Entonces sintió la llamada discreta de sus dedos de mujer, aquella dulce presión que perdona y vuelve a tomar. Y Jorge estrechó de nuevo aquella mano femenina, como si quisiera decir: «Te quiero siempre. Soy tuyo».

Sus miradas se encontraron, risueñas, brillantes, llenas de amor. Y Clotilde susurró con su alegre vocecita:

—Hasta pronto, señor.

Y él respondió animadamente:

—Hasta pronto, señora.

Y la mujer se alejó.

Otras personas se aproximaban empujándose. La muchedumbre discurría delante de él como si fuera un río. Al fin fue achicándose. Los últimos asistentes empezaron a marcharse. Jorge volvió a ofrecer el brazo a Susana para atravesar la iglesia.

Ésta estaba abarrotada de gente, ya que cada uno había vuelto a su sitio con intención de verlos pasar juntos.

Jorge avanzaba lentamente, con paso firme, la cabeza alta y la mirada puesta en el gran vano soleado de la puerta. Sentía correr por su piel ese frío estremecimiento que producen las grandes dichas. No veía a nadie. No pensaba más que en sí mismo.

Cuando llegó al umbral descubrió a la muchedumbre amontonada, un gentío negro, rumoroso, congregado para verle, reunido por él, por Jorge Du Roy. El pueblo

de París lo contemplaba y envidiaba.

Después levantó la mirada y descubrió en la lejanía, al otro lado de la plaza de la Concordia, la Cámara de Diputados. Y le pareció que iba a dar un salto desde el pórtico de la Madeleine al pórtico del Palacio de Borbón.

Descendió lentamente los peldaños de la alta escalinata entre dos filas de espectadores. Pero no veía a nadie. Ahora su pensamiento volvía hacia atrás, y ante sus ojos deslumbrados por la claridad solar, aparecía la imagen de la señora de Marelle mirándose al espejo para arreglarse los rizos de sus sienes, siempre deshechos al salir de la cama.

Apéndices

Apéndice 1

Opinión de la prensa sobre *Bel Ami*

Nouvelle Revue, 1 de abril de 1887 (Raoul Frary)

«Al señor de Maupassant… le gusta ir directo al grano, cuenta su historia deprisa y sólo describe como de pasada, con una maravillosa nitidez de contornos… El señor de Maupassant parece haber vivido con una capacidad para el desprecio que a duras penas justificarían cincuenta años de experiencias… *Bel Ami* es la obra maestra de este joven pesimista, un modelo de sátira en acción, un cuadro lleno de contrastes. Nunca se ha relatado con tanta elocuencia el triunfo de un bribón que ni siquiera es un hombre talentoso en su oficio: la verosimilitud se pierde un poco».

Revue Bleue, 23 de mayo de 1885 (Maxime Gaucher)

«El *Bel Ami* del señor de Maupassant es una obra muy fuerte, muy potente, pero de una verdad cruel y ligeramente repulsiva… Ese miserable triunfa con una suerte tan constante y acepta el éxito como algo natural con una serenidad tan imperturbable que resulta exasperante… Y no obstante, una vez que he tenido ese libro azul entre las manos, en lugar de soltarlo, lo he leído entero de un tirón, no devorándolo, sino saboreándolo. ¿Qué quieren? Es a la vez irritante y exquisito».

Nouvelle Revue, junio de 1885 (Francisque Sarcey)

«No conozco demasiadas obras cuya lectura sea a la vez más atrayente y más malsana. Al mismo tiempo que remueve en el fondo de nuestro corazón el fango de las curiosidades perversas, desencanta de la humanidad y desalienta de la vida. ¿De qué sirve permanecer en esta tierra, si sólo está habitada por bribones y pícaros infames?… El señor Guy de Maupassant despliega ante nuestros ojos la asquerosa mediocridad de la raza humana con la indiferencia de un filósofo… Lo que le reprocharía al señor Guy de Maupassant es que, habiendo juzgado conveniente trasplantar a su Jorge Duroy a ese ambiente del periodismo, que debe de conocer bien, no se haya tomado la molestia de reproducir fielmente su verdadero aspecto. Las salas de redacción que describe me han parecido pura fantasía; no son esos nuestros hábitos, nuestras costumbres, ni nuestra manera de hablar».

APÉNDICE 2

Respuesta de Maupassant a sus críticos

Bel Ami fue objeto de un intenso debate en los periódicos. Al autor se le reprochaban sobre todo sus descripciones del mundo de la prensa, que se consideraban demasiado pesimistas. Veamos lo que escribía Montjoyeux en *Le Gaulois*:

La novela de moda es *Bel Ami*. Hay que abordarla con valor. El señor Guy de Maupassant jamás había conseguido un éxito tan rápido y rotundo… Guy de Maupassant es un artista y su novela, una obra de arte… Seguramente, los más sensibles la encontrarán un tanto cruda; falta saber si es cierto.

Aquí yo me retiro y respondo sinceramente: no lo sé… No puedo creer que todo el periodismo sea así. Balzac nos lo había mostrado más digno, a pesar de sus debilidades… Aquí nadamos alegremente en un océano de lodo… ¡Qué sociedad! ¡Dioses! ¡Qué sector! ¡Qué mundo!

El señor Guy de Maupassant tiene mucho talento, pero su *Bel Ami* resulta repugnante, y, a riesgo de parecer anticuado, yo preferiría verle escoger temas más decentes.

Fue a estas críticas y a otras similares a las que Maupassant respondió en la siguiente carta:

A LAS CRÍTICAS DE *BEL AMI*
RESPUESTA
Fragmento del Le Gil Blas del 7 de junio de 1885)

Recibimos de nuestro colaborador, Guy de Maupassant, la siguiente carta, que nos apresuramos a publicar:

Roma, 1 de junio de 1885

Mi querido Redactor jefe:

Tras regresar de una larguísima excursión que me ha retrasado mucho con *Le Gil Blas*, encuentro en Roma muchos periódicos cuyas apreciaciones sobre mi novela *Bel Ami* me sorprenden al tiempo que me afligen.

Ya recibí en Catania un artículo de Montjoyeux, a quien escribí de inmediato. Me parece necesario dar algunas explicaciones en el mismo periódico en que se publicó mi folletín.

No esperaba, lo confieso, verme obligado a explicar mis intenciones, que han sido muy bien comprendidas, cierto es, por algunos colegas menos susceptibles que los demás.

Entonces, los periodistas, de quienes puede decirse como se decía antaño de los poetas «*Irritabile genus*», suponen que he querido representar a toda la prensa contemporánea y generalizar de tal forma que todos los periódicos se fundan en *La Vie Française*, y todos los redactores de esos mismos diarios en los tres o cuatro personajes que he puesto en movimiento. Me parece, sin embargo, que pensando un poco no cabía ninguna confusión.

Sencillamente he querido contar la vida de un aventurero semejante a todos aquellos con los que nos codeamos cada día en París y que se encuentran en todas las profesiones.

¿Es periodista en realidad? No. Yo lo recojo justo cuando va a hacerse profesor de equitación en un picadero. Así pues, no es la vocación lo que le ha empujado. Me ocupo de decir que no sabe nada, que simplemente está hambriento de dinero y privado de conciencia. Muestro desde las primeras líneas que tenemos delante una semilla de bribón, que crecerá en el terreno en el que caiga. Ese terreno es un periódico. ¿Por qué esa elección, dirán?

¿Por qué? Porque ese ambiente me era más favorable que cualquier otro para mostrar claramente las etapas de mi personaje; y también porque el periódico abarca todo, como se ha repetido a menudo. En otra

profesión, hacían falta unos conocimientos especiales, unos preparativos más largos. Las puertas de entrada están más cerradas, las de salida son menos numerosas. La prensa es una especie de república inmensa que se extiende por todas partes, donde se encuentra de todo, donde todo es posible, donde es tan fácil ser un hombre honrado como ser un pillo. Así pues, mi hombre, al entrar en el mundo del periodismo, podía acceder fácilmente a los medios que necesitaba para hacer fortuna.

No tiene ningún talento. Sólo medra a través de las mujeres. ¿Se convierte en periodista, por lo menos? No. Atraviesa todas las especialidades del periódico sin detenerse, pues asciende hacia la fortuna sin demorarse en los peldaños. Comienza como reportero y sigue adelante. Por lo general, en el mundo de la prensa como en todas partes, la gente se acomoda, y los reporteros vocacionales siguen siendo reporteros toda la vida. Algunos se han hecho famosos. Muchos son buenas personas, casados, que se dedican a esto como podrían trabajar en un ministerio. Duroy se convierte en jefe de la sección de Ecos, otra especialidad muy difícil que suele conservar a su gente cuando ya domina el oficio. De la sección de Ecos depende muchas veces el éxito de un periódico, y se conoce en París a algunos gacetilleros cuya pluma es tan envidiada como la de escritores conocidos. De ahí Bel Ami llega rápidamente a la crónica política. Espero, al menos, que no se me acuse de haber querido atacar a los señores J. J. Weiss o John Lemoine. Pero ¿cómo puedo ser sospechoso de haber querido atacar a nadie?

Los redactores políticos, quizá más que los otros, son seres sedentarios y serios que no cambian de oficio ni de periódico. Toda la vida escriben el mismo artículo, según su opinión, con más o menos fantasía, variedad y talento en la forma. Y cuando cambian de opinión, se limitan a cambiar de periódico. Ahora bien, es evidente que mi aventurero camina hacia la política militante, hacia el escaño de diputado, hacia otra vida y otros acontecimientos. Y el haber llegado con la práctica a cierta flexibilidad de pluma, no le convierte ni en escritor ni en verdadero periodista. Deberá su futuro a las mujeres. ¿No lo indica bastante el título de *Bel Ami*?

Así pues, convertido en periodista por casualidad, por la casualidad de un encuentro, en el momento en que iba a convertirse en profesor de equitación, utiliza la prensa como un ladrón usa una escalera. ¿Hay que deducir que las personas honradas no pueden emplear la misma escalera?

Otro reproche. Hay quien parece creer que en el periódico que he inventado, *La Vie Française*, quería criticar o enjuiciar a toda la prensa parisina.

Si hubiese escogido como marco un gran periódico, un periódico de verdad, los que se enfadan conmigo tendrían toda la razón del mundo, pero, al contrario, me he preocupado de tomar uno de esos periódicos fraudulentos, una especie de agencia de una banda de chanchulleros políticos y de cicateros, como existen algunos, desgraciadamente. Me he preocupado de calificarlo en todo momento, de no situar allí a más de dos periodistas, Norbert de Varenne y Jacques Rival, que se limitan a aportar su texto y se mantienen al margen de todas las especulaciones de la casa.

Queriendo analizar a un crápula, lo he desarrollado en un ambiente digno de él, a fin de dar más relieve a este personaje. Tenía ese derecho absoluto como habría tenido el de coger el más honrado de los periódicos para mostrar en él la vida laboriosa y tranquila de un buen hombre.

¿Cómo se ha podido suponer, ni por un segundo, que mi idea fuera sintetizar todos los periódicos de París en uno solo? ¿Qué escritor que tenga pretensiones, justas o no, de observación, lógica y buena fe, esperaría poder crear un tipo de periódico que recordase al mismo tiempo a *La Gazette de France*, *Le Gil Blas*, *Le Temps*, *Le Figaro*, *Les Débats*, *Le Charivari*, *Le Gaulois*, *La Vie Parisienne*, *Le Intransigeant*, etc., etc.? ¡Cómo iba yo a imaginar *La Vie Française* para dar una idea por ejemplo de *La Union* y de *Les Débats*! ¡Es tan ridículo que no puedo entender qué mosca les ha picado a mis colegas! ¡Me gustaría que se intentase inventar un periódico por un lado que se pareciera al *Univers* y por otro a los diarios obscenos que se venden a gritos, al atardecer, en los bulevares! Esos periódicos obscenos existen, ¿no es así? También existen otros que en realidad sólo son cavernas de estafadores, fábricas de chantaje y de emisiones de valores ficticios.

Pues he escogido uno de esos.

¿He revelado su existencia a alguien? No. El público los conoce; ¡y cuántas veces amigos míos periodistas se han indignado por las maniobras de esas fábricas de canalladas!

Entonces ¿de qué se quejan? ¿De que al final triunfe el vicio? ¿Es que eso no ocurre nunca y no es posible citar a ningún poderoso financiero cuyos inicios hayan sido tan dudosos como los de Jorge Duroy?

¿Alguien puede reconocerse en alguno de mis personajes? No. ¿Se puede afirmar siquiera que me haya inspirado en alguien? No. Porque no he apuntado a nadie.

He descrito el periodismo fraudulento como se describe el mundo fraudulento. ¿Estaba prohibido?

Y si se me reprocha que lo veo todo demasiado negro, que sólo me fijo en gente turbia, responderé precisamente que no es en el ambiente de mis personajes donde habría podido encontrar a muchos seres

virtuosos y probos. Yo no he inventado este refrán: Dios los cría y ellos se juntan.

Finalmente, como último argumento, rogaré a los descontentos que relean la novela inmortal que ha dado título a este periódico, *Le Gil Blas*, y que a continuación me hagan una lista de la gente simpática que nos mostró el Sabio, aunque en su obra haya recorrido todos los mundos.

Cuento, apreciado redactor jefe, con que tendrá a bien dar hospitalidad a esta defensa, y aprovecho la ocasión para estrechar muy cordialmente su mano.

GUY DE MAUPASSANT

GUY DE MAUPASSANT (1850-1893) nació en el castillo de Miromesnil, en el seno de una ennoblecida familia normanda. De la mano de Flaubert, amigo de su madre, conoció en París a la sociedad literaria del momento; fue funcionario y periodista, y en 1880 publicó su cuento «Bola de Sebo» en el volumen colectivo *Las veladas de Médan*, piedra fundacional del movimiento naturalista. Otros relatos como los que aparecen en *La casa Tellier* (1881) o *Mademoiselle Fifi* (1882) lo acreditaron como uno de los maestros del género, de modo que cuando en 1883 salió a la luz su primera novela, *Una vida*, ya era un escritor famoso. A esta obra siguieron otras de la talla de *Bel Ami* (1885), *Mont-Oriol* (1887), *Pedro y Juan* (1888) o *Fuerte como la muerte* (1889). Murió en París víctima de una enfermedad hereditaria que lo llevó a la locura.

Notas

[1] *Petit bleu* en el original, que algunos traducen por continental, refiriéndose a los avisos cursados a través de esas oficinas particulares. Pero el autor habla de telegramas, y en París existía lo que hoy se llama *pneumatique* o *pneus*, los antiguos *petits bleus*, expedidos a través de París en tubos de aire comprimido por el servicio de Correos. Tardan un máximo de tres horas y tienen el color azul de los telegramas. *(N. del T.)* <<

[2] *Brigade des moeurs*, perteneciente al *Bureau des moeurs*, oficina donde se registraba, certificaba y rubricaba por el Gobierno la profesión de prostituta. En ella los padres tenían derecho a autorizar la prostitución de sus hijas, y los maridos, la de sus esposas. *(N. del T.)* <<

[3] *Forestier*, en francés. Juego de palabras intraducible. *(N. del T.)* <<

[4] *Rastaquouère*, en francés. La palabra rastacuero no está admitida por la Real Academia de la Lengua, que en su lugar puso *vividor*. Algunos traducen el vocablo por advenedizo. Podría admitirse, si se considerara *esquire*, escudero o hacendado, como una aristocracia advenediza. El caso presente es burlón: aristócratas *vividores* que ridiculiza lo de Fulano de Tal *escudero* o *terrateniente* en las tarjetas de visita. *(N. del T.)* <<

[5] Baile de salón entre cuatro parejas. *(N. del T.)* <<